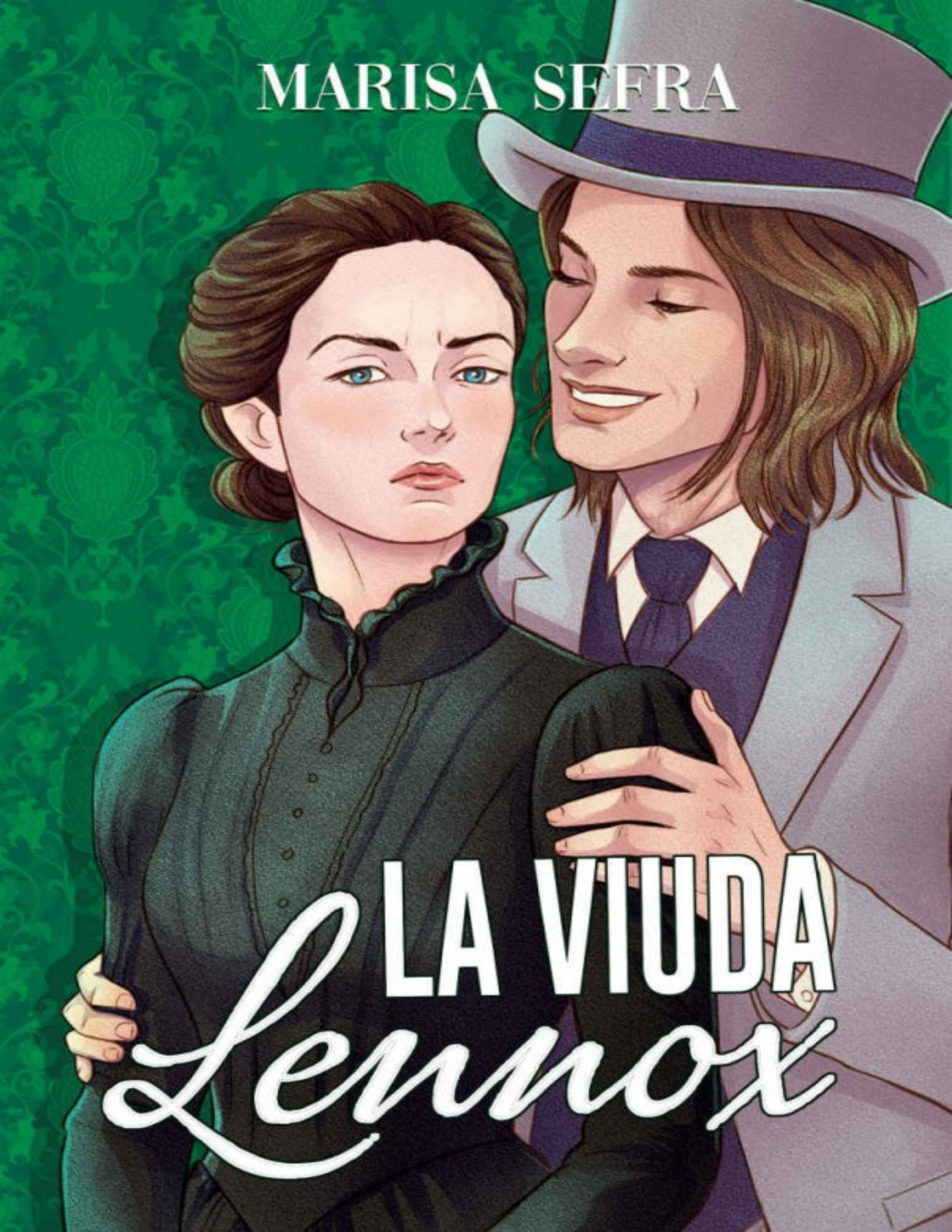
MARISA SEFRA



LA VIUDA Lennox

La viuda Lennox

MARISA SEFRA



Índice

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32

Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Epílogo

Nota de la autora
Agradecimientos
Acerca de la Autora
Otras Obras de Marisa Sefra

Para todas las mujeres que se cansaron de pedir permiso para ser libres

Prólogo

A la joven Clementine Holloway nunca le había interesado ser lo que se esperaba de ella. Le desagradaba la idea de que a las mujeres se las definiera y clasificara en función de su relación con un hombre, pero era consciente de que esto iba a ser así, quisiera ella o no. Por ese motivo, desde que tuvo edad para formar parte de la alta sociedad californiana y pudo comprobar de primera mano el modo de vida de los distintos tipos de damas de su época, lo tuvo claro: «quiero ser viuda».

Las solteras debutantes, el grupo al que presuntamente pertenecía, contra su propia voluntad, le era totalmente ajeno. No comprendía la ilusión con la que las jóvenes de su edad afrontaban cada nuevo ritual. Porque eso eran para ella: rituales en los que las mujeres eran exhibidas a la espera de que algún hombre se dignara a prestarle sus favores. En su cabeza, eso se asemejaba a las subastas de esclavos que había escuchado contar que se realizaban en los estados del sur. Y Clementine no tenía ninguna intención de sentirse como una mercancía.

El «premio» de ser seleccionada por algún caballero consistía en pasar al siguiente grupo de mujeres: las casadas. En ese momento, la joven pasaba de ser «hija de» a ser «esposa de». Y su vida se

sometía a la de su nuevo marido. Debía acatar sus normas, cuidar de su casa y rendirle pleitesía. Y nada más lejos de la intención de Clementine.

Y luego estaban las viudas. Ah, las viudas. Esas mujeres fuertes y decididas, que eran dueñas de sus actos y podían tomar sus propias decisiones. Algunas, por razones que Clementine no acertaba a comprender, volvían a casarse, pero la mayoría de ellas se dedicaban a seguir con sus vidas de forma totalmente autónoma, justo lo que la señorita Holloway deseaba para sí misma; al fin y al cabo, la fortuna familiar le podría permitir vivir de modo independiente en el futuro, sin la necesidad de un esposo.

Clementine nunca había encajado en el molde que se había diseñado para ella. La superficialidad de los salones y las conversaciones sobre pretendientes no podían interesarle menos. En su lugar, encontraba compañía en su mejor amiga, Molly, su doncella y a la vez hija de la doncella de su madre, con quien compartía confidencias y juegos clandestinos desde su más tierna infancia entre los pasillos de la casa Holloway. Habían crecido como hermanas, y así se sentían ambas. Juntas habían tramado planes descabellados y soñado con futuros que se alejaban de lo que la sociedad esperaba de ellas. Molly no era solo su sirvienta, era también su cómplice, su confidente, su única aliada en un mundo que se empeñaba en definirlas por su cuna, algo con lo que Clementine tampoco estaba de acuerdo.

Los Holloway siempre habían sido una familia acomodada, pero no fue hasta los albores de la fiebre del oro que James Holloway pudo desatar todo su olfato empresarial y amasar la enorme fortuna con la que la familia contaba cuando Clementine alcanzó la edad adulta. Atraído, como tantos otros hombres, por la riqueza de la tierra californiana, James Holloway acudió a la llamada del oro.

Cuando Clementine apenas tenía quince años, su padre ya anticipaba que su riqueza debía expandirse más allá de América y decidió adquirir una propiedad en Inglaterra, en la ciudad de Cheltenham. Allí pensaba trasladarse con su familia para consolidar su influencia en el comercio transatlántico y abrirse paso en la aristocracia británica. Su apellido ya resonaba entre los círculos influyentes tanto de la alta sociedad inglesa como de la californiana, y la familia comenzaba a disfrutar de un estatus que le iba a abrir todas las puertas.

Sin embargo, el ascenso de los Holloway se vio interrumpido por el estallido de la Guerra de Secesión. James decidió unirse al conflicto convencido de que en la guerra también habría oportunidades. Pero las cosas no fueron como él esperaba. Clementine tenía veintiún años cuando la noticia de la muerte del patriarca de la familia llegó como un golpe seco que le arrebataba a su padre y el modo de vida que conocía. Su madre dispuso entonces que su mejor opción sería viajar a Inglaterra para huir de la guerra y comenzar allí una nueva vida.

Durante meses planearon el viaje que las alejaría para siempre de su hogar. Unos días antes de su partida, cuando Clementine y Molly regresaron a la casa Holloway tras haber realizado el último envío de su fortuna hacia Inglaterra, a través de la propia empresa familiar, encontraron algo para lo que no estaban preparadas: su hogar era presa de las llamas. Un grupo de soldados confederados había atrancado puertas y ventanas y había prendido fuego a la mansión. No hubo supervivientes, solo muerte y desolación. Todo el personal de servicio, así como las madres de ambas, habían perdido la vida entre las llamas.

Clementine decidió entonces que juntas partirían igualmente hacia ese hogar inglés, desconocido para ella, en el que podía

empezar una nueva vida. Pero tampoco iba a permitir que en el viejo continente la sociedad le dictara cómo vivir. Anhelaba independencia, conocimiento y que ningún hombre, sociedad o tradición pudiera decidir su futuro por ella.

En Inglaterra nadie la conocía, se le presentaba la oportunidad perfecta para vivir su propia vida sin necesidad de hacerlo a la sombra de ningún varón. Allí podía cumplir su deseo de ser viuda. Junto con su doncella, inventaron un falso marido fallecido en la guerra y elaboraron una detallada historia alrededor de ese inexistente esposo y su matrimonio. No escatimaron en detalles, pues tenían que estar preparadas para cualquier pregunta al respecto que pudiera surgir. Fue un viaje de semanas en el que les dio tiempo a crear con todo detalle la vida de un hombre que nunca existió y el dolor que dejó en la mujer que le sobrevivió.

Así fue como nació La viuda Lennox.

Capítulo Uno



El pueblo entero parecía haberse olvidado de respirar mientras el carruaje avanzaba por las calles adoquinadas en dirección a mi nuevo hogar. Las cortinas de las ventanas se movían con sutileza a mi paso y revelaban miradas furtivas con las que sus propietarios observaban pasar a la forastera desde la tranquilidad de sus domicilios. Solo el sonido de los cascos de los caballos y del traqueteo de las ruedas sobre el camino rompían ese silencio cargado de expectación.

Dejamos atrás las calles de la ciudad y, ya en las afueras, cruzamos la enorme puerta de hierro forjado que daba acceso a las tierras de Hollowfield Manor. El camino hasta el edificio principal se me hizo interminable. Eché un vistazo a la propiedad y no tuve muy claro dónde estaba el límite, dónde terminaba, hasta dónde se extendían mis dominios. Las ruedas parecían deslizarse perezosas y sin prisa ninguna por llevarme a mi destino.

La calesa se detuvo con un movimiento más brusco de lo que yo había esperado y un leve sobresalto me instó a comprobar que nos encontrábamos frente a las puertas del que iba a ser mi hogar a partir de ese momento. Inspiré hondo y llené mis pulmones de un

aire denso y frío, perfumado con el aroma a tierra húmeda y flores que desprenden los jardines bien cuidados. Nada en el ambiente, el olor o los colores del paisaje que me rodeaba recordaba lo más mínimo a mi soleada California. El viejo continente me parecía sombrío, gris… Triste. O quizá la tristeza la traía yo conmigo.

Bajé con cautela y sentí el crujido del suelo de grava bajo mis botas. La mansión se alzaba ante mí con su imponente presencia. Su silueta se recortaba contra la niebla inglesa y se me antojaba un castillo de otro tiempo, de esos sobre los que había leído en las novelas. A pesar de su buen estado de conservación, la casa parecía tener algo turbio, como si, de algún modo, esas paredes conocieran mi secreto y fueran testigos mudos de mi mentira, casi antes incluso de que esta comenzara. Era absurdo, yo lo sabía, pero tenía la horrible sensación de que cualquiera podría adivinarlo solo con mirarme.

La puerta principal estaba abierta de par en par; sin duda, esperando mi llegada. Crucé el umbral con paso firme y, aun antes de hacerlo, pude sentir la expectación contenida por parte de los presentes, todo el personal de servicio que llevaba años manteniendo la casa en orden y esperando el momento en el que alguien llegara para hacerse cargo de ella. Las miradas estaban puestas en mí, no podía permitirme temblar.

Una mujer de porte regio y mirada firme se adelantó. Su vestido gris oscuro de tejido sobrio y un pequeño broche de azabache en el cuello subrayaban la actitud que destilaba. Sus manos entrelazadas parecían tratar de ocultar que estaba más nerviosa de lo que pretendía aparentar. Bien, ya éramos dos.

—Margaret Harper, señora —se presentó con una inclinación de cabeza—. El ama de llaves. Es un honor tenerla por fin aquí. Hemos

cuidado la casa con esmero en su ausencia. Lo hemos hecho lo mejor que hemos podido. Espero que lo encuentre todo a su gusto.

—Lo noto. —Esbocé una pequeña sonrisa y me acerqué a la escalera para deslizar mis dedos enguantados por la barandilla. Quizá solo buscaba algo a lo que aferrarme físicamente. La madera pulida relucía bajo la luz de los candelabros.

—Permítame que le presente a todos los empleados, señora —pidió antes de comenzar a enumerar nombres y cargos de todos los presentes, al menos una docena de personas. El mayordomo, el administrador, la cocinera, las doncellas…

Me sentí abrumada por tanta información y, aunque intenté retener el mayor número de nombres y rostros posibles, tuve claro que semejante tarea me llevaría, mínimo, un par de días.

—Me gustaría darle el pésame de parte de todo el personal, señora —prosiguió la señora Harper—. Lamentamos profundamente las pérdidas que ha sufrido y esperamos que encuentre en Hollowfield Manor un nuevo hogar.

Asentí mientras cogía aire y lo mantenía durante unos segundos en mi interior. Pugné por no dejar escapar las lágrimas, porque era cierto que había sufrido varias pérdidas en poco tiempo, pero no debía mostrarme débil o vulnerable ante el servicio, aunque ellos fueran lo más parecido a una familia con lo que contaba en ese momento.

No tuve claro si las palabras de la señora Harper eran mera cortesía o si escondían una doble intención. Si lo pensaba fríamente, era absurda tal suposición, pero, cuando una se crea una mentira en la que vivir, hace que todo se vuelva sospechoso. Tampoco tuve tiempo de pensarlo, pues en ese momento un golpe de viento helado se coló por la puerta abierta para agitar mi velo y sacudir las llamas de los candelabros.

—Mary, cierra la puerta —pidió el ama de llaves a una joven doncella que no tardó en acatar su orden y volver, sin demora, al lugar en el que se encontraba en un principio.

La señora Harper asintió complacida ante la eficacia de su intervención. Supuse que le gratificaba demostrar su nivel de manejo de la casa y el personal, cosa que me parecía del todo innecesaria, pues el estado en el que se encontraba todo no arrojaba dudas al respecto.

Ya con la puerta cerrada, comencé a desabotonarme el abrigo, pero una joven doncella, diferente a la que había intervenido unos segundos antes, se acercó a mí con una reverencia.

—Oh, permítame, señora —susurró casi al llegar a mi lado. Era una muchacha de rostro dulce, mejillas encendidas y voz temblorosa. Tomó mi abrigo con manos diligentes, pero no todo lo firmes que habría cabido esperar.

—¿Cuál es tu nombre? —La observé con disimulo mientras ella bajaba la mirada. Sus gestos la mostraban emocionada y nerviosa al tiempo.

—Lizzie, señora —respondió con un hilo de voz y una pequeña reverencia, que parecían responder más a respeto que a temor. Algo en ella me gustó. Sus gestos reflejaban una mezcla de prudencia, devoción e ilusión que me llevaron a querer confiar ciegamente en ella. No obstante, debía ser prudente, había mucho en juego.

Me quité los guantes con lentitud para darle tiempo a la muchacha a que recuperara la compostura antes de dirigirme de nuevo a ella:

—¿Te gustaría ser mi doncella personal, Lizzie?

—Oh, señora, sería un honor. —Su cara se tornó colorada y las lágrimas afloraron a sus ojos. Me pareció una reacción exagerada, pero nunca he sido la más hábil para medir las emociones ajenas.

Desvié la mirada hacia la señora Harper, que parecía confundida por mi petición.

—Creí entender por sus cartas que su doncella personal viajaba con usted —explicó.

—Molly falleció en el viaje, fue víctima de unas fiebres durante el trayecto en barco —le aclaré y mi voz se quebró al recordar la pérdida de mi amiga—. Un gran número de pasajeros perecieron en esa travesía.

—Oh, señora, cuánto lo lamento. Lizzie ocupará su lugar de la mejor manera posible, descuide.

—Gracias, señora Harper.

Exhalé con disimulo. Me sentía observada, sabía que me estaban examinando y juzgando. Medían mi presencia y buscaban en mí a la señora que esperaban. También sentí que la casa me observaba. Sus muros de piedra firme y sus pasillos bien mantenidos parecían guardar secretos que aún no conocía, pero que, de algún modo, ya me inquietaban. Me pregunté si Holowfield Manor o alguno de los presentes guardaba tantos secretos como yo misma.

Caminé hacia el pie de la escalera con una calma estudiada. Todo el personal permaneció donde los había dejado, a excepción de Lizzie y la señora Harper, que me siguieron en un discreto segundo plano. Mi nuevo hogar me envolvía en sombras frías y murmullos silenciosos.

—¿Le gustaría que le mostrara la casa, señora? —me preguntó la señora Harper cuando alcancé el primer peldaño.

—Ahora no, gracias —respondí con suavidad—. Ha sido un viaje largo y prefiero verla mañana cuando esté más descansada. Si me indica dónde se encuentra mi habitación, me retiraré por hoy.

El ama de llaves asintió. Si mis palabras le causaron alguna decepción, no lo dejó ver.

—Como desee, señora. En su dormitorio encontrará todo lo que ha ido llegando desde California. Lizzie la acompañará.

Con un último asentimiento, me dirigí escaleras arriba junto a mi nueva doncella, quien avanzaba con pasos cuidadosos, como si temiera incomodarme. Al llegar a la habitación, ella se adelantó para encender la lámpara de aceite que descansaba sobre la mesilla de noche, lo que iluminó el espacio con una luz cálida y vacilante.

—Gracias por elegirme como su doncella personal, señora Lennox, espero estar a la altura de sus expectativas.

—Yo espero que lleguemos a ser buenas amigas, Lizzie. —Observé su expresión en el reflejo del espejo mientras me despojaba del sombrero—. Mi relación con Molly era casi de hermanas.

Los ojos de la doncella se iluminaron fugazmente antes de bajar la mirada.

—Sería un honor, señora —respondió con un leve sonrojo.

Me ayudó a desvestirme con movimientos cuidadosos. Retiró con mucha delicadeza mi ropa de viaje y la sustituyó por un camisón de lino blanco que sacó de uno de los cajones. Me senté frente al tocador y ella me soltó el pelo y comenzó a cepillarlo. El vestido parecía observarnos desde la percha en la que lo había colocado.

—¿Me permite que le diga, señora, que siendo usted tan joven y bella, me parece una verdadera pena que tenga que vestir un luto tan riguroso? —Me miró con cierta vergüenza a través del espejo—. Se lo digo con el mayor de los respetos.

—He perdido mucho, Lizzie —aseguré con voz firme.

—Lo sé, señora, y el negro le queda divino, con su piel tan clara y su pelo tan oscuro, pero llevamos semanas desempaquetando todo lo que envió desde California y es descorazonador ver que todo su vestuario es así de triste.

—Mi vida ahora mismo es así de triste. Creo que la ropa lo expresa a la perfección.

—Por supuesto, señora. —Hizo una reverencia graciosa y dejó el cepillo sobre el tocador—. Si no necesita más de mí, me retiraré para que descanse.

—Nada más, Lizzie, gracias.

El silencio de la noche y de esa casa ajena se cernió sobre mí cuando Lizzie cerró la puerta del dormitorio tras ella y me dejó sola. Durante unos segundos, permanecí inmóvil y contemplé la habitación tan elegantemente decorada. Las pesadas y oscuras cortinas de terciopelo y el gran espejo de cuerpo entero que había junto a ellas parecían dominar la estancia. En la chimenea ardía un fuego tenue que llenaba el ambiente de un calor reconfortante. No tenía nada que ver con California ni con cualquier lugar que yo hubiera conocido. Ni la casa, ni el clima, ni la gente… Eran demasiadas cosas diferentes, mucho que asimilar, y todo se sostenía en la mentira que yo había construido.

Intenté dejar la mente en blanco y apagué la lámpara de la mesilla. Poco a poco, el sueño fue envolviéndome. El crepitar del fuego y el susurro del viento contra las ventanas iban a ser mi nueva compañía por las noches. No tenía más remedio que acostumbrarme.

Había llegado hasta aquí, tenía que ser la mujer fuerte que siempre me había dicho a mí misma que era. Mi nueva vida como joven viuda heredera comenzaba al día siguiente y debía estar a la altura.

Capítulo Dos



Los primeros días en Hollowfield Manor fueron extraños. No malos, solo diferentes a todo lo que yo había vivido hasta entonces. Era la primera vez que ostentaba tanto poder, que era la máxima autoridad en una casa sin tener a nadie por encima, y no estaba en absoluto acostumbrada a ello. Por suerte, mi inseguro modo de gestionarlo todo podía ser achacado al cambio de costumbres, al fin y al cabo, había viajado desde otro continente y eso parecía justificarlo todo.

Los trabajadores de la casa se deshacían en reverencias y sonrisas a mi paso. Según me había explicado la señora Harper, el ama de llaves, estaban todos entusiasmados ante mi llegada tras tantos años ocupándose de una mansión vacía. Me volvió a presentar a todo el personal y yo hice un gran esfuerzo por aprenderme los nombres de cada uno de ellos en el menor tiempo posible.

Más de una semana después de mi llegada, aún no había visto el sol. La lluvia y la niebla eran los protagonistas del clima, y los encargados de recordarme a cada momento que me encontraba muy lejos de mi añorada California. Esa semana y media sin salir de

entre esas paredes me sirvió para conocerla al dedillo y familiarizarme tanto con la casa como con los empleados. El clima no me permitía explorar la vastedad del terreno de momento, pero no tardaría en hacerlo.

Una mañana, de nuevo el cielo amaneció gris, con una bruma espesa que se aferraba a los árboles desnudos de las tierras que alcanzaban a verse desde mi ventana. Observé la lejanía con una taza de té entre las manos. El sonido de unos pasos suaves me sacó de mis pensamientos; era la señora Harper, que traía consigo una nueva tanda de cartas.

—Más invitaciones, señora —anunció con la misma calma de siempre antes de depositarlas sobre la mesa.

Permaneció de pie a mi lado y yo me limité a desviar la mirada a las misivas que había dejado a mi alcance. Suspiré. No tenía ánimos para reuniones ni compromisos sociales. Tomé el primer sobre y lo abrí con desgana: una invitación a una cena en la casa del reverendo O'Neill. La segunda, un té en casa de una tal Margery Wickham, ni me molesté en preguntar quién era. La tercera, una reunión con un grupo de viudas de la ciudad. No me faltaban oportunidades para introducirme en la sociedad de Cheltenham, pero cada una de ellas me resultaba más abrumadora que la anterior.

—Qué insistentes son las gentes de Inglaterra —murmuré mientras dejaba el último sobre abierto junto a los anteriores.

—Es natural, señora —respondió mi ama de llaves con amabilidad—. Su llegada ha causado una gran impresión. Muchos desean conocerla. Tal vez sería conveniente aceptar al menos una de estas invitaciones.

Negué con la cabeza y giré el rostro para no ver las cartas que, por algún motivo, me intimidaban.

—Todavía no. Mi luto es muy reciente.

—Muy bien, señora —respondió y no insistió más. Luego, con un tono más práctico, añadió—: Ha llegado el momento de atender otras cuestiones. Dado que no tenemos papel ni tinta, sería recomendable enviar a alguien a la ciudad a comprar lo necesario. Aunque no vaya a asistir a esos eventos, sí debería rechazar de un modo formal las invitaciones.

Asentí muy despacio.

—Por supuesto, yo misma me ocuparé de adquirir lo necesario en cuanto mejore el tiempo.

—No es necesario que lo haga usted, puede encargarse una de las doncellas.

—Quiero hacerlo yo, señora Harper. Me ayudará a sentirme útil y me vendrá bien tomar un poco el aire.

—Entiendo, señora Lennox. Como desee. También sería sensato reconsiderar su vestuario. Podría ser apropiado realizar algunos ajustes más acordes a la moda local.

Mi mirada se deslizó por el vestido negro que llevaba puesto. Era elegante y sobrio, pero inconfundiblemente diferente a lo que había visto en los retratos de las damas inglesas.

—No deseo llamar la atención más de lo necesario —murmuré.

—Adaptarse no significa renunciar, señora —dijo con suavidad—. Podría solicitar una modista para que haga algunos cambios sutiles. O puede llevar algunas de sus prendas al local de madame Roux, seguro que ella puede ayudarla a mantener el luto, pero de un modo más acorde a la moda local. Créame que con sus vestidos actuales llamará más la atención que con unos más afines a las tendencias inglesas.

No respondí de inmediato. La idea de someterme a los estándares de Cheltenham me resultaba incómoda, pero también

sabía que no podía aferrarme a lo que conocía de California. Mi nueva vida requería algunos cambios sustanciales. Finalmente, asentí con lentitud.

—De acuerdo. Dígale a Lizzie que me ayude a revisar los vestidos y ver qué se puede modificar.

La señora Harper asintió y salió de la habitación, intuí que en busca de mi doncella.



Un par de horas después, Lizzie y yo estábamos de pie ante el gran armario de mi habitación. La joven doncella, con su entusiasmo habitual, retiró con cuidado una de las prendas y la extendió sobre la cama.

—Las damas de aquí prefieren tejidos más pesados, señora —comentó mientras acariciaba uno de mis vestidos—. También faldas con más volumen y cortes más cerrados en el escote.

—Supongo que es normal, por la temperatura. —Toqué la suave tela entre mis dedos y asentí—. Podemos hacer algunos cambios —concedí finalmente.

Lizzie sonrió con timidez.

—Si me permite, señora, creo que le sentaría bien. La haría ver… más como una mujer de aquí.

Mantuve la vista fija en el vestido un instante antes de responder.

—Tal vez sea hora de comenzar a parecerlo.

—¿Puedo preguntarle algo?

—Claro, Lizzie, dime.

—¿Cómo es California? ¿Cómo es el nuevo mundo?

—Muy parecido al viejo continente, pero muy diferente a la vez…

—¿En qué sentido, señora?

—En California siempre es verano. Cada día sale el sol.

—¿Lo echa de menos?

—Por supuesto. Allí tenía una vida, un hogar… He perdido mucho, Lizzie.

—Lo entiendo, señora —comentó compungida—. ¿Echa mucho de menos a su esposo?

—Si te soy sincera, Lizzie, echo más de menos a mi amiga —confesé una verdad entre tantas mentiras, pero maticé mi respuesta al momento para no dar lugar a malentendidos—. No me interpretes mal, Lizzie, también añoro a Lawrence, pero esa pérdida queda más lejana y he dispuesto de más tiempo para superarla… —improvisé.

—¿Era mal esposo el señor Lennox? —preguntó en un susurro, supongo que consciente de que cuestionar eso era una impertinencia.

—En absoluto, querida. Era un buen hombre y un gran compañero. Yo lo amaba. —Traté de inferirles sentimiento a mis palabras, aunque supongo que es difícil tener éxito en algo así al hablar de alguien menos tangible aún que un personaje literario.

Lizzie asintió con un gesto comprensivo, pero no dijo nada más. Su discreción era de agradecer. Durante unos instantes, nos quedamos en silencio y contemplamos los vestidos extendidos sobre la cama.

—Podemos llevar estos tres a la modista —propuso al fin y recogió con cuidado las prendas—. Son los más fáciles de ajustar sin cambiar demasiado su esencia.

—Está bien. Encárgate de que los preparen. En cuanto el tiempo mejore, los llevaremos tú y yo donde me digas —accedí.

Cuando Lizzie se marchó con los vestidos en brazos, sentí un agotamiento repentino. Bajé de nuevo a la salita donde acostumbraba a tomar el desayuno. Todo seguía tal como lo había

dejado, a excepción del servicio de té del que había hecho uso, del que no quedaba ni rastro. Me dejé caer en el sillón junto a la ventana y observé la niebla densa que se aferraba a la tierra, a la vegetación, a todo lo que alcanzaba mi vista, que no era mucho por culpa de la bruma. El exterior estaba tan empañado como sentía mi interior. La soledad me acompañaba desde hacía semanas. Habían sido muchas pérdidas y muy poco tiempo para asimilarlas todas. El clima de Inglaterra tenía un modo particular de hacerse notar: una constante presencia melancólica, casi asfixiante, justo lo último que necesitaba cuando yo ya traía mi propia tormenta interior. Inspiré hondo para tratar de disipar la sensación de encierro que poco a poco se asentaba en mi pecho. Me sentía acorralada y atrapada entre esas paredes, y en mi propia mentira.

El sonido de la lluvia contra los cristales era monótono, relajante y, al mismo tiempo, sofocante. Pensé en las cartas sobre la mesa, en la insistencia de la sociedad por involucrarme en sus costumbres. Sabía que no podía permanecer enclaustrada para siempre, pero la idea de sumergirme en un mundo al que aún no sentía pertenecer me resultaba abrumadora.

Un golpeteo en la puerta me sacó de mis pensamientos.

—Adelante —respondí con voz cansada.

La puerta se abrió con suavidad y la figura de la señora Harper apareció en el umbral.

—Señora, he traído una taza de té caliente. Pensé que le vendría bien —anunció con su habitual tono sereno.

Le dediqué una leve sonrisa de agradecimiento.

—Muy considerado de su parte, señora Harper.

Ella se acercó con la taza y la colocó sobre la mesa, junto a las cartas aún sin responder. Sus ojos recorrieron la habitación con un disimulo respetuoso.

—¿Desea que encienda el fuego, señora? El clima está especialmente húmedo hoy.

—Sí, por favor —respondí y me froté las manos en un intento de ahuyentar el frío que se colaba en mis huesos y en mi alma.

El ama de llaves se acercó a la chimenea y comenzó a avivar las llamas con destreza. Observé su labor en silencio. Reconocí la seguridad y la eficiencia en cada uno de sus movimientos. Esta casa, aunque aún extraña para mí, era su hogar desde hacía mucho tiempo.

—Señora —dijo el ama de llaves tras una breve pausa, al tiempo que acomodaba los leños en el fuego—, le ruego que no se ofenda, pero algunas personas en la casa han comentado su situación…

Fruncí el ceño, aunque su tono era de total respeto.

—¿Mi situación?

—Su estado, señora. Su viudez. Es natural que muchas personas en Cheltenham se interesen por usted. Es joven, distinguida y… no debería permanecer sola para siempre. Integrarse en la sociedad podría ayudarla en ese aspecto.

Me enderecé en el sillón al comprender hacia dónde quería conducir la conversación.

—¿Está sugiriendo que me case de nuevo? Mire, señora Harper, Lawrence era un hombre excepcional. —De nuevo intenté inferirles a mis palabras un hondo sentimiento hacia un sujeto inexistente—. Por el momento, no me veo capaz de reemplazarlo, y no sé si en algún momento lo seré.

Harper esbozó una sonrisa ligera.

—No sugiero nada, señora. No osaría jamás decirle lo que debe hacer. Pero, en lugares como este, la compañía adecuada siempre es vista con buenos ojos. Y su llegada ha sido todo un acontecimiento. Una viuda con su posición no tardará en recibir atenciones.

Suspiré y desvié la mirada hacia la ventana. La idea de casarme no es que estuviera la última en mi lista de intenciones, es que directamente nunca había sido una opción. No por nada había construido toda una mentira para evitarlo.

Jamás me he considerado una mujer necia y ya entonces sabía que la sociedad de Cheltenham no dejaría que una mujer de mi posición permaneciera en las sombras por mucho tiempo. Iba a tener que dejarme ver en algún momento, pero no tenía prisa. Sabía que, en cuanto diera ese primer paso, ya no habría vuelta atrás.

Capítulo Tres



El primer día que amaneció soleado desde mi llegada, me despertaron los gritos entusiasmados de Lizzie, que entró como un torbellino en mi dormitorio y descorrió las pesadas cortinas con energía.

—¡Señora! ¡Señora, ha salido el sol!

Fue uno de los mejores despertares que recuerdo. No sé si por la alegría que contagiaba mi doncella o porque por fin teníamos el buen tiempo que yo tanto añoraba.

Parpadeé desorientada por la repentina explosión de luz en la habitación. Las cortinas de terciopelo oscuro que habían mantenido la estancia en una cómoda penumbra, ahora colgaban abiertas y permitían que el sol se derramara sobre la colcha. El cielo, de un azul claro sin nubes, era casi deslumbrante después de tantos días grises y lluviosos.

Lizzie, con las mejillas encendidas por la emoción, se volvió hacia mí con una sonrisa radiante.

—No puede desaprovechar un día así, señora. ¡Es perfecto para dar un paseo!

Me incorporé despacio, con una sonrisa pequeña pero sincera. Le estaba cogiendo cariño a Lizzie muy rápido, y lo cierto era que me apetecía descubrir la ciudad con ella. Era un buen momento. Desde mi llegada a Cheltenham, hacía más de dos semanas, había permanecido en Hollowfield Manor y había rechazado amablemente todas las invitaciones sociales que llegaban. Sabía que, tarde o temprano, tendría que hacer acto de presencia en la ciudad, pero quería ser yo quien eligiera el momento.

Tal vez la ocasión había llegado.

—Prepara uno de mis vestidos, el que tú consideres que es el más adecuado —le pedí a Lizzie—. Nada demasiado ostentoso, no quiero llamar la atención.

Ella asintió y se apresuró a la cómoda. Mientras la observaba elegir con esmero los guantes y el sombrero que combinaran mejor con mi atuendo, sentí algo parecido a la calma. Era reconfortante poder delegar esas cosas en ella.



El murmullo constante de conversaciones y pasos parecía perseguirnos por las calles. Los comerciantes ofrecían sus productos a las puertas de sus establecimientos y los caballos de los carruajes pisoteaban el adoquinado con ritmo acompasado. El aire fresco traía consigo el olor del pan recién horneado de una panadería cercana y el perfume floral que algunas mujeres dejaban tras de sí al pasar.

Lizzie y yo caminábamos con la calma del que no tiene prisa por llegar a ningún lado. No deseaba que mi paseo se interpretara como un desfile para ser observada, pero tampoco quería que lo que pudiera pensar la gente con la que nos cruzábamos condicionara ese momento tan placentero que estaba experimentando.

Como era de esperar, las miradas nos siguieron. No parecían descaradas ni malintencionadas, pero ahí estaban. La gente hablaba en voz baja, lo suficiente como para que solo captara retazos de las conversaciones al pasar.

—Es ella… La viuda Lennox.

—Tan joven…, qué tragedia.

Algunas mujeres inclinaban la cabeza en un gesto de respeto, y yo correspondía con un leve asentimiento. Intercambié algunos «buenos días» con quienes se animaron a saludarme, pero nadie mostró intención de darme conversación. Tal vez mi actitud y mi paso constante los disuadieron de ello. Parecían aceptar la situación sin cuestionar nada. Quizá comprendían que necesitaba mi tiempo y querían dármelo.

Lizzie y yo continuamos nuestro paseo hasta llegar a la pequeña oficina de correos. Era un edificio austero, pero muy bien cuidado. Presentaba un mostrador de madera pulida y casilleros llenos de correspondencia.

El sonido de la campana sobre la puerta había anunciado nuestra entrada, lo que provocó que, al otro lado del mostrador, un joven levantara la vista de unos documentos y me observara con expresión neutral. Se inclinó levemente en señal de respeto antes de hablar.

—Buenos días, señora. ¿En qué puedo ayudarla? —Su gesto era amable y educado. Sus modales, impecables. Y su mirada tenía algo que quizá lo hacía parecer algo mayor de lo que era.

—Necesito papel de cartas y tinta —respondí con cortesía—. Algo de buena calidad.

Él asintió y se giró hacia los estantes tras el mostrador. Mientras seleccionaba los artículos, lo observé con discreción.

Cuando volvió a mirarme, fue con un aire de ligera curiosidad.

—No muchas damas de su posición vienen a la oficina de correos en persona.

No fue una pregunta, sino una observación. Mantuve mi sonrisa e ignoré deliberadamente la punzada de incomodidad que sus palabras me causaron. No deseaba llamar la atención, pero tampoco quería dejar de hacer las cosas que me complacían.

—Me gusta elegir personalmente con lo que escribo. Y en California acostumbraba a realizar este tipo de recados yo misma. No me sentiría cómoda haciéndolo de otro modo.

Él no dijo nada al respecto. Se limitó a entregarme el paquete con una sonrisa amable. Mientras lo hacía, sus ojos se detuvieron en los míos apenas un segundo más de lo necesario, lo suficiente para hacerme sentir que me estaba evaluando. Sin duda alguna, debía de haber oído hablar de mí, como cada uno de los habitantes de Cheltenham. Supongo que la joven viuda americana era una novedad demasiado jugosa como para dejarla pasar.

—Espero que sea de su agrado, señora.

Asentí con fingida naturalidad y pagué mi compra.

—¡Billy, ayúdame con esta saca! —llegó una voz desde la trastienda y el joven me hizo una leve reverencia antes de desaparecer de mi vista.

Lizzie y yo salimos de la oficina y echamos a andar en silencio por las calles de Cheltenham, aunque con actitudes muy diferentes. Ella a mi lado con la naturalidad de quien está acostumbrada a moverse entre la gente, pero yo con la cautela de quien todavía mide cada paso.

Mis manos aferraban con firmeza el paquete de papel y tinta que acababa de comprar, aunque mi mente estaba en otra parte. La mirada del joven de la oficina de correos seguía rondándome. Me

había sentido observada, aunque quizá solo era sugestión mía y de mis temores.

Sacudí esos pensamientos de mi cabeza cuando Lizzie tiró suavemente de mi manga.

—¿No le ha parecido apuesto el joven Billy? —me preguntó con voz soñadora.

No pude evitar torcer la boca en una mueca cómplice.

—Es muy joven —aseguré, aunque no parecía ser más de dos o tres años menor que yo.

—A mí no me lo parece. —Lizzie dejó escapar un suspiro y yo ahogué una risa.

—¿Estás interesada en el joven Billy, Lizzie?

—Ay, no sé, señora, es forastero, como usted. Llegó al pueblo hace unos meses, pero es tan apuesto…

—Pero ¿has hablado con él alguna vez? ¿Sabes siquiera su apellido?

—Cooper. Billy Cooper.

—Ah, pues sí. —Sonreí—. Realmente pareces interesada en ese muchacho.

Ella se puso colorada y desvió la mirada un momento. Luego señaló una tienda con un amplio escaparate decorado con telas exquisitas y un discreto letrero dorado sobre la puerta.

—Hemos llegado, señora.

Frente a la puerta del establecimiento estaba detenido nuestro carruaje. Por lo visto, la señora Harper lo había enviado directamente aquí con varios baúles con los vestidos que habíamos considerado que se podían adaptar a la moda local. En cuanto reparó en nuestra presencia, el cochero arrastró las valijas al interior de la tienda.

—Vamos —dijo Lizzie antes de empujar la puerta.

La campanita tintineó con un sonido delicado cuando traspasamos el umbral.

El interior de la tienda era cálido y elegante, con un agradable olor a lavanda que impregnaba el aire. Bobinas de puntillas del blanco más puro o el negro más triste poblaban los estantes. Hilos de seda de todos los colores parecían gritar en busca de algo de vida entre el inerte encaje. Los rollos de terciopelo y muselina descansaban en estanterías organizados con meticulosa precisión. Mi imaginación fantaseó por un momento con la idea de encargar un vestido con esos tejidos y esos colores. Pura alegría, pura felicidad. Pero no, debía mantener mi imagen de viuda desconsolada de luto riguroso si no quería escuchar insinuaciones como la que me había hecho la señora Harper unos días atrás.

Una mujer claramente mayor que yo, pero con un atractivo elegante y un metro de costura colgado del cuello, nos recibió con actitud amable.

—Buenos días, señora Lennox. Su cochero me ha anunciado su visita hace un rato.

Asentí con una leve sonrisa, complacida de no haberme tenido que presentar yo misma.

—Así es. He traído algunos vestidos que necesitan pequeños ajustes. Nada demasiado drástico, pero quiero asegurarme de que… —hice una pausa, buscando las palabras adecuadas—… no desentonen con las expectativas de la ciudad.

La modista me dedicó una mirada de aprobación.

—Por supuesto, señora. Déjeme ver qué podemos hacer.

Lizzie abrió uno de los baúles y sacó cuidadosamente varios vestidos. Cada uno de ellos tenía un toque sutilmente diferente a lo que las damas de Cheltenham solían vestir. Algunas faldas eran más ligeras, las mangas más cortas, los escotes apenas más atrevidos. A

mí me gustaban así y en California no desentonaban. Sin embargo, aquí, en la humedad de Inglaterra, quizá parecían demasiado fuera de lugar.

—Este podría ajustarse bien con un poco de encaje en el corpiño —murmuró la modista al tomar uno de los vestidos y evaluarlo con ojo experto—. Y este otro… Sí, si estrechamos un poco la cintura y añadimos unas mangas francesas, encajará perfectamente.

La observé trabajar con interés. Era extraño pensar que debía medir hasta la ropa que iba a vestir si no quería ser observada más de la cuenta.

Mientras Lizzie y la modista seguían decidiendo los ajustes, yo aproveché para pasear por el local y echar un vistazo a los vestidos expuestos. Eran preciosos, de colores mucho más interesantes que el negro al que yo me ceñía, pero no eran para mí.

Me giré al escuchar de nuevo el sonido de la campanita de la puerta y pude ver cómo un hombre entró en la tienda. Era joven, más o menos de mi edad, de porte seguro y sonrisa fácil. Vestía con elegancia, aunque su cabello ligeramente revuelto y la forma en que llevaba los guantes en la mano, en lugar de puestos, indicaban que no era un hombre demasiado preocupado por la perfección ni por los convencionalismos.

Su mirada recorrió la tienda con familiaridad antes de posarse en mí.

Por un instante, me pareció que iba a inclinar la cabeza en señal de respeto, como los demás lo habían hecho en las calles, al reconocerme como la viuda Lennox. Pero en lugar de eso, su sonrisa se amplió con un aire de naturalidad que me tomó desprevenida.

—Vaya, qué afortunado soy —dijo con una voz suave y una nota de diversión en su tono—. No esperaba encontrar a la dama más misteriosa de Cheltenham en mi aburrido recado de la mañana.

Lizzie contuvo una risita ahogada, claramente entretenida por el inesperado coqueteo. Yo, sin embargo, no bajé la guardia.

—Tal vez debería reconsiderar sus expectativas sobre los recados, caballero —respondí con tono neutro, aunque no hostil.

Él pareció encontrar mi respuesta divertida.

—Tal vez tenga razón —admitió con una ligera inclinación de cabeza—. Pero eso no cambia el hecho de que me ha alegrado la visita.

No apartó los ojos de los míos mientras hablaba, como si estuviera esperando una reacción. La modista, que parecía conocerlo, aprovechó la pausa para intervenir.

—Señora Lennox, este joven es el señor Nathaniel Davenport. Su familia es una de las más respetadas de Cheltenham.

Él sonrió con ligereza.

—Nathan —corrigió—. Puede llamarme Nathan. Por lo que parece, mi reputación me precede.

Lizzie me miró de reojo, como si esperara mi reacción.

—Un placer, señor Davenport —dije con cortesía.

—Nathan —insistió—. El placer es todo mío, señora Lennox.

Algo en la forma en que pronunció mi nombre me puso en alerta.

No fue una falta de respeto ni una insinuación. Pero parecía esconder una intención en su tono, en la forma en que sostuvo mi mirada.

Como si fuera consciente de que yo no encajaba del todo en la imagen que daba.

Como si se estuviera preguntando quién era yo en realidad.

Como si yo estuviera empezando a volverme loca pensando que todo el mundo me evaluaba con intenciones ocultas.

Como si mi desbordada imaginación me hiciera creer que todos iban a averiguar la mentira que empezaba a consumirme antes

incluso de haber comenzado a vivirla.

Capítulo Cuatro



Durante el trayecto de vuelta a Hollowfield Manor, mi mente racionalizó lo que había pasado y yo misma llegué a la conclusión de que todo habían sido imaginaciones mías. Nadie me había mirado con ninguna intención más allá de la inevitable curiosidad que despertaba la llegada de una persona tan misteriosa como yo lo era para los habitantes de Cheltenham.

La señora Harper me preguntó qué tal había resultado la salida mientras yo le entregaba mi sobrero y mis guantes a Mary, otra de las doncellas.

—Ha sido estupendo, señora Harper. He podido hacer los recados pertinentes y me he cruzado con gente muy agradable —respondí.

—¿Algún encuentro reseñable?

Me encogí ligeramente de hombros y negué con la cabeza en un gesto apenas apreciable. El ama de llaves, ante mi falta de respuesta, se giró hacia Lizzie.

—Hemos visto al joven Billy Cooper —aclaró y tanto la señora Harper como yo esbozamos una sonrisa cómplice. Los sentimientos de mi doncella resultaban tremendamente obvios.

—Contaba con ello, puesto que el primer destino era la oficina de correos… —El tono de la señora Harper era risueño, pero no por ello evitó que la cara de Lizzie se tornara colorada.

—Podría habernos atendido el señor Johnson —murmuró—. No tenía por qué ser Billy.

—Por supuesto, querida —intervino la señora Harper—. ¿Algún otro encuentro que señalar?

—Cuando estábamos en la modista, ha aparecido el señor Davenport.

El rostro del ama de llaves se iluminó.

—Oh, ¿el joven Nathaniel Davenport? —Se giró hacia mí—. Debe de tener más o menos su edad, señora Lennox. Es un joven muy atento y agradable. Debería considerar su amistad. La ayudaría a entrar en sociedad el dejarse ver en su compañía.

—Hasta donde sé, señora Harper, y dado el ingente número de misivas cargadas de invitaciones que recibo, lo único que me impide entrar en sociedad en este momento soy yo misma. —Sonreí y ella me devolvió el gesto.

—Por supuesto, señora. ¿Dónde desea que le sirvamos el almuerzo?

—En la biblioteca, por favor. Debe de tener una luz preciosa en un día como hoy. Sirva también el de Lizzie, almorzará conmigo.

La señora Harper abrió mucho los ojos en señal de sorpresa, pero solo asintió con un movimiento de cabeza. Mi doncella me siguió con entusiasmo hasta la sala que yo había indicado.

La biblioteca de mi nuevo hogar era, sin duda, una de mis estancias favoritas. Las grandes ventanas permitían a la luz del sol aventurarse

sobre las estanterías de madera oscura, lo que resaltaba el dorado de los títulos que se alineaban en perfecto orden. El aroma a papel viejo y cera de muebles le confería una calidez reconfortante. Todavía quedaban algunas librerías a medio llenar de las que debería ocuparme yo misma.

Tras un recorrido por toda la estancia y una revisión superficial de los volúmenes que descasaban en los estantes, Lizzie y yo tomamos asiento en unas pequeñas butacas junto a una de las ventanas. Mi doncella recorrió la estancia con la vista, fascinada.

—Nunca había estado aquí dentro —murmuró con admiración.

—Puedes venir cuando quieras —respondí con una sonrisa—. Dudo que la biblioteca reciba muchas visitas aparte de las mías.

Lizzie rio suavemente y se acercó al gran globo terráqueo que se erguía en un rincón, junto a la chimenea. Con cuidado, hizo girar la esfera entre sus manos, observando cómo los continentes desfilaban bajo sus dedos.

—¿Dónde está California? —preguntó, deteniéndose en un punto indeterminado de Asia.

Me levanté y caminé hasta su lado, señalando la franja de tierra en la costa oeste del continente americano.

—Aquí. ¿Nunca has aprendido geografía?

Ella negó con la cabeza.

—Solo soy una doncella, señora.

Asentí.

—Claro, a veces olvido que el modo de actuar de mi familia no era el habitual. En nuestro caso, la institutriz que se encargaba de mi educación, instruyó también a mi doncella. Creo haberte comentado en alguna ocasión que crecimos casi como hermanas.

—Sí, señora, me lo comentó.

Lizzie inclinó la cabeza con curiosidad.

—Parece tan lejos… —murmuró, arrastrando los dedos por el mapa desde el punto que yo le había indicado hasta llegar a Inglaterra—. ¿Cómo fue el viaje desde allí hasta aquí?

Mi sonrisa se desvaneció apenas un instante. No quería dar demasiados detalles, pero tampoco podía esquivar la pregunta.

—Largo y agotador —dije y apoyé la mano en el globo con suavidad—. Primero tomamos un barco hasta Panamá.

—¿Cruzaron todo el continente?

—Sí. Atravesamos el Istmo de Panamá en caravana.

Lizzie abrió los ojos con asombro.

—¿En caravana?

Asentí con un gesto lento.

—Fue… la peor parte del viaje. Éramos un grupo de viajeros, la mayoría hombres. Molly y yo apenas nos atrevíamos a levantar la vista. No podíamos fiarnos de nadie.

Lizzie frunció el ceño.

—¿Tuvieron algún problema?

—No. Viajábamos con dos hombres de seguridad de la empresa de mi difunto padre. Eran discretos, pero sabíamos que estaban atentos a todo. Aun así, la sensación de peligro era constante.

Recordé las noches en que dormíamos con el equipaje abrazado al pecho, los cuchicheos de los hombres junto al fuego, las miradas furtivas que nos hacían desviar la vista de inmediato. El sonido de la selva y el miedo a lo desconocido pesaban sobre nosotras.

—No hablábamos con los demás viajeros bajo ninguna circunstancia. Apenas nos atrevíamos a mirarlos a la cara.

Lizzie me observó con algo parecido a la angustia en los ojos.

—Pero llegaron bien a la otra costa…

—Sí. Desde allí tomamos otro barco hasta Nueva York.

La expresión de mi doncella se iluminó.

—¡Debe de ser una ciudad increíble!

Sonreí con condescendencia.

—Lo es. Pero no nos quedamos mucho tiempo. Al llegar, nos despedimos de los hombres de seguridad y tomamos un barco rumbo a Inglaterra.

Lizzie suspiró y volvió a girar el globo, esta vez deteniéndolo en Londres.

—Un viaje tan largo… Debió de ser emocionante y aterrador a la vez.

Mi mirada se perdió en la superficie brillante del globo terráqueo.

—Lo fue. Más de lo que puedo explicar.

Hubo un silencio entre nosotras, roto solo por el leve crujido de la madera al girar la esfera entre sus dedos. Lizzie parecía querer preguntar algo más, pero se contuvo. Entendí que no quería hacerme revivir un recuerdo que ella sabía triste.

—Bueno —dijo con un tono más animado—, al menos ya está aquí, a salvo.

Le sostuve la mirada y sonreí.

—Sí. Aquí estoy.



El almuerzo transcurrió en una placentera calma. La conversación con Lizzie me había dejado sumida en un extraño vaivén de recuerdos y pensamientos, pero el cálido sol que entraba por los ventanales de la biblioteca y el exotismo que todavía suponía para mí la comida inglesa disiparon la tensión que había sentido al recordar mi viaje.

Lizzie, supongo que con intención de distraerme de recuerdos desagradables, hablaba con entusiasmo sobre algunos de los

comercios que habíamos visto durante el paseo. Yo la escuchaba con una media sonrisa y me sentía, por primera vez en días, parte de algo normal.

No duró mucho.

Un suave pero firme golpe en la puerta interrumpió el almuerzo. Antes de que pudiera responder, la señora Harper apareció en el umbral con su expresión comedida de siempre, aunque su mirada presentaba un brillo nuevo.

—Señora Lennox, ha llegado una visita.

Dejé la servilleta sobre la mesa y me puse en pie con calma.

—¿Quién es?

La señora Harper esbozó una sonrisa que no llegó a sus ojos.

—La viuda Montgomery.

Lizzie, que ya se había levantado para retirar los platos, se quedó inmóvil. Yo misma tuve que hacer un esfuerzo por no reflejar mi sorpresa.

«Qué impaciencia», pensé. No me había dado ni tiempo a responder a su invitación.

Respiré hondo y asentí con serenidad.

—Hágala pasar al salón. Estaré con ella enseguida.

La señora Harper inclinó la cabeza y desapareció con la misma discreción con la que había entrado. Lizzie, en cambio, esperó a que la puerta se cerrara antes de volverse hacia mí con expresión inquieta.

—Se ha presentado sin avisar.

—Eso parece.

—¿Por qué cree que ha venido?

Me giré hacia el gran ventanal de la biblioteca y contemplé el jardín bañado por la luz de la tarde.

—Porque no he respondido a su invitación, supongo.

Lizzie frunció el ceño.

—Pero usted no la ha rechazado…

—No, pero tampoco he aceptado. Y, por lo que parece, la señora Montgomery no es una mujer que acepte el silencio como respuesta.

Me alisé la falda con las manos y salí de la biblioteca con paso firme, con intención de mantener la compostura de una viuda distinguida, tal como se esperaba de mí.

Cuando entré en el salón, Constance Montgomery se encontraba de pie junto a la chimenea, con la misma elegancia imperturbable que estaba segura de que la hacía destacar en cualquier reunión. Su vestido de tonos oscuros y su porte erguido parecían esculpidos para la solemnidad. Como si estuviera destinada a pasar a la historia por el único motivo de ser ella misma.

Al verme, esbozó una sonrisa cortés, aunque no en exceso cálida.

—Señora Lennox —dijo con suavidad y extendió su mano.

—Señora Montgomery —correspondí con la misma amabilidad medida y con un leve apretón.

Nos sentamos frente a frente, y en ese instante supe que aquella visita no había sido impulsiva, sino calculada. La señora Montgomery no parecía el tipo de mujer que actuaba sin propósito.

—Lamento presentarme sin previo aviso —dijo, aunque su tono no sonaba arrepentido en absoluto—, pero me he visto obligada a ello, dado que no ha respondido a mi invitación a nuestras reuniones.

Tomé la taza de té que la señora Harper había dispuesto para nosotras y la sostuve entre mis manos.

—De hecho, pensaba responder esta misma tarde. No había tenido ocasión hasta hoy. Quería ir yo misma a por el papel, pero las

inclemencias del tiempo no me lo han permitido —dije con mi mejor sonrisa de cortesía—. No era mi intención hacerla esperar.

La viuda inclinó ligeramente la cabeza, como si estuviera evaluando mis palabras.

—Celebro escuchar eso, aunque me veo en la obligación de advertirle que lo que usted considera inclemencias del tiempo es el estado natural de Inglaterra y, si pretende hacer vida aquí, no debería permitir que condicionaran sus actos. En cualquier caso, dado que es nueva en Cheltenham, quise asegurarme de que supiera cuán importante es para nosotras que se anime a formar parte de las reuniones.

Dejé la taza sobre el platillo con un movimiento delicado.

—Le agradezco mucho la invitación, señora Montgomery. Lo cierto es que aún me estoy acostumbrando a la ciudad y a mi nueva vida aquí.

—Por supuesto —asintió ella con suavidad—. Precisamente por eso debería unirse a nosotras.

Sus palabras flotaron en el aire como una sentencia. No era una sugerencia. Era una orden envuelta en amabilidad.

—Las viudas de Cheltenham hemos construido una comunidad en la que nos cuidamos unas a otras. Sabemos lo que significa perder a un esposo, sabemos lo que es tener que adaptarse a una vida diferente. Todas hemos pasado por ello, y todas hemos encontrado consuelo y fortaleza en nuestra compañía.

La miré sin parpadear. No tenía intención de rechazarla, no podía permitirme hacerlo, pero tampoco quería parecer demasiado complaciente.

—No dudo de ello, y le agradezco su generosidad —respondí con cautela.

—No es generosidad, querida —sonrió—, es pragmatismo.

Hizo una pausa, supuse que con intención de que la palabra calara en mí antes de continuar.

—Ser nueva en Cheltenham implica ciertas dificultades, soy consciente de ello. La gente puede ser encantadora, pero también… inquisitiva. Cuanto antes encuentre su lugar, más fácil será su adaptación.

«Cuanto antes encuentre mi lugar»…

No había amenaza en su voz, pero tampoco era una simple observación. Mi sonrisa se mantuvo intacta.

—Entonces asistiré a la próxima reunión.

La señora Montgomery asintió satisfecha, como si ya hubiera anticipado mi respuesta y su propósito se hubiera cumplido del modo en que ella esperaba.

—Excelente. Están todas deseando conocerla. Será muy bienvenida, se lo aseguro.

No tenía ninguna duda de que lo sería, aunque deseaba de todo corazón que las conversaciones de esas reuniones no giraran en torno a nuestros difuntos esposos.

Capítulo Cinco



Mi carruaje se detuvo con suavidad frente a la residencia Montgomery. La mansión, tan sobria como imponente, daba la impresión de estar escudriñando a sus visitantes a través de su fachada de piedra gris. No era ostentosa, aunque sí tan intimidante como su dueña.

Antes incluso de descender de la calesa, ya pude comprobar el leve resplandor de las lámparas encendidas en el interior de la casa. Apenas distinguí sombras oscuras a través de los cristales. No podía decir si estaban asomadas esperándome o si se encontraban de espaldas a las ventanas prestando atención a algo que quedaba fuera de mi vista. En cualquier caso, la incertidumbre hacia lo desconocido, los nervios de no saber a qué o quiénes me enfrentaba y el temor a ser descubierta me provocaban una inquietud que debía de resultar evidente a ojos de cualquiera. No obstante, respiré hondo y me sobrepuse como pude. Tenía que hacerlo.

—No esté nerviosa. —Lizzie me cogió la mano—. Necesita amigas de su posición, y ellas la van a entender mejor que nadie, seguro.

Se me escapó un resoplido, pero no dije ni media palabra al respecto para no delatarme.

—¿Las conoces?

Lizzie negó con la cabeza.

—Solo de vista, y ni siquiera sé si a todas… La señora Newman sí me ha hablado a mí directamente alguna vez, es estupenda… Pero de las demás no le sabría decir. No sé cuántas serán ni quiénes.

Asentí y, cuando el lacayo abrió la puerta del carruaje, tomé aire y descendí con toda la elegancia de la que fui capaz. Traté de asegurarme de que mi expresión no delatara la inquietud que me atenazaba, pero no estaba segura del éxito de mi empeño. Pese a mis intentos por tranquilizarme, el corazón me latía desbocado y un sudor helado me recorría la espalda.

«¿Qué estoy haciendo aquí?», era la pregunta que no dejaba de resonar en mi cabeza mientras avanzaba por la escalinata de piedra hacia la puerta principal. «No era mi intención integrarme tan rápido, no había necesidad de esto».

Pero allí estaba. La señora Montgomery había hecho que rechazar su invitación sin levantar sospechas de que algo extraño ocurría conmigo fuera imposible. En algún momento tenía que pasar, y rehusar este primer encuentro no hubiera hecho sino crear una lamentable primera imagen de mí misma y despertar antipatías. Una invitación como aquella, adornada de elegancia, cortesía y advertencia, no podía más que aceptarla.

El vestíbulo de Montgomery House era amplio. Los techos altos, el mobiliario regio y la iluminación tenue le conferían un aspecto estratégicamente intimidante. O quizá todo fuera sugestión mía. No había exceso de adornos, nada parecía cumplir solo una misión decorativa. Cada pieza de mobiliario y cada cuadro semejaban elegidos a conciencia con el fin de transmitir buen gusto y un gran poder. Como la señora de la casa, allí todo era sobrio pero imponente.

El sonido de mi llegada pareció sumir a la casa entera en el más absoluto silencio. Durante unos instantes, apenas se escuchó la voz de una doncella reclamando mi capa y mis guantes. Tan pronto me los hubo quitado, sentí sobre mí las miradas. Las viudas ya me esperaban en el salón principal. Eran solo cinco mujeres, pero, aun así, me pareció un número desorbitado con el que lidiar; al fin y al cabo, yo solo era una, me sentía en clara desventaja. En un momento me sentí evaluada, examinada y juzgada. Aquello parecía algo más que un simple encuentro social.

Las palabras que me había dedicado la señora Montgomery en su visita volvieron a mí: «La gente puede ser encantadora, pero también… inquisitiva».

Inspiré con suavidad y avancé un par de pasos. Algo me decía que de este primer encuentro iba a depender mi futura vida social en Cheltenham. Había entrado en su juego. Y, aunque no había buscado iniciar partida alguna, me encontraba en medio del tablero.

—Querida, bienvenida.

La voz de Constance Montgomery llegó con brío desde el otro extremo de la sala. Se acercó hacia mí con un paso tan medido y constante que daba la impresión de que se deslizaba sobre el suelo. La precisión con la que se movía era la propia de alguien que sabe cuándo y cómo hacer que su presencia se imponga.

Giré con suavidad la cabeza hacia ella mientras se acercaba. Avanzó hasta mí con tranquilidad, ajena al hecho de haber conseguido captar la atención de los presentes con su mera presencia. Al llegar a mi lado, me tomó las manos con la sonrisa justa para transmitir hospitalidad, pero con la distancia que marcaba la prudencia.

—Están todas deseando conocerla. Su doncella puede esperar con el servicio. —Le dedicó un gesto apenas perceptible a la joven

que nos había abierto la puerta y, tras una reverencia, su doncella y la mía desaparecieron de nuestra vista.

El peso de las miradas aumentó, y me obligué a mantenerme serena. La señora Montgomery procedió a las presentaciones. Todas, con su luto riguroso y sus peinados impecables, me escrutaban con atención y sonreían conforme iban siendo nombradas. Hice un gran esfuerzo por memorizar los nombres, pero estaba segura de que me llevaría más tiempo.

La descripción que Lizzie había hecho de la señora Newman había sido totalmente acertada. Era con diferencia la más jovial de entre las presentes. Su corta estatura, su aspecto rollizo y sus mejillas sonrosadas la hacían destacar del resto. Mientras las otras apenas contenían una sonrisa, la señora Newman dejaba escapar una risa genuina cada pocos segundos.

Tomé asiento en la silla que habían dispuesto para mí y todas me imitaron en lo que parecían asientos asignados. La primera en dirigirse a mí fue la que había sido presentada como la señora Davenport.

—Tengo entendido, querida, que conoció el otro día a mi Nathaniel.

—Así es, señora. —Incliné la cabeza hacia ella en señal de reconocimiento—. Coincidimos en la modista, es un joven muy agradable.

—Y apuesto también… ¿O acaso no le pareció un hombre atractivo, señora Lennox? —intervino la señora Wallace, una mujer con envergadura de jirafa y cara de roedor. Su altura era considerable, pero su extrema delgadez creaba el efecto óptico de que lo era todavía más. Lo único más prominente que su aguileña nariz eran sus incisivos, que sobresalían de su boca y amenazaban con arañar el piso en cualquier momento.

—Por supuesto, es un joven muy gallardo —asentí.

La señora Davenport sonrió satisfecha por el cumplido, mientras la viuda Wallace me dedicó una sonrisa enigmática que no terminé de desentrañar, pues, justo cuando abrió la boca con intención de añadir algo más, fue interrumpida por la anfitriona, que eligió ese preciso momento para que comenzaran a circular las tazas de té. La propia señora Montgomery las iba sirviendo. Me pregunté por un momento por qué lo hacía ella misma y no requería a nadie del seguro extenso personal de servicio con el que contaba. Llegué a la conclusión de que quizá las conversaciones que se daban en estas reuniones debían ser lo más privadas posibles. No se me ocurría otra explicación.

La señora Newman, con una enorme sonrisa más propia de una niña que se sabe haciendo una trastada que de una mujer de su edad, caminaba tras ella e iba «alegrando», según sus propias palabras, cada una de las bebidas conforme la destinataria la recibía.

—Oh, querida, solo unas gotas —insistió, inclinándose hacia la señora Wallace, pese a que la señora Newman de pie y la señora Wallace sentada eran casi de la misma altura, con su frasco misterioso—. El mundo siempre se ve mejor con un poco de brandy.

—A juzgar por lo bien que ve usted el mundo, señora Newman, debería advertirnos cuánto le pone a su propio té —comentó con picardía la señora Davenport.

Las carcajadas llenaron el salón, y yo no pude evitar que se me escapara una sonrisa. Aquel no parecía en absoluto el encuentro solemne y señorial que yo había temido. No obstante, la señora Newman eligió ese momento para ponerse seria de pronto.

—Me gustaría dar una cálida bienvenida a la señora Lennox, que viene a llenar el triste vacío que ha dejado la señora Ford, la cual, lamentablemente, ya no se encuentra entre nosotras.

Yo ahogué una exclamación por la noticia casi al tiempo que las viudas se deshacían en sonoras carcajadas. La de la señora Newman fue tan exagerada que su cara parecía a punto de explotar de rubor. Hasta la señora Montgomery se reía con ganas. No voy a negar que me escandalicé un poco por la reacción a esas palabras.

—Una terrible pérdida —consiguió decir la señora Davenport en un intento infructuoso de mantenerse seria.

—Ya puedes decirlo, querida —confirmó la señora Wallace mientras acomodaba su esquelético trasero en la silla—. Todas fuimos a la boda, después de todo.

—Qué espectáculo fue aquello —agregó la viuda Forrester al tiempo que meneaba la cabeza con fingido dramatismo. Era su primera intervención en la conversación desde que yo había llegado, pero era una de esas mujeres que imponía su presencia sin esfuerzo. Su cabello dorado la delataba como la más joven del grupo (a excepción de mí misma), y un lunar sugerente junto a los labios le daba un aspecto único que la diferenciaba del resto. Era la más hermosa con diferencia—. Un velo demasiado largo para un segundo matrimonio, si me preguntan.

—Pero nadie te ha preguntado, Eleanor, querida —terció la señora Montgomery en claro tono de broma.

—Oh, Constance —se rio la aludida—, eres terrible.

Las demás la imitaron y yo me uní a ellas. Una vez había quedado claro que no estaban hablando de una difunta sino de una viuda que había contraído segundas nupcias, la conversación tomaba un cariz mucho más animado y distendido.

—Y el vestido… —añadió la señora Davenport con una expresión de desaprobación, muy alejada del gesto amable y seductor de su hijo, apenas contenida—. ¿Realmente era necesario un tono tan claro?

—Ni siquiera sus intenciones eran tan claras como ese vestido —replicó la señora Forrester y su lunar bailó junto a su boca al ritmo de las muecas que esbozaba—. ¿Han visto a ese hombre? ¿Cincuentón, calvo y con el doble de su peso?

—Por Dios, señoras, como si el color del vestido pudiera borrar el hecho de que ya fue esposa antes —terció la señora Wallace, que reía con suficiencia, antes de tomar otro sorbo de su té adulterado. Su risa aguda entonaba a la perfección con sus dimensiones alargadas y afiladas—. ¡Pero qué necedad! Todas sabemos que el señor Stewart tendría algo que decir al respecto.

—Oh, querida Jo, el señor Stewart tendría mucho que decir al respecto de todas nosotras —replicó la señora Newman y todas estallaron en sonoras carcajadas.

—Queridas mías, vais a escandalizar a la joven Clementine.

Yo solo negué con la cabeza para instarlas a continuar, deseaba que no detuvieran la conversación, aunque me encontraba demasiado conmocionada para entender del todo bien sus palabras. Intuía que hablaban de algo íntimo o pecaminoso, pero no terminaba de entender a qué se referían. El fallecimiento abrupto y prematuro de mi madre me había privado de esa conversación madre-hija que toda joven debe tener en algún momento antes de su casamiento. Y, aunque pretendía que sí, ni siquiera había tenido un matrimonio real mediante el que comprobarlo por mí misma.

—La joven Clementine viene del nuevo mundo, dudo mucho que podamos escandalizarla —aseguró la señora Newman.

—¿En qué estaría pensando Brenda? Ha cambiado su independencia por un marido —sentenció la señora Davenport. Dejó su taza en el platillo sin apenas ruido—. Y no cualquier marido.

—Oh, sí, pero muy bien acomodado —dijo la señora Forrester con ironía. Con semejante belleza, estaba claro que si no había

vuelto a casarse era porque no quería—. Quizá a ella le compensa.

Las risas estallaron de nuevo, y fue entonces cuando la señora Wallace, aún con una sonrisa en los labios, de la que asomaban sus omnipresentes incisivos, me miró con curiosidad.

—¿Y usted, querida? ¿Ha pensado en volver a casarse?

El murmullo de la conversación se atenuó de un modo sutil. No lo suficiente para que pareciera una pausa deliberada, pero sí lo justo como para que yo notara que todas esperaban mi respuesta. No tuve que pensarla.

—No —respondí con una seguridad imperturbable mientras llevaba la taza de té a mis labios.

No di explicaciones ni detalles. No había necesidad.

—Oh, por supuesto —intervino la señora Forrester. Encogió los hombros y esbozó una sonrisa genuina—. ¿Quién querría cambiar la libertad por un marido?

El comentario provocó una oleada de asentimientos y expresiones de aprobación.

—Una mujer que ha logrado construirse una vida de independencia debería pensárselo dos veces antes de renunciar a ella —añadió Constance Montgomery con suavidad—. Pero eso es decisión de cada una, por supuesto.

El murmullo de aprobación fue inmediato.

—Nosotras sabemos lo que significa ser esposas —continuó la joven señora Forrester—. Sabemos lo que exige, lo que toma de nosotras, lo que implica y a lo que obliga.

—Lo que nos deja —añadió la señora Wallace, con una ceja arqueada.

La señora Davenport chasqueó la lengua.

—Bueno, algunas lo extrañan más que otras…

—Y para eso está el señor Stewart —interrumpió la señora Newman.

Las carcajadas resonaron otra vez y, con ellas, la conversación derivó a otros temas con la misma ligereza chispeante de antes. Las risas seguían flotando en la estancia, pero yo sentía que la conversación había dejado una huella en el ambiente, invisible para cualquiera que no estuviera atenta.

La señora Davenport se dirigió a mí con un aire de evaluación.

—Sabe, señora Lennox, me alegra escuchar que no tiene intención de volver a casarse. Los hombres, por muy encantadores que parezcan, siempre son una carga.

—Y si no lo son al principio, lo serán después —añadió la señora Wallace con un dramatismo impostado.

La señora Newman soltó una risa breve y levantó su taza como si brindara al tiempo con todas y con ninguna.

—A decir verdad, querida, algunas de nosotras aquí hemos sido más felices en nuestra viudez que en nuestro matrimonio.

—¡Algunas! —exclamó la señora Wallace con una ceja arqueada y su rictus habitual—. Yo diría que la mayoría.

Un murmullo de aprobación recorrió la estancia. No tuve que levantar la vista para sentir la mirada de la señora Montgomery sobre mí. Tomé mi taza con calma.

—Supongo que, para algunas mujeres, el matrimonio es una bendición —dije con tono neutro—. Para otras, un sacrificio.

—Sabias palabras —dijo Constance Montgomery—. Y usted, querida, parece lo bastante inteligente como para saber en qué categoría encaja.

—¿Qué tal era el señor Lennox, Clementine? —preguntó la cordial señora Forrester—. ¿Se casó usted por amor? ¿Lo añora?

Tragué saliva mientras trataba de medir mis palabras. Cuanto menos dijera sobre él, más improbable era que me descubrieran en un renuncio.

—Sí, me casé por amor. Era un joven apuesto, educado y agradable. Lo añoro, por supuesto, aunque debo confesarles que, de las innumerables pérdidas que he sufrido recientemente, no es la que más me aflige.

Mis palabras provocaron en ellas asentimientos y murmullos de aprobación. Con esas sencillas palabras, me acababan de dar una bienvenida silenciosa a su estrecho círculo.

La señora Newman suspiró con dramatismo y dejó su taza sobre la mesa con un repiqueteo.

—Bueno, basta de hablar de maridos y de mujeres tontas que se dejan atrapar. Hablemos de algo más interesante.

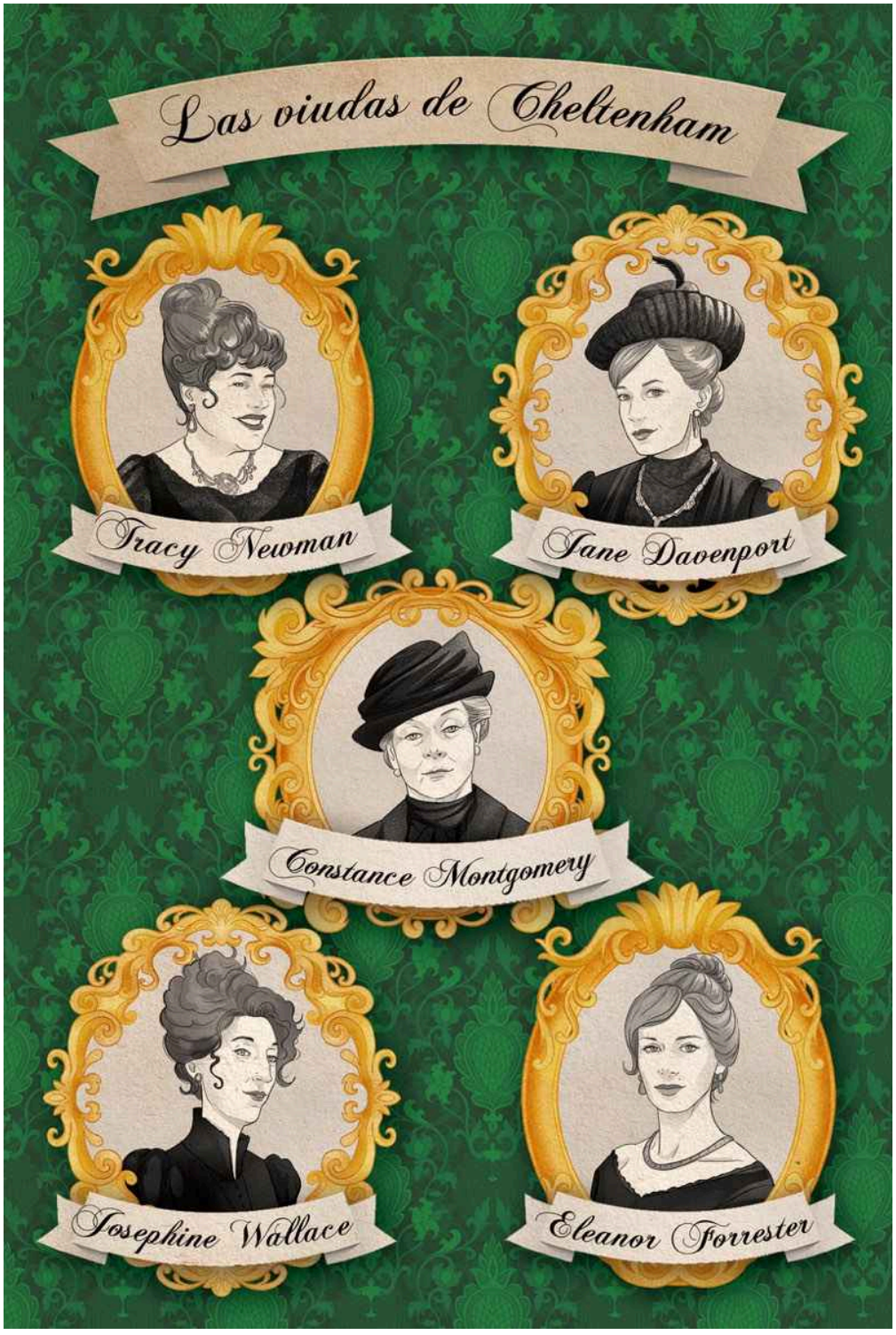
Se inclinó hacia delante con una sonrisa fabuladora.

—¿Alguien tiene alguna historia interesante que compartir?

Las carcajadas llegaron al momento. La conversación derivó en anécdotas escandalosas sobre los rumores más recientes de Cheltenham: alguna historia sobre un pretendiente rechazado y un par de menciones a una dama a la que se había visto en un carruaje con un hombre que no era su esposo.

Observé a cada una de las viudas. Sus risas, sus miradas de complicidad, la forma en la que, entre bromas, tejían una red invisible de alianzas y lealtades.

Ya estaba dentro. Ya me sentía una de ellas. Acababa de llegar a Cheltenham, pero ya sentía que había encontrado mi lugar.


Las viudas de Cheltenham
Tracy Newman
Jane Davenport
Constance Montgomery
Josephine Wallace
Eleanor Forrester

Capítulo Seis



El bullicio del salón aún resonaba en mis oídos cuando salimos a los jardines de Montgomery House a tomar el aire y esperar a nuestras doncellas. El frescor de la tarde fue un alivio tras el calor sofocante de tantas risas aprisionadas en corsés y desatadas por el brandy.

Me detuve junto al sendero de grava y dejé que la brisa dispusiera a voluntad los mechones sueltos de mi recogido. Aquella reunión había sido una prueba, una evaluación silenciosa de mi papel en la sociedad de Cheltenham. Aunque creía haber sorteado las preguntas e insinuaciones con destreza, sabía que un solo desliz podría resultar fatal… Y necesitaba calmar esos nervios que no estaba segura de que en algún momento de la vida ficticia que me había montado en mi propio beneficio fueran a desaparecer.

Por un instante, me permití cerrar los ojos, pero no llegué a disfrutar de la tranquilidad.

—Así que usted debe de ser Clementine Lennox.

Mi cuerpo entero se tensó. La fingida amabilidad que denotaba esa voz no resultaba tan natural como la de las viudas que acababa de conocer. Abrí los ojos y me giré despacio. Trataba de ganar

tiempo mientras mi mente intentaba anticiparse a lo que me iba a encontrar. Todo en mí se preparaba para lo inesperado, con el fin de no mostrar ni el más ligero atisbo de sorpresa, duda o inseguridad.

—Margery Wickham, un placer. —Me tendió la mano y la dejó suspendida en el aire en espera de que se la estrechara—. Podría decirse que soy la primera dama de Cheltenham.

Allí estaba ella, sin un aviso previo de sonido de pasos en la grava, ni advertencia de su llegada. Simplemente estaba. Era de esas personas para las que parece que el mundo se acomoda a su presencia, solo por el hecho de existir. Era joven para la posición que parecía ostentar, aparentaba ser apenas diez o quince años mayor que yo; pero había en ella una seguridad absoluta, de esa que solo poseen las personas que saben que el mundo siempre se inclina levemente en su favor.

Su vestido de seda color turquesa, a juego con el sombrero, resaltaba sus ojos azules con una precisión estudiada, esa mujer no tenía pinta de dejar nada al azar. A sus labios asomaba la sombra de una sonrisa que no llegaba a ser del todo amable.

—Señora Wickham. —Endurecí ligeramente la expresión, pero mantuve la cortesía y le estreché la mano—. Un placer conocerla.

Ella inclinó levemente la cabeza y me evaluó con una mirada que se entretuvo un instante más de lo necesario.

—Oh, lo será. Seguro que sí.

No me quedó claro si aquello era una promesa o una advertencia. El silencio entre nosotras duró apenas un segundo. Margery se giró con elegancia y comenzó a pasear por el sendero de grava, como si aquel jardín, solo por el hecho de estar pisándolo en ese momento, le perteneciera. Sabía que la seguiría. Contra mi voluntad, y por algún motivo que desconozco, lo hice.

—Las viudas tienen su círculo —comentó con la misma naturalidad que otro emplearía para hablar del clima—. Pero ¿qué hay de las mujeres jóvenes que aún tienen un lugar en la sociedad?

Me detuve en seco y la observé con atención. Ella sonrió complacida.

—Debería acompañarnos alguna vez, señora Lennox.

—¿Acompañarlas? —repetí con curiosidad.

—Oh, querida —dijo con el gorjeo propio de alguien que considera que su interlocutor ha dicho algo absurdo—, por supuesto.

Se giró hacia mí y su falda se agitó con el movimiento.

—Su edad le permite más oportunidades de las que puede encontrar ahí dentro, Clementine. —Hizo un ademán vago hacia la casa, donde las viudas habían estado conversando entre tazas de té secretamente endulzadas con brandy—. Si sabe cómo aprovecharlas.

No era solo una invitación. Era una propuesta. Margery no me estaba ofreciendo un simple encuentro social, me estaba dando a elegir un bando.

Las viudas de Cheltenham eran un refugio, un escudo para las mujeres que ya no podían moverse en sociedad de la misma manera. Eran un círculo sólido, respetado. Pero no tenían el poder que Margery sí tenía. Su presencia en ese jardín, en esa reunión a la que no había sido reclamada, era prueba de ello. No necesitaba ser invitada a ningún círculo porque ella creaba los suyos propios.

—Lo pensaré —mentí. No la quería de enemiga, pero la tarde que había pasado con esas mujeres (y quizá un poco el brandy también) había sido suficiente para establecer mis lealtades.

Margery esbozó una sonrisa lenta y divertida, como si ya supiera la respuesta antes incluso que yo misma.

—Oh, claro que lo hará, querida.

Y con la misma naturalidad con la que había llegado, dio media vuelta y se marchó. Dejó tras de sí un leve perfume a jazmín y la incómoda sensación de que acababa de ser marcada por ella de algún modo.

Emprendí el camino de regreso hacia las viudas que se encontraban al otro lado del jardín con el mismo paso sereno con el que había llegado hasta el camino de grava. No quería dar la impresión de que la conversación con Margery Wickham me había alterado, porque no lo había hecho. Aunque sí había dejado una sensación incómoda en mi interior, la certeza de estar pisando un terreno que no terminaba de conocer del todo.

—Clementine, querida, ven con nosotras a tomar un digestivo mientras esperamos los carruajes —me llamó Tracy Newman con ese tono sonrosado en la piel que había ido aumentando conforme avanzaba la velada. Si llega a durar un par de horas más, estoy segura de que habría alcanzado el bermellón. Se encontraba junto a sus compañeras y entre todas rodeaban a un mayordomo que sostenía una bandeja sobre la que descansaba una botella con algún tipo de licor en su interior y un número considerable de copas diminutas.

La voz de Constance Montgomery a mi espalda me sobresaltó.

—Margery Wickham no suele fijarse en cualquiera.

Me detuve en seco.

Giré con suavidad y la encontré observándome con la misma actitud inquisitiva con la que analizaba todo a su alrededor. No me preguntó de qué había hablado con Margery, no lo necesitaba. De algún modo, lo sabía.

—Si lo ha hecho contigo, es porque tiene un motivo —continuó.

No bajé la mirada. No dejé que mi expresión reflejara la más mínima vacilación, porque en realidad no vacilé. En aquel momento,

ya tenía claro con quién estaba mi lealtad.

—Me ha propuesto entrar en su círculo —aclaré sin que me hubiera preguntado.

Constance esbozó una sonrisa leve, calculada, la clase de sonrisa que no es ni fría ni cálida, sino una mezcla peligrosa entre ambas.

—Por supuesto. —Un leve cabeceo, apenas perceptible, acompañó su afirmación.

Me sostuvo la mirada un instante más y no me preguntó cuál había sido mi respuesta. Supongo que, de algún modo, ya lo sabía. Aun así, algo me impulsó a responder la cuestión que flotaba entre nosotras, sin que hubiese sido pronunciada.

—Le he dicho que lo pensaría, pero solo para ganar tiempo. No tengo intención de pensar nada. Siento que esta tarde he encontrado mi propio círculo —confesé.

—Celebro escuchar eso —replicó en un tono que en realidad no parecía celebrar nada—. Nos vemos en el baile de los Garland el sábado. Vamos todas, no estarás sola.

Asentí algo sorprendida por el hecho de que hubiera adivinado el principal temor que me atenazaba al pensar en acudir a una de esas fiestas. Ella hizo un gesto para indicarme que mi carruaje ya esperaba en la puerta. Me despedí de todas ellas y salí de allí.

Cuando la puerta se cerró tras de mí y me acomodé en el asiento de mi calesa junto a Lizzie, solté un suspiro silencioso. Observé por la ventanilla cómo Montgomery House se alejaba en la distancia, con sus luces cada vez más pálidas conforme la carretera se iba ampliando entre nosotras.

—¿Qué tal ha ido, señora? —preguntó mi doncella con una chispa de ilusión mezclada con su curiosidad característica.

—Muy bien, Lizzie. —Me forcé a ofrecerle una sonrisa—. El sábado asistiremos a un baile.

—Oh, señora, eso es maravilloso. —Comenzó a dar palmitas y a bailotear desde su asiento, con lo que consiguió sacarme una sonrisa más sincera todavía, pese a que la inquietud todavía planeaba sobre mí.

El encuentro con las viudas había sido una prueba. El encuentro con Margery, una oferta que quizá me saldría caro rechazar. Y la última conversación con Constance…, un recordatorio de que acababa de entrar en un juego que quizá me quedaba grande y en el que tenía que elegir bando. Ya había hecho esa elección, quizá de un modo precipitado, pero mi instinto me decía que era la correcta.

Capítulo Siete



El agua caliente descendía de mis hombros por toda mi espalda mientras Lizzie la vertía con delicadeza. El olor a lavanda llenaba la estancia, pero el vapor se disipaba pronto. La sala del baño, contigua a mi dormitorio, era excesivamente amplia para mantener el calor con facilidad y el agua se templaba deprisa.

No era capaz de concentrarme en el presente, mi mente divagaba y yo trataba de no anticiparme a lo que iba a ocurrir esa noche: el baile. Mi primer gran evento social en Cheltenham.

Tenía clarísimo, desde que llegué, que eso iba a ocurrir más tarde o más temprano. Debía integrarme en sociedad, pero no había encontrado la ocasión de hacerlo. Pensaba mantener mi luto, pero no podía seguir enclaustrada eternamente, aunque tampoco podía ignorar el nudo que se formaba en mi estómago.

—¡Oh, señora! ¡Qué emocionante! —exclamó Lizzie por enésima vez mientras frotaba mis brazos con un paño perfumado. Me sacó de mis pensamientos y me hizo prestarle toda mi atención—. Un baile de los Garland, nada menos… Todas las damas sueñan con un debut así.

Sonreí con una chispa de condescendencia, pero es que Lizzie solía despertarme ese sentimiento.

—Siento truncar tus ilusiones, Lizzie, pero no es mi debut.

—Oh, ya lo sé, señora, pero como si lo fuera… Es usted tan joven y bonita, y está siempre aquí sola y encerrada… Desde que llegó, ha rechazado todas las invitaciones. Todo el mundo está ansioso por verla esta noche. Eso es como un debut.

Sí, y eso era precisamente lo que me inquietaba. Lizzie no pareció percatarse de mi repentina rigidez, seguía parloteando con la misma emoción que si fuera ella a vivir la velada.

—¡Va usted a brillar! ¡Y el señor Davenport estará allí! —agregó con una risita—. Seguro que querrá bailar con usted.

Su tono travieso me hizo negar con la cabeza.

—No voy al baile para buscar compañía, Lizzie.

—No, claro que no, señora —aseguró, aunque su sonrisa sugería que no perdía la esperanza de que sus fantasías se hicieran realidad —. Pero no estaría mal si, además de disfrutar del baile, se encontrara con algún caballero interesante… y, ya que estamos, ¡también apuesto como el señor Davenport!

—¿O como el joven Billy Cooper? —pregunté con una sonrisilla.

—Ay, no, señora, por favor, no se vaya usted a enamorar de Billy —su voz sonaba azorada y sus mejillas se tiñeron de rojo—. Billy Cooper no es de su clase, y además es más joven, y…

—Tranquila, Lizzie, te tomaba el pelo. —Sonreí—. Te aseguro que no tengo ningún interés en él.

Lizzie se puso más roja todavía.

—No es que yo albergue ninguna intención hacia él, señora. Es solo que considero que no está a la altura de una dama de su categoría.

—¿No crees que es un joven apuesto?

—Oh, sí, señora —se volvió a entusiasmar—. Es un joven de lo más apuesto.

Dejé escapar una carcajada y ella frunció el ceño.

—Lizzie, querida, ¿has hablado alguna vez con él? Creo que deberías.

—Podría desmayarme de la vergüenza. Pero no hablemos de mí, hablemos de algún caballero que puede conocer usted esta noche…

Dejé escapar un suspiro y cerré los ojos. Me dejé caer contra el borde de la bañera en silencio. No era un caballero lo que me preocupaba, sino más bien la certeza de que, después de esa noche, mi presencia en Cheltenham dejaría de ser una mera curiosidad y se convertiría en un hecho consolidado.

El agua tibia ya se estaba enfriando cuando Lizzie anunció con el entusiasmo del que había hecho gala desde que le comuniqué que asistiría al baile:

—Hora de salir, señora. No queremos que se le arrugue la piel como una ciruela vieja antes de su gran noche.

—Qué alentador. —Sonreí—. Hermoso cumplido, Lizzie, gracias.

Ella rio mientras me envolvía en una bata de lino blanco y me conducía al tocador. Junto a él, colgado del biombo, me esperaba el vestido elegido para la velada. Seleccionado por mi doncella, claro, pues yo seguía sin sentirme del todo segura con la moda y el protocolo británicos.

—He mandado planchar la falda dos veces, solo para asegurarme de que no íbamos a encontrar ni una arruga en ella. Y un mozo ha sacado brillo a los zapatos hasta que han quedado perfectos. Va a ir usted impecable. Va a ser la dama más hermosa y más elegante de la fiesta.

Observé la prenda colgada con devoción del biombo. Era un vestido negro, no poseía en aquel momento ninguno de otro color. Y

así quería que fuera. Pese a los intentos desesperados de Lizzie de que adquiriera alguno de un color más alegre para el evento de esa noche, sentía que el negro me protegía. Era un mensaje lanzado al mundo: «no estoy disponible». Y me servía, de paso, para escudarme tras él si quería rechazar algún otro acto social.

Este, en concreto, era de un negro intenso, de seda mate, con detalles de encaje en las mangas y el escote. Lo suficientemente sobrio para una viuda, pero con una elegancia sutil que pretendía decirle al mundo que no me había estado escondiendo, que el motivo de que no hubiese aceptado ninguna invitación hasta la fecha era falta de interés. Pero, desde esa noche, iba a dejar de esconderme, iba a cambiar mi actitud. Era «La viuda Lennox», era la señora de Hollowfield Manor. Tenía que empezar a actuar como tal con la determinación que mi posición requería.

Lizzie aplaudió con vigor cuando me acerqué.

—Va a ser la dama más hermosa de la fiesta, señora.

Yo no estaba tan segura. Aunque no tenía dudas acerca del vestido, aún no terminaba de asimilar que iba a ser la mujer que lo iba a lucir. No estaba acostumbrada a ser la señora de la casa. Mis inseguridades trataron de asaltarme de nuevo, pero las desterré con rapidez y presté mi atención a la prenda que me aguardaba.

—¿Señora? —Lizzie me miraba con curiosidad—. ¿No le gusta el vestido?

Recompuse mi expresión de inmediato y pasé las manos por la tela.

—Al contrario. Es perfecto.

Lizzie sonrió con orgullo y comenzó con su tarea de vestirme.

Se dedicó a ello con empeño. Cepilló mi cabello con una precisión casi obsesiva antes de recogerlo en un elegante moño bajo. Dejó algunos mechones sueltos para enmarcar mi rostro y me observó.

—No queremos que parezca demasiado severa —dijo con solemnidad—. No es usted una institutriz, después de todo. Y aunque no albergue intenciones hacia ningún caballero, nunca está de más que ellos lo deseen. Cuanto más inalcanzable parezca, más deseable la hará, más poder le dará.

Reprimí una sonrisa.

Después, llegó la tarea de vestirme. El corpiño del vestido negro que había arreglado la modista se ajustó con magistral perfección a mi figura, mientras Lizzie se demoraba con una calma exasperante en abrochar los pequeños botones que recorrían la espalda.

—Demasiado perfecto, señora. Todas las damas la observarán esta noche, y no porque sea la viuda Lennox, sino porque es usted preciosa.

Sentí que mi reflejo me devolvía la mirada desde el espejo.

No me sentía como la viuda que había imaginado al llegar a Cheltenham. Tampoco como la joven insegura e inquieta que había partido de California con su mejor amiga, con una nueva vida por delante, huyendo del miedo hacia la libertad. Era alguien en medio de ambas. Una mujer aún por definir.

Lizzie me tendió los guantes del mismo color que el vestido.

—Y ahora, a brillar.

Me los coloqué con movimientos suaves, inhalando lentamente.

—Si por «brillar» te refieres a «sobrevivir a la velada sin cometer un solo error y con un mínimo de dignidad»… Entonces, sí. Debes saber que esa es mi máxima aspiración respecto a este evento.

Lizzie hizo rodar los ojos con pretendida desesperación, pero su sonrisa no la abandonó.

—Ya verá que esta noche será maravillosa.

Yo no estaba tan segura, pero no lo dije en voz alta. Porque me daba la impresión de que lo único más peligroso que los bailes de

Cheltenham eran las altas expectativas que todos tenían sobre ellos.



El carruaje se detuvo con suavidad frente a la gran mansión donde se celebraba el baile. Empezaba a sentir que ese pequeño cubículo rodante era una extensión de mi hogar. Era mi lugar seguro antes de cada tormenta. Era el refugio al que volver cuando todo había pasado. Desde la seguridad que me proporcionaba estar a este lado de la ventanilla, podía observar la elegancia casi intimidante del lugar al que acababa de llegar. Los escalones de mármol que daban acceso a la enorme edificación estaban decorados con faroles encendidos, y el resplandor dorado de las lámparas iluminaba la señorial fachada de piedra y le daba un aspecto aún más imponente, si es que eso era posible. Desde el interior, la música emergía a través del aire, acompañada por el murmullo de conversaciones. Si prestabas la suficiente atención, podías incluso escuchar el ocasional tintineo de las copas.

—¿Lista, señora? —Lizzie se asomó con ilusión desde su asiento. Su emoción era palpable. Deseé con todas mis fuerzas compartir ese entusiasmo, pero, por el contrario, yo no podía sino sentir que el corsé se me ajustaba un poco más. No estaba acostumbrada a eso. Y no estaba segura de querer acostumbrarme.

Inspiré hondo y acepté la mano del lacayo que me ayudó a descender. La brisa nocturna acarició la piel cubierta de encaje en el escote del vestido, aunque fue la intensidad de las miradas de los presentes lo que en realidad me provocó un escalofrío.

Estaba claro que el negro no era el color más habitual para un baile, pero ese era mi papel y debía representarlo hasta sus últimas consecuencias. Era viuda, después de todo.

A medida que ascendía por la escalinata de mármol, podía notar los susurros. Me sentía como una mancha negra en un lienzo blanco. Con un protagonismo desmedido que no me correspondía. O que no quería que me correspondiera.

Lizzie apenas podía contenerse, los ojos le brillaban con una emoción inusitada incluso para ella.

—Voy con las demás doncellas, señora —dijo. Luego se inclinó con gracia en una reverencia y desapareció por una puerta lateral.

La envidié por un instante. A ella y al resto de las doncellas. Las de su posición podían moverse con total libertad, lejos del escrutinio. Lejos de protocolos. Lejos de las miradas y cuchicheos.

Yo, en cambio, no tenía escapatoria.

Entre las columnas de mármol, los candelabros de cristal y los tapices de seda que adornaban el descomunal vestíbulo, grupos de invitados se saludaban con sonrisas tan ensayadas como los bailes que se ejecutaban en el salón principal. Al cruzar el umbral donde las parejas y grupos desarrollaban las elaboradas coreografías, me vi sumergida en el ambiente que proporcionaban tanto la dorada luz de las lámparas como la música del cuarteto de cámara apostado en un extremo de la estancia.

No tardé en localizar a la señora Montgomery y su círculo de viudas. Eran, al igual que yo, una mancha oscura en medio de un mar de mármol. Pinceladas de negro manchando el mosaico multicolor que formaban las demás mujeres. Recordatorios de la cruda realidad a la que la pretendida felicidad de las damas parecía ser ajena.

Como si hubieran previsto mi llegada, me hicieron un espacio entre ellas. Me protegieron con su presencia de los caballeros expectantes y las jóvenes debutantes que intercambiaban miradas de estrategia social.

—Ah, querida, aplaudo el buen juicio que ha tenido al venir a nosotras en primer lugar. —La señora Davenport sonrió con aprobación mientras daba un leve sorbo a su copa—. Si no se anda con cuidado, estos eventos se pueden convertir en un auténtico campo de batalla.

—Vengo de una guerra real, señora Davenport, le aseguro que no pretendo en absoluto librar ninguna otra —respondí con pretendida ligereza, aunque mis manos enguantadas se cerraron levemente sobre el abanico que sostenía con el único fin de tenerlas ocupadas.

La señora Montgomery, que no se había perdido detalle de la conversación, esbozó una sonrisa apenas perceptible.

—A veces, querida, la guerra llega a nosotras aunque no la busquemos. —Hizo un gesto con la cabeza hacia la puerta—. En ocasiones, la guerra simplemente aparece, como ahora, envuelta en seda de color malva.

Capítulo Ocho



El murmullo en la sala se intensificó un segundo antes de enmudecer casi por completo, justo cuando la figura de la señora Wickham hizo acto de presencia. Habría sido imposible ignorar su llegada.

No era la mujer más hermosa de la sala, pero puede que sí la más majestuosa. Su vestido malva contrastaba con su piel clara, y su cabello cobrizo recogido en un peinado cuidado al detalle realzaba la perfección de su cuello y sus hombros. Como buena dama obsesionada con demostrar su poder, sabía disimular sus defectos y potenciar sus virtudes. Su porte dejaba claro que no buscaba llamar la atención, no lo necesitaba, porque esta la seguía como una sombra dondequiera que fuera.

Entre las mujeres despertaba al tiempo sentimientos de recelo y admiración, mientras que de los hombres recibía miradas furtivas. Margery no necesitaba luchar por un espacio en sociedad, lo dominaba como nadie.

Su atención paseó por la estancia. Bajo el umbral de acceso al salón, recibió todas las miradas con evidente agrado. Su vista se

detuvo cuando por fin reparó en mi presencia, y ahí se mantuvo fija durante más tiempo de lo necesario o lo cortés.

A la señora Montgomery no le pasó desapercibido.

—Qué oportuno. —Su voz era baja, apenas un susurro dirigido a mí—. Parece que has llamado la atención de alguien importante.

Algo en la mirada desafiante de la señora Wickham, en lugar de empequeñecerme, me hizo sacar la fuerza interior que llevaba escondida desde mi llegada.

—No estoy segura de que sea un privilegio —sentencié.

—No lo es. —La señora Montgomery sonrió sin humor, aunque evidentemente complacida por mi comentario—. Pero si Margery Wickham te incluye en su juego, más vale que tengas claro cómo seguir la partida, quieras o no.

La señora Wickham se abrió paso entre los grupos con una gracia estudiada. Se detuvo solo para saludar con elegancia a unos pocos elegidos antes de continuar su camino hacia donde yo me encontraba. Me estaba buscando a mí.

La señora Montgomery dejó espacio entre nosotras justo cuando Margery llegó a mi lado.

—Clementine.

Era la primera vez que pronunciaba mi nombre.

No «señora Lennox» ni «viuda Lennox», solo «Clementine».

Una familiaridad y una confianza que no se había ganado, pero que ella usaba como si así fuera. Era de esas personas que parecían creer poseerlo todo por pleno derecho.

Me giré con calma y me encontré con su mirada inquisitiva. Sentí que yo era su nuevo entretenimiento. Su curiosidad era grande, como la del resto de los habitantes de Cheltenham, pero, en su caso, además, pretendía captarme para su grupo como muestra, una vez más, de su omnipotencia. Fue en ese momento en el que decidí

que ni siquiera iba a molestarme en entrar en su juego. Me crecí, porque es la única manera de enfrentarse a mujeres como ella.

—Señora Wickham.

—Oh, por favor, Clementine, no es necesario que utilice esas formalidades conmigo. Comprendo que entre las viudas haya ciertas normas, ciertas maneras… Es natural, después de todo. Se aferran a la corrección y la solemnidad porque es lo único que les queda, un reflejo de la posición que alguna vez ocuparon. Pero usted… Usted no es como ellas.

Margery hizo una pausa. Dejó que sus palabras calaran antes de continuar, con una sonrisa de alguien que considera la partida ya ganada antes incluso de jugarla.

—Es joven. Todavía tiene un lugar entre las mujeres que siguen siendo parte del mundo —continuó—. No hay razón para comportarse como si ya estuviera fuera de él.

Las viudas a mi alrededor tensaron ligeramente la expresión. Sabían a la perfección lo que Margery estaba haciendo. Y a partir de ese momento, también lo sabía yo. No era una conversación casual, era un segundo ofrecimiento. La primera vez, en los jardines de Montgomery House, me había dado la oportunidad de entrar en su mundo de un modo privado; en esta ocasión, lo estaba haciendo delante de testigos. Les acababa de lanzar un guante a todo el círculo de viudas, supongo que pensó que así me sería más difícil negarme.

Sonreí con la misma condescendencia que ella me dedicaba, como si no entendiera la trampa.

—Supongo que hay muchas maneras de estar en sociedad, señora Wickham —insistí en mantener la formalidad con ella pese a su petición de hacía un instante.

Margery inclinó la cabeza levemente.

—Sí. Y algunas son más… ventajosas que otras. Pero eso usted ya lo sabe, Clementine…

Por un segundo, la música y el murmullo de la sala parecieron arropar su comentario, que, más que algo fortuito, sonó casi a advertencia.

Mi sonrisa no flaqueó a pesar de sus palabras.

—Lo sé, señora Wickham, por eso creo que mi lugar se encuentra entre las que comparten mi mismo estado civil. Mi intención de honrar, por los años que me queden, la memoria de mi difunto esposo me haría, estoy segura, una compañía poco interesante en un grupo de damas con otras inquietudes. —Me giré hacia la señora Montgomery, que seguía nuestra conversación con genuino interés—. ¿No crees, Constance?

Era la primera vez que la tuteaba, pero la intencionalidad de hacerlo en esa circunstancia particular me proporcionó una mirada y una sonrisa de aprobación por su parte.

—Soy de tu misma opinión, querida Clementine.

Margery sostuvo mi mirada un segundo más, como si midiera mi respuesta, antes de dejar escapar un gesto de superioridad.

—En ocasiones, una se vuelve interesante en función de la compañía que escoge. Un placer, señoras.

Y con la misma elegancia con la que había llegado, se alejó. Dejó tras de sí el aire impregnado de aroma de jazmín… y la certeza de que mi posición en Cheltenham acababa de volverse quizá algo más complicada. Por mi parte, sentí una mezcla curiosa de alivio e inquietud en mi interior. Imaginé a Margery como una temible araña que estaba tejiendo una red y yo me encontraba justo en el centro.

Todas las viudas que me acompañaban parecían mirarme con orgullo y un renovado respeto. En realidad, no las conocía lo suficiente como para haberme enfrentado a alguien como Margery

por ellas, pero estaba decidida a seguir mi instinto, y sin duda este me gritaba que ese era mi lugar.

Inspiré algo nerviosa y emprendí el camino al porche para tomar un poco el aire y calmar los nervios. Dejé dentro a las viudas analizando los vestidos de las damas y les aseguré que volvería enseguida. Ya en el exterior, tomé una copa de champán de la bandeja de un lacayo que pasaba cerca. No bebí, pero sostener el cristal frío en mis manos me proporcionó la falsa sensación de seguridad que necesitaba.

—¿Huyendo de compromisos, señora Lennox?

La voz masculina, suave y cargada de cierta ironía, me tomó por sorpresa. Me giré despacio y me encontré con Nathaniel Davenport. No podía ser de otro modo, no conocía a ningún otro caballero de los presentes, pese a que ellos sí parecían saber de mí. La postura del señor Davenport era relajada. Sostenía una copa en la mano y su expresión era la misma que había apreciado en nuestro primer encuentro, justo la de alguien a quien todo lo que le rodea le causa una ligera diversión. Su mirada, de una perspicacia evidente, daba la impresión de estar al tanto de todo, justo como su madre.

—¿Acaso me estaba observando, señor Davenport? —pregunté con pretendida indiferencia.

—Nathan —me corrigió—. Y no soy tan impertinente como para admitir algo así —respondió, con una sonrisa que me hacía albergar dudas de si estaba bromeando o si, en efecto, había estado pendiente de mí. Añadió en apenas un susurro—: Lo negaré siempre, en especial delante de mi madre.

Ahogué una carcajada que no pude disimular del todo.

—¿Disfruta del baile, señor Davenport?

—Nathan —quiso sonar exasperado, pero su tono era divertido—. Tanto como puede uno disfrutar de estos eventos: conversaciones

banales, alianzas secretas, matrimonios negociados contra la voluntad de los contrayentes… Lo de siempre.

Alcé las cejas con diversión.

—Resulta usted bastante cínico para ser alguien tan joven.

—¿Cínico yo? —bromeó antes de llevarse la copa a los labios—. Realista más bien.

Su tono no era amargo, pero sí quizá cansado, como si conociera demasiado bien estas convenciones sociales como para deslumbrarse con ellas. Traté de aventurar cuánto de su madre había en él. La señora Davenport era observadora y perspicaz, con un punto cínico y descarado en la intimidad que le proporcionaba su grupo. En definitiva, una mujer que sabía exactamente cuál era su lugar en Cheltenham y cómo sacarle el máximo partido a su posición. Y ahora su hijo estaba aquí, iniciando conmigo lo que me parecía que era una conversación cuidadosamente medida.

—En cuanto a lo «joven» que le parezco… No creo serlo más que usted, señora Lennox. Debe saber que, pese a su insistencia en vestir el luto y juntarse con mi madre y sus amigas, no engaña a nadie.

Todo mi cuerpo se tensó ante ese comentario. Intenté que mi voz no temblara al replicar.

—¿A qué se refiere, señor Davenport? ¿En qué se supone que pretendo engañar?

Se acercó más a mí, hasta que su voz acarició mi oreja con su susurro.

—A que no es usted una viuda como mi madre y sus amigas. Usted ha vivido un duro golpe, más duro que el de ellas incluso, pero tiene toda la vida por delante y una belleza y un aura de misterio que a todas las damas de este baile les tiene que parecer insultante. Y llámeme Nathan, no me gustaría tener que repetírselo.

Volvió a su posición anterior y me sostuvo la mirada. Mi piel seguía erizada desde que había notado su respiración tan cerca de mí.

—Nathan —fue lo único que respondí.

Él esbozó una media sonrisa.

Bebí un pequeño sorbo de mi copa, sin apartar mi mirada en la suya. No había nada abiertamente provocador en su tono, pero tampoco estaba siendo una conversación del todo inocente.

—¿Qué le hace pensar eso?

Nathaniel inclinó la cabeza en un movimiento casi imperceptible. Sin duda me evaluaba con esa media sonrisa que parecía ser su gesto más natural.

—Bueno, para empezar, está aquí —respondió con un ademán de la mano—. Y no solo eso, sino que ha llegado vestida para que nadie pueda ignorarla.

Bajé la vista un instante hacia mi vestido negro, la seda mate absorbía la luz en lugar de reflejarla como hacían las telas más claras de las otras damas. No era un vestido modesto. Era toda una declaración de intenciones, y estaba en lo cierto de que esa había sido la intención. Así lo había sugerido Lizzie y así lo había aceptado yo. Si tenía que entrar en sociedad, lo haría con todas las consecuencias, pero con mis propias normas. Era un mensaje, y él lo había leído con precisión.

—Es un vestido de luto —repliqué suavemente.

—Oh, sin duda lo es —asintió, y se inclinó levemente hacia mí de nuevo—. Pero hay maneras de vestir el luto sin volverse inolvidable. Y usted ha elegido lo contrario.

No respondí enseguida. Sabía que no le faltaba razón. Mi llegada al baile no había pasado desapercibida. No lo hubiera hecho bajo ninguna circunstancia, pero, ya que iba a ser el centro de atención

igual, mejor serlo con todas las consecuencias. La viuda Lennox ya no era solo una figura misteriosa, era real.

—Quizás solo quiero empezar una nueva vida —dije al fin, con pretendida naturalidad.

Nathaniel sonrió, pero había una chispa en sus ojos que indicaba que no se tragaba la respuesta por completo.

—Me parece una actitud de lo más acertada, Clementine. Me alegra saber que va a dejar de comportarse como si fuera usted la que hubiera muerto. En este caso entonces, ya que aquí comienza esa nueva vida, debería empezar por disfrutar del baile. —Me tendió la mano—. ¿Me concede este vals? Si van a hablar igual, démosles munición.

No era nada habitual que las viudas bailaran en eventos como ese. Asistían, observaban, conversaban, pero no compartían la pista de baile con las jóvenes debutantes y los caballeros en busca de esposa. Hacerlo significaba una declaración. Podía sentir la atención de las viudas sobre mí a través de la cristalera que nos separaba del salón. La señora Montgomery, la señora Davenport e incluso la señora Wallace. La elección era mía. Al aceptar, dejaba claro que mi luto era más flexible de lo que la sociedad esperaba. Al negarme, en cambio, reforzaba la imagen de viuda prudente y reservada que se me presuponía hasta la fecha.

Nathan esperaba con la mano aún extendida y esa inconfundible media sonrisa en su rostro. Él sabía exactamente lo que me estaba pidiendo y estaba encantado con ello. Era, sin lugar a dudas, un provocador. Inspiré con calma y, con una sonrisa similar a la suya, extendí mi mano enguantada y la coloqué sobre la de él.

—Un baile, señor Davenport. Solo uno.

Su sonrisa se ensanchó apenas un milímetro mientras su mano se cerraba con suavidad sobre la mía.

—Por supuesto, señora Lennox.

Y con un gesto tan despreocupado como medido, me guio a la pista de baile.

Capítulo Nueve



El incesante sonido de las cucharillas parecía ir a quebrar la porcelana en cualquier momento. Era un ruido que comenzaba a resultarme familiar, el tintineo nervioso que precedía a las conversaciones importantes en las reuniones de las viudas en Montgomery House. Pero aquella tarde, dos días después del baile, los dulces y las tazas de té no lograban que la velada fuera como todas. La conversación tenía un tono distinto: yo era el tema central, y aún no había conseguido escapar de la revolución que mi comportamiento había supuesto.

—Querida Clementine, debe perdonarnos, pero su nombre ha estado en los labios de todo Cheltenham desde la otra noche. Nadie habla de otra cosa. —La señora Davenport sonrió con calculada diversión mientras removía su té—. Y en este círculo no podemos obviar una información así.

—Por supuesto que no, querida —asintió la señora Newman—. Nosotras jamás nos quedamos fuera de un cotilleo.

Las demás viudas rieron con sinceridad, pero en sus ojos brillaba una curiosidad insaciable que no iban a dar por satisfecha fácilmente. Sabían lo que había hecho: había bailado. Con un

hombre. Con un joven apuesto, agradable, buen bailarín y buen conversador. Y me había gustado. El recuerdo de su mano en mi espalda y cómo parecía arder a través de la tela de mi vestido hizo que me sonrojara. Había sido la primera vez que bailaba con un caballero, pero ellas no podían saber ese dato.

También había conversado con Margery Wickham, y no estaba segura del alcance de ese suceso.

—Yo misma me tomé la libertad de desmentir cualquier rumor absurdo antes de que empezara a extenderse —intervino la señora Wallace con un aire de orgullo mientras sus dientes de roedor parecían mantener una lucha encarnizada con su labio inferior—. Me ocupé de asegurar a todo el que tenía cerca que lo suyo con el señor Davenport no fue más que un gesto de cortesía.

—Claro, querida. —La señora Forrester asintió con solemnidad—. Pero sabe lo que suele decirse de los gestos de cortesía, ¿verdad?

—Que rara vez terminan ahí —concluyó la señora Montgomery con un destello travieso en la mirada.

La señora Newman dejó su taza sobre la mesa con un tintineo que llamó la atención de todas las presentes.

—¡Pues si termina ahí, qué lástima! —exclamó con fingida indignación—. Ese hijo suyo, señora Davenport, ha resultado ser… un joven encantador. Además del osado que sacó a bailar a la viuda Lennox. Desde luego, si quería estar en boca de todos, lo ha conseguido.

—¿Encantador? —La señora Davenport inclinó la cabeza con escepticismo—. No estoy segura de que esa sea la palabra que yo usaría para definir a mi Nathaniel.

—¿Y cuál usaría, entonces? —preguntó la señora Forrester con interés. El lunar junto a su boca parecía tener la misma curiosidad que ella.

—Provocador. —La señora Davenport parecía debatirse entre el orgullo y la resignación—. Nathan siempre ha disfrutado desafiando las normas establecidas. Todo lo contrario que su difunto padre.

—Oh, en eso ha salido a su madre, sin duda —comentó la señora Wallace con una sonrisa maliciosa y su largo cuello muy estirado.

Las viudas rieron, y la señora Newman como la que más.

—Pues me gusta. A este círculo de viejas aves de rapiña nos viene muy bien el provocador Nathaniel Davenport y lo que pudiera ocurrir con nuestra ya querida amiga la señora Lennox.

—Hable por usted, señora Newman —respondió la señora Montgomery con una sonrisa burlona—. La joven Clementine todavía no ha afirmado ni desmentido nada.

Intenté no tensarme. No esperaba que la conversación sobre Nathaniel continuara tanto. Por un lado, me gustaba oírlas hablar sobre él, pero, por otro, me incomodaba mucho y deseaba que pasáramos a otro tema cuanto antes.

—No hay nada que desmentir ni confirmar. —Dejé mi taza en el platillo y traté de aparentar tranquilidad—. El señor Davenport me invitó a bailar y lo consideré apropiado. Eso es todo.

La señora Montgomery inclinó levemente la cabeza y me dedicó una sonrisa enigmática.

—¿Apropiado? En la teoría, querida, tal vez. Pero en la práctica… Bueno, digamos que no todas las viudas han causado semejante revuelo en su primer baile.

—Quizá la señora Lennox no requerirá de los favores del señor Stewart —terció la señora Newman—. Yo, desde luego, y más a su edad, preferiría mil veces antes las atenciones del joven Nathaniel Davenport, no te ofendas, querida Jane —añadió dirigiéndose a la señora Davenport, todavía me costaba ubicar sus nombres de pila.

La aludida dejó escapar una carcajada.

—No me ofendo, querida Tracy, en eso es igualito que su padre… Y debo confesar de mi difunto esposo que su atractivo físico era su única virtud.

Todas prorrumpieron en risas y yo me uní a ellas mientras notaba que el rubor subía a mis mejillas.

—Eso sí, señora Lennox —dijo Tracy Newman—, actúe siempre con discreción. Nuestro estado civil nos permite la libertad de hacer lo que nos plazca sin rendir cuentas a nadie, tendemos a ser invisibles para la sociedad. Intente siempre no llamar la atención ni protagonizar un escándalo, eso le permitirá vivir a su antojo.

—Exactamente —intervino la señora Davenport, con la mirada aguda—. Diviértase con mi hijo todo lo que quiera, pero, por el amor de Dios, es usted muy joven, vaya con cuidado y no me haga abuela. De un escándalo así no nos recuperaríamos ninguna de las dos, y no es el modo en el que deseo que eso ocurra.

—Nada más lejos de mi intención, señora Davenport. —Jamás me había sentido tan avergonzada y al tiempo tan perdida. Creía intuir de qué estaban hablando, pero no sabía con certeza a qué se referían. Era una absoluta ignorante en esos temas y no podía contárselo a nadie en confidencia sin revelar que todo era una farsa y nunca había estado casada.

—Al final, parece que usted y mi hijo tienen algo en común, señora Lennox.

Fruncí levemente el ceño.

—¿A qué se refiere?

La señora Davenport se encogió de hombros con aire casual.

—Nathan es un provocador, como todas sabemos ya. No puede evitar desafiar lo que se espera de él. —Hizo una pausa significativa —. Como usted con la señora Wickham.

El aire en la sala pareció tensarse por un instante. Solo se escuchó el roce de los vestidos en las sillas cuando todas se inclinaron simultáneamente hacia mí.

—¿Yo la desafié? —pregunté con inocencia.

—No lo llamaría de otra forma. —La sonrisa de la bella señora Forrester se hizo más pronunciada—. Margery Wickham no acostumbra a encontrarse con mujeres que no agachen la mirada ante la suya.

—Ni a escuchar un «no» sin un temblor en la voz —añadió la señora Montgomery.

Sabía que tenían razón y temía haberme buscado un problema sin pretenderlo. En el baile, Margery me había dado una oportunidad de integrarme en su círculo y apartarme de las viudas, pero yo… no solo la rechacé, sino que lo hice sin la sumisión esperada. No me había disculpado, ni había intentado suavizar mi negativa. Simplemente la había dejado en el aire, sin darle lo que esperaba. Y no podía arrepentirme menos de ello. Estaba convencida de haber hecho lo correcto, aunque no era capaz de imaginar el alcance de mi atrevimiento.

—Si Margery Wickham se ha fijado en usted, querida… —La señora Wallace dejó su taza sobre el platillo—. Le va a resultar muy difícil deshacerse de ella. Puede ser una persona muy insistente. —Dejó escapar un suspiro.

—Espero que lo tenga claro, señora Lennox —añadió la señora Montgomery—. Si ella la quiere de su lado, no se rendirá tan fácilmente.

—Aunque, por otra parte —intervino la señora Davenport—. Puede que una negativa rotunda haya desatado una guerra interna y ya no le interese tanto reclutarla como hacerla caer.

Todas emitieron un grito ahogado al unísono.

—Podría ser, por supuesto —aseguró la señora Forrester—, es capaz de eso y más.

—Ni caso, Clementine. —La señora Newman le quitó importancia con un gesto de la mano—. No tenga duda de que ha hecho usted lo correcto. Esa mujer es mala como un demonio.

No respondí. Porque sabía que era verdad.

El murmullo de la conversación se perdió por un instante mientras las viudas volvían a sus tazas de té. Habían hablado con claridad, sin rodeos, como siempre hacían cuando algo realmente importaba.

Y yo sentí el peso de lo que significaba haber estado en el punto de mira de Margery Wickham. Pero, más importante aún, sentí el significado de estar aquí, con ellas, de haberlas elegido. No era solo un grupo de mujeres que compartían el mismo estado civil, no eran simples conocidas que se reunían por cortesía para tomar el té. Eran una red, una comunidad silenciosa pero inquebrantable. Una familia escogida. Y, sin importar lo que Margery Wickham pensara o planeara, yo ya formaba parte de ella. Lo había sentido en su mirada cuando la desafié en el baile. Lo sentía en ese momento, en la forma en que la señora Montgomery valoraba cada una de mis respuestas, en el destello de orgullo oculto en la mirada de la señora Davenport, en la risa sincera de la señora Newman, en la seguridad de la señora Wallace y en la firmeza de la señora Forrester. No estaba sola. Me recliné ligeramente en mi asiento y las miré una a una. Me permití una sonrisa, una pequeña pero segura que se instaló en mis labios antes de hablar.

—No estoy preocupada —aseguré sin que me temblara la voz. Mi tono era tan sereno como yo me sentía.

Las viudas alzaron la vista, sorprendidas por mi tranquilidad.

—¿No lo está? —preguntó la señora Montgomery con un destello de curiosidad en los ojos.

Negué con la cabeza.

—Si Margery Wickham me busca, me encontrará.

La señora Davenport alzó una ceja con interés.

—¿Está dispuesta a ello?

Llevé la taza a mis labios con calma antes de responder.

—Soy la misteriosa americana… Solo yo sé de lo que soy capaz.

Un instante de silencio, luego la carcajada de la señora Newman rompió la tensión.

—¡Por fin una de las nuestras! —exclamó, palmeando su rodilla con entusiasmo—. Esa cacatúa insufrible necesita a alguien que le plante cara. Estoy con usted, señora Lennox.

La señora Wallace sonrió con evidente satisfacción, la señora Forrester asintió con aprobación y la señora Davenport se inclinó ligeramente hacia mí, con una chispa de diversión en los ojos.

La señora Montgomery tomó un último sorbo de su té y, con un leve asentimiento por su parte, la reunión continuó su curso. Las conversaciones derivaron hacia otros temas de los que yo ya no era protagonista, como si mi declaración no acabara de marcar un antes y un después.

Pero lo había hecho, porque, en ese momento, supe que no me iban a dejar caer. Y supe también que Cheltenham ya no era solo el pueblo donde se encontraba la casa en la que me refugiaba…, sino un lugar donde podía construir algo real.

Ya de camino a Hollowfield Manor, el carruaje rodaba con suavidad por las silenciosas calles de Cheltenham. La noche envolvía la ciudad

con su manto de calma aparente, solo interrumpido por el sonido de los cascos de los caballos de mi carruaje. Pese a esa calma que se respiraba en el ambiente, dentro de mi cabeza, todo era un torbellino.

Cuando el edificio apareció entre la bruma nocturna, una sensación de alivio se instaló en mi pecho. Por primera vez en mucho tiempo, sentía que llegaba a casa. Allí me sentía segura. Allí encontraba esa tranquilidad que tanto necesitaba.

En ese momento, todavía no sabía que estaba a punto de dejar de sentirme así en ese lugar.

El carruaje se detuvo y bajé con la calma propia de una dama de mi categoría. Subí los escalones de piedra con paso firme hasta la puerta, que me esperaba abierta. Tras ella, la señora Harper y el señor Fairchild, Margaret y Arthur, mi ama de llaves y mi mayordomo. Su expresiones eran neutras aunque algo severas. No pude evitar que una ola de inquietud me sacudiera por dentro.

—Buenas tardes, señora Harper, señor Fairchild. —Acompañé mis palabras con un leve cabeceo.

Había algo extraño en ellos, como una sombra de duda en sus ojos. Parecían querer decirme algo y no encontrar el modo de hacerlo.

—Señora Lennox, ha llegado una carta para usted —dijo por fin la señora Harper.

Sus palabras fueron suaves, pero cargadas de un peso extraño. Me quité los guantes con calma, esperando que continuara, pero no lo hizo. Al menos, no inmediatamente. Parecía estar midiendo sus siguientes palabras, como si buscara la manera correcta de pronunciarlas.

—Quizás… debería sentarse antes de verla.

Fruncí levemente el ceño.

—¿Malas noticias?

La señora Harper titubeó por primera vez desde que la conocía. Eso me inquietó más que cualquier carta.

—No lo sé, señora. No la he abierto, por supuesto. Puede que solo se trate de una broma pesada.

«Una broma pesada», repetí para mí con la inquietud de quien tiene mucho que ocultar. Mi pulso se aceleró durante apenas un instante, pero me insté a mantener la calma. Extendí la mano, que no tembló en absoluto.

—Déjemela ver.

No me la entregó de inmediato. Parecía mantener un debate interno del que yo era totalmente ajena. Apenas unos segundos después, con la misma prudencia que emplearía si manejara un objeto peligroso, me tendió el sobre. Era de un tono marfil, grueso y elegante, con una caligrafía pulcra en el frente. No necesité abrirlo para sentir que el suelo bajo mis pies se tambaleaba. Porque allí, con perfecta claridad, estaba escrito el nombre del remitente: Lawrence Lennox.

Mi esposo.

Mi difunto esposo.

Mi inventado e inexistente esposo.

Con independencia de lo que fuera a encontrar en el interior de ese sobre, mi vida en Cheltenham acababa de volverse mucho más complicada.

Capítulo Diez



Resultaba difícil de entender que un simple sobre de papel, un objeto de dimensiones tan reducidas, pudiera llenar por completo una habitación. Descansaba sobre el escritorio, intacto, pero su mera presencia parecía tragarse el aire de la biblioteca entera.

Había leído el remitente mil veces con la esperanza de que me hubiera traicionado la vista y en cualquier momento se fuera a revertir el error de un modo tan inexplicable como su aparición. Pero no, cada vez que lo miraba, permanecía inalterable: Lawrence Lennox.

Mi difunto e inexistente esposo.

Supe, desde el momento en que la señora Harper me la entregó con su habitual prudencia, que abrirla significaría enfrentarme a algo para lo que no estaba preparada. Y ese era el motivo de que hubiera pasado todo el día evitando ese momento.

Me había dedicado a deambular por la casa como un fantasma, sumida en un silencio que, lejos de aliviar el ambiente, lo enrarecía más. Hice lo posible por aparentar que mis quehaceres requerían atención, que leía con interés libros que simplemente hojeaba, que

tenía mucha correspondencia que responder… Pero todos lo notaron y, por supuesto, Lizzie fue la primera en decirlo en voz alta.

—¿Va a abrirla de una vez, señora?

Su pregunta me sorprendió sentada junto a la chimenea de la biblioteca, con una taza de té a la que llevaba más de media hora sin prestar atención.

Levanté la vista y encontré su expresión llena de emoción contenida. No era mera curiosidad. Lizzie tenía el rostro encendido y los ojos brillantes; en ella había esperanza. Esperaba noticias. Era una chica de gran corazón y yo sabía que lamentaba mucho todas mis pérdidas. Ella se aferraba a la idea de que me sucediera algo bueno con todas sus fuerzas. Y yo lo último que quería era decepcionarla, pero que mi esposo ficticio estuviera realmente vivo era tan plausible como que el señor Darcy saliera de mi ejemplar de *Orgullo y Prejuicio* y me leyera la epístola él mismo.

—Es solo una carta, Lizzie.

—Es una carta de su esposo.

Sentí un escalofrío.

—De mi difunto esposo.

—Quizá no lo esté.

Mi estómago se tensó. No era solo cosa de Lizzie. El señor Fairchild había hecho un comentario similar aquella mañana, con su tono prudente pero firme. La señora Harper, incluso, se había atrevido a insinuar que podría tratarse de algo esperanzador. Toda la casa estaba convencida de que esa carta portaba un milagro. Se notaba un murmullo de alegría prudente en el ambiente, y nadie parecía entender que yo no albergara la más mínima esperanza.

Pero yo sabía que no podía ser así y, sin embargo, no lo negué en voz alta.

Lizzie tomó aire con impaciencia y su pie comenzó a dar golpecitos rítmicos contra el suelo.

—Si fuera yo, no habría tardado ni un segundo en abrirla —espetó con un bufido.

—Pero no eres tú —respondí imperturbable.

—No, pero si fuera una carta de Billy Cooper…

Hice rodar mis ojos con un pretendido hastío, aunque lo cierto era que cada vez que Lizzie nombraba al aprendiz de la oficina de correos conseguía sacarme una sonrisa de ternura.

—Lizzie.

Ella suspiró exasperada y me miró con gesto suplicante.

—Señora, todo el personal de la casa lo comenta. ¡Esto es extraordinario! El señor Lennox podría estar vivo… ¡Tiene que estar vivo! ¿Quién si no iba a enviar esa carta? ¡Nadie más!

Los latidos en mi pecho eran como tambores internos, impertinentes y constantes, casi no me dejaban escuchar ni mis pensamientos.

No. No existía ningún Lawrence Lennox, pero ellos no lo sabían. Para ellos, era completamente posible que un hombre que creían muerto regresara a su esposa por algún tipo de error o malentendido. Estaban haciendo toda clase de especulaciones. Para ellos, esa carta era una bendición. Ellos tenían esperanza. Yo solo tenía miedo.

Me puse de pie, decidida, y cogí la carta con un movimiento brusco.

—Voy a abrirla.

Lizzie sonrió con entusiasmo y dio unas palmitas.

—¡Oh, señora! Lo sabía, sabía que…

—Sola.

Su sonrisa desapareció.

—¿Sola?

Asentí con firmeza.

—Es algo que tengo que leer en privado, no sé lo que me voy a encontrar.

—Pero, señora…

—Lizzie.

No tuve que repetírselo, mi mera advertencia bastó para que asintiera con resignación. Aunque su rostro era incapaz de ocultar su decepción, no insistió.

—Por supuesto, señora. Pero si es lo que yo creo que es… Si es lo que todos creemos que es…

Me tomó de la mano un momento, en un gesto que sobrepasaba todas las barreras del protocolo. No era una doncella hablando con su señora, sino una muchacha ilusionada con una historia que esperaba que fuera real.

—Prométame que nos lo dirá.

No le respondí. Como única respuesta me giré y subí las escaleras con la carta asida con fuerza en la mano.



El silencio en mi habitación era ensordecedor. Lo sentía como una amenaza planeando sobre mí. El sobre seguía entre mis manos y algo dentro de mí seguía resistiéndose a abrirlo.

Cerré los ojos y respiré hondo. Por fin lo abrí con dedos temblorosos y extraje la hoja de papel de su interior. La letra era refinada, impecable, la escritura de un caballero. Solo eso, antes incluso de leer ni una palabra, ya me produjo un escalofrío.

Mi queridísima Clementine:

Debo empezar esta carta pidiéndote perdón. No puedo imaginar el sufrimiento que habrás pasado al creerme muerto, pero debes saber que hubo un terrible error.

Estoy vivo, querida mía.

Mis ojos recorrieron la misma línea una y otra vez, como si al leerla de nuevo la tinta fuera a desaparecer y dar paso a algo lógico, algo que pudiera comprender.

Por razones que se escapan a mi comprensión y por la incompetencia de más de uno, fui dado por muerto. He pasado los últimos meses tratando de subsanar esa equivocación para intentar volver a tu lado.

No quiero que esto nos separe más tiempo. Estoy de camino a Cheltenham y pronto volveremos a estar juntos. Confío en que hayas sido fuerte en mi ausencia, pero ya no tendrás que soportar más el peso de la soledad. Nos vemos pronto, mi amor. Estoy deseando llegar a ti y compensarte tantos meses de sufrimiento.

Te pido un poco más de paciencia, ya estoy cerca.

Siempre tuyo, Lawrence.

La carta se me resbaló de entre los dedos. No. No. No, eso no podía estar pasando. Esas palabras parecían una mala pesadilla. Una distorsión grotesca de la realidad. Una burla a la coherencia. Un eco perverso de lo imposible. Un ultraje a la sensatez. Un insulto a la razón misma.

Mi primer instinto fue negarlo. Era evidente que un producto de mi imaginación no podía haber cobrado vida, por lo que tenía que haber alguien detrás de esto, pero ¿quién? Me levanté de golpe y comencé a recorrer la habitación de un lado a otro. El miedo latía en mi pecho como un animal atrapado y parecía pugnar por salir al exterior.

¿Era una broma cruel? ¿Una amenaza velada? ¿O alguien realmente creía que mi esposo existía? No. Eso no podía ser verdad. Nadie podía haber encontrado rastros de Lawrence Lennox porque nunca había existido.

Entonces, ¿por qué? ¿Quién se estaba burlando de mí?

Apoyé las manos en la madera pulida del tocador y observé mi reflejo en el espejo. Mi rostro estaba pálido y mis ojos brillaban con una mezcla de incredulidad y terror. Si esa carta no era una broma, se trataba de una amenaza. Y eso solo podía significar que alguien estaba decidido a traer de vuelta a un hombre que nunca había existido. Y no sabía de qué modo ni con qué propósito. El aire en la habitación se volvió denso y opresivo, como si de repente las paredes se cerraran sobre mí.

Tomé la carta con manos temblorosas y con el corazón latiendo en la garganta. La volví a leer con la esperanza de encontrar algo diferente.

«Estoy de camino a Cheltenham».

Las palabras dejaban un eco siniestro en mi cabeza y no podía escapar de ellas. No solo era una carta, era una promesa. O peor: una amenaza.

Capítulo Once



El día amaneció tan gris como mi ánimo, como si el cielo mismo quisiera hacerse eco de la inquietud que me embargaba. Abrí el cajón de mi tocador para comprobar que no había sido un sueño. Efectivamente, la carta seguía allí y su aura de amenaza me seguía a cada paso. No podía ignorarla, y menos aún cuando todos en la casa parecían esperar noticias del milagroso regreso del señor Lennox. El hombre que nunca existió, pero eso nadie, a excepción de mí, lo sabía.

La tensión se afianzaba en mi interior a cada minuto que pasaba. Los nervios me agitaban y no me permitían estar quieta. No me veía capaz de quedarme sentada esperando por si el remitente de aquella pesadilla llamaba a mi puerta. Tenía que hacer algo.

Ese fue el motivo por el cual, poco después del desayuno, decidí ir a la oficina de correos.

—¿Al correo? ¿Ahora? —preguntó Lizzie mientras me ayudaba con los guantes, su rostro se iluminó con una mezcla de emoción y nervios—. ¿Es por la carta?

—Sí. Necesito más información.

—¿Qué más información, señora?

—Cualquiera que puedan darme. Todo lo que pueda ofrecer alguna pista de quién la envió.

—¿Duda de que sea del señor Lennox? ¿Acaso no es su letra? —preguntó Lizzie algo confusa.

Dudé por un momento.

—No lo sé, Lizzie —improvisé, porque no tenía claro cuál de las posibles respuestas podría perjudicarme más en el futuro—. No me lo parece, pero ya no estoy segura de nada.

—¿Y cree que el señor Johnson podrá ayudar?

La idea de que el jefe de correos pudiera arrojar algo de luz sobre este asunto me parecía del todo improbable, pero no tenía más opciones. Si alguien podía darme una pista, quizá fuera él.

—Es un comienzo. Algo tengo que hacer, Lizzie. No se me ocurre otro lugar donde puedan tener algo más de información sobre todo esto.

Lizzie asintió con los ojos brillantes por la expectación.

—Déjeme acompañarla.

No supe si lo hacía por devoción, por una necesidad irresistible de estar cerca del misterio o por la oportunidad de ver al joven Billy Cooper. Puede que un poco de todo ello.

—Por supuesto.



Las calles de Cheltenham estaban tranquilas, envueltas en una ligera neblina matinal a la que ya comenzaba a acostumbrarme. Echaba de menos la soleada California, sí, pero el modo en que la primera hora de la mañana difuminaba los contornos de los edificios comenzaba a provocarme sensación de hogar. Me gustaba salir a pasear en ese momento del día, cuando el resto de habitantes de la ciudad apenas

empezaba a prepararse. Otro motivo para que me siguieran tachando de excéntrica, supongo, pero, al fin y al cabo, seguía siendo «la forastera», «la americana»…

El sonido de nuestros pasos sobre los adoquines resonaba en el silencio que traía el aire húmedo mientras caminábamos hacia la pequeña oficina de correos. Lizzie intentaba iniciar una conversación ligera cada pocos minutos, pero mi mente no paraba de darle vueltas a lo mismo: «¿Quién sabía lo suficiente sobre mí como para enviar aquella carta? ¿Y con qué propósito? ¿Chantaje? ¿Extorsión?».

No me habían pedido nada, por lo que podía descartar el chantaje. Por otra parte, quizá el misterioso remitente trataba de asustarme. En cualquier caso, aunque esa había sido mi primera reacción, no iba a dejar que lo consiguiera. Había pasado por mucho y había salido fortalecida. Quienquiera que fuera no iba a poder conmigo.

La campanilla sobre la puerta anunció nuestra llegada con un entusiasmo similar al que traía Lizzie de casa. Al otro lado del mostrador, Billy Cooper levantó la vista. Su expresión era amable, aunque su semblante reservado mantenía su habitual formalidad. Cuando intentaba aparentar más profesionalidad de la que le correspondía por edad, parecía un niño jugando a ser mayor.

—Buenos días, señora Lennox, señorita Lizzie. —Hizo una leve inclinación de cabeza—. ¿Qué las trae por aquí? ¿En qué puedo ayudarlas?

—Buenos días, Billy. —Mi tono era suave, necesitaba hacer gala de toda mi amabilidad para que se sintiera deseoso de ayudarme—. Quisiera más información sobre una carta que recibí ayer.

Su ceño se frunció ligeramente con curiosidad, aunque sin rastro de preocupación.

—¿Hubo algún problema con la entrega, señora Lennox?

—Quisiera saber quién la envió.

—¿Acaso no trae remitente?

—Oh, lo trae, pero dudo de su veracidad…

El joven Billy enarcó las cejas hasta que casi le desapareció la frente.

—¿Duda de su veracidad?

—Es del difunto señor Lennox —se adelantó Lizzie—. No sabemos si en realidad está vivo o si es una broma de mal gusto. De muy mal gusto.

Carraspeé para que mi doncella se diera cuenta de lo inapropiado de su comentario. No es que a mí me importara, pero en las normas sociales que regían en aquel momento, algo así era inaceptable.

—Perdón, señora, no quería adelantarme.

—Si tiene el sobre, quizás el sello postal pueda darnos alguna pista —terció Billy con rapidez, y yo sonreí instintivamente ante la idea de que hubiera desviado mi atención con la finalidad de que no reprendiera a Lizzie. Quizá la fascinación de mi doncella por este muchacho era correspondida.

Saqué el sobre de mi bolso y se lo tendí. Billy lo tomó con cuidado y examinó la caligrafía con atención.

—Hay nombre de remitente, pero no dirección. —Señaló el espacio en blanco donde debería haberse encontrado el lugar de residencia de quien enviaba la misiva—. Y el sello…

Se acercó más el sobre a la cara y frunció el ceño mientras inspeccionaba el pequeño matasellos que decoraba la esquina superior.

—El sello no es nuestro. No ha sido enviada desde Cheltenham.

Un escalofrío recorrió mi espalda. Aunque no tenía claro por qué, supongo que habría reaccionado así ante cualquier respuesta.

—¿No? ¿Desde dónde entonces?

—Parece haber sido enviada desde Londres… o quizás desde algún lugar cercano a la capital. La marca está un poco borrosa, pero la fecha de envío fue hace cinco días.

El corazón me latía con fuerza en el pecho.

No estaba tan lejos. Quien fuera que hubiese enviado esa carta, estaba en Inglaterra. Antes de que pudiera preguntarle algo más, Billy levantó la vista con una expresión de repentina de confusión.

—Señora Lennox, ahora que lo menciona… Hay algo más.

Contuve el aliento de modo involuntario durante apenas un segundo.

—¿Algo más?

—Sí. —Se giró hacia un pequeño estante tras el mostrador y rebuscó entre una pila de cartas—. Esta mañana llegó otra para usted.

Me tendió un sobre idéntico al primero. La misma caligrafía elegante. El mismo matasellos.

—El mismo remitente… —susurré con la ya recurrente sensación de pánico trepando por mi columna.

Billy asintió con seriedad.

—No lo noté hasta ahora, pero está claro que proviene de la misma persona. ¿No cree usted que sea el señor Lennox, que lo hubieran dado por muerto a causa de un error?

Miré al joven aprendiz con severidad hasta que se percató por sí mismo del atrevimiento de su pregunta.

—Disculpe, señora Lennox —se excusó en cuanto fue consciente de lo inapropiado de su actitud—. No tenía intención de entrometerme.

Tomé el sobre con cuidado y sentí un escalofrío recorrerme los dedos. Estaba sellada e intacta, como si estuviera esperando a que

yo la abriera para desatar todo su poder.

—¿También desde Londres?

—Sí, señora. El sello es reciente, probablemente enviado ayer.

El peso en mi pecho se intensificó.

—Gracias por hacérmela llegar. Si averigua algo más o si se le ocurre algo que pudiera arrojar luz sobre este asunto, incluso si parece insignificante, le agradecería que me lo hiciera saber.

Billy asintió con determinación.

—Por supuesto, señora. Haré todo lo que esté en mi mano.

—Cuento con ello, Billy, muchas gracias.

Me di la vuelta para marcharme, pero el joven nos detuvo.

—¡Espere!

Roté sobre mis talones y Lizzie hizo lo mismo.

—¿Irán ustedes al May Day? ¿Las veré allí?

Mi joven doncella ahogó un suspiro y yo lo miré con confusión.

—¿El May Day?

—Es una fiesta, señora —me explicó Lizzie con entusiasmo—, se realiza en la plaza. Hay juegos, música, baile, puestos de comida… Asiste todo el pueblo, es una festividad popular.

—Entiendo —asentí.

—¿Iremos, señora Lennox? —La expectación en los ojos de mi doncella era difícil de ignorar. Nadie hubiera tenido corazón en ese momento para decirle que no.

—Iremos, Lizzie, si así lo deseas.

—Oh, sí, señora, lo deseo, lo deseo mucho. —Me dio la impresión de que apretaba los puños para no ponerse a saltar allí mismo.

—Las veré allí, entonces. —El joven Billy nos dedicó otro movimiento de cabeza—. ¿Me guardará un baile, señorita Lizzie? —preguntó con un cierto temblor en la voz.

—Por supuesto —murmuró ella con la cara de un bermellón tan intensó que temí que fuera a explotar en cualquier momento.

Salí de la oficina de correos sin respuestas, solo con más preguntas. Saber que la primera carta se había enviado desde Londres hacía cinco días no arrojaba demasiada información. Y esta segunda… No tenía muy claro qué pensar al respecto.

Tomé un desvío en lugar de dirigirme directamente a Hollowfield Manor. Necesitaba despejar la mente y no pensar durante un rato en el asunto que me generaba tanta inquietud. Lizzie caminaba a mi lado de un modo que parecía no tocar el suelo. Iba a centrarme en ella, eso me distraería de mis preocupaciones.

—¿Dónde vamos, señora? ¿Se ha desorientado? A la casa se vuelve por esa calle. —Señaló mientras hablaba.

Apreté el sobre en mi mano y lo guardé en mi bolso.

—No vamos a casa todavía, Lizzie.

—Ah. —Sabía que estaba deseando saber nuestro destino, pero hizo un esfuerzo por mantener la compostura.

—Vamos a la modista —aclaré para saciar su curiosidad.

—¡Me encanta ir a la modista! —se entusiasmó—. ¿Va a comprarse un vestido nuevo, señora? ¿Uno que no sea negro por si las cartas son legítimas y deja usted de ser viuda?

Me detuve en seco al momento.

—No había contemplado tal posibilidad, Lizzie —aclaré—. Vamos a encargarte un vestido a ti, para la fiesta del May Day.

La cara de la doncella mostró a la vez todas las emociones posibles: sorpresa, emoción, entusiasmo, incredulidad… No pude evitar preguntarme cómo era capaz de reflejar tantos sentimientos de un modo simultáneo.

—Oh, señora Lennox, ¿de verdad?

—Claro que sí, Lizzie. —Sonreí—. Necesitarás un vestido espectacular para concederle un baile al joven Billy Cooper… —añadí con un ronroneo.

Ella dejó escapar una risita nerviosa y, a continuación, se puso seria y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Es usted la mejor señora que se puede tener. Soy la doncella más afortunada del mundo entero —aseguró.

—Y la más exagerada también. —Sonreí al tomarla por el brazo como haría con una amiga—. Vamos, ve pensando el color que quieres, a ver qué podemos encontrar…

Capítulo Doce



A través de la puerta cerrada, me llegaba el murmullo apagado del personal que deambulaba por los pasillos. Sola en mi habitación, apretaba la nueva carta entre mis manos con la esperanza de hacerla desaparecer por arte de magia. Era idéntica a la anterior: la misma caligrafía elegante, el mismo matasellos londinense, el mismo sobre inmaculado con remitente, pero sin dirección…

Mi mano temblaba cuando rompí el lacre. Por un momento, el aire en la habitación pareció volverse más denso, como si la tinta impresa sobre el papel acarreara el peso de todo aquello que no podía comprender.

Me senté al borde de la cama, extendí la hoja y comencé a leer:

Mi adorada Clementine:

Me faltan las palabras para escribir en un papel cuánto te echo de menos. Cada día separado de ti está siendo una eternidad, una condena que ningún hombre debería soportar.

Pero mis días en soledad están llegando a su fin. Y los tuyos, querida, también. He hecho todo lo posible por

regresar contigo, y antes de lo que crees estaré de nuevo a tu lado.

Te veré muy pronto. Tal vez la semana próxima.

Con todo mi amor,

Lawrence

La carta se deslizó de entre mis dedos, que parecían haberse vuelto inertes, y aterrizó en el suelo con una caricia que contrastaba por completo con la bofetada que sentía que me había propinado a mí.

¿La semana próxima? ¿Cómo podía alguien escribir con tanta certeza… sobre una persona que no existía? Ni siquiera yo podría haber inventado semejante fantasía.

Me llevé una mano a la frente y presioné los dedos contra las sienes. Esto no era una broma. No daba esa impresión en absoluto. Alguien parecía decidido a sostener esta mentira hasta más allá de cualquier límite. Pero ¿quién?

Y, lo más inquietante: ¿por qué?

Los días siguientes transcurrieron en una calma tan tensa que se me hacía semejante a caminar sobre el filo de una cuchilla. Mi carácter se volvió algo arisco con los que me rodeaban, me suponía un esfuerzo enorme mantener la tranquilidad y guardar las formas. Y la cosa solo empeoró conforme avanzaron los días. Porque la segunda carta no fue la última. Una tercera llegó a las cuarenta y ocho horas. Luego, una cuarta. Cada cual con palabras casi idénticas: promesas de una venida inminente, recuerdos que nunca habían existido,

mentiras derramadas en líneas de tinta con una precisión perturbadora.

«Te veré pronto», «nuestro reencuentro será el más feliz de todos», «muero por estrecharte entre mis brazos»… Palabras de amor que sonaban a amenaza. Cada sobre parecía una sentencia.



No pasó mucho tiempo antes de que el ambiente en Hollowfield Manor comenzara a cambiar.

El personal, antes discreto y respetuoso, no podía ocultar la emoción en sus ojos y un murmullo constante me perseguía dondequiera que fuera. La señora Harper me miraba con una mezcla de preocupación y esperanza velada cada vez que entraba en la biblioteca. Dejaba caer comentarios despreocupados sobre la idea de preparar la habitación del señor Lennox, sobre encargar a la modista ropa adecuada para una mujer casada… Ante mi falta de respuesta, no insistía, pero cada pocos días encontraba un nuevo y ocurrente modo de dejar caer una indirecta.

El señor Fairchild, el mayordomo, se mostraba más solícito que de costumbre. Se ofrecía para realizar tareas que no le correspondían. Tenía al personal a su cargo revolucionado. Incluso se acercó a las caballerizas a revisar el estado de los corceles.

En cuanto a Lizzie… Ella ya no ocultaba su entusiasmo ni un ápice.

—¿Cree que realmente vendrá? —me preguntó una mañana mientras me ayudaba a arreglarme.

—No lo sé. —La frialdad de mi voz logró silenciarla por un momento.

—No está usted contenta, señora. —Me miró con cautela a través del espejo y añadió en voz muy baja—: ¿Acaso el señor Lennox no es un buen hombre? ¿Por eso no se alegra de su regreso?

—No es eso, Lizzie. Solo estoy siendo… prudente.



Al salir a caminar por el jardín, noté cómo los criados intercambiaban miradas fugaces a mi paso. Y en el mercado, al día siguiente, las conversaciones se apagaban cuando me acercaba.

Los rumores se estaban extendiendo como la pólvora y no había modo de detenerlos. La situación me superaba a tantos niveles que había tomado la determinación de no dejar que me afectara lo más mínimo. Continué como si nada, haciendo caso omiso a las habladurías que me perseguían allá donde iba.

«¿Ha oído hablar del regreso del señor Lennox?».

«Dicen que fue un terrible error… Que nunca murió».

«La pobre señora Lennox… ¡Imagínese el alivio al saber que su esposo aún vive!».

«Pues no parece contenta… ¿Por qué no muestra júbilo?».

Las palabras me llegaban como cuchillos envueltos en terciopelo, como veneno camuflado con dulce, como un perfume denso que embriaga antes de asfixiar lentamente. Estaba claro que alguien dentro de la casa debía de haber hablado. Puede que sin mala intención, tal vez solo por emoción. A la gente le gusta ser portadora de noticias: buenas y malas, pero hay algo empoderante en ser el que da la exclusiva… La fascinación que se provoca en el oyente, la sensación de superioridad al transmitir algo que el otro desconoce, el poder que otorga el conocimiento…, incluso aunque este se acerque más a un chisme que a sabiduría.

En cualquier caso, el efecto era devastador: ahora toda Cheltenham esperaba su regreso. Y lo deseaban tanto como yo lo temía.



Las noches se volvieron complicadas. Cada carta me había ido desesperando con su promesa susurrada de un reencuentro próximo. Las expectativas seguían siendo imposibles, pero la actitud de quienes me rodeaban y el contenido de las misivas amenazaban con arrastrarme a la locura.

¿Cómo podía negar lo que todos ya creían cierto? ¿Cómo podía enfrentarme a la aparición de un hombre que nunca había existido… si ahora todos esperaban verlo aparecer en cualquier momento? Si estaban deseando conocerlo… Si, de hecho, muchos ya creían conocerlo. Se había convertido en el habitante más famoso de Cheltenham sin siquiera haber llegado.

El sonido de la lluvia golpeando las ventanas me acompañó en otra noche de insomnio mientras observaba las cartas abiertas sobre el escritorio. Cada palabra de esas misivas era un recordatorio: alguien estaba jugando conmigo; y, para mi desgracia, estaba ganando.



El sol de la tarde se filtraba con descaro a través de los grandes ventanales de Montgomery House y teñía el salón de té con una luz cálida que contrastaba con el aire fresco que se colaba desde el jardín. El ambiente, lejos de resultar tenso, se notaba relajado y distendido. La familiaridad con la que el grupo de viudas me había

acogido me reconfortaba más que cualquier otra cosa. Entre el tintineo de las cucharillas en sus tazas y la risita de Tracy Newman «alegrando» la bebida de cada una se colaban los comentarios de las que ya habían comenzado a especular antes siquiera de que yo pudiera sentarme.

—Así que… ¿su difunto esposo ha decidido escribir desde el más allá? —preguntó la señora Newman con un destello travieso en la mirada mientras aderezaba el té de la señora Wallace—. Siempre he pensado que los hombres tienen la irritante costumbre de no saber cuándo marcharse del todo.

La sala estalló en suaves risas, incluidas las mías.

—Supongo que es demasiado pedir que un marido permanezca muerto cuando eso es todo lo que se espera de él, ¿no? —añadió la señora Forrester antes de darle un sorbo a su té y esconder su sonrisa—. Estos hombres tienen tan poca consideración… Solo piensan en sí mismos.

—A menos, claro, que regresen con más riqueza de la que tenían al partir… —bromeó la señora Wallace, arqueando una ceja—. En ese caso seríamos todo lo comprensivas que se espera de nosotras.

Las carcajadas continuaron y llenaron la sala de una calidez cómoda en la que me sentía arropada. Por primera vez en días, sentí algo parecido al alivio, a la diversión, la serenidad… Lo sentí como algo similar a sacar la cabeza del agua cuando estás a punto de ahogarte.

—Y díganos, querida… —intervino la señora Davenport, con su elegancia habitual teñida de un matiz de diversión—. ¿Qué piensa usted de todo esto? ¿Cree realmente que el señor Lennox está vivo?

Todas las miradas se posaron sobre mí, con esa actitud que ya les conocía y que me reconfortaba sin siquiera pretenderlo. Respiré hondo y busqué las palabras adecuadas.

—No sé qué pensar. Cada carta parece más real que la anterior, pero… —dejé la frase en el aire, porque no hacía falta terminarla, y porque tampoco sabía cómo hacerlo.

—¿Quizá es un impostor? —sugirió la señora Newman mientras se dejaba caer en su silla con un gesto de lo más teatral—. O, mejor aún, ¿un admirador secreto que ha decidido fingir ser su esposo fallecido? Qué romántico… o qué espeluznante. No sé cuál sería peor.

Las risas volvieron a llenar la sala, disipando cualquier rastro de incomodidad.

—O quizá sea solo alguien con un sentido del humor particularmente macabro —aventuró la señora Wallace—. Después de todo, la maldad acecha en cada esquina; y algunos hombres son muy creativos con sus bromas.

—Excepto cuando tienen que escribir cartas de amor —añadió la señora Forrester, lo que provocó otra ola de carcajadas.

Sus risas llegaban a mí amortiguadas, el propio sonido de las mías las opacaba. Pero la combinación de todas me ayudaba a sentirme menos prisionera de mi angustia. Me relajé en el sillón y observé a las que ya sentía mis amigas.

—Y si fuera él… —dijo finalmente la señora Davenport, con una voz más suave—. ¿Cómo se sentiría?

Reflexioné un segundo, como si tuviera que pensarlo, aunque realmente solo tenía que decidir cuánto contarles.

—No estoy segura de si sería un alivio… o una pesadilla —fingí confesar, aunque mi mente no elucubraba escenario posible en el que tal aparición fuera a suponer un alivio.

La señora Newman levantó su taza en señal de brindis.

—Pues que sea lo que tenga que ser, pero con buena compañía y suficiente té.

—No te olvides del brandy, querida —añadió la señora Wallace con una risa.

Las bromas continuaron, y yo sentía que estaban tejiendo una red de seguridad a mi alrededor. El tema era oscuro como nuestros vestidos, pero con ellas todo se tornaba ligero, nada parecía grave.

—Sea lo que sea, querida, no estará sola —afirmó la señora Montgomery con su habitual seriedad—. Si el señor Lennox regresa, sepa que contará con nuestro apoyo…, a menos que decida unirse al grupo de Margery Wickham y las mujeres casadas…

—¡Oh, no, por Dios! —exclamé quizá más exaltada de lo que correspondía y todas estallaron en carcajadas.

—En ese caso —la señora Montgomery parecía estar realizando un esfuerzo sobrehumano para no unirse a las risas de sus compañeras—, podrá seguir formando parte de nuestro grupo y contando con nuestro apoyo y nuestra compañía… y, por supuesto, con nuestras críticas más mordaces si su esposo no vuelve con mejor aspecto de lo que usted lo recuerda.

—Sería una lástima que volviera del más allá pobre y desmejorado —concluyó la señora Forrester con falsa indignación—. No sé a quién habría que exigir cuentas en ese caso.

—¡Al mismísimo Dios! —blasfemó la señora Newman y todas volvimos a reír. De repente, pareció caer en la cuenta de algo y se dirigió a mí—: Por cierto, querida, será mejor que aproveches estos días que pueden quedarte de viudedad, antes de que vuelvan a colocarte los grilletes… Señora Davenport, ¿qué planes tiene su Natahaniel para esta noche?

Todas le reímos la broma.

—Bueno, si está ocupado —terció la señora Wallace—, siempre podría echar mano del señor Stewart.

—El señor Stewart es apuesto para su edad, eso es una realidad —siguió la señora Forrester—, pero si yo fuera Clementine, optaría sin dudar por el señor Davenport.

La madre del aludido se atragantó con el té y comenzó a toser.

—¡Por favor, señoras! ¡Que están hablando de mi hijo! —Su tono pretendía ser serio, pero el humor se colaba entre sus palabras.

Todas reímos con ella.

No sabía cuánto tiempo más podría sostener esa ilusión, ni qué pasaría si realmente alguien se presentaba ante mí reclamando ser Lawrence Lennox. Pero en ese momento, rodeada de aquellas mujeres que me trataban como una más, me sentí preparada para lo que pudiera venir.



El ocaso despuntaba cuando regresé a casa. Los cuchicheos parecían haberse intensificado entre el personal de servicio y a Lizzie la notaba tan nerviosa que pensé que podría terminar tocando el techo sin apenas esfuerzo. La señora Harper me esperaba con una expresión a caballo entre la incertidumbre y la ilusión.

—Ha llegado una nota, señora —explicó—. Esta no trae matasellos, la ha traído un mozo en mano. Iba dirigida a Hollowfield Manor y me he tomado la libertad de leerla. Dice que el señor Lennox llegará mañana a mediodía.

Algo me estrujó por dentro y se llevó todo el aire que almacenaban mis pulmones. Mi primer impulso fue pedirle la nota, pero lo frené a tiempo. De nada iba a servir, nada iba a cambiar.

—¿Ahora sí, señora? —siguió el ama de llaves—. ¿Preparamos la habitación del señor?

—Ya veremos, señora Harper. Hasta que no lo vea, no lo creeré.

Terminé de quitarme los guantes y el sombrero y se lo entregué todo a Lizzie.

—Me retiro por hoy, este asunto me está provocando jaqueca y necesito descansar.

Todos asintieron en silencio y mi doncella me siguió escaleras arriba. Era cierto que el tema me estaba provocando un terrible dolor de cabeza… Tan cierto como que no iba a conseguir pegar ojo en toda la noche.

Capítulo Trece



El día comenzó como cualquier otro en Hollowfield Manor: el repiqueteo de los pasos apresurados del personal, los susurros que los acompañaban y la familiar sensación de inquietud que se había convertido en mi compañera constante desde la llegada de las primeras cartas.

Pero esa tranquilidad se iba a ver interrumpida en cualquier momento. Una amenaza se cernía sobre mí. Había comenzado una cuenta atrás que estaba a punto de finalizar.

Lizzie intentó convencerme de lucir uno de los atuendos reservados para eventos especiales, pero la disuadí con evasivas. Ni por asomo pensaba vestirme de gala para permanecer en casa a la espera de un futuro incierto. Traté de seguir con mi día como si de cualquier otro se tratara, pero mis pensamientos fluctuaban como la marea que se retira antes de un gran oleaje, con el presagio de algo peligroso e inevitable.

El eco amortiguado de las ruedas de un carruaje en el camino de grava fue el primer indicio de que el momento había llegado. La anticipación se presentó en forma de las voces emocionadas del

servicio, los susurros apresurados, pasos que se detenían… No necesitaba que nadie me lo dijera: él estaba aquí.

La puerta principal se abrió con un estruendo ceremonioso, y la inmensa mayoría del personal de servicio acudió al *hall* con premura y curiosidad. Yo me acerqué a la escalera y permanecí en lo alto mientras observaba el revuelo a una distancia prudencial. La voz familiar de Frederick Whitmore, el administrador de la finca, llegó hasta mis oídos. Desde mi llegada, lo había visto en contadas ocasiones, pero reconocía a la perfección su timbre y su manera de hablar.

—¡Señora Lennox! ¡Qué alegría más grande! —Su entusiasmo casi resonó por toda la casa—. El señor Lennox ha regresado. ¡Está en casa!

Se me heló la sangre en las venas, pero comencé a descender los peldaños para acercarme a los dos hombres que acababan de irrumpir en Hollowfield Manor. Los murmullos del personal se volvieron casi ensordecedores. Lizzie apareció de inmediato y comenzó a subir los escalones que la separaban de mí, con los ojos tan abiertos que cada parpadeo parecía un esfuerzo por contener un torrente de emociones.

—¡Señora! ¿Ha escuchado? ¡Es él! ¡Está aquí!

No fui capaz de contestar. No sabía de qué manera enfrentarme a una mentira que estaba a punto de volverse real. Mis pasos resonaron en el suelo de mármol, ligeros al principio, pero más pesados conforme se iban acercando al pie de la escalera. El ambiente parecía cargado de una tensión espesa, como si incluso las paredes del *hall* contuvieran la respiración. Me detuve a un par de peldaños del final, con la esperanza de que esa leve altura me otorgara seguridad y una cierta sensación de poder.

Y entonces, lo vi. Allí estaba el remitente de las misivas, un caballero al que no había visto en mi vida. Un hombre alto, con una presencia magnética que parecía arrastrar la atención de todos los presentes sin esfuerzo alguno, empezando por la mía. Su melena era del color del chocolate amargo, o al menos así lo sentí en el paladar nada más verlo. Su aspecto era impecable, y sus ojos oscuros brillaban con una mezcla de inteligencia y picardía. La sonrisa en sus labios era encantadora, demasiado encantadora. No necesité más información para comprobar que era un embaucador. Peligrosamente encantador.

—Mi querida Clementine. —Su sonrisa se amplió. Su voz era suave, seductora, cargada de una familiaridad, tan convincente para los presentes como desconocida para mí, que me revolvió el estómago.

Las palabras resonaron en la estancia, y el silencio que siguió fue tan ensordecedor que podía oír el latido de mi propio corazón decidido a escapar de mi cuerpo, aunque fuera a través de mi pecho.

Antes de que pudiera reaccionar, el administrador Frederick Whitmore se adelantó, con el rostro iluminado por una sonrisa orgullosa. Había sido la primera víctima del engaño.

—Señora Lennox, es como un milagro, ¿no le parece? ¡El señor Lennox ha regresado! ¡Es una noticia fantástica!

Durante un momento, no supe qué responder. Desvié la mirada del administrador a mi presunto marido antes de hablar:

—No es él —aseguré con la vista clavada en el estafador.

Sus ojos se anclaron a los míos durante apenas un par de segundos antes de que su sonrisa se ampliara y prorrumpiera en una sonora carcajada.

—¡Oh, querida Clementine! No sé si se trata de una de nuestras bromas o si es lo que me aventuró el doctor que me salvó de la muerte que podría pasar. Por lo visto —añadió dirigiéndose al señor Whitmore en particular, pero a todos los presentes en general—, en ocasiones, cuando alguien es dado por muerto por error, a los más allegados les cuesta reconocerlo. Es como un mecanismo de defensa del cerebro para no sucumbir a la locura…

—El señor Lennox me ha enseñado su certificado de matrimonio, señora Lennox —intervino el administrador—. Le aseguro que es él.

—Oh, querida Clem, no tienes de qué preocuparte. Estoy aquí, estoy en casa, y no pienso volver a marcharme…

Y entonces, sin que pudiera evitarlo, el falso Lawrence Lennox comenzó a acercarse a mí. Cada paso parecía medido al milímetro, como si conociera de memoria el escenario en el que se movía, como si todo formara parte de una siniestra representación. Nada parecía causarle duda o inseguridad. Los criados se apartaban ante su avance y abrían un despejado camino entre nosotros. Cuando estuvo lo suficientemente cerca, se inclinó ligeramente sobre mí, como un esposo amoroso que ha estado lejos demasiado tiempo.

Su voz llegó a mis oídos como un susurro cargado de veneno:

—Juega bien, querida, o todo tu pequeño mundo se vendrá abajo.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Su aliento cálido contra mi piel, sus palabras medidas, la seguridad en su tono… Todo eran señales claras de que él lo sabía. Sabía quién era yo en realidad.

Pero ¿hasta dónde sabía? ¿Cómo era posible que conociera tanto de mí y yo nada de él? Ya en ese momento no tuve la más mínima duda de que ese hombre no era solo un impostor… Era mucho más que eso, un auténtico maestro en su juego. Pero ¿cuál era su juego?

No hizo falta que yo dijera nada. Mi posición en la casa ya había cambiado. Todos le habían creído a él y eso me convertía en lo que nunca quise ser: una esposa. Mi presencia había sido eclipsada por la de mi supuesto marido. Ya no importaba mi opinión ni lo que yo tuviera que decir.

Los aplausos ahogados del personal, las sonrisas de admiración de Whitmore y Fairchild, el orgullo contenido de la señora Harper, la emoción en los ojos de Lizzie… Todos ellos creían esa mentira. Y, para mi desgracia, yo tenía que sostenerla.

Capítulo Catorce



Los murmullos de emoción entre el personal habían ido creciendo de un modo imparable mientras Lawrence Lennox era presentado a cada miembro del servicio. Llegó un momento en que casi se habían convertido en gritos. Frederick Whitmore, nuestro administrador, brillaba con una satisfacción que ni él mismo podía contener, parecía sentir que la llegada del supuesto señor Lennox era un logro personal suyo.

—Señor Lennox, permítame presentarle a la señora Harper, nuestra excelente ama de llaves. —El orgullo que desprendía su voz sonaba ridículo de lo servil que resultaba.

La señora Harper hizo una reverencia impecable, pero el brillo en sus ojos delató una emoción que aún no le conocía.

—Es un honor tenerlo en casa, señor. Estoy segura de que encontrará Hollowfield Manor a la altura de sus expectativas.

—Estoy convencido de que así será. —La voz de Lawrence era suave, su sonrisa encantadora. Sin duda, era un engatusador profesional. Había algo en su porte y su presencia que parecía atraer la atención de todos con naturalidad, como si no lo pretendiera. Un hombre acostumbrado a ser el centro de la sala sin necesidad de

esfuerzo. Un maldito encantador de serpientes que había tardado escasos minutos en meterse a toda esa gente en el bolsillo.

El señor Fairchild, contra todo pronóstico, irradiaba un entusiasmo que no le había conocido hasta la fecha. Sus rasgos severos se suavizaron por completo, como si, finalmente, el hogar tuviera por fin una figura masculina de autoridad. Resultaba frustrante esa camaradería masculina y esa reticencia a aceptar a una mujer como figura de máxima autoridad.

—Es un placer recibirlo, señor Lennox. Me reconforta tener por fin a un caballero a cargo de la casa. Estoy a su entera disposición en lo que pueda necesitar.

—Agradezco su lealtad, señor Fairchild. Estoy seguro de que haremos grandes cosas juntos.

Cada palabra que salía por esa boca de farsante sonaba medida, calculada. Demasiado perfecta. No entendía cómo podían estar creyendo sus embustes. Bueno, claro que lo entendía, se habían creído los míos y yo no era tan buena actriz.

—Permítame que le presente a la doncella personal de su esposa, la señorita Lizzie —dijo la señora Harper.

Mi joven doncella se acercó con las mejillas enrojecidas por la emoción. Los ojos le brillaban con esa mezcla de timidez y fascinación que la presencia de hombres como aquel ejercía en muchachas como ella.

—Es un honor conocerlo, señor Lennox. —Acompañó su voz dulce aunque algo temblorosa con una reverencia impecable.

Lawrence tomó su mano con delicadeza y depositó un beso ligero acompañado de una sonrisa irresistible que hizo que mi doncella se sonrojara hasta las orejas.

—El honor es mío, señorita Lizzie.

Tan pronto soltó la mano de la doncella, giró la cabeza hacia mí. Su tono se mantuvo despreocupado, pero sus ojos… Sus ojos parecían ocultar una segunda intención.

—Dime, querida…, ¿qué ha sido de Molly? ¿No vino contigo?

Molly.

Mi estómago se contrajo con una violencia inesperada. ¿Quién era ese hombre? ¿Qué sabía? ¿Cuánto sabía? El mundo dejó de girar por un instante. Mi respiración se agitó, pero me forcé a controlarla. El latido de mi corazón, en cambio, era absolutamente imparable y resonaba como un trueno en mis oídos.

Mi respuesta llegó más rápido de lo que habría cabido esperar, dada la situación. Traté de no sonar hostil, pero no me nacía un sentimiento mejor hacia ese indeseable embaucador que tenía delante.

—No sobrevivió al viaje.

Su sonrisa no se desvaneció, pero una chispa de diversión cruel brilló fugazmente en sus ojos.

—Oh, Clem, cuánto lo lamento —aseguró con una aflicción tan fingida que, por un momento, casi creí cierta—. Estabais muy unidas, imagino lo duro que habrá sido para ti.

Se acercó hasta mí y me estrechó entre sus brazos. Me tensé con un gesto inconsciente y él dejó escapar una risita tan ligera que no creo que escuchara nadie aparte de mí. Nada en él era fortuito, ahora lo tenía claro. Sabía exactamente lo que hacía y, aunque no había revelado nada directamente, la simple mención de aquel nombre era una advertencia velada. Pero no iba a darle el gusto de preguntarle cuánto sabía.

La comitiva se trasladó al piso superior, donde el señor Fairchild abrió la puerta de una de las habitaciones más elegantes de toda la mansión. Ese dormitorio y el mío se comunicaban por la sala de los baños.

—Esta será su habitación, señor Lennox. Espero que esté a la altura de sus expectativas.

Lawrence (por llamarlo de algún modo) se detuvo un momento en el umbral, parecía evaluar la estancia con una mirada calculadora.

—Es… perfecta. —La palabra quedó congelada en el aire, y su gesto daba a entender que solo él conocía el significado que escondía tras ella. A continuación, se dirigió a todo el personal de servicio—: Ahora, si me disculpan, me gustaría estar un rato a solas con mi esposa, supongo que lo entienden…

Las risitas que su comentario desató entre el personal se vieron acompañadas de las formalidades de rigor: las últimas reverencias, los cumplidos empalagosos y las promesas de asistencia inmediata fuera lo que fuese lo que necesitara.

Uno por uno, todos fueron abandonando la habitación. Todos, excepto nosotros. La puerta se cerró con un suave *clic*. Y yo me tensé cuando me vi a solas con él y me di cuenta de que el verdadero juego comenzaba.

El silencio entre nosotros era espeso, denso, como si la hostilidad que se palpaba fuera más solemne que la propia habitación. Él se volvió hacia mí con una sonrisa tranquila. Sus ojos brillaban con la confianza de un hombre que sabía exactamente dónde pisaba, y yo no iba a darle el gusto de sentirme en desventaja, aunque claramente lo estuviera.

—¿No vas a darme la bienvenida, querida esposa?

Su voz era baja, suave… Su sonrisa pícara y burlona… Todo él rezumaba un peligroso veneno.

—¿Quién es usted? —La pregunta salió de mis labios en un susurro tenso, aunque por dentro luchaba por mantener la compostura.

—Clem, querida, tutéame o esto no va a resultar convincente y tendrás que dar muchas explicaciones. —Deslizó un dedo por mi mejilla y lo aparté de un manotazo.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres? —insistí en un cuchicheo de dientes apretados.

Él inclinó el rostro y me miró con la confianza de quien domina el juego. Con esa prepotencia arrogante de la que había hecho gala desde su aparición.

—Quiero exactamente lo mismo que tú. —Su voz parecía saborear y acariciar cada palabra—. Una vida perfecta: una gran fortuna, una esposa abnegada y una sociedad que acompañe todo eso… por completo.

—No sé quién eres.

Él rio suavemente, una risa baja que llegó a sus ojos con un brillo que se me antojó diabólico.

—Oh, Clementine, querida, claro que lo sabes. Después de todo, yo soy tu esposo.

Cada palabra era un dardo envenenado envuelto en una sonrisa.

—No me intimidas. —Me erguí sobre mí misma para incrementar el valor de mis palabras.

Su expresión se suavizó más si cabe, pero la amenaza seguía latente, su fachada encantadora no podía ni pretendía contenerla.

—No necesito intimidarte. Solo necesitamos entendernos…

Se colocó detrás de mí y me giró lo justo para que el espejo de cuerpo entero nos devolviera la imagen de los dos. Su sonrisa se ensanchó.

—Hacemos una pareja fantástica. —Su voz reflejaba el gesto que le iluminaba la cara—. Vamos a ser la sensación de Cheltenham: los jóvenes y bellos señores Lennox. A él lo dieron por muerto, pero la magia del amor lo trajo de vuelta.

—¿Quién eres? —insistí.

—Oh, querida. Soy Lawrence Lennox, tú me creaste. Soy material de tus sueños, tal como me imaginaste…

—Nunca fue un sueño, era una pesadilla.

Echó la cabeza ligeramente hacia atrás y dejó escapar una carcajada grave y muy masculina.

—Eso será nuestro secreto —añadió con un susurro travieso—. ¿No te dijo tu madre nunca que había que tener cuidado con las fantasías, que podían hacerse realidad? —Chasqueó la lengua y negó un par de veces con la cabeza—. Te lo digo yo ahora, mi amor: cuidado con lo que deseas, porque puede cumplirse y no ser lo que tú esperabas…

El mensaje estaba claro. Él no había revelado nada todavía. Pero su presencia, su conocimiento e incluso la mención casual del nombre de Molly era suficiente amenaza para hacerme entender que el peligro estaba más cerca de lo que nunca había imaginado.

Y ahora, el verdadero desafío sería mantener mi mentira en pie… sin que se derrumbara conmigo dentro. O, lo que era más difícil, conseguir desmoronarla y salir ilesa.

Capítulo Quince



El día comenzó con la mentira de que la jornada podía ser tranquila, de que aún tenía un resquicio de control sobre mi vida, de que en cualquier momento despertaría en un mundo donde el falso Lawrence Lennox que yo misma había creado no estaría bajo mi mismo techo.

—Señora Lennox —la voz del ama de llaves llegó cantarina, con un tono jovial que hasta el momento le desconocía, desde el otro lado de la puerta—, el señor Lennox ya está esperándola en la sala.

Abrí los ojos y me quedé mirando el techo, que parecía acercarse por momentos y amenazaba con aplastarme. «El señor Lennox está esperándome». ¿Y se suponía que debía salir corriendo a su encuentro? ¿Satisfacer su urgencia? Él había irrumpido en mi vida, él había aparecido aquí porque había querido. Si también quería esperar…, que esperara.

Mi primera intención fue ignorarlo. Tal vez, si me quedaba muy quieta, mi nueva realidad se marcharía de puntillas y en silencio y yo volvería a dormir en paz como hacía antes de recibir aquella primera carta. Mi vida volvería a ser mía.

Pero la señora Harper, como era de esperar, no se marchó y yo sentía su impaciencia al otro lado de la puerta.

Mi primer pensamiento fue muy poco apropiado para una dama. El segundo fue peor. Definitivamente, no era una dama, pero las paredes de mi habitación me guardarían el secreto… Mantuve los ojos cerrados unos segundos más, y contuve un suspiro.

—Gracias, señora Harper. Ahora bajo.

La escuché alejarse y juraría que percibí su cara de satisfacción a pesar de no poder verla. Por mi parte, me tapé la cabeza con las sábanas, como si eso pudiera devolverme al mundo onírico donde no existía ese horrible hombre al que debía enfrentarme antes del desayuno.

Unos golpecitos suaves, pero cargados de la musicalidad que caracterizaba a mi doncella, dieron fin a mi ilusión y me trajeron de vuelta a mi pesadilla más tangible.

—¿Puedo pasar? —El entusiasmo matutino de Lizzie no se tomaba ni un día libre.

No respondí de inmediato. ¿Qué podía hacer para evitar el día que despuntaba? ¿Fingir una repentina indisposición? ¿Aducir problemas femeninos? ¿Saltar por la ventana y huir al bosque como una heroína de novela gótica? ¿Unirme a unos artistas de circo y abrazar la vida nómada? Todas esas opciones me tentaban más que enfrentarme a lo que me esperaba abajo.

Suspiré.

—Adelante.

Lizzie entró con una sonrisa radiante y un resplandor en la mirada que no me hizo ni pizca de gracia. No era el brillo de alguien que teme al señor de la casa que ha vuelto de entre los muertos. No. Era peor. Era el de una chiquilla engatusada por un embaucador.

«Traidora».

—He oído que el señor Lennox es un caballero encantador —canturreó con esa inocencia tan propia de ella mientras se acercaba al armario.

Argh. Eso iba a ser insoportable.

—¿Quién ha dicho tal cosa?

—El señor Fairchild. Y Mary. Y la señora Harper. —Lizzie eligió dos vestidos de entre los que abarrotaban mi armario—. Bueno…, y yo misma.

Me giré despacio hacia ella.

—¿Tú misma?

Su sonrisa se ensanchó y toda su cara se tornó de carmesí con un gesto tan culpable como el de una niña a la que alguien ha sorprendido robando chocolate.

—Solo digo que… es un caballero apuesto. Y educado. Y tiene una voz muy bonita.

—Si lo deseas, te dejo a solas con el recuerdo de mi esposo… —bromeé para desviar la atención y no tener que verme en la tesitura de ser la única persona que no tenía un halago que dedicar a mi presunto marido.

—Oh, señora, no se habrá molestado, ¿verdad?

—Claro que no, Lizzie, pero no sé lo que opinaría Billy Cooper de todo esto…

Mi doncella dejó escapar una risita mientras extendía los vestidos sobre la cama.

—¿Cuál prefiere hoy? Yo optaría por el de gasa con encaje o el de satén, es más rígido, pero está espectacular con él.

Abrí los ojos y fingí considerar ambas opciones, aunque la realidad era que solo pretendía adivinar qué prenda me ayudaría a mantener mi dignidad a pesar de la farsa que me veía obligada a representar.

—El de satén.

Lizzie asintió con entusiasmo.

—Buena elección. Estará impresionante, como siempre.

—Esperemos que también intimidante. —Suspiré.

Ella soltó otra risita mientras sacaba el corsé.

—¿Para qué quiere parecer intimidante ante su propio marido?

—No lo sé, Lizzie. Tal vez porque es la única ventaja que tengo. —Me puse de pie y extendí los brazos para dejar que hiciera su trabajo con el corsé—. Una mujer nunca debe bajar la guardia o parecer frágil. Ni con su propio marido ni con el apuesto aprendiz de la oficina de correos…

Sonreí de un modo discreto y ella ahogó una risita. Era facilísimo desviar la atención de Lizzie hacia otro tema, bastaba con mencionar al joven Billy para que ella aceptara el cambio de conversación sin rechistar. Tiró de las cintas de la prenda con una eficiencia y un ímpetu que vació todo el aire de mi interior y me hizo preguntarme si disfrutaba secretamente este momento.

—Seguro que lo pasa bien, señora —dijo con optimismo mientras me ajustaba el vestido—. El señor Lennox no parece un hombre difícil de tratar.

—No lo parece —concedí, y me atusé la falda con lentitud—. Pero ya veremos. La guerra cambia a las personas. En muchas ocasiones, el hombre que regresa no tiene nada que ver con el que partió.

—Ay, señora, yo creo que, si la guerra ha cambiado al señor Lennox, ha sido para bien…

Me dedicó una sonrisa dulce de quien cree a ciegas en las historias de amor con final feliz. Y yo le devolví otra que reflejaba la certeza de que este no era el caso.

Salí de la habitación lista para la batalla. Porque, al fin y al cabo, era justo lo que yo sentía que me esperaba en el piso de abajo.



Entré en la sala con la espalda recta y el mentón alto, con intención de proyectar la imagen de una viuda respetable que, si todo fuera como tenía que ser, debería estar desayunando sola. Pero no iba a ser así, porque ahí estaba él: Lawrence Lennox, porque no tenía otro modo de nombrarlo. Representaba la farsa a la perfección. Sentado en el sillón orejero, con un periódico en una mano y una taza de té en la otra, era la imagen viva del perfecto cabeza de familia inglés. O pretendía serlo, porque ni era perfecto ni esto era una familia. Y lo de inglés… estaba por ver.

—Buenos días, querida esposa —saludó con una sonrisa cargada de diversión, la clase de sonrisa cómplice que un marido abnegado ofrecería a su esposa, pero el brillo en sus ojos delataba la satisfacción que le producía torturarme.

—Buenos días, Lawrence. —Le devolví la sonrisa, pero la mía era tan tensa que habría sido más apropiada para un entierro, preferiblemente el suyo.

La señora Harper, que servía el té con la misma eficiencia y ceremonia con la que un carcelero entrega la última comida a un condenado, no pareció percatarse de la tensión que reinaba en el ambiente y asintió con la ceguera de haber visto lo que deseaba ver.

—Señor Lennox, ¿quiere que le traigan algo más?

—Oh, señora Harper, ya hace usted que me sienta recién desembarcado en el paraíso… No se me ocurre qué más podría desear —respondió él, con ese tono encantador que hacía que hasta la brisa que entraba por la ventana abierta pareciera cambiar de dirección solo para acariciarle el rostro. Yo también sentí ganas de acariciárselo en ese preciso momento, pero de un modo diferente, nada sutil y con toda la mano abierta para que la intensidad de mi

roce le dejara marcados cada uno de mis dedos en su insolente mejilla. En lugar de sucumbir a mi fantasía, apreté los labios en una sonrisa discreta y tomé asiento frente a él. Nada en mi expresión debía traicionar lo que realmente pasaba por mi cabeza.

—Lawrence. —Mi tono fue formal, aunque mis ojos pretendieran fulminarlo. Tomé la taza que me ofrecía el ama de llaves—. Veo que ya te has instalado.

—Bueno, después de tanto tiempo lejos de ti, es lo menos que puedo hacer, acomodarme cuanto antes a este nuevo hogar que tan bien has preparado para nosotros.

La señora Harper hizo un sonido de satisfacción, como si esa respuesta fuera todo lo que deseaba oír, como si fuese con ella con quien ese tipejo estuviera planeando crear un hogar.

—Es un alivio para todos tenerlo aquí, señor. —Tras esa afirmación tan servil, solo le faltó colocar un paño frío sobre su sien, por si el esfuerzo de recibir tanto halago resultara extenuante para su persona.

—El alivio es mío, se lo aseguro.

Cualquiera que lo escuchara creería que realmente se sentía profundamente conmovido. Yo, en cambio, me preguntaba cuánto tiempo más tendría que soportar esta farsa antes de buscar una ventana abierta por la que lanzarme. Como estábamos en la planta baja, me habría servido de poco, así que me limité a hacer un esfuerzo sobrehumano por no volver a rodar los ojos, pues sentía que se encontraban a dos suspiros de quedar atrapados en la parte trasera de mi cráneo.

La señora Harper finalmente se retiró y nos dejó a los dos ocupados en nuestros respectivos papeles. Sentía su presencia como el filo de una navaja contra la piel, una amenaza constante y

silenciosa que todavía no había herido, pero tenía el poder de hacerlo.

En el momento en que nos vimos solos, sin testigos en la habitación, su sonrisa se volvió más amplia y su tono más bajo, más personal.

—Qué enorme placer verte esta mañana, querida mía. Imaginaba que seguirías en la cama un rato más, lamentando mi existencia.

Tomé mi cuchillo y lo deslicé sobre la tostada con una suavidad medida, porque apuñalar la miga con la espátula de punta roma habría resultado tan patético como mi propia situación.

—Todavía estoy considerando mis opciones. —Mi dignidad parecía obstinada en abandonarme, pero yo me resistía—. Puedo lamentar tu existencia mientras desayuno…

Él dejó escapar una risita entre dientes y se llevó la taza a los labios.

—Espero que el refrigerio al menos te ponga de buen humor y consiga que tu lamento se transforme en dicha.

—Voy a necesitar mucho más que té para eso —aseguré.

Él fingió preocupación e inclinó un poco la cabeza, como si de verdad le pesara mi evidente falta de entusiasmo ante su gloriosa existencia.

—Qué decepción. Estaba convencido de que un poco de azúcar en tu té podría endulzar tu carácter.

Bajé la vista hacia mi infusión sin dejar de removerla. Me hipnotizó el líquido girando en espiral y me pregunté si sería viable volverme diminuta para poder ahogarme en él y acabar con esto de una vez.

—El único modo en el que el azúcar podría resolver mis problemas sería que cayera una tonelada sobre ti y te sepultara.

La mitad de su sonrisa se inclinó un ápice, lo justo para dar a entender que encontraba esto mucho más divertido de lo que debería.

—Oh, pero entonces nos perderíamos esta encantadora conversación.

Lo miré con calma.

—Sí, de la misma forma en que uno «se pierde» en un «encantador» naufragio.

Él dejó escapar una risita entre los dientes y me observó con la lentitud característica de quien está encantado de conocerse y disfruta de su propia insolencia.

—Qué analogía tan dramática, querida Clementine. Yo preferiría verme como una brisa inesperada. Un tanto inconveniente, quizás, pero refrescante, al fin y al cabo.

—Y yo preferiría no verte en absoluto. Pero aquí estamos.

Su sonrisa se ensanchó, se sabía ganador antes incluso de empezar la partida.

—Tienes un humor adorable. ¿Eres así con todo el que te rodea o es algo exclusivo para mí?

Le sostuve la mirada. Dejé que el cuchillo se deslizara sobre la tostada con un gesto que pretendía resultar intimidante, pero que, al estar cubierto de mermelada, quedó lejos de conseguirlo.

—No lo sé. Nunca antes me había enfrentado al infortunio de desayunar con alguien como tú.

Él sonrió satisfecho, para darme a entender que había recibido justo la respuesta que esperaba.

—No tengo más opción entonces que poner todo mi empeño en que sea una experiencia inolvidable.

Mordí la tostada con premeditada indiferencia.

—No hace falta. Ya lo es. Del mismo modo que lo sería caer sobre una montaña de estiércol, sufrir un accidente de carruaje o presenciar un asesinato.

—Supongo que, en el último caso, dependería del difunto —matizó con esa sonrisilla insolente.

—Oh, en absoluto. La experiencia sería inolvidable de cualquier modo, aunque sí es cierto que, dependiendo de la víctima, podría convertirse en un recuerdo amargo o, por el contrario, en el más dulce de todos.

Nos estudiamos durante un instante. Su sonrisa confiada no parecía abandonarle en ningún momento. Se mostraba relajado, como si fuera el dueño legítimo de todo cuanto abarcaba y no un intruso que no tenía ningún derecho a estar ahí. Mientras tanto, yo me debatía internamente intentando dilucidar qué me resultaba más irritante: si su presencia en sí misma o ver lo mucho que estaba disfrutando de la situación.

—Pensaba que podríamos salir un rato esta mañana —cambió de tema de modo brusco.

Levanté una ceja.

—¿Perdón?

—Tú y yo —matizó—. Salir.

—¿Salir?

—Sí. A la modista, por ejemplo.

Dejé el cuchillo sobre el plato y le presté toda mi atención.

—¿Se puede saber para qué?

—Para encargar algunos vestidos, por supuesto —contestó como si le sorprendiera tener que responder a algo tan obvio.

Entrecerré los ojos.

—¿Crees que me faltan vestidos? ¿Acaso sabes de cuántos dispongo?

—No, querida, el ropero de una dama es algo misterioso e inescrutable, pero sí creo —aclaró con una sonrisa perezosa— que en tu caso podría… evolucionar.

—¿Evolucionar?

—Bueno, ya no eres viuda. Deberías vestir acorde a tu nuevo estado.

Ah. Ahí estaba la daga bien afilada. Necesitaba controlarlo todo y demostrarme que podía hacerlo.

Cruzamos miradas sobre la mesa, la suya llena de una diversión que no se molestó en ocultar, la mía tan acogedora como el interior de un ataúd bien cerrado. Inspiré despacio y me acomodé en la silla mientras trataba de medir mentalmente mis opciones.

—¿Y cómo debería, según tú, vestirme ahora?

Lawrence apoyó el codo en la mesa y se inclinó hacia mí en un gesto más suave, más íntimo.

—No pretendo decirte qué ponerte, querida. Solo quiero que recuerdes que el luto no solo se lleva en la ropa, sino en la forma de caminar, de mirar, de vivir. Y tú… —ladeó la cabeza—, me parece que tienes demasiada chispa para ese tipo de vida.

No aparté la mirada.

—¿Y si es la vida que quiero?

—Entonces, querida mía, ¿debo asumir que aspiras a una vida sombría y melancólica?

—Aspiro a lo que tenía hasta ayer. Y a desayunar en paz —repliqué, partiendo un pedazo de tostada con más fuerza de la necesaria.

Él chasqueó la lengua con un gesto decepcionado.

—Qué desperdicio. Con un poco más de esfuerzo, podrías haber llegado a ser la viuda más trágica y encantadora de la temporada.

Le dediqué una mirada cargada de hastío.

—Lo siento si no estoy a la altura de tus expectativas. Pero es algo que podría conseguir de nuevo, solo necesito un poco de cianuro…

—Absolutamente encantadora. —Me pasó un dedo por la barbilla tan rápido que no me dio tiempo a apartarlo de un manotazo—. Vamos a por esos vestidos, querida, a ver si con algo de color compensamos esa oscuridad que tienes dentro…

—Si vienes a la modista conmigo, espero que al menos me ahorres tus observaciones sobre mi guardarropa.

Su sonrisa se ensanchó con la satisfacción en el rostro propia de los ganadores.

—No prometo nada, pero pondré en ello todo mi empeño.

Mi mandíbula se tensó apenas un instante. Porque lo odiaba. Odiaba su tono tranquilo, su maldita manera de controlarlo todo sin tener derecho a nada. Pero, sobre todo, odiaba que, por un segundo, uno minúsculo e insignificante, había sentido que quizás… tenía razón.

—Está bien —concedí finalmente—. Iremos a la modista.

A Lawrence se le hinchó el pecho de satisfacción y su sonrisa parecía querer salirse de su cara por ambos lados a la vez. No dije nada más. Los dos sabíamos que eso no era solo un capricho de vestuario, era una aceptación muda de mi nueva condición, de su presencia aquí. Pero, dadas las circunstancias, poco podía hacer sin descubrirme a mí misma. No me quedaba más remedio que aceptar su sugerencia.

Capítulo Dieciséis



El carruaje se detuvo frente al local de la modista, madame Roux. No le había dirigido la palabra al hombre que iba sentado a mi lado en todo el trayecto. Él, en cambio, había pasado el tiempo mirando por la ventanilla y lanzando preguntas sobre la ciudad con un entusiasmo que me resultaba de lo más irritante. Yo me limité a responder con gruñidos, bufidos y algún ocasional «ajá». Algo que él, por supuesto, encontró más que divertido. Porque, aparentemente, nada le proporcionaba más entretenimiento que mi visible desesperación.

Se apeó del carruaje casi de un salto, sin esperar a que el cochero nos abriera la puerta. Luego la sostuvo él mismo y me tendió la mano para ayudarme a bajar. Tuve que contener las ganas de bufar con más fuerza de la que ya había desplegado en el trayecto cuando vi a Nathaniel Davenport saliendo del local al que nos dirigíamos. Por mucho que me apeteciera, habría resultado del todo inconveniente ser desagradable en público con mi marido recién resucitado. Nathan nos vio y una sonrisa divertida se dibujó en su rostro.

Oh, oh.

Por más que intenté adelantarme a los acontecimientos, no era capaz de aventurar de qué manera iba a resultar ese encuentro.

—Señora Lennox —saludó con un ligero asentimiento de cabeza —. Y… supongo que este caballero es el señor Lennox, aunque todavía me cueste creerlo.

Lawrence sonrió como si le estuvieran presentando a un viejo amigo.

—Espero que no sea demasiado decepcionante encontrarme en persona —replicó con una cortés inclinación de cabeza.

—Oh, en absoluto —aseguró Nathan con una media sonrisa—. Aunque debo confesar que algunos en Cheltenham probablemente encontrarán su regreso… un tanto inconveniente.

Lawrence alzó una ceja, intrigado.

—¿Inconveniente?

Nathan deslizó la mirada hacia mí apenas un segundo antes de volver a prestarle toda su atención a la otra presencia masculina.

—Bueno, ya sabe. Una viuda joven, independiente, interesante, tan bella… Habría sido una gran adquisición para el mercado matrimonial.

¿No era fascinante cómo en esta ciudad mi vida era siempre un tema de conversación para todos menos para mí? ¿No resultaba encantador que todo el mundo se sintiera con derecho a opinar sobre mi futuro sentimental sin tan siquiera tener en cuenta mi opinión? Miré a Nathaniel Davenport con una ceja arqueada, pero él se limitó a sonreír con aire divertido. Parecía estar disfrutando demasiado de la situación.

—Lamento haber truncado planes ajenos —comentó Lawrence en el mismo tono ligero. Luego me pasó un brazo alrededor de la cintura y me atrajo hacia él—. Me siento desolado por haber sido terriblemente egoísta y haberme quedado con la mejor, pero ya no

sería capaz de renunciar a ella. —Yo había adoptado una postura tan tensa bajo su agarre que un violín bien afinado habría envidiado mi manera de vibrar sin emitir ni un leve zumbido—. Aunque supongo que aún hay muchas oportunidades en Cheltenham para aquellos que siguen buscando… «adquisiciones».

Nathan dejó escapar una risa corta y cruzó los brazos.

—Eso es cierto. Y supongo que deseará conocer mejor a la gente de la ciudad, ya que es nuevo por aquí.

—Sin duda —asintió Lawrence, siempre encantado con cualquier oportunidad de seguir su juego.

Nathan pareció pensar durante un instante antes de añadir con naturalidad:

—Debería venir al club de caballeros alguna tarde. Nada demasiado formal, pero buena compañía, conversaciones interesantes… y, por supuesto, *whisky* excelente.

Lawrence mostró su sonrisa más amplia, como si hubiera estado esperando justo esa invitación.

—Suena fantástico. Aunque debo confesar que en el momento que ha dicho usted «*whisky* excelente» todo lo demás ha quedado relegado a un segundo plano.

Nathaniel Davenport dejó escapar una carcajada.

—Va a encajar estupendamente entre los caballeros del club, señor Lennox. Pregunte por mí cuando decida pasarse.

Buscó en el bolsillo de su chaqueta y sacó una pequeña tarjeta impresa que le entregó a mi carcelero.

—Lo haré —contestó el granuja al tomarla entre sus dedos.

Los dos se midieron por un segundo más, para finalmente sonreírse con camaradería. Por algún motivo, ambos parecían haber hecho buenas migas. Por otro, a mí eso me irritaba. En realidad,

para ser honesta, todo lo que tuviera que ver con Lawrence Lennox lo hacía.

Nathan se giró hacia mí con una leve inclinación de cabeza.

—Siempre un placer, Clementine.

—El placer es mío, Nathan —respondí con una cortesía impecable.

—¿Clementine? ¿Nathan? —repitió Lawrence con más diversión de la que hubiera mostrado un esposo real en esa situación—. ¿No será usted uno de los que lamenta mi regreso, señor Davenport?

Nathan mostró su sonrisa más amplia antes de contestar:

—¿Lamentarlo yo? En absoluto, señor Lennox. Solo espero poder seguir disfrutando de vez en cuando del carácter afilado de su esposa. Sin duda, convierte la vida de cualquiera en más interesante… Estoy seguro de que usted eso lo sabe bien.

El señor Davenport sonrió con una leve inclinación de cabeza, como si disfrutara en demasía de la conversación, y Lawrence, lejos de ofenderse, pareció encontrar el comentario refrescante.

—Oh, no esperaba menos de ella —respondió con su sonrisa más tranquila—. Mi Clementine tiene chispa para todo el que se interponga en su camino.

—En ese caso, quizá deberíamos unir fuerzas, señor Lennox. Nos dejaría en muy mal lugar ser derrotados dialécticamente por una mujer.

Lawrence se rio con ganas.

—No puedo estar más de acuerdo, señor Davenport.

Genial. Ahora eran dos.

Nathan se despidió con su media sonrisa habitual y caminó hasta girar la esquina y desaparecer de nuestra vista. Yo exhalé para liberar toda la tensión que había acumulado y me volví hacia Lawrence.

—Bueno, ya tienes una invitación oficial para la alta sociedad masculina de Cheltenham.

—Eso parece. —Metió las manos en los bolsillos y sonrió—. ¿Te preocupa que encaje demasiado bien?

—Me preocupan tantas cosas…

Él rio y me sostuvo la puerta de la modista.

—Querida, si hay algo en lo que destaco, es en disfrutar de lo que la vida me ofrece.

Rodé los ojos y crucé el umbral con la certeza de que Cheltenham no estaba preparado para la existencia de este Lawrence Lennox.



La modista nos recibió con una sonrisa cálida, como si fuéramos justo la pareja a la que ella deseaba ver en ese preciso momento. Madame Roux era una de esas personas que son capaces de alegrarle el día a cualquiera. O a casi cualquiera.

—Señora Lennox, qué alegría verla. Y, por supuesto, qué sorpresa tan maravillosa la suya, señor Lennox.

Lawrence inclinó la cabeza con esa sonrisa que podía imaginarle ensayando frente al espejo durante horas, porque lo natural que parecía frente a lo falsa que era en realidad no daba lugar a otra explicación.

—No podía dejar que mi esposa se encargara sola de algo tan importante —dijo, con el tono exacto de un devoto esposo.

«¿Devoto? Ja. ¿Esposo? Ja, ja».

—Oh, qué caballeroso. —La modista se llevó una mano al pecho con un suspiro que rozaba lo ridículo.

—Tenía muchas ganas de conocerla, mi esposa habla maravillas de su trabajo.

«Mentiroso».

Estar en una tienda repleta de agujas y tijeras me hizo considerar por un momento el asesinato. Quizá existiera pena capital para un mentiroso de su nivel. Bueno, mejor no indagar mucho por ahí, porque yo inocente de ese cargo tampoco era.

—Oh, la señora Lennox es muy amable. —Me limité a sonreír en respuesta porque decir «es todo mentira, no he mencionado su trabajo para nada» me parecía poco educado.

Pero me podía haber ahorrado la sonrisa, porque solo lo estaba mirando a él. Por supuesto, ya la tenía comiendo de la palma de su mano.

—Mi esposa ha sido demasiado discreta con su vestuario —continuó él con una preocupación de lo más impostada—. Y aunque el negro le sienta de maravilla… —Lo fulminé con la mirada—. Quizá podría probar con algunas telas más alegres y con cortes más actuales.

Eso pareció complacer a la modista, que se giró hacia mí con la seguridad de creerse capaz de cambiarme la vida con hilo y aguja.

—Señora Lennox, tengo unas sedas finas en azul profundo, gris perla y un verde único que le sentarían de maravilla. Algo sobrio pero elegante.

—Algo sencillo —corregí, con la voz más fría que pude sacar.

Ella asintió, pero la emoción de sus ojos delataba su entusiasmo.

Lawrence se tomó la libertad de deslizar los dedos por un muestrario de telas, como si entendiera del tema, como si supiera de qué estábamos hablando. Quizá entendía, quizá sabía… En realidad, yo no podía más que aventurar lo que este hombre conocía y lo que no. Y de mí parecía conocer demasiado.

—¿No van a pedir mi opinión, señoras? Cualquiera diría que estoy aquí solo para sujetar los paquetes.

—Esa es exactamente tu función —respondí sin mirarlo, mientras revisaba otro conjunto de telas.

Sentí su risa más que escucharla, pero me molestó de igual manera.

Terminamos con los encargos y, antes de marcharnos, recogí el paquete con el vestido que había encargado para Lizzie.

—Para tu doncella, qué amable de tu parte —comentó Lawrence con condescendencia cuando nos encontramos de nuevo en la calle —. Eres muy considerada con el servicio, con Lizzie en particular…

Lo miré fijamente durante un instante para tratar de averiguar si sus palabras tenían doble intención y en realidad estaba tratando de decirme otra cosa. Su sonrisa me hizo pensar que así era, pero como parecía que se había marcado ese gesto en la cara a fuego, igual que se marca una res, preferí no darle más importancia. Él le entregó el paquete con el vestido de Lizzie al cochero que nos esperaba en la puerta de la modista.

—Guárdelo aquí, Clifford —le pidió al conductor—. Mi esposa y yo vamos a dar un paseo para aprovechar el día tan espectacular del que gozamos hoy. En un rato volvemos.

El cochero asintió y nosotros comenzamos a caminar por una de las calles principales de la ciudad.

—¿A qué se debe el paseo en realidad? —pregunté—. ¿Quién pretendes que nos vea?

—Todo el mundo, querida. Acabemos de una vez con la curiosidad que debe de estar provocando el resucitado señor Lennox. Y quiero conocer a tus amigos… y tus enemigos.

—¿Para aliarte con los últimos?

Dejó escapar una risita discreta, pero estoy segura de que, si hubiéramos estado en casa, habría sido una sonora carcajada.

—Por el amor de Dios, querida. ¿Por quién me tomas? Soy tu esposo… Tus enemigos son los míos también.

Bufé para dejar clara la absoluta falta de credibilidad que le otorgaba a sus palabras.

—En cualquier caso —aclaré—, soy una persona pacífica y un miembro respetable de la sociedad. No tengo enemigos.

—Oh, Clem, de un modo u otro, todos los tenemos…

No tuve tiempo de responder porque, en ese momento, Margery Wickham apareció frente a nosotros para hacer que me tragara mis propias palabras.

—Señora Lennox, qué inesperado placer —saludó con esa sonrisa tan ensayada como la de mi falso marido. Su mirada se desvió lentamente hacia Lawrence, con una curiosidad similar a la que sentían todos los habitantes de la ciudad y que nadie se molestaba en intentar ocultar—. Y, por supuesto, el famoso señor Lennox.

Lawrence inclinó la cabeza con cortesía antes de dedicarme una mirada interrogante.

—Ella es la señora Wickham, la primera dama de Cheltenham —aclaré.

Margery sonrió con satisfacción y Lawrence dejó escapar un gesto con el que no tuve claro si trataba de preguntarme algo.

—Un placer, señora Wickham.

Ella asintió con aprobación y luego me miró con ese gesto suyo que siempre parecía esconder algo detrás.

—Qué felices nos sentimos todos los miembros de la alta sociedad de Cheltenham por su llegada, señor Lennox —aseguró—. Estábamos hablando hace unos días de lo importante que es para una mujer encontrar su lugar en la sociedad. Qué alegría saber que

nuestra querida Clementine ha dejado de ser una viuda y puede prescindir de esas inconvenientes compañías. Espero que a partir de ahora pueda unirse a nuestras reuniones, las mujeres casadas tenemos mucho que compartir.

Ah, ahí estaba la invitación otra vez, pero no me dejé manipular y mantuve mi sonrisa educada.

—Aprecio la oferta, señora Wickham, pero creo que me siento cómoda donde estoy.

Lawrence se giró a mirarme y me dio la impresión de que, con ese sencillo intercambio de palabras, había entendido todo lo que subyacía entre nosotras.

Margery deslizó la mirada de mí a Lawrence, y fue entonces cuando lo notó: no íbamos cogidos del brazo. Lo vi en su expresión, en el pequeño destello de duda que se encendió en sus ojos al contemplar el espacio vacío que había entre nosotros. Pero, antes de que pudiera decir algo, Lawrence entró en escena con la precisión de un prestidigitador.

—Mi esposa es muy independiente —dijo con esa voz de caballero encantador a la que estaba empezando a acostumbrarme —. Supongo que es uno de los muchos rasgos que me cautivaron de Clementine. —Cogió mi brazo y lo enlazó con el suyo—. A mí, en cambio, me cuesta apartar las manos de ella.

Margery se giró hacia él con un renovado interés. Por supuesto que sí, no podía ser de otra manera. Cada vez resultaba más evidente que era un embaucador natural.

—Oh, qué interesante —musitó ella. Su sonrisa volvió a suavizarse al dirigirse a él—. Dígame, señor Lennox, ¿de dónde es usted? Su acento me resulta familiar, pero no termino de ubicarlo…

—¿Conoce usted todos los Estados Unidos de América, señora Wickham? Es un territorio tan amplio… Todavía no he dado con

nadie que lo conozca al completo o sea capaz de ubicar todos los acentos. Si ese es su caso, tiene toda mi admiración… Dígame, querida señora Wickham, ¿es usted londinense? Su elegancia y sofisticación me hacen sospechar que proviene de la capital.

No me pasó desapercibido el modo en el que él había evitado contestar a la pregunta de Margery mediante rodeos y adulaciones. A ella tampoco. Su sonrisa se tensó, molesta por no saber cómo volver a cuestionar lo mismo pero halagada por el cumplido recibido.

—Siempre he vivido en Cheltenham —aseguró—. Las veces que he acudido a Londres, ha sido únicamente de visita.

—Oh, en ese caso, debe de llevar usted la elegancia y la sofisticación en las venas, señora Wickham.

—Muchas gracias, señor Lennox, es usted muy amable —aceptó con un asentimiento de cabeza—. Les dejo continuar con su paseo. Espero que ahora que ha regresado usted, su mujer no se muestre tan díscola con sus obligaciones sociales.

Lawrence esbozó una sonrisa más relajada, como si le divirtiera la conversación más de lo debido.

—Lamento decirle, señora Wickham, que mi esposa tan solo tiene obligaciones conmigo y, aun así, me temo que ni yo mismo logro siempre lo que deseo. Más bien me atrevería a aventurar que soy yo el que me pliego a sus deseos, pero es imposible no hacerlo con una criatura tan absolutamente maravillosa. Mi esposa tiene la inteligencia suficiente para saber qué círculos le resultan más interesantes y qué compañías frecuentar. Y yo confío a ciegas en su criterio.

Margery le sostuvo su mirada un segundo más antes de volver a centrar su atención en mí.

—Por supuesto. Tal vez cambie de opinión con el tiempo, querida.

No lo haría, estaba segura.

—Tal vez —dije en voz alta, con una afirmación tan falsa como su sonrisa.

Se despidió con la cortesía que correspondía a su estatus, pero con la prepotencia exacta que le otorgaba el hecho de no necesitar la aprobación de nadie para caminar con seguridad por la calle.

Yo exhalé despacio. Lawrence, por su parte, parecía divertido.

—Creo que tu persona preferida de esta ciudad no es la señora Wickham —comentó con fingida seriedad—. No sé por qué me habrá dado esa impresión…

Lo miré de reojo.

—Dime, ¿te divierte todo en la vida o es solo cuando puedes verme molesta?

Él sonrió.

—Oh, querida. La vida se volvería demasiado aburrida sin tu compañía. Ya me he acostumbrado a tenerte a mi lado. —Aferró con fuerza mi brazo enlazado con el suyo—. No me vuelvas a soltar o levantaremos nuevas sospechas, mi amor. Somos el matrimonio modelo, todos deben saberlo, porque es muy posible que Margery Wickham se tome como un desafío personal el desmentirlo.

No estaba segura de qué me irritaba más: si su maldita actitud relajada o el hecho de que, en algún lugar muy profundo, en algún rincón de mi ser que aún no quería analizar demasiado, su facilidad para manejar a Margery me reconfortaba tanto como me sacaba de quicio.

Desterré el pensamiento de que este hombre se había comportado como un auténtico aliado frente a Margery Wickham. ¿Por qué parecía un gran apoyo en presencia de otros y una auténtica pesadilla cuando estábamos solos? Sin duda, todo formaba

parte de su plan, fuera el que fuese. Pero ¿cuál era ese plan realmente? ¿Quién diablos era ese hombre?

Capítulo Diecisiete



No había rincón alguno de Cheltenham por el que Lawrence Lennox no pudiera deslizarse como la rata callejera con aspiraciones aristocráticas que era. Eso lo tenía tan claro como que era capaz no solo de salir airoso, sino fortalecido, de cualquier encuentro social. Pero, pese a ello, o quizá justo por eso, no estaba preparada para dejarlo entrar en lo que yo consideraba mi refugio, mi lugar seguro.

—No tienes por qué venir, no vas a encontrar nada de tu interés —aseguré con pretendida calma mientras el carruaje nos llevaba de camino a Montgomery House.

—Oh, pero no hay nada que desee más en este momento —respondió mientras se acomodaba en el asiento con esa desfachatez suya que resultaba exasperante—. Son tus amigas, Clementine. Y como esposo enamorado, solícito y servicial, lo lógico es que conozca a tu círculo más cercano.

Le clavé mi mirada más dura y comencé a enumerar enfatizando cada término con un dedo:

—«Esposo», «enamorado», «solícito», «servicial»… ¡Ja! —Cerré los dedos en un puño y él inclinó la cabeza con actitud

condescendiente. Luego abrió mucho los ojos y se llevó una mano al pecho.

—¿Acaso tienes queja del trato recibido, querida? —preguntó con ese tono suyo tan falso como convincente, todo él era embuste y contradicción—. ¿No he sido un marido ejemplar?

—Ni tan siquiera eres un marido —farfullé entre dientes.

Echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar esa risa suya tan grave en todas direcciones.

—Oh, querida —dijo por fin—. Será infinitamente mejor para ti que aceptes eso de una vez. —Su sonrisa se mostraba deslumbrante, descarada y, sobre todo, peligrosa.

Me crucé de brazos y concentré toda mi atención en la ventanilla. Había llegado a un punto en el que carecía de la energía necesaria para seguir argumentando contra lo inevitable. Tras varios días con ese hombre como dueño y señor de mi vida, había aprendido a no intentar ir en su contra abiertamente, era como tratar de detener un ciclón.

El carruaje se detuvo frente a la casa de la señora Montgomery; y Lawrence, con esa eficiencia entusiasta con la que me sacaba de quicio, bajó primero y me tendió la mano. Se esforzaba en parecer un marido solícito y ejemplar y, claro, a ojos de los demás, lo estaba consiguiendo.

—Vamos, querida. —Su tono era dulce, casi divertido. Pero esa actitud embaucadora no le iba a servir de nada conmigo—. No querrás hacer esperar a tus amistades.

«Por supuesto que sí. No tienes ni idea. Si por mí fuera, las habría hecho esperar meses o años antes de presentar a semejante fantoche como mi esposo».

Pero las ganas de pasar una velada con esas mujeres y recuperar un poco de la paz de la que gozaba antes de su llegada eran

demasiado firmes. Aunque él estaba ahí y ya no había escapatoria posible. Así que me limité a tomar su mano con la actitud de un reo ante su ejecución y, tras recomponer mi gesto, entramos en la casa.

No hacía falta traspasar el umbral para comprobar que, como al inicio de cada una de esas reuniones, la sala rebosaba chismes contenidos, cortesía almidonada y el inconfundible aroma del té que se estaba sirviendo. Si me esforzaba lo suficiente, estaba segura de poder olfatear también el condimento especial que la señora Newman incorporaba a cada taza. Las viudas se encontraban reunidas en sus butacas habituales, preparadas y dispuestas para otra tarde de conversación, especulación y, ocasional pero previsiblemente, destrucción de reputaciones.

—¡Señora Lennox! —exclamó la señora Davenport con una enorme sonrisa al verme entrar.

El murmullo general se detuvo de modo abrupto, como si un director de orquesta así lo hubiera ordenado, cuando Lawrence apareció a mi lado. Los ojos de todas ellas se posaron sobre mi falso cónyuge con una curiosidad inevitable e inmediata, como era de esperar. La señora Montgomery, tan elegante como siempre al escudriñar todo cuanto la rodeaba, parecía querer traspasar con la mirada cada una de sus capas, como si fuera un animal recién llegado de ultramar que debiera diseccionar. Me pregunté si sería capaz de adivinar sus embustes solo con ese vistazo. Desde luego, si había alguien capaz de lograr algo así, sin duda era la señora Montgomery. Y yo no estaba segura de si esa posibilidad me ilusionaba o me aterraba hasta el tuétano; al fin y al cabo, aunque fantaseaba con la idea de que su mentira se viniera abajo delante de todo el mundo, no había manera de desvelar su embuste sin descubrir también el mío.

—Señoras —saludó él con su mejor sonrisa, una que parecía haber guardado expresamente para ellas. Sus labios se curvaron con la intensidad justa para resultar casi contagiosa. La inclinación de cabeza con la que la acompañó no hizo sino complementar el gesto como en un baile perfectamente ensayado. Parecía empeñado en conquistar a todo el que se pusiera a su alcance—. Es un placer conocerlas al fin.

Oh, por favor. Estas mujeres no iban a caer en semejantes patrañas.

Los ojos de la señora Forrester se iluminaron con picardía y trató de esconder la sonrisa que sus labios dejaron escapar. La señora Newman, con su pequeña petaca en la mano a punto de «mejorar» su propia bebida, compartió una mirada rápida con la señora Davenport antes de sonrojarse.

—Bueno, bueno, así que el señor Lennox ha decidido venir a visitar a este grupo de viejas —comentó esta última. Su expresión parecía cabalgar entre la diversión y la curiosidad, y daba a entender que lo estaba evaluando de algún modo.

—No podía dejar pasar la oportunidad de conocer a las mujeres más interesantes, influyentes y bellas de todo Cheltenham —respondió Lawrence, tan encantador como cínico.

Pero, para mi horror y sorpresa, le funcionó.

Las sonrisas se intensificaron y el aire en la sala se volvió más animado. De pronto, nadie parecía recordar que apenas una semana antes este hombre no existía más que en los embustes que yo había contado sobre él. De hecho, ninguna de ellas parecía acordarse de la felicidad que atribuían a su condición de viudas ni de cómo me habían dado el pésame, entre risas, al enterarse del inminente regreso de mi difunto esposo.

—Díganos, señor Lennox —intervino la señora Montgomery con ese brillo calculador que nunca descansaba—. ¿Qué le parece Cheltenham? ¿Es muy distinta la vida aquí de la que llevaba en la soleada California? Supongo que apreciará el trabajo que ha hecho su esposa durante su ausencia… ¿Cómo se sintió usted al saber que había sido dado por muerto y su esposa había viajado a la Gran Bretaña?

Lawrence simuló que se tomaba su tiempo para reflexionar.

—Absolutamente desolado, así me sentí —mintió—. Fue como despertarme de un sueño profundo para encontrar que el mundo había seguido girando sin mí. No me quiero ni imaginar el infierno que habrá sido esto para mi dulce Clementine: un paraje desierto de esperanza, un laberinto de desolación…

«Oh, qué profundo. Rápido, que alguien le traiga papel y pluma a este hombre, que tenemos un poeta entre nosotros».

Lamenté que mis ojos estuvieran anclados de algún modo a mi cabeza y no pudieran dar una vuelta completa sobre sí mismos, porque hubiera sido un buen modo de liberar mi frustración. El suspiro de Josephine Wallace llegó hasta mí alto y claro. Dios mío, ¿la desconfiada señora Wallace también? Lo de este hombre no tenía límite.

—Debe de haber sido un *shock* para usted —añadió la bella señora Forrester, con un tono incongruentemente maternal y coqueto al tiempo.

—En absoluto. —Se encogió de hombros con naturalidad—. Siempre tuve la certeza de que mi esposa era capaz de manejar lo que se propusiera.

«La certeza, dice. Mira, estoy a un par de comentarios como ese de protagonizar una página en los anales del crimen aristocrático británico».

Mantuve mi expresión impasible, porque si abría la boca, solo saldrían palabras que no debían escucharse en una reunión tan refinada.

—Debe sentirse afortunada, señora Lennox —comentó la señora Newman con una mirada cómplice—. No todas reciben a un esposo resucitado con tan buena disposición.

—Oh, créanme, es toda una experiencia —respondí con una sonrisa dulce que pretendí que solo Lawrence entendiera en toda su peligrosa profundidad.

Él solo rio, como si encontrara mi gesto entrañable en lugar de amenazante.

—Tienen una dinámica encantadora —señaló la señora Wallace con un gesto aprobatorio.

«Encantadora. Sí, por supuesto. Tan encantadora como un duelo al amanecer».

Lo peor era que él se movía entre ellas casi como si las conociera más que yo, como si siempre hubiera pertenecido a este grupo. Parecía empeñado en arrebatármelo todo; y lo que más me molestaba era que parecía que lo estaba consiguiendo.

—Señoras, no quiero robarles más tiempo —dijo por fin, parecía que de verdad se iba a marchar. Inclinó la cabeza con esa naturalidad que ya empezaba a sacarme de quicio—. Solo quería asegurarme de saludarlas personalmente y agradecerles que hayan atendido a mi esposa como merecía durante mi ausencia.

«Oh, qué adorable, mi querido esposo, la luz de mis días. Me encantaría empujarlo por un acantilado para ver si sigue brillando durante la caída».

—Qué detalle tan encantador, señor Lennox —dijo la señora Montgomery, totalmente complacida.

Oh, no. No, no y mil veces no. No solo lo habían aceptado: lo adoraban.

Mantuve la compostura y mis instintos homicidas mientras él se despedía con la gracia de un embaucador que sabía exactamente lo que estaba haciendo y el éxito que estaba teniendo.

—Señoras, ha sido un verdadero placer conocerlas. Espero que me permitan gozar de su compañía en otra ocasión.

—Oh, señor Lennox, por supuesto, cuando usted quiera —dijo la señora Wallace, con los ojos brillantes de emoción y los incisivos a punto de devorar su propio labio inferior.

—Qué caballero tan atento —añadió la señora Davenport más que complacida.

Yo mantuve mi sonrisa alimentada por la frustración de saber que estaba viendo a las gallinas abrazar al zorro. Lawrence me dedicó una última mirada antes de cruzar la puerta.

—No tardaré demasiado, querida. Voy a extrañarte.

«Dios bendito, voy a terminar apuñalándolo con una cucharilla de postre».

Antes de que pudiera siquiera responder a esa absurda despedida, él ya había abandonado la sala con paso ligero, y me había dejado sola para enfrentarme a la devastación que había quedado tras su paso, como empezaba a ser habitual. Porque, como debía haber imaginado que ocurriría, las viudas estaban encantadas.

El silencio duró apenas un par de segundos antes de que la señora Davenport chasqueara la lengua con deleite, como si estuviera paladeando con más interés el momento que acababa de vivir que el sabor del té que sostenía entre sus manos.

—Clementine, querida… Hay algo que debes saber.

Me preparé mentalmente.

—¿Sí?

—Tu esposo es absolutamente encantador.

—Un hombre fascinante —corroboró la señora Wallace con un suspiro tan largo como su cuello.

—Para ser alguien de fuera, se ha adaptado con una facilidad impresionante —añadió la señora Forrester complacida y hasta el lunar junto a sus labios pareció ruborizarse.

La señora Newman le dio un sorbo a su té mejorado y sonrió con picardía.

—Digamos que, si todos nuestros esposos hubieran sido como el tuyo, puede que los hubiéramos llorado un poquito más en el velatorio. Eres una mujer afortunada, Clementine, has tenido mucha suerte.

La sala estalló en risas y yo reprimí el impulso de soltar un «¡¿pero qué demonios os pasa?!» demasiado poco elegante para la situación.

—No sé si *suerte* es la palabra que usaría —murmuré y parte de mi té se derramó sobre el platillo por la intensidad con la que lo estaba removiendo.

—Oh, querida, claro que lo es —aseguró con vehemencia la señora Davenport—. Tener un hombre así en casa… El difunto señor Davenport solo tenía una cualidad, te lo puedo asegurar…

—Debe de ser emocionante —añadió la señora Wallace con una sonrisa que pretendía ser delicada, pero resultaba casi obscena con esos incisivos que parecía que no conseguía nunca mantener en el interior de su boca.

—O agotador —sugerí con lo que consideré que podría considerarse como la expresión de una esposa abnegada.

La señora Newman dejó escapar una carcajada aguda que casi hizo resquebrajarse los cristales de las ventanas.

—Si fuera agotador de la manera correcta, no te culparíamos, querida.

Las risas se intensificaron y yo bebí de mi taza como si el té pudiera tragarme a mí y salvarme de esa conversación.

—Cambiando de tema… —La señora Forrester esbozó una mueca que casi hizo desaparecer su lunar—. He oído que Margery Wickham volvió a insistir en que te unieras a su grupo.

Resoplé.

—A su aquelarre —matizó la señora Newman y todas le reímos la ocurrencia.

—Sí. Y volvió a obtener el mismo resultado —aseguré.

—Qué insistencia, esa mujer es agotadora —murmuró la señora Wallace con esa expresión de asco que resultaba tan natural en su rostro.

—Margery nunca ha sabido aceptar un no —señaló la señora Davenport—. Toda la vida igual.

—Está acostumbrada a obtener lo que desea —añadió la señora Newman.

—Típico cuando alguien se cree intocable —sentenció la señora Montgomery al tiempo que trazaba círculos con su cucharilla con aire pensativo—. Aunque…

El tono con el que dejó la frase en el aire hizo que todas las miradas se volvieran hacia ella. Incluida la mía, por supuesto. Era una mujer parca en palabras, pero escogidas con sumo cuidado para dejarlas libres en el momento preciso.

—¿Aunque qué? —pregunté por inercia, pero sin muchas expectativas.

La señora Montgomery esbozó una sonrisa enigmática, como si acabara de recordar un detalle curioso y no estuviera segura de compartirlo.

—Digamos que no todas las mujeres casadas de Cheltenham han tenido un pasado tan intachable como les gusta hacer creer.

El ambiente en la sala cambió de golpe. Hasta la brisa que entraba por las ventanas parecía querer ponerse al día con el chisme.

Oh, eso era interesante.

La señora Wallace sonrió y se llevó una mano a la boca para disimularlo, pero sus ojos la delataban.

—En efecto —dijo por fin, cuando consiguió componer de nuevo un gesto serio—. Hay historias que nunca desaparecen del todo.

La señora Newman bebió de su taza antes de asentir.

—Y algunas tienen la curiosa costumbre de resurgir cuando crees que ya las has olvidado.

Todas parecían compartir un mismo pensamiento, aunque ninguna lo dijera en voz alta. Pero lo que sí me habían dejado claro era que Margery Wickham tenía un secreto. Y yo, en ese momento, habría dado lo que fuera por descubrirlo.

Capítulo Dieciocho



Uno podría pensar que algo tan etéreo como el humo no puede tener precio, pero yo me veo con la capacidad de asegurar que el club para caballeros de Cheltenham olía a humo caro. También a arrogancia heredada y a masculinidad macerada en roble, como casi cualquier local donde se dieran cita varias generaciones de varones convencidos de que el mundo les pertenece por nacimiento.

No me costaba nada hacerme pasar por uno de ellos. Lo más importante al tratar con ese tipo de hombres es actuar como si no se tuviera nada que ocultar, pues es, sin lugar a dudas, el mejor modo de ocultarlo todo.

La alta sociedad de cualquier ciudad es lo más parecido que puedes encontrar a una representación teatral mediocre que dispone de un presupuesto escandaloso. Mi mayor entretenimiento era alternar con apellidos ilustres y egos inflados mientras tomaba nota mental para mis próximos papeles. Encontraba absolutamente adictivo el hecho de recibir sonrisas y alabanzas de gente a la que

estaba tomando el pelo delante de sus narices; eso sí, siempre con exquisita cortesía.

Y con esa actitud, con la que había entrado en tantos clubes de tantas ciudades, accedí al de Cheltenham. Saludé con determinación y confianza, como si llevara años frecuentando ese lugar, como si tuviera una butaca con mi nombre bordado en hilo de oro y una pipa tallada a la medida de mi mano.

El sonido de mis botas sobre la madera encerada provocó que varias cabezas se alzaran con curiosidad. Continué con mi caminar pausado, como el que emplearía el hombre adinerado de su misma alcurnia que ellos creían que era. Nadie me puso en duda, nadie cuestionó nada, porque nunca lo hacen si sonríes como si supieras lo que ellos ignoran.

Reconozco que hay algo deliciosamente absurdo en esas reuniones que siempre me ha resultado fascinante, y es cómo estos hombres necesitan cerrarle la puerta a más de media humanidad para sentirse seguros entre iguales. Ni hombres sin linaje ni mujeres con cerebro, nadie que pueda hacer que su ilusión se tambalee. Sonreí por inercia al imaginar a mi falsa esposa diciéndoles unas cuantas verdades a todos ellos, con esa lengua afilada suya que representaba todo un desafío. A mí el primero, por supuesto; de lo contrario, me sentiría profundamente decepcionado.

Nathaniel Davenport descansaba sobre una butaca, con una copa en la mano y una postura desganada. Parecía la clase de joven que solo muestra interés en aquello que le puede traer problemas. Pese a mi naturaleza y a mis circunstancias particulares, no tenía intención de ser uno de esos contratiempos. No con él. Al menos, de momento.

Me reconoció enseguida y su actitud no pretendió esconder que se alegraba de verme allí.

—Señor Lennox —saludó y dejó su copa sobre la mesa baja de madera para ponerse de pie y darme la bienvenida que él debía de considerar que un «caballero» de mi «clase» merecía—. No esperaba verlo tan pronto por aquí. Me alegro de que aceptara mi invitación. Es un verdadero placer su visita.

Me acerqué con una leve sonrisa y una ligera inclinación de cabeza.

—Llámeme Lawrence, por favor. Me pareció un lugar interesante en el que perderme un rato y, quizá, encontrar algo de buena conversación. He acompañado a Clementine a su cita en casa de la señora Montgomery y he tenido el placer de conocer a su madre. Una mujer encantadora la señora Davenport, si me lo permite.

—Por supuesto. —Dejó escapar una sonrisa—. Tanto mi madre como todas sus amigas lo son. Asumo que ha tenido el placer de conocer al resto de las viudas…

—Está usted en lo cierto, así ha sido. Unas mujeres fascinantes todas ellas.

—Si ha conseguido ganarse sus favores tras un primer encuentro, tiene todos mis respetos, Lawrence. —Tomó asiento de nuevo y me indicó con un gesto que hiciera lo propio en la butaca que había frente a la suya—. Mi madre es una mujer escéptica y muy exigente.

—Absolutamente adorable, se lo aseguro.

—Y dígame, al margen de las distinguidas viudas, ¿qué le parece Cheltenham? ¿Se está adaptando usted bien?

—Oh, bueno, muy bien, dadas las circunstancias…

—¿Qué circunstancias son esas? —Una enorme arruga acompañó a su entrecejo con la pregunta.

—Bueno, ya sabe, no todos los días se resucita —bromeé.

—Por supuesto. —Dejó escapar una sonora carcajada que hizo que varias miradas airadas se giraran hacia nosotros—. Debe de ser

una experiencia única, sin duda. Me temo que nunca he regresado de ninguna parte lo bastante interesante como para que me reciban con algo más que un «oh, ya estás de vuelta».

—Estoy seguro de que exagera, señor Davenport. —Me uní a su risa, aunque de un modo mucho más moderado.

—Le aseguro que no… ¿Y cómo ha sobrellevado Clementine su regreso?

Me incliné hacia él antes de hablar.

—¿Es posible que le note un cierto interés en mi esposa, señor Davenport?

—¡Oh, por favor! ¡No del modo que usted insinúa, Lawrence! Y llámeme Nathan…

—No insinúo nada, solo pregunto.

—Intenté hacerle a Clementine su llegada lo más apacible posible. Me considero amigo suyo, pero eso es todo, se lo aseguro…

—¿Puedo considerarlo yo también amigo, entonces, Nathan?

—Sin duda alguna, Lawrence. —El rubor tiñó sus mejillas, no sé si el culpable último fui yo mismo con mi insinuación o las copas de *whisky* que presumiblemente me habían precedido.

—No se altere, Nathan, solo busco algo de compañía y buena conversación.

—En ese caso, ha venido al sitio correcto. Y podría decir que ha tenido suerte, porque hoy me encuentro más sociable de lo habitual.

Sonrió con una amabilidad que no era simple cortesía. No parecía fingida, lo cual, en esos círculos, podía considerarse casi una rareza.

—¿*Whisky*? —preguntó ya con la botella en la mano.

—Por supuesto. No concibo mejor compañero para una primera visita.

Me sirvió con una precisión despreocupada, como si supiera que, con frecuencia, lo mejor para combatir una situación incómoda es un

escocés que te dobla la edad.

—No sabe cuánto me alegra que haya venido. —Nathan se llevó la copa a los labios—. Si le apetece repetir, podríamos jugar una partida algún día: cartas, ajedrez… Lo que prefiera.

—Oh, ya lo creo, me encantaría. Soy jugador, es lo mío. —Sonreí ampliamente—. ¿Y qué se apuesta usted en esas partidas? —pregunté con media sonrisa.

—Nada que no esté dispuesto a perder.

—Es del todo mi estilo. —Apoyé mi copa sobre la mesa sin apenas sonido—. Aunque espero de corazón que no incluya su buena opinión de mí en la apuesta. Creo que aún me la estoy ganando.

Nathan soltó una risa breve y sincera, sin pretensiones. Luego se incorporó con soltura y me indicó el camino hacia una de las mesas de juego situada a no mucha distancia, bajo una luz cálida y con unas butacas de apariencia tan confortable como las que acabábamos de abandonar.

—Juguemos, amigo.

Nos sentamos uno frente al otro en la mesa de ajedrez. Me gustaba ese juego. Tenía algo de estrategia, tensión e incluso de amenaza velada. Como las mejores conversaciones y las mujeres interesantes.

—¿Blancas o negras? —preguntó al comenzar a colocar las piezas.

—Negras —respondí—. Soy un observador nato, no me gusta dar el primer paso.

Él asintió. Hizo su primer movimiento de un modo tan despreocupado que dejaba claro que su juego respondía más al placer que a la búsqueda de la victoria. O esa era la impresión que daba. Yo observé el tablero unos segundos antes de iniciar mi

movimiento. Los peones, alineados como soldados obedientes, sin muchas opciones, condenados a la mediocridad; las torres, frías e inaccesibles; la reina, poderosa, me sacó una sonrisa al recordarme a otra. Y el rey…, el más inútil del tablero, protegido por todos los demás, incapaz de salvarse por sí solo ni hacer nada por sí mismo. Podía ser cualquiera de los caballeros de esta sala. A excepción de mí, claro, que no era más que un peón que había encontrado el modo de salirse de la casilla que le correspondía.

Jugamos en silencio unos movimientos más. Él ganó uno de mis caballos con una jugada limpia e ingeniosa que yo no había ni intuido.

—¿Y Clementine? —preguntó sin mirarme, como quien lanza una piedra y no quiere comprobar si ha impactado o no contra el objetivo—. Ahora que hemos dejado claro cuáles son mis intenciones, o la ausencia de ellas, me gustaría que me contara… ¿Cómo está ella con todo esto? Sé que su llegada aquí fue difícil, no sé cómo habrá encajado una novedad más.

Me tomé un momento más largo para responder. Acaricié a mi reina mientras sopesaba el próximo movimiento y contesté sin demasiada emoción:

—No sé si para ella yo podría considerarme «novedad»… Pero lo cierto es que la he encontrado más serena de lo que esperaba. Y más dura de lo que recordaba.

Nathan asintió y levantó la vista.

—¿Le ha cambiado el carácter?

—Ni siquiera una resurrección conyugal puede alterar el carácter de Clementine Lennox, amigo mío.

Ambos reímos a gusto.

—Eso lo habrá mantenido tranquilo durante su ausencia —apuntó.

—Pocas veces he tenido que preocuparme por mi esposa, se lo puedo asegurar. Sé perfectamente que Clementine puede arreglárselas sin problema ella sola.

—¡Por supuesto! Figúrese, vino desde California ella sola. ¡Peor! Perdió a su doncella personal durante el viaje y tuvo que sobreponerse a ello y hacer el último tramo en esas condiciones…

—Cierto, cada vez que lo pienso… —Fingí que me recorría un escalofrío, aunque lo cierto era que lo que pretendía esconder era una sonrisa.

Ese hombre admiraba a mi falsa esposa y no tenía ni idea de lo admirable que era en realidad esa mujer. Pese a lo mucho que me odiaba, no puedo decir que sin motivos, pues tenía un gran surtido de razones a su alcance, mi admiración por ella no hacía más que aumentar conforme la iba conociendo. Sin duda, no iba a disfrutar el momento de hacerme con una buena parte de su fortuna y desaparecer de ese lugar.

La partida continuó durante unas cuantas jugadas más en las que la conversación ni siquiera fue necesaria. Se instaló entre nosotros un silencio cómodo, como el de dos amigos que se conocen de lejos. Y, aunque no lo demostré, comencé a sentirme relajado. Algo en su actitud, en su falta de pretensión, en su sencillez… me resultaba reconfortante. Su desinterés en parecer interesante resultaba, paradójicamente, lo más interesante de todo.

Jugamos hasta que él me arrinconó con su reina y yo me rendí con elegancia.

—Bien jugado —dije—. Le entrego mi rey, nunca a mi reina. —Guiñé un ojo para enfatizar la referencia a la conversación de hacía un rato.

—Y sin apuestas —respondió. Levantó su copa para brindar conmigo y le correspondí.

—Mejor así. No querría perder lo poco que tengo —exageré.

—No parece que tenga poco. ¿Acaso no se considera usted afortunado, Lawrence?

—Depende de lo que cuente como «tener». —Sonreí—. Y del día. —Pensé un momento—. Pero sí, confieso que me siento un hombre afortunado como pocos —añadí sincero, aunque no por los motivos que él creía, claro.

Brindamos de nuevo. Y, por primera vez desde que había llegado a Cheltenham, pensé que quizás no todo el mundo allí me obligaría a mantener el cuchillo entre los dientes. Con Nathaniel Davenport, era posible que bastara con una copa, una conversación sobre mi reina y un par de frases ingeniosas. Al menos por el momento.



El traqueteo del carruaje sobre los adoquines me relajaba y les daba un ritmo cómodo a mis pensamientos, aunque lo cierto era que no en todo momento me apetecía que estos me acompañaran. Pensar es peligroso cuando uno tiene más preguntas que respuestas. Siempre había sido el hombre de las respuestas, casi todas falsas, si he de ser sincero, pero respuestas, al fin y al cabo. No obstante, en esta estrambótica situación en la que me había visto envuelto, las preguntas se sucedían, los misterios se intensificaban y mi arrebatadora esposa falsa suponía todo un desafío que necesitaba superar. Todavía guardaba un as en la manga que quería sacar en el momento oportuno, pero ya me quemaba en la punta de los dedos.

Apoyé la cabeza contra el respaldo. Mi cuerpo, aún algo embriagado por el *whisky* del club y por el tipo de conversación que no se tiene todos los días, parecía querer hacerme pensar en alguien

que no era Nathan Davenport. No, a quien tenía clavada como una astilla incómoda que era incapaz de sacar de mi mente era a ella.

Esa forma de mirarme como si cada palabra mía tuviera una doble intención, una daga escondida, un veneno subyacente. Por descontado, no estaba del todo equivocada. Y eso me complacía y me irritaba a partes iguales. Era la única que no había sucumbido a mis encantos, pero lo cierto era que me habría decepcionado sobremanera si lo hubiera hecho. Su resistencia la convertía en alguien especial.

Lo curioso era que yo no había ido a buscarla a ella. Había ido por la historia, por la farsa. A por el papel que me llegó dado. Esta vez no había tenido que crearme un personaje, ella lo había hecho por mí, yo solo me había adaptado a sus deseos.

Y ahora estaba ahí, muy a su pesar, jugando a ser el marido resucitado, recogiendo a mi viuda postiza como si fuésemos una pareja de postín y no dos impostores con ropa cara.

Por alguna razón, cada vez que la miraba, algo en mi interior se revolvía con vida propia. No culpa. O no solo culpa. Era otra cosa: un cosquilleo incómodo que me hacía anhelar que me aceptara, aunque supiera la verdad. O una parte de mi verdad, al menos.

—Ridículo —murmuré para mí mismo mientras el carruaje giraba hacia una avenida más amplia.

Mi reflejo en el cristal de la ventanilla confirmó mi afirmación. Ahí estaba yo, con el sombrero en las manos, el corazón a buen recaudo y mi mejor sonrisa, que funcionaba con todo el mundo menos con ella.

Quizá por eso funcionaba ella conmigo. Porque todavía me miraba con esa mezcla de asco y curiosidad propia de las personas que aún no han decidido si les despiertas más desprecio o intriga. Y yo necesitaba ser más sincero con ella, al menos hasta donde podía.

Al fin y al cabo, estábamos juntos en esto. Por mucho que le pesara, lo mejor en nuestra situación era una alianza sincera. Para mi desgracia, era evidente que la única alianza que ella quería para mí era entre una soga y mi cuello.

El carruaje se detuvo. Me arreglé la camisa y respiré hondo antes de bajar. Me repetí una vez más solo para mí mismo:

«Eres Lawrence Lennox, no lo olvides».

Capítulo Diecinueve



Las conversaciones con las viudas se sucedían entre risas y comentarios mordaces, siempre salpicadas de anécdotas que no parecían encontrar un punto medio entre lo trivial y lo completamente incendiario.

—¿Alguna sabe qué fue del señor Weston? —preguntó la señora Newman mientras echaba un nuevo chorrito de licor en su té, como si no faltara ya más de la mitad de la botella que había abierto esa misma tarde.

—Oh, se marchó a Londres —respondió la señora Davenport como si estuviera contando el final de una novela aburrida—. Con una viuda de dudosa reputación.

—¿Dudosa? —intervino la señora Wallace—. Querida, de esa reputación nadie tenía ni la más mínima duda.

Las risas llenaron la sala una vez más. Yo estaba más que relajada, cómoda, como siempre que me encontraba con esas mujeres en mi espacio seguro, hasta que una voz que no encajaba con la porcelana ni el perfume irrumpió en mi santuario.

—Señoras, ¿serían tan amables de devolverme a mi esposa?

La voz de Lawrence llegó desde la puerta como la premonición de una catástrofe.

«Oh, por el amor de Dios. Qué oportunidad perdida de ahogarse en *whisky* o asfixiarse con un puro».

Se inclinó con suavidad y dejó ver una sonrisa educada, tan encantadora como exasperante.

—Lamento interrumpir, de veras, señoras, pero temo que debo llevarme a mi querida Clementine.

Las viudas, que habían dedicado más tiempo a alabarlo en su ausencia de lo que jamás las había visto adular a nadie, volvieron a iluminarse como si les hubieran servido el postre antes de tiempo.

—Señor Lennox —saludó la señora Davenport con una sonrisa.

—Qué considerado de su parte —se enterneció la señora Wallace. Sí, «se enterneció la señora Wallace».

—Lo mínimo que puedo hacer —respondió él como si fuera algo natural que hiciéramos a diario durante años—. Después de todo, no quería que pasara demasiado tiempo lejos de mí. O yo pasarlo lejos de ella.

Me llevé la taza a los labios con la única finalidad de evitar lanzársela a la cabeza.

—Me parece maravilloso, señor Lennox —aprobó la señora Forrester—. Un caballero debe cuidar a su esposa.

—Y no olvide a sus amigas —añadió la señora Newman con una sonrisilla pícara—. Espero que venga a visitarnos pronto.

Lawrence inclinó la cabeza.

—Si mi esposa lo desea, será un placer.

«Si cumplieras los deseos de tu "esposa", hace tiempo que habrías dejado de respirar».

Recogí mis guantes con parsimonia, con la templanza necesaria para evitar cometer un crimen allí mismo, me despedí de las viudas

y, con una sonrisa tan impecable como falsa, pasé junto él para salir de la casa.

Una vez dentro del carruaje, ya en movimiento, rasgué el velo de cortesía que había conseguido mantener intacto entre nosotros.

—Increíble. —Me crucé de brazos para evidenciar más todavía mi frustración—. Absolutamente increíble.

Lawrence se acomodó en el asiento frente a mí con una calma insolente. Parecía convencido de haber ganado una partida sin ni siquiera esforzarse. Y lo había hecho, por supuesto que lo había hecho.

—Gracias.

—No era un cumplido. —Resoplé.

—Prefiero tomármelo como tal.

Lo miré con la intensidad necesaria para prenderle fuego con la mirada.

—No deja de asombrarme lo fácil que te resulta engañar a todo el mundo con ese aire encantador. Eres absolutamente despreciable.

—¿Engañar? —Fingió ofenderse, pero el tono jocoso lo delataba —. Yo solo soy educado, querida.

—Eres un farsante y un embaucador.

—Solo porque tú te niegas a verme con los mismos ojos que el resto del mundo. Quizá seas tú la que está en un error.

Me reí con todo el sarcasmo que fui capaz de reunir.

—¿Cómo dices?

—Eso mismo. —Se inclinó hacia mí, con esa maldita sonrisa que no había manera de borrar de su cara—. Si todas las personas que me conocen piensan que soy encantador menos tú… Dime, Clementine, ¿no contemplas la posibilidad de que seas tú la que está equivocada?

Abrí la boca para responder, pero no me vinieron las palabras. Por la expresión de su rostro, parecía haberse contado un chiste a sí mismo de lo más ingenioso. Mi indignación solo aumentó. Quería contestarle alguna impertinencia tan insolente como la suya, pero mis argumentos no terminaban de sonarme lo suficientemente convincentes. No me habían molestado tanto sus palabras como la certeza con la que lo había dicho. Eso me había irritado más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Inspiré lentamente, me crucé de brazos y lo ignoré con la clara determinación de hacer caso omiso también al molesto cosquilleo de su pregunta en mi cabeza. Nunca había sido una persona soberbia ni prepotente, pero, a todas luces, en esta ocasión eran todos quienes se equivocaban y yo la única que lo veía tal y como era: un lobo con piel de cordero, en apariencia domesticado, como esos perros que no muerden… hasta que matan. No quería entrar en su juego, pero no podía permitir que se saliera con la suya, o que me acusara a mí de estar en un error, solo porque nadie más pudiera ver la realidad.

—Aunque sea la única, no soy yo la equivocada, porque solo yo conozco tu verdad —sentencié.

—¿Eso crees? ¿Y cuál es mi verdad, querida? —Su sonrisa se intensificó, estaba disfrutando de la situación, no había duda.

—Que no eres mi esposo —murmuré sin separar los dientes.

—¡Pero, Clementine! Esa no es mi verdad, es tu mentira. —La risa que salió de su garganta inundó el cubículo y alimentó tanto mi frustración como mis instintos homicidas.

Él se recostó en el asiento con aire satisfecho y miró por la ventanilla. Yo me asomé por la del lado contrario, no quería compartir con él ni las vistas. Lo miré de reojo una única vez. Su sonrisa delató que se había dado cuenta, y yo me odié durante el resto del camino por haberle dado esa satisfacción.

Capítulo Veinte



Debo confesar que jamás había presenciado tanto alboroto en una casa sin que hubiera un cadáver implicado. Y de cadáveres que desatan el caos entiendo más que la mayoría, la verdad. No es que sea un motivo de orgullo, simplemente es un hecho. Y tampoco es que yo haya sido nunca responsable de una defunción que no fuera la mía propia, ni muchísimo menos.

Hollowfield Manor se encontraba imbuida en un entusiasmo primaveral del que era casi imposible escapar. Yo me limitaba a fingir que leía el periódico en el salón, ajeno a la vorágine desatada a mi alrededor, pero lo cierto era que no me perdía detalle de lo que ocurría y estaba más atento a los preparativos que gran parte del personal. Y que mi querida «esposa», que fingía leer un libro en la butaca más alejada de la mía (por supuesto), como si la fiesta que se avecinaba no fuera con ella.

Cada vez nos rodeaban más cintas, vestidos, flores… Sobre todo, flores. El personal femenino de servicio al completo parecía formar parte de ese caos, con Lizzie a la cabeza. No porque la joven doncella estuviera al mando, ni por asomo, era más bien que se la

notaba tan nerviosa y se movía a tanta velocidad que parecía estar en todas partes a la vez.

—Señor Lennox, ¿qué le parece este color? ¿Demasiado o demasiado poco?

Alcé la vista del diario y fingí que la observaba por primera vez, para darle la satisfacción de comprobar mi sorpresa ante su indumentaria. Llevaba tantas flores sobre el vestido que casi no se apreciaba nada de él.

—Querida Lizzie, apenas soy capaz de intuir el color. Creo que estás a dos flores de que te perdamos entre los arbustos de la plaza.

Ella dejó escapar una risita y se recolocó la corona, también de flores, que llevaba sobre la cabeza.

—¿Le parece excesivo, señor Lennox? —preguntó con duda en la voz, pero no pude contestar porque mi querida Clementine se me adelantó.

—No le hagas caso, Lizzie, estás encantadora.

La miré con diversión y ella intentó sin éxito fulminarme de un vistazo.

—Entonces, ¿les parece excesivo o no? —insistió la doncella.

—Creo sinceramente que si el joven Billy Cooper te alcanza y tú te quedas muy quieta, podréis protagonizar vuestra propia fábula de Apolo y Dafne —aseguré y juro que por un segundo vi la sonrisa de Clementine asomar a sus labios y querer subir hasta sus ojos, pero se recompuso a tiempo de mirarme con el desdén acostumbrado.

—Lizzie, te busca la señora Harper —interrumpió otra de las doncellas desde la puerta y nuestro pequeño jardín ambulante salió corriendo como si le fuera la vida en ello.

—¿Y tus flores, querida? —le pregunté a Clementine en cuanto nos quedamos solos.

Ella pasó la página del libro que fingía leer sin dedicarme siquiera una mirada.

—Yo voy a prescindir de flores —aseguró—. No me siento «festiva».

—No irás a acudir al festival vestida de negro, ¿verdad?

—No tengo nada más. Todavía no he recogido los vestidos nuevos. Ni siquiera deben de estar listos…

—Seguro que sí —aventuré—. Le dije a madame Roux que eran urgentes. ¡Vamos ahora mismo!

—No voy a perder tiempo yendo a por unos vestidos que no me interesan cuando hay tanto que preparar aquí.

—Pero no estás preparando nada, solo finges leer un libro. —Sonreí con ese gesto que conseguía sacarla de quicio casi de inmediato.

Se puso de pie al momento y dejó su falsa lectura en la butaca.

—¡Lizzie, vamos a ponernos con esas cintas! —voceó hacia la puerta.

Yo dejé escapar una risita y asentí.

—Iré yo, querida. Te traeré tus vestidos.

Ella bufó en respuesta como si no le importara lo más mínimo.

Me acerqué al local de madame Roux para recoger las prendas que habíamos encargado, con la misma devoción con la que otros maridos compran flores (aunque nosotros de eso íbamos más que sobrados aquel día) o joyas antes de una disculpa. Empezaba a ser urgente que mi falsa esposa se quitara ese luto autoimpuesto que no hacía sino recordar su anterior estado civil. Y yo necesitaba que le gritara al mundo que su situación había cambiado. Además de que

también me moría por verla con cualquier otro color. Por algún motivo que no me permitía analizar, necesitaba su aceptación, y ella no estaba dispuesta a bajar la guardia ni un segundo.

En cierto modo, estaba siendo el «trabajo» más sencillo de todos. Solo con mi llegada, ya lo había conseguido todo. Nadie me había puesto en duda. Le habían quitado a ella toda autoridad y me la habían otorgado a mí. Podría sencillamente haber hecho el desfalco habitual y haber salido por pies. Pero algo me retenía allí. Y es que mis días en Cheltenham en general y en Hollowfield Manor en particular me estaban resultando muy entretenidos. Me gustaba la vida que estaba construyendo, aunque debía estar preparado para salir corriendo en cualquier momento si el engaño llegaba a desvelarse. Me sorprendí a mí mismo pensando, durante apenas un instante, cómo sería huir con mi querida esposa si ella estuviera a punto de ser descubierta también…

El cielo presentaba ese color indeterminado de las mañanas que prometen escándalos discretos. Y así lo comprobé justo al bajar del carruaje frente al local de madame Roux. Nathaniel Davenport salía de allí con el paso ambiguo de quien no tiene prisa, pero tampoco tiempo que perder. Al igual que las otras veces que nos habíamos cruzado con él en ese mismo lugar, no llevaba nada en las manos, ni paquete ni encargo, y, sin embargo…, tenía «esa» expresión. No creo que sea necesario explicar cuál. Esa que muestran los hombres que han sido tocados en un lugar poco visible pero extremadamente placentero.

Levantó la vista y reparó en mi presencia. Me dedicó una sonrisa breve y elegante, muy a lo Nathaniel Davenport. El tipo de sonrisa despreocupada de quien no tiene nada que ocultar, pero yo en ese momento ya tenía claro que él sí lo hacía.

—Lawrence —dijo con esa actitud tan suya que comenzaba a conocer bien, por la que siempre parecía encantado de encontrarse conmigo.

—Nathaniel —respondí—. Qué inesperado encontrarle aquí. Dígame, ¿su hogar también se ha convertido en un hervidero floral y necesitaba un respiro?

—Oh, no, señor Lennox. —Rio—. Mi madre hace años que no vive el May Day de ese modo y, por ende, los criados tampoco lo hacen…

—¿Qué le trae entonces por aquí tan temprano? —tanteé con la sonrisa del que ya conoce la respuesta a su pregunta.

—A veces es la mejor hora para hacer… ciertos encargos.

—Por supuesto. El aire es más puro y la gente… más discreta.

—Así es, amigo. —Sonrió y creí ver un atisbo de complicidad en su gesto. Se levantó el sombrero para despedirse—. Un placer como siempre, Lawrence. Nos vemos esta tarde en el festival.

—Allí nos veremos, sin duda, Nathan.

Partió con paso ligero y yo me cuestioné si lo que había intuido sería cierto o solo imaginaciones mías. Pero, en cuanto crucé la puerta del local, las dudas se disiparon a la misma velocidad que la decencia de ella unos minutos antes de mi llegada.

Madame Roux era una mujer estoica, o así me lo había parecido cuando la conocí. Una dama extremadamente bella y encantadora, pero no había duda de que me sacaba unos cuantos años. Casi una década, quizá. Por lo tanto, unos cuantos más al joven Davenport. Todo un escándalo si mis suposiciones eran ciertas y se hacían públicas.

Esa mañana, madame Roux presentaba un aspecto algo diferente al habitual. Su porte regio y profesional había desaparecido y todo su cuerpo desprendía una actitud más relajada. Tenía las

mejillas encendidas, el moño algo suelto, y una de las cintas que llevaba al cuello no estaba bien abrochada. Pequeños detalles. Insignificantes para cualquiera, pero, para mí, más evidentes que el interés de Lizzie por Billy Cooper.

—Señor Lennox. —Parpadeó sorprendida por verme allí.

—Disculpe la intromisión, madame. Solo venía para saber si tiene alguno de los encargos de mi esposa. Me gustaría sorprenderla y llevarle algo bonito que pudiera lucir en el May Day. Sería tan triste acudir a semejante evento con ese luto suyo…

—Claro, claro…, por supuesto. Están en el salón de pruebas. Creo que uno de ellos podría estar listo en unos minutos. Si me da un momento…

—Por supuesto —asentí con mi mejor sonrisa.

Sus manos temblaron un poco y varios objetos se le cayeron cuando cogió algunos enseres de costura y se dirigió a la cortina que separaba el comercio del taller. No parecía miedo ni torpeza, sino más bien el despiste propio de quien tiene la mente en un encuentro reciente. Yo, por supuesto, no dije nada. ¿Por qué habría de hacerlo?

—¿Todo bien, madame Roux? —pregunté con la voz que uso cuando sé qué verdad se esconde justo detrás de la cortesía.

—Perfectamente. Solo una mañana… agitada.

—Las mejores lo son —aseguré con mi mejor sonrisa.

Ella rio con cierta vergüenza y desapareció tras la cortina.

Regresó al cabo de pocos minutos. Llevaba entre sus brazos un vestido envuelto no con menos mimo del que habría dedicado una madre primeriza a su bebé. Cuando lo colocó sobre la mesa, desplegó el delicado y suave papel con la parsimonia que se emplea

para mostrar una pequeña obra de arte. Y lo era. Verde París. Jamás había visto un color que gritara tanto por sí mismo. El nombre ya lo decía todo, pero verlo desplegado sobre la tela blanca de la mesa era mucho más impresionante de lo que cualquiera hubiera podido imaginar. Un verde profundo, casi mineral, como recién salido de una joya o de un bosque encantado. El corte era elegante y moderno, con detalles en encaje, un corpiño sutilmente entallado y una caída que parecía haber sido diseñada para hacer que la gente dejara de hablar cada vez que ella cruzara una habitación. Casi podía escuchar el sonido del roce de la tela acompañando su caminar.

No tuve ninguna duda de que Clementine iba a odiarlo. Y, por eso mismo, yo iba a venerarlo.

—Confieso que no suelo envidiar los vestidos de mujer, madame —dije con una sonrisa tan torcida como sincera—, pero este me ha provocado una punzada de celos. ¿No es acaso el más bonito que ha creado nunca?

—Absolutamente —respondió con un brillo en los ojos que no estaba seguro de que solo tuviera que ver con la costura—. Dudé si lo querrían, pero tenía el presentimiento de que… tenía que ser para su esposa. Le irá como un guante. Créame.

—La creo, madame Roux, se lo aseguro —asentí—. No podría no hacerlo si me lo dice con esa convicción.

—Le aseguro también que está confeccionado a partir de unas telas que ya tenía y nunca llegué a emplear. Le ruego discreción. Pese a que considero que es mi mejor obra, le agradecería que no me buscara un problema. Si pudieran ustedes decir que lo trajeron consigo de los Estados Unidos…

—Descuide, madame, soy bueno guardando secretos. —Guiñé un ojo y a ella le subió el rubor a las mejillas—. En cuanto al vestido, ¿me asegura que es del todo seguro para mi esposa llevarlo puesto?

—Por supuesto, señor Lennox. Los únicos «incidentes» derivados de este color los sufrieron los trabajadores textiles que estaban en contacto directo con el pigmento. Jamás soportó percance alguno quien los vestía, se lo aseguro. No obstante, he forrado toda la prenda para que en ningún momento el tejido coloreado esté en contacto con la piel de su esposa.

Había dicho «la piel de su esposa» con el mismo tono en el que podría haberse referido a una mano, pero sus palabras sonaron de lo más sugerentes en mi imaginación al pensar en ello de un modo en el que nunca antes lo había hecho. Quizá descubrir la aventura de esta mujer con el amigo Davenport me había despertado sensaciones que mantenía dormidas y que me negaba a avivar para no perder el control de mí mismo, algo que contravendría del todo mi propósito. Pero, ah, «la piel de mi mujer». Estaba deseando descubrirla toda.

—Estupendo entonces —retomé la conversación con naturalidad tras mi brevísima fantasía.

Ella me observó un instante, como si se debatiera entre añadir algo más o callárselo. Y, como la mujer inteligente con un as en la manga que era, optó por revelarlo con estilo.

—Si me lo permite…, creo que tengo algo más que podría ser de su interés. Un conjunto de caballero que jamás fue recogido cuando se decretó la prohibición del pigmento verde París. La talla podría ser la suya. Y el color… Bueno, juzgue usted mismo.

Se volvió a marchar tras la cortina con paso ligero y regresó poco después. Portaba un traje de chaqueta y pantalón de color beis, con unos detalles en el verde que ya me era tan familiar y con unos acabados impecables. Completaba el conjunto un chaleco del mismo verde y una chistera del mismo color que la chaqueta, con una cinta del mismo tono que el vestido. Absolutamente maravilloso.

Combinaban tan bien ambas prendas que no tuve la más mínima duda de que madame Roux había confeccionado el vestido a partir de este traje del que quería deshacerse, pero no por ello me fascinaba menos.

Los miré en silencio durante un rato. Después la miré a ella.

—¿Quiere que me lo pruebe? —pregunté como si no estuviera seguro de sus intenciones.

—Sería un crimen no hacerlo.

Me quité el abrigo y mi propia chaqueta y me puse la nueva. Encajó como si hubiera sido hecha para mí, como una vieja amiga. Los hombros, la cintura, el largo exacto… Hasta la caída del forro parecía pensada para acompañarme como si nos conociéramos de toda la vida.

Me miré en el espejo de cuerpo entero que Madame Roux acercó con disimulo. Y sonreí, pero no por vanidad… O no solo por vanidad.

Sonreí ante la visión de una pareja, en un escenario concreto. El festival más importante, el matrimonio más misterioso, el color prohibido. Éramos puro escándalo. Y me encantaba que así fuera.

El vestido de Clementine y este conjunto eran una declaración de intenciones, todo un cuadro que hablaba por sí mismo. Y yo estaba dispuesto a colgarlo donde todos pudieran verlo, donde ella no pudiera seguir negándolo. Ni negarme.

—Me lo llevo —aseguré sin apartar los ojos del reflejo—. Todo.

—¿Seguro? —preguntó con una sonrisa que trataba de esconder tras ese falso tono de duda.

—Por supuesto. Este conjunto, este vestido… Esta oportunidad. No voy a dejarla colgada en un perchero por miedo al qué dirán. Sería una lástima desperdiciar unas prendas tan exquisitas…

—¿Desea que le prepare todo junto?

—Sí, por favor. Con cuidado. Como si fuera un regalo.

«Un regalo». Sentí que quizá lo era. Para Clementine. Para mí. O para los dos.



Salí de allí con las cajas en la mano y varias ideas en la cabeza. Iba a ser nuestra primera aparición en un evento social y lo íbamos a hacer por todo lo alto. No me bastaba con ser el misterioso matrimonio del otro lado del atlántico. Si uno regresa de la mismísima muerte, está obligado a alimentar la leyenda.

Mi siguiente pensamiento fue para lo que acababa de descubrir: Nathaniel Davenport y madame Roux tenían una aventura clandestina.

Solo yo conocía su secreto, y lo cierto es que siempre he tenido una política muy clara con los secretos ajenos: recolectarlos como Lizzie a sus flores, atesorarlos como armas cargadas y usarlos… solo si me hace falta.

Capítulo Veintiuno



Cuando Lawrence reapareció en Hollowfield Manor un par de horas más tarde, lo hizo con una expresión en su rostro que dejaba claro que algo tramaba. Parecía que traía noticias… o problemas. Posiblemente ambos.

Además de su habitual insolencia, portaba también un par de cajas grandes que cargaba él mismo como si de un gesto heroico se tratara. Como si fueran la solución a unos problemas que yo desconocía. El gesto travieso de su mirada me recordó al de un niño que ha sido pillado haciendo lo que no debe.

—¿Qué has hecho? —pregunté en tono neutro, como si no me importara lo más mínimo.

—He salvado el festival —respondió. Me dedicó una mirada cómplice y me señaló con la cabeza las escaleras—. Vamos arriba y te lo enseño.

—Desconocía que el festival estuviera enfermo o condenado, y que fuera misión tuya «salvarlo».

—Oh, Clem. —Dejó escapar una risita y se encaminó hacia el piso de arriba.

Lo seguí por inercia, y con la curiosidad de averiguar lo que estaba tramando.

Entró sin vacilar en mi dormitorio y yo me quedé clavada en la puerta, con la dicotomía interior de si entrar tras él o no.

—Oh, por el amor de Dios, Clementine. —Rio. Luego añadió en voz más baja—: Soy tu esposo, se supone que hemos estado aquí dentro juntos varias veces.

Cogió mi mano y tiró de mí hasta obligarme a entrar. Cuando su rostro quedó a pocos centímetros del mío, volvió a susurrar:

—¿O prefieres que vayamos a mi habitación?

—¡Por Dios, no! —chillé más alto de lo que pretendía y me gané una carcajada de demente a cambio.

Él cerró la puerta de mi dormitorio con el pie y, una vez encerrados los dos allí dentro, depositó sobre la cama las cajas que cargaba. El hecho de verme atrapada con él en el interior de una habitación me hizo sentir que hasta el aire que nos rodeaba había mutado a nuestro alrededor. Se percibía más denso, cálido, cargado… Opresivo.

Él parecía ajeno a este hecho, pues se limitó a señalar con una enorme sonrisa los paquetes que descansaban sobre mi colchón y a hacer una sencilla pregunta:

—¿Preparada?

—¿Para qué? ¿Una solicitud de divorcio? ¿La nulidad matrimonial? ¿Tu certificado de defunción? Tú sí que sabes lo que una mujer necesita… Nada me haría más feliz.

Su risa grave llenó la habitación y cargó más todavía el ambiente.

—Para dejar de parecer una viuda huérfana de color, querida.

Bufé por toda respuesta, porque no quería darle la satisfacción de quedarme muda y que pareciera que me había dejado sin palabras. La curiosidad me llamaba como si fuera un hilo suelto en

una prenda nueva y, pese a que sabía que tirar de él no traería nada bueno, no podía evitar el deseo de hacerlo para confirmar el resultado. Para no caer en la tentación de sucumbir a mi creciente interés, dejé de mirar las cajas y le dediqué a él toda mi atención.

—No me mires así. Solo ábrela —exigió.

No lo hice. No pensaba darle esa satisfacción. Me crucé de brazos con la templanza de haber dicho lo que tenía que decir y de ser más dueña de mi orgullo que víctima de mi curiosidad.

Suspiró, como si yo fuera una niña tozuda y él el único adulto funcional de la habitación. Así que alzó la tapa por sí mismo. Y ahí estaba: el vestido. Reconocí el color al instante, aunque jamás lo hubiera visto antes. Verde París, el tono exacto de un escándalo bien cosido.

El encaje era sutil; los detalles…, impecables. Demasiado perfectos. Él lo sacó de la caja y lo extendió sobre mi cama. Supe sin necesidad de tocarlo que la caída de la falda sería fabulosa. Y, sin lugar a dudas, el centro de todas las miradas en cualquier evento público.

—Estás loco —susurré sin poder apartar la vista de la hipnótica prenda.

—Estoy harto del luto. Quiero que la gente te vea. Nos vean. Que no duden. Que no haya un alma en esa plaza que no sepa que la señora Lennox es la dama más imponente de todo Cheltenham. Si los Lennox somos la comidilla de la ciudad igualmente… ¡Seámoslo a lo grande!

—No quiero ser el centro de atención. Solo quiero…

—¿Pasar desapercibida? Lamento decirte que lo haces fatal, querida.

Quise fulminarlo con la mirada, pero lo había hecho ya tantas veces que él parecía encontrarlo más divertido que amenazante.

—¿Y qué quieres que le diga a todo el mundo? ¿Que he pasado de vestirme como la pena en persona a parecer una esmeralda viviente sin más explicación? ¿Cómo se supone que he mutado de ser la más discreta de todos los eventos a vestirme como si necesitara recabar hasta la última mirada?

—Por la euforia que te provoca la vuelta de tu esposo, por supuesto. —Sonrió.

—Lo que no entiendo es cómo te ha vendido esto madame Roux… —cambié de tema con descaro para desviar su atención.

—Le prometí que diría que lo traje conmigo de California. Y que solo se lo llevé a ella para unos ajustes. Tú no sabías que estaba allí. Sorpresa, misterio, un marido atento… Una pareja divina. ¡La más grandiosa sensación de todo Cheltenham!

—¿Por qué me has contado la verdad? ¿Por qué no me has dicho a mí también que lo habías traído de los Estados Unidos?

—Porque, te guste o no, Clem, estamos juntos en esto. Muy a tu pesar, somos un equipo.

—No somos nada —murmuré sin tan siquiera mirarlo.

Me acerqué al vestido y lo toqué. Entonces, como si hubiera estado esperando justo ese gesto, él destapó la segunda caja: una chaqueta, un chaleco, una chistera… Todo combinado a la perfección conmigo, con mi vestido. Con el escándalo.

—Tú… piensas ir así. —No me molesté en preguntar, solo confirmé lo evidente—. A juego.

—Desde luego —dijo con esa sonrisa insolente suya con la que le encantaba desafiarme y que solo conseguía que buscara algo que lanzarle a la cara. La chistera que sostenía en mi mano en ese momento era una firme candidata para ello.

—No sé cómo pretendes conseguir que acceda a semejante despropósito…

—No me cabe duda de que lo harás, querida.

—¿Cómo estás tan seguro?

—En primer lugar, porque te conviene tanto como a mí que todo el mundo crea que somos la pareja perfecta… —Sonrió de un modo enigmático que me hizo pensar otra vez que sabía más de mí de lo que había dicho, pero aun así me resultaba inconcebible que hubiera tenido acceso a una información que yo no le había proporcionado a nadie—. En segundo lugar, porque es el vestido más exquisito que has visto en tu vida y estás deseando comprobar que serías la dama más bella de todo el festival. Y nadie podría culparte por ello. Y, en tercer y último lugar, porque semejante escándalo enfurecería enormemente a Margery Wickham y la privaría de su habitual protagonismo… Se pondría verde de envidia…

—«Verde París» de envidia —maticé y él dejó escapar una carcajada, a la que acompañé con una sonrisa cómplice.

Durante apenas un segundo, sentí que efectivamente él y yo estábamos en el mismo equipo, pero me recompuse a tiempo, porque no podía bajar la guardia y olvidar que era un embaucador y un embustero profesional.

—Está bien —acepté en voz baja, como si los criados pudieran oírnos a través de la puerta—. Pero si alguien muere de un infarto al vernos, no pienso ir al entierro vestida de verde.

—Estoy seguro de que eso es relativo, querida —respondió con un gesto divertido—. Me atrevo a asegurar que si la fallecida es Margery Wickham, serías capaz de asistir al funeral vestida con todos los colores de arcoíris.

—No lo dudes, y con cascabeles en los tobillos.

Su risa llenó de nuevo la habitación y pareció tragarse un poco más del aire que nos rodeaba. O se marchaba pronto de aquí o corría el riesgo de asfixiarme de veras. Pareció leerme el

pensamiento cuando cogió su caja y se encaminó a la puerta que comunicaba con el baño que separaba su dormitorio del mío.

—Voy a vestirme, querida. Nos vemos cuando estés lista.

Sonrió antes de marcharse, con un gesto de victoria, como si hubiese ganado una batalla. Lo pude entender porque, con toda seguridad, esa tarde lo había hecho.

Capítulo Veintidós



El carruaje avanzaba con paso decidido por las calles de Cheltenham camino de la plaza principal, donde se celebraba el May Day. Lizzie y Clementine iban sentadas juntas en el asiento frente al mío.

La doncella era incapaz de estarse quieta, y yo no podía evitar contagiarme un poco de su entusiasmo.

—Están tan guapos y tan elegantes… ¡Van a ser la sensación del festival! ¡Van a acaparar todas las miradas! ¡Ese vestido es el más bonito que he visto en mi vida, señora Lennox! Y el segundo el mío. No sabe cómo le agradezco, señora, que me regalara esta preciosidad, es todo un sueño… ¿No le parece fabuloso, señor Lennox? No tanto como el de su esposa, claro, pero ¿cree usted que le gustará a Billy Cooper? ¿Es del agrado de un caballero?

—Te confieso, Lizzie, que las flores eclipsan todo lo demás. Apenas me atrevería a adivinar de qué color es la tela…

Tan pronto terminé la frase, mi falsa esposa me propinó un puntapié.

—¿Tú también estás emocionada o ya has agotado tu cuota de alegría con mi compañía esta mañana, querida? —Le dediqué la

atención que parecía reclamar al dedicarme tan cariñoso gesto.

—Me reservo para el espectáculo de las cintas —respondió con la vista fija en el cristal de la ventanilla—. A ti ya te tengo muy visto.

—Ay, Clementine —paladeé cada sílaba de su nombre antes de dejarlo ir—. Si tú supieras lo poco que has visto de mí…

Eso sí hizo que se girara en mi dirección y me dedicara una de esas miradas que me tenía reservadas en exclusiva. Una cargada de deseo… Deseo de verme muerto, por supuesto, pero deseo, al fin y al cabo. El deseo estaba ahí, solo tenía que reconducirlo…

—No me interesa lo que no haya visto, Lawrence. Me basta con verte lo justo para no tropezar contigo.

—Y, aun así, aquí estamos —alcé la voz y abrí los brazos en un gesto teatral—, tropezando como dos enamorados por los campos floridos de Gloucestershire. Y acompañados de la más bella flor, por supuesto —añadí con una inclinación de cabeza hacia la doncella.

Lizzie, que no terminaba de entender de qué hablábamos, dejó escapar una risita nerviosa.

—Parece que ustedes se divierten discutiendo.

—Oh, Lizzie —dije, guiñándole un ojo—. Esto no es discutir. Esto es… nuestro lenguaje de amor. Tendrás que encontrar el tuyo con el joven Cooper… Cuantas más chispas salten, más arderá luego todo.

—¿Arder? ¿Qué tiene que arder? —preguntó Lizzie con los ojos cargados de inocencia.

—No sería nada apropiado que te lo explicara yo, Lizzie, querida. Seguro que, llegado el momento, mi esposa sabrá cómo aclararte todo lo que necesites saber…

La doncella se giró hacia su señora, a la que le había subido el rubor a las mejillas y habían comenzado a temblarle las manos. Nada visible para cualquiera, pero más que evidente para un observador con mi experiencia.

—¿No, querida? —pinché, con toda la intención de desestabilizarla un poquito más.

—¿Qué se supone que tengo que enseñarle?

—Los secretos de la intimidad conyugal, mi amor.

Su mirada glacial habitual dejó escapar un trasfondo nuevo… ¿Era miedo? ¿Ignorancia? ¿Era posible que no supiera de qué le estaba hablando? ¿Nadie le había explicado nada a ella?

«Oh, querida mía, te daría una clase práctica aquí mismo, en este carruaje. Solo tendría que deshacerme antes del arreglo floral que nos acompaña».

Me recliné en el asiento con una sonrisa de anticipación. No sabía en qué momento ocurriría, pero tenía que ocurrir. No podía dejar a semejante mujer en la ignorancia. Era mi deber de esposo falso instruirla en las artes amatorias y esforzarme en que no se dejara nada por aprender.

En cuanto el vehículo se detuvo junto a la plaza, Lizzie se giró hacia Clementine.

—¿Me necesita, señora? ¿O puedo ir con mis hermanas? Están junto a las cintas.

—Ve, Lizzie, pásalo bien. —Hizo un gesto con la mano para indicarle a la doncella que saliera.

Lo hizo a toda velocidad y dejó la portezuela abierta. Y yo fantaseé durante apenas un par de segundos con volver a cerrarla y comenzar la instrucción de mi esposa, que volvía a tener ese gesto tan recurrente cuando nos encontrábamos a solas, como si estuviera chupando un limón.

—¿Vas a disfrutar del festival con esa cara o solo te estás preparando por si fallece alguien por accidente y tienes que acudir a un funeral de emergencia?

—Si el funeral fuera el tuyo, estoy segura de que mi espíritu festivo aparecería por sí solo.

Me incliné hacia delante para poder hablarle más bajo.

—Yo sé que, en el fondo, es todo pose. No me detestas tanto. Estás comenzando a apreciarme, estoy seguro. —Acaricié su mejilla con los nudillos y ella apartó mi mano con un sonoro manotazo.

Dejé escapar la risa y a ella se le agitó la respiración de pura ira. Era la primera vez que la veía con un vestido tan escotado y sus pechos se agitaban arriba y abajo al ritmo de su enfado. Era algo tan hipnótico que lamenté no haber descubierto ese detalle antes, pues me habría dedicado a enfurecerla de veras todo el camino.

—Lizzie está emocionada —cambió de tema de modo radical—. No le tomes el pelo.

—¿Tomarle el pelo? Si solo le he dicho que parece una ninfa del bosque… Que también parezca una guirnalda que ha cobrado vida no es algo que yo pueda evitar…

La comisura de su boca tembló apenas. No llegaba a ser una sonrisa, era un amago, un intento, un tropiezo provocado por ese fondo humano que escondía en algún lugar.

—Te juro que no entiendo cómo consigues que todo el mundo esté encantado contigo.

—Creí que ya habíamos concluido que si tú no me ves como los demás es porque, quizá, no me sabes mirar.

—Y ahí está el problema —respondió con suavidad y me hizo un gesto para que bajara—, que lo que deseo es no verte en absoluto.

Me reí por ese comentario tan Clementine. Tan suyo como la contención emocional, la ironía punzante o la forma de querer odiarme con sensatez… y no llegar a conseguirlo del todo.

Bajé primero y le tendí la mano. No porque me necesitara para descender de carruaje, sino porque quería hacerlo. Sabía con

certeza que, si le hubiera preguntado, ella habría asegurado que quería hacerlo sola. No obstante, era la primera vez que aparecía en público sin su luto riguroso y lo hacía a lo grande, con una prenda que parecía tejida para silenciar conversaciones y torcer cuellos, pensé que quizá necesitaría un punto de apoyo.

Y así fue.

El vestido verde París cumplía su promesa con cada pliegue. El vocerío que nos rodeaba se fue convirtiendo en un murmullo cuando ella me permitió enroscar su brazo alrededor del mío y comenzamos a caminar por los jardines. Bajo el sol, el pigmento verde parecía sacado de un mágico cuento de hadas con la única intención de gritarle al mundo que los Lennox habían llegado.

Nos miraron. Por supuesto que nos miraron. No pocos caballeros torcieron el cuello hasta el borde de la contractura y más de una dama se golpeó la cara con torpeza con su propio abanico.

Mi esposa —o la que todos creían que lo era— caminaba con una expresión entre altiva y resignada, mientras yo sonreía con esa satisfacción de estar en posesión del boleto ganador. Lo más sensato en mi situación hubiera sido no llamar la atención y tratar de pasar lo más desapercibido posible antes de mi huida, pero lo cierto era que no planeaba marcharme por el momento, solo quería dinamitar las encorsetadas vidas de los habitantes de Cheltenham con un poco de rebeldía, descaro y color.

—No sé cómo me has convencido para montar semejante espectáculo —protestó entre dientes.

—Porque teníamos que volver al mundo de los vivos a lo grande, querida —murmuré—. Y claro que sabes por qué lo haces. Tu motivo viene directo hacia nosotros.

No mentí, Margery Wickham, del brazo del que supuse era su marido, se nos acercaba con un paso muy decidido que fingía ser

casual. Hizo un quiebro algo antinatural en el último momento para cortarnos el paso.

—Oh, señor y señora Lennox, qué alegría verlos aquí. Están ustedes divinos. Les presento a mi esposo: Henry Wickham, el alcalde. —Su pecho no se hinchó más al decir «el alcalde» porque el corsé que llevaba para fingir que mantenía la misma cintura de hacía una década se lo impidió.

—Un placer, señor Wickham. —Incliné la cabeza en un gesto de cortesía y mi esposa saludó con mucha más amabilidad de la que me había dedicado a mí jamás.

—Bueno —siguió la primera dama—, ¡verde París! ¡No me lo puedo creer! ¿Acaso no saben que ese pigmento está prohibido?

El brazo de Clementine se aferró con fuerza al mío y decidí contestar por ambos, con un embuste de esos que siempre me han salido tan naturales como los elogios de una dama a un bebé feo.

—Verá, señora Wickham. —Me acerqué un poco a ella para poder susurrar, como si le estuviera contando un secreto—. Es lo único que pude traer conmigo de California. Cuando nuestro hogar ardió hasta los cimientos, lo perdimos todo. —Impregné mi voz de un dramatismo extra que hizo que la señora Wickham contuviera la respiración—. Este traje y el vestido de mi esposa se encontraban en la modista por pura casualidad… Cuando supe que Clementine había sobrevivido a la catástrofe y se encontraba en Inglaterra, acudí al local para recuperar lo único que podía llevarle de nuestra vida anterior… Pero el taller había sido saqueado, como tantos otros en esa condenada guerra, y todo estaba destrozado. —Margery ahogó un grito y Clementine se tensó a mi lado, como si realmente creyera que tal cosa había ocurrido—. Pero en el sótano hallé una caja, enterrada entre toneladas de destrucción, que se había mantenido intacta.

—Dios mío. —Margery se llevó una mano a la boca.

—Las dos únicas prendas que se habían salvado de la masacre. De algún modo, el destino quería otorgarnos algo de luz en un momento tan sombrío, ¿no le parece? ¿No los habría traído usted, señora Wickham? ¿Privaría al mundo de algo tan bello como Clementine Lennox con este aspecto?

Mi esposa me dio un codazo y el señor Wickham respondió por la suya.

—Tonterías, querida… ¿Qué es eso de prohibir un color? ¡Pues sí señor! No haga caso, señor Lennox, Cheltenham es un lugar seguro en el que lucir el color que a cada cual le plazca… ¡Solo faltaría! ¡Tiene usted autorización del mismísimo alcalde! —Levantó un dedo al aire por si no había quedado lo suficientemente rotunda su afirmación.

—Muchísimas gracias, señor Wickham, es usted muy amable…

—Llámeme Henry, por favor. Espero verlos a ambos en el baile que celebraremos en casa en unas semanas. No me fallen.

—Por supuesto, Henry, cuente con ello.

Nos despedimos y ambas parejas seguimos nuestro camino, cada uno en una dirección.

—Impresionante. ¿Lo traías preparado? —preguntó Clementine.

—¿El qué?

—El cuento, la fantasía, el embuste…

—Ah, no, he improvisado sobre la marcha, añade un punto extra de emoción. Para mentir, querida, solo es necesario tener descaro, imaginación y buena memoria, y yo voy bien surtido de todos esos dones.

Nos interrumpió un murmullo que crecía entre la multitud conforme nos acercábamos a la plaza. Las mujeres cuchicheaban

emocionadas y los niños corrían hacia el sonido que se acercaba cada vez más.

—¡El boticario! ¡El boticario! —gritaban los críos a pleno pulmón y las mujeres lo susurraban entre miradas cómplices.

Un carromato, pintado en unos tonos tan chillones que ni siquiera pretendían ser discretos, apareció entre las cintas de papel y las flores colgantes. En un lateral se leía:

«Samuel & Star. Remedios milagrosos y secretos de alcoba».

En letras doradas relucientes, por supuesto, porque los charlatanes de esa calaña siempre han considerado que la sutileza está sobrevalorada. El conductor, un hombre más alto que cualquiera de los presentes y rubio como el mismísimo sol, detuvo los caballos y alzó las manos al cielo como si todos los presentes hubieran estado esperando su llegada. Para hacer honor a la verdad, daba la impresión de que así era.

Detrás de él, salieron del interior del carromato una mujer, embarazadísima y luminosa como solo las damas que albergan una vida dentro pueden brillar, seguida por una hilera incalculable de chiquillos idénticos a su progenitor. Tal era así que, de no ser por el evidente estado de gestación de su señora, se podría haber puesto en duda la participación de ella en el proceso. Quizá los había creado en esos frascos de color verde que estaba colocando a la vista de todos con el descaro de quien piensa que embotellar una mentira la convierte en verdad.

El tal Samuel, porque era evidente que se trataba de Samuel y no de Star, tomó uno de los frascos y lo alzó ante la muchedumbre.

—¡Elixir de la Selva Esmeralda! ¡Curativo, rejuvenecedor y potenciador de pasiones! ¡Dele una cucharada a su señora y no podrá quitársela de encima! ¡Como yo a la mía!

La tal Star dejó escapar la risa y le guiñó un ojo antes de dirigirse al espacio tras el carromato en el que el ejército de querubines había montado en un abrir y cerrar de ojos una tienda de lona frente a la cual habían colocado un cartel que rezaba «secretos de alcoba». La mujer acarició las cabezas de sus hijos antes de entrar en la improvisada construcción y los pequeños corrieron a jugar con los niños del pueblo.

—¡A ella ni mirarla! —Siguió el charlatán—. ¡Esto es para que lo use cada cual con su propia esposa! —Volvió a alzar una de las botellas por si alguien no sabía de qué estaba hablando.

La muchedumbre aplaudió con entusiasmo. Una anciana pidió dos frascos y él le guiñó un ojo al entregárselos. Yo me acerqué con cautela y sin Clementine, que prefirió mantenerse en un discreto segundo plano.

—¿Qué ingredientes lleva? —pregunté como si realmente estuviera interesado en revitalizarme para mi despampanante esposa.

—¡Hierbas de los Alpes! ¡Raíces del mismísimo Nilo! ¡Y un ingrediente secreto que solo conocen los monjes tibetanos que han alcanzado los cien años de vida! —tronó Samuel con un discurso tan ensayado que hubiera sido capaz de convencer a la mismísima Parca de que no era un buen día para llevárselo.

Pedí un frasco y lo pagué. Cuando me lo entregó, lo abrí discretamente. Lo olí y lo identifiqué de inmediato. Lo saboreé apenas para comprobar si tenía razón. Y la tenía, eso no era otra cosa que absenta.

Le sostuve la mirada y él a mí la sonrisa.

—Muy… euforizante —dije, y dejé caer un par de monedas más en su sombrero, que no estaba sobre su cabeza, sino invertido sobre

una caja a sus pies. Luego añadí en un susurro solo para él—: ¿Lleva algo más aparte de absenta?

Me miró de arriba abajo antes de responder.

—Usted me parece un hombre sabio, seguro que es conocedor de que todo lo mejor es verde y viene de París —dijo él, sin cambiar el tono—. Disfrute del día, caballero.

—Y usted de su bonita familia —añadí.

Nos entendimos. No hizo falta más. No todos los charlatanes son enemigos, algunos son solo… colegas de oficio. Y este, sin duda, era uno de los nuestros. Podría haber sido yo en otro momento de mi vida. Podría haber sido yo si las cosas me hubieran salido un poco peor. O mejor, quién sabe.

—¡Ah, ahí está usted! —canturreó una voz única a mis espaldas.

La señora Newman se acercaba con cintas en el vestido, color en las mejillas y una energía que debía de provenir de un frasco similar al del señor Samuel.

—¡Clementine, querida, ven conmigo! ¡Tengo una sorpresa para ti!

—¿Un elixir? —pregunté.

—Mejor —respondió con un guiño dirigido a mí—. Una charla con madame Star. No se preocupe, señor Lennox, son cosas de mujeres, y madame Star es la más discreta… ¡Enseguida le devuelvo a su Clementine!

Y se la llevó sin que me diera tiempo a protestar. Aunque tampoco lo hubiera hecho, la verdad. Me quedé ahí plantado con la duda de qué podría hablar mi esposa con esa mujer. ¿Qué secretos de alcoba podía revelarle si nuestro encuentro más íntimo habían sido la patada y el manotazo que me había propinado en el carruaje?

Capítulo Veintitrés



Giré la cabeza hacia donde había dejado a Lawrence, que en ese momento mantenía una conversación con el boticario y ambos se reían mientras examinaban uno de los frascos como si encontraran su interior apasionante. No me miró. O quizá sí, pero con esa cara de embaucador profesional que no servía para adivinar nada de nada.

—No me hagas esto, Tracy, querida —le susurré a la señora Newman, casi sin mover los labios, cuando me vi frente al improvisado confesionario de intimidades.

—No hay nada que temer, Clementine. Madame Star nos ha ayudado a todas, créeme, y no es de recibo que tengas semejante cara todavía con ese marido tuyo recién regresado. ¡Vamos! —La señora Newman me empujó con la energía de quien considera que la cortesía es opcional cuando una tiene un buen propósito. Y el suyo parecía ser que yo le contara intimidades a una desconocida—. Es una consulta privada, confidencial, algo íntimo y femenino… Confía en madame Star y cuéntaselo todo.

Me alarmó lo de «íntimo y femenino», la verdad. Me alarmó mucho.

Entramos en la pequeña tienda improvisada justo tras el carromato del boticario. Las cortinas de terciopelo y el olor a incienso daban la sensación de que la reunión iba a tratar de algo sobrenatural. El interior era pequeño, por lo que la señora Newman solo saludó y me dejó intimidad con la desconocida. Madame Star tenía una belleza tranquila y maternal, de esas que inspiran confianza. Pese a su avanzadísimo estado de gestación y el número indeterminado de hijos que había visto que viajaban con ellos, transmitía tanta paz y serenidad como si hubiese dormido doce horas seguidas.

—¿Señora Lennox? —preguntó con una voz tan dulce como su aspecto.

Asentí con un gesto muy discreto, como si así fuera a participar menos en esa pantomima.

—La señora Newman, qué encanto de mujer, ha pagado una consulta para usted… Regalo de bienvenida, me ha dicho —añadió con una sonrisa aún más suave que su voz—. Ella piensa que, dadas las circunstancias, quizá usted necesite alguna ayuda o consejo… en cuestiones de intimidad con su esposo.

Tragué saliva. Muy despacio. Todo lo despacio que una puede hacerlo antes de atragantarse con su propia mentira.

—¿Cuestiones de…?

—De alcoba, querida. Ya sabe. La señora Newman me ha explicado brevemente su situación: la separación, la pérdida, la sorpresa, el reencuentro… Es normal que haya… reticencias. En una situación así, sería normal cierto enfriamiento.

—¿Enfriamiento? —pregunté horrorizada. ¿Por qué todo el mundo parecía empeñado en hablar en clave? Me parecía un complot tejido entre todos para dejarme en evidencia.

—La pasión a veces necesita un empujoncito. No se preocupe, ha venido al lugar indicado. Yo sé de lo que hablo. Le puedo decir exactamente cómo reavivar la llama.

Me sentí tentada de explicarle que esa llama de la que hablaba nunca había sido encendida y no tenía ni intención de hacerlo ni idea de por dónde una debía prender la mecha llegado el momento. Descarté la idea de sincerarme porque no sabía cuánto había de cierto en lo de que madame Star era la más discreta con las intimidades ajenas.

—Mi negocio es la discreción, señora Lennox. Me dedico a ayudar a las mujeres que me necesitan y a atesorar sus secretos como propios —aseguró como si pudiera leerme los pensamientos.

La creí. Algo en mi interior me gritaba que confiara en esa mujer, que mi secreto estaría a salvo con ella, pero me resistí a mi propio impulso y me limité a respirar hondo, asentir y dejarme aconsejar.

Durante los siguientes quince minutos, me habló sobre aceites calientes, infusiones afrodisíacas (fuera lo que fuese que significara eso), palabras poderosas que conseguían un efecto concreto, caricias intencionadas y otras propuestas tan sorprendentes como improbables de realizar por mi persona, y menos en lo que al canalla que vivía bajo mi techo se refería. El ambiente se fue cargando en el interior de ese pequeño espacio en el que se podían palpar los secretos de tantas mujeres que habían pasado por ahí antes que yo. Me envolvían las confidencias, inseguridades y esperanzas de todas ellas. Madame Star seguía hablando y a mí me costaba mucho separar sus palabras como «intimidad», «caricias», «roces», «besos», «deseo» de la imagen recurrente de Lawrence que acudía a mi mente. No era esa la imagen que quería, desde luego. Prefería de todas todas volver a recrear los distintos tipos de homicidios con los que llevaba fantaseando desde su llegada.

—A veces, un hombre solo necesita sentirse deseado —dijo Star, con un brillo en los ojos que desprendía complicidad, pero que me heló el estómago al pensar en el destinatario de sus propuestas—. Una mirada, un susurro, una sugerente caída de pestañas… Los hombres necesitan saberse elegidos. El orgullo, querida, que les puede.

Pensé en Lawrence: en su chistera, su media sonrisa, su mirada cuando se sabía observado. Desde luego, elegido se sentía. Elegido por todo el que lo conocía y encantado de encontrarse consigo mismo cada día en el espejo.

Star me miró con comprensión.

—Confíe en usted misma. Por lo que me ha dicho la señora Newman, él la adora. Déjese llevar y lo demás vendrá solo. Es normal perder la intimidad después de una separación tan larga y traumática, pero pueden utilizarlo en su favor y tomárselo como una oportunidad de renacer, de reavivar la llama.

Me aterrorizaba la llama de la que hablaba. ¿A qué se refería? ¿Debía encender un fuego? ¿Se trataba de una metáfora? Como ni quería parecer una ignorante ni pretendía intimar de ningún modo con ese hombre, me limité a sonreír y asentir como si encontrara sus consejos útiles y supiera de qué me estaba hablando.

Me despedí con toda la educación que fui capaz de reunir. Le estaba realmente agradecida, me había encantado hablar con ella y escucharla, pero, por desgracia, no estaba en sus manos ayudarme.

Al salir, el aire fresco de la tarde me golpeó como si acabara de escapar de un vapor cálido y asfixiante. Vi a Lawrence cerca del puesto de limonada, bebiendo algo que con toda seguridad no lo era. Desde la distancia, ladeó la cabeza con una ceja alzada, como si pretendiera preguntarme algo sin palabras.

Lo ignoré y me giré hacia la señora Newman, que me esperaba paciente con la emoción propia que habría tenido si la sesión hubiera sido para ella misma.

—¿Qué tal, querida, todo bien?

—Perfectamente. Star es un encanto, solo me ha dado buenos consejos.

—¡Lo sabía! —Enroscó su brazo con el mío y comenzamos a caminar juntas.

Apenas habíamos avanzado unos metros cuando un noble nos salió al paso.

—Tracy, querida, qué alegría verte por aquí.

Era un hombre alto y apuesto, bastante más que el caballero promedio de su edad, que ya debía de haber cumplido los cincuenta.

—Malcolm, cuánto tiempo. Me alegro de que ya hayas regresado de tus viajes. ¿Ha ido todo bien? ¿Has encontrado todo de tu agrado a tu regreso?

—Por supuesto, da igual lo mucho que uno se aleje, Cheltenham no ha cambiado ni un ápice cuando regresa… —Se giró hacia mí y me dedicó una sonrisa—. O quizá me haya perdido alguna novedad.

—Por supuesto, Malcolm. Disculpad, que no os he presentado. Ella es la señora Lennox. Clementine, él es el señor Stewart. Malcolm Stewart.

Me quedé petrificada durante un momento con una sonrisa tonta asomando a mis labios al recordar lo que las viudas en su totalidad me habían contado sobre él. Había algo en el afectuoso modo en el que se había dirigido a la señora Newman que me ayudó a comprender el cariño que parecían tenerle todas las viudas. Algo en su expresión me resultaba familiar, parecía una de esas personas a las que sientes que ya conoces y aprecias antes de hacerlo.

Se despidió de nosotras con una sonrisa adorable y siguió su camino. La señora Newman sacó una petaca que llevaba escondida en el escote y bebió un trago.

—Parece un hombre encantador —comenté como si tal cosa. Ella sonrió y me pasó el frasco con discreción.

—Lo es, es un caballero muy especial, con una historia muy triste. Si lo hubieses conocido antes de que regresara tu esposo…, tal vez las cosas habrían sido muy diferentes. —Dejó escapar una risita traviesa—. Pero mejor así, Malcolm es un encanto, pero ese marido tuyo es…

«¿Un canalla? ¿Una pesadilla de bajo presupuesto? ¿Un forúnculo que se niega a ser extirpado?».

—Sí, ese marido mío es… muchas cosas. —Suspiré y ella se lo tomó como quiso tomárselo, pues ahogó una carcajada divertida—. Tracy, querida, ¿por qué has dicho que la historia del señor Stewart es triste?

—Verás, Malcolm se casó muy joven… y enviudó a los pocos meses, sin descendencia. Él sentía auténtica adoración por su mujer y quedó devastado. Nunca volvió a casarse, creemos que por respeto a la memoria de su esposa, pero el caso es que es un hombre muy cariñoso que ha prodigado sus afectos más que cualquier otro. —Miró a su alrededor y añadió en un susurro—: Es evidente que busca un heredero, aunque sea ilegítimo, y por eso salta de cama en cama sin contemplaciones… Pero hasta la fecha no ha tenido suerte. Claro que, si se acerca a nosotras, que somos ya gallinas para caldo, no sé qué espera engendrar…

—¿Gallinas para caldo? —Me sentía perdida por completo e ignoraba si seguíamos en la misma conversación.

—Sí, querida. —Se rio—. Las gallinas, cuando dejan de poner huevos, ya solo sirven para aderezar un buen caldo.

—Por el amor de Dios, Tracy, ¡qué símil tan horrible!

Ella dejó escapar una carcajada antes de proseguir.

—El caso, querida, es que, pese a sus intentos, no ha conseguido engendrar un heredero. Arrastra siempre esa aura de tristeza que despierta el instinto protector de todas nosotras. Es un encanto de hombre al que deberían pasarle cosas buenas. Nadie merece una vida tan triste, y menos alguien con tanto que ofrecer…

—Entiendo.

—¿Qué entiendes, querida? —La voz de mi falso esposo me sobresaltó, pues estaba tan enfrascada en mi conversación con la señora Newman que no lo había visto llegar.

—Cosas de mujeres —me apresuré a aclarar.

—¿Tiene que ver con lo que has hablado con la mujer del boticario? —Señaló con la cabeza hacia la tienda de la que había salido yo hacía apenas unos minutos.

Noté el brazo de la señora Newman aferrarse al mío con más fuerza y desvié la mirada lo justo para ver la ilusión en sus ojos. No quería parecer descortés con su regalo, así que hice de tripas corazón y extendí el brazo para tocarlo. Star había nombrado varias veces el cuello del hombre, eso lo recordaba, así que allí dirigí mi mano. La deposité con cuidado y lo miré a los ojos. Era la primera vez que lo tocaba y no resultó lo repugnante que yo esperaba. Su tacto era cálido y su piel suave, aunque algo curtida.

—He hablado de muchas cosas con la mujer del boticario, querido, pero no me parece el momento ni el lugar de comentarlo…

Por voluntad propia y sin que yo se lo ordenara, mi dedo pulgar dibujó el contorno de su mandíbula. De eso no me había dicho nada Star y no entendí muy bien por qué mi propia extremidad estaba tomando semejante iniciativa. Él me sostuvo la mirada con genuino

interés y yo no pude romper la conexión ni siquiera cuando Tracy se soltó de mi brazo y se despidió de nosotros.

—Gracias, señora Newman —dijo él con la vista fija todavía en mí.

Apenas un par de segundos después, fui a retirar la mano y él rodeó con sus dedos mi muñeca para mantenerla en el sitio. Ese nuevo roce me provocó un escalofrío. Lo atribuí al desprecio que sentía por él, aunque también podría haber sido temor o desconfianza, quizá un poco de todo, aunque debo confesar que lo sentí, en cierto modo, agradable.

—¡Señora Lennox! —La voz del boticario se acercaba alta y clara a mi espalda y fue la excusa perfecta para liberar mi mano y recuperarla. Me giré hacia el hombre que llegó trotando hasta nosotros—. Me ha pedido mi mujer que le entregue esto. Regalo de la casa.

Me mostró un frasquito tan pequeño que podría haber ocultado en el interior de su mano. Tras mirarme de arriba abajo y dibujar una mueca divertida en su rostro, lo dejó caer en el interior del bolsillo de la chaqueta de Lawrence.

—Guárdeselo usted, amigo. Es un aceite aromático impresionante. No lo utilicen como aderezo en la comida, es más bien para —hizo una pausa dramática con toda la intención—… la piel. Úsenlo con moderación si no quieren un ejército de mocosos como el nuestro. —Nos guiñó un ojo a ambos—. En un mes estaremos de vuelta por aquí. Traeremos más por si lo necesitan. Un placer conocerlos. —Hizo una reverencia a modo de despedida y desapareció trotando por donde había venido.

Lawrence me rodeó la cintura con un brazo y me atrajo hacia él. Yo me sentía en ese momento demasiado confusa como para resistirme.

—¿Me vas a contar qué has hablado con esa mujer? —murmuró en voz baja muy cerca de mi oído.

Lo miré de nuevo. Su traje claro, su chaleco a juego con mi vestido, su expresión burlona. Recordé lo que me había dicho Star de los susurros, las caricias, lo de los hombres que quieren sentirse elegidos y deseados… Y pensé en el frasquito que llevaba en el bolsillo con el que no tenía muy claro qué se suponía que teníamos que hacer. Así que, me limité a recuperar mi compostura y le dediqué mi mejor sonrisa sarcástica.

—Nada que te concierna, querido, solo hemos hablado de cosas agradables.

Me separé de él y me di la vuelta con la cabeza bien alta. Y escuché su risa justo detrás de mí, parecía tener la intención de no apartarse de mi lado ni un momento. Suspiré con hastío y me resigné a compartir con él el resto de la tarde.

Capítulo Veinticuatro



La plaza estaba cada vez más llena de gente. Las jóvenes paseaban con flores en el pelo y cintas atadas a cualquier extremidad disponible, los niños corrían entre los puestos de mazorcas y frutas exóticas y una ingente cantidad de músicos ofrecían su arte a cambio de unas monedas a pocos metros los unos de los otros.

En cuanto a mí, yo fingía que lo disfrutaba, que me sentía parte del festival, que el aire cargado de empalagoso azúcar no me estaba mareando tanto como la proximidad inevitable de mi falso marido. Llevaba ese traje nuevo tan elegante que no tenía muy claro de qué manera había conseguido. El forro verde asomaba lo justito para parecer accidental, pero estaba segura de que su intención era dejar claro que se trataba de un conjunto carísimo y que estaba pensado hasta el último detalle. Me había ofrecido el brazo para recorrer juntos los puestos y yo lo acepté en parte para no parecer la amargada oficial del día y en parte también porque mi vestido sin su compañía me resultaba violento de lucir. No me sentía cómoda con algo tan caro y elegante… y con un escote tan atrevido. Juntos éramos una provocación, yo sola me sentía un chiste.

Las viudas, por su parte, estaban desatadas. La señora Newman no paraba de ofrecer vasos de limonada aderezados con su petaca, y la señora Davenport se había apostado un pastel de grosellas a que su hijo no aparecería acompañado.

—¡Acepto la apuesta! —afirmó la señora Wallace—. Yo digo que traerá a una joven atractiva.

—Yo apuesto por la cautela de Nathaniel —aventuró la señora Forrester.

Lawrence se inclinó hacia mí y me habló cerca del oído.

—¿Apuestas contra mí, querida? Yo digo que Nathaniel Davenport no viene acompañado. ¿Qué dices? ¿Aceptas la apuesta?

Me giré en su dirección y achiné los ojos.

—¿Por qué quieres apostar contra mí?

—Porque para una vez que puedo ganar, no quisiera desaprovecharla. —Se encogió de hombros como si no tuviera más importancia lo que acababa de decir.

—¿Cómo estás tan seguro de que vas a ganar?

Volvió a inclinarse hacia mí y a bajar mucho la voz.

—Porque tengo información de primera mano.

Lo miré sin dar crédito.

—¿Qué información?

—¿Quieres el chisme, querida?

Solo asentí en silencio y miré de reojo al resto de viudas que, por suerte, no nos estaban prestando atención. Lawrence tiró de mi brazo y nos alejamos unos pasos de ellas.

—Verás, querida Clementine —susurró tan cerca de mi oído que sus labios me rozaron brevemente la oreja y el calor de su voz me erizó la piel desde el cuello hasta el brazo—, tengo la firme creencia de que el joven Davenport tiene una aventura que, de descubrirse, sería un auténtico escándalo.

—¿Con quién? —Apenas me salió la pregunta de tan estrangulada que la sentí por los nervios.

—¿Estás segura de que quieres saberlo? —Volví a asentir con la cabeza sin emitir sonido alguno—. Con madame Roux.

Me sentí decepcionada conmigo misma al pensar que me había dejado tomar el pelo por este hombre una vez más.

—Tonta de mí, pensé que ibas a contarme algo cierto… Pero está claro que la verdad no es lo tuyo.

—¡Pero, Clementine! —Dejó escapar la risa—. Te aseguro que es cierto.

—¿Nathan y madame Roux? ¡Por favor! —murmuré entre dientes para que su madre no oyera semejante disparate.

Lawrence volvió a acercarse a mí y a hablarme al oído.

—¿Cuántas veces has coincidido con Nathaniel Davenport en el local de madame Roux?

—Casi cada vez que he ido, pero eso no significa nada…

—¿Y cuántas veces estaba él dejando o recogiendo un encargo? Sé lo que he visto esta mañana, querida, te lo aseguro. Reconozco los síntomas de una aventura cuando los veo, créeme.

De repente, y sin un motivo mayor que su palabra, tuve la certeza que tenía razón. Y la idea me resultó de lo más divertida.

—¿Nathan y madame Roux, en serio?

—Clementine, ¿qué es eso? ¿Qué te pasa en la cara? —preguntó él con fingida preocupación—. ¿Es acaso una sonrisa? Desconocía por completo que tu rostro tuviera esa capacidad.

—Eres odioso. —Le di una palmada en el brazo, pero sin poder contener la risa que me había provocado su comentario.

—He hecho reír a Clementine Lennox… Señores, superen eso —le dijo a nadie y a mí me hizo más gracia todavía.

No fue hasta que vi a las viudas mirarme y sonreír que me di cuenta de que había bajado la guardia con este hombre, el embaucador que vivía bajo mi techo y del que no me podía fiar. Me recompuse rápidamente y volví a ponerme seria.

—Fue bonito mientras duró. —Suspiró y yo hice un esfuerzo por no volver a darle el gusto de reírme.

Llegados a ese punto, ya solo quería mantenerme en un discreto segundo plano protagonizado por el silencio y el control. Pero el azar, el destino o una fuerza mayor decidió que era el momento de un giro dramático de los acontecimientos. Un hombrecillo con voz potente y ganas de espectáculo subió al escenario y acto seguido se convirtió en el centro de atención.

—¡Damas, caballeros, ha llegado el momento más esperado del festival! Como cada año, elegiremos al matrimonio más enamorado de todo Cheltenham y la pareja ganadora se llevará una cesta con pastel, sidra y el título de Campeones del May Day. ¡Que comience el concurso de besos! Necesitamos tres parejas voluntarias… ¿Quién se anima?

Escuché la risita de Lawrence junto a mí y sentí auténtico terror. Tiré con fuerza del brazo que le tenía cogido.

—Ni se te ocurra —murmuré entre dientes.

—No pensaba hacerlo… ¿Acaso crees que deseo besarte, querida? Muy pretencioso por tu parte, ¿no te parece? —añadió en un murmullo y me quedé sin habla. Su comentario me hizo soltar su brazo por inercia, aunque permanecí a su lado.

Dos parejas ya habían subido al escenario y una tercera iba en camino. Había pasado el peligro. Aunque quisiera presentarse voluntario, ya estaban los tres matrimonios elegidos.

—La cuarta pareja la forman los ganadores del año pasado: ¡Los Wickham! ¡Un aplauso para el alcalde y su esposa mientras se

acercan!

Me relajé con la tranquilidad de saberme a salvo, pero mantuve una inquietud absurda por las palabras de Lawrence. Apenas tuve tiempo de analizar esas sensaciones, porque el hombre del estrado no había terminado.

—¡Y, por último, la pareja propuesta por el público! ¡Damas, caballeros, ¿a quiénes quieren ver demostrar su amor?!

Lamenté en ese momento haberme puesto aquel vestido y haberme convertido así en el punto de mira de todo el festival, aunque tampoco de otro modo me habría librado, porque fue la enérgica voz de la señora Newman la primera que vibró por encima del resto.

—¡Los Lennox!

—¡Sí! ¡Los Lennox! —Se unió una multitud, además del resto de viudas.

—¡Queremos ver el beso del regreso! ¡Que se note que el amor desafía hasta la muerte!

—¡Los Lennox! ¡Los Lennox! ¡Be-so! ¡Be-so!

Me giré hacia Lawrence y lo encontré sonriendo como si acabara de recibir la mejor de las noticias. Por supuesto, no me sorprendió, porque no parecía haber lugar en el mundo más cómodo para él que el centro mismo del escándalo.

—No —dije en voz baja.

—Sí —replicó él con idéntico tono.

—¿Podemos fingir un desmayo? ¿Una incapacidad crónica para mostrar afecto en público?

—Podemos fingir que estamos locamente enamorados —sugirió él mientras me ofrecía de vuelta su brazo para subir al estrado.

—Eso es lo más difícil a lo que me has empujado desde que llegaste a mi casa con nombre falso y sonrisa de criminal.

—Tú te superas con el tiempo, querida. Cada día me lo pones más difícil que el anterior…

—No me parece para tanto. Sorprendentemente, y contra mi voluntad, sigues con vida.

Dejó escapar una risa discreta y comenzamos a subir los escalones con una dignidad de la que solo se me ocurrió echar mano porque ya no tenía escapatoria. Había una cantidad ingente de personas mirando que aplaudían mucho más de lo que una actividad tan ridícula merecía.

Los primeros en besarse fueron los señores Appleton. Llevaban treinta años casados y aún se miraban como si compartieran travesuras. Se besaron con la ternura de quienes no necesitan demostrarse nada, pero lo hacen solo porque sí. La multitud suspiró de un modo muy sonoro en cuanto terminaron.

Luego fue el turno de una pareja joven. El beso fue ruidoso y torpe, me atrevería a decir que resultó incómodo para los que observaban. Lawrence murmuró algo como «van a necesitar practicar mucho» y yo le clavé un codazo en las costillas. Su reacción ante mi gesto fue sonreír más, como si esa hubiera sido justo su intención.

La pareja que los siguió se besó con decoro. Ni una arruga fuera de sitio, ni una emoción fuera de tono. Aplausos correctos y contenidos. Nada memorable.

—¿Para eso se presentan voluntarios? Vamos a tener que enseñarles cómo se hace» —murmuró Lawrence y todo mi cuerpo se puso a temblar por sí solo.

Y entonces, llegó el turno de Margery Wickham. Con su marido, por supuesto, que parecía haber sido arrastrado allí como el perrito faldero que hace todo lo que su esposa ordena. Margery lo besó

como quien quiere demostrar amor, pero sin renunciar a su peinado y su superioridad moral.

La ovación fue ridícula. Algunos aplaudieron con más fuerza de la debida, estaba segura de que por miedo a represalias, o por la costumbre de bailarle el agua a la primera dama.

Y entonces, fue nuestro turno.

Lawrence me miró con esa sonrisa que me sacaba de quicio y yo hice lo que siempre hago cuando me mira así: contener el aliento, mantener la compostura y recordar que asesinar a un caballero en público es poco elegante, está mal visto y es delito.

—¿Lista? —preguntó.

—Ni en mil años —murmuré.

—Vamos a quitarle la corona a tu «amiga» Margery, vas a tener que meterte en el papel —añadió en un susurro—. ¿No te hace feliz destronarla?

—El precio es demasiado alto.

Él sonrió, pero esta vez no fue su sonrisa habitual, esa que dice «te estoy tomando el pelo y disfruto con ello». No. Esta vez fue diferente. Fue una más dulce, más ¿sincera? Como si el momento también lo desestabilizara a él, aunque lo disimulara con la misma elegancia con la que disimulaba absolutamente todo.

Me sujetó por la cintura con una firmeza que no dejaba lugar a titubeos, pero tampoco obligaba a nada. Como si pidiera permiso en silencio y él mismo se lo concediera. Su otra mano, que irradiaba calor como para derretir cualquier argumento que osara salir de mis labios, subió hasta mi cuello. En ese momento, pude intuir lo que había sentido él cuando yo había hecho ese mismo ademán un rato antes. Fue un gesto íntimo (ante cientos de personas) y sorprendentemente tierno. Como si se me estuviera acercando no

solo con el cuerpo, sino con algo más importante que no era capaz de ver. Algo que no tenía nombre o a lo que yo no sabía ponérselo.

Y entonces sí, se inclinó sobre mí y me besó.

Me besó como si ya lo hubiera hecho antes, como si me conociera, como si me desafiara y me comprendiera a la vez. Su boca encajó con la mía y no me sentí torpe por estar haciendo eso por primera vez. La naturalidad con la que mis labios se abrieron al contacto de los suyos no la había esperado, pero la estaba disfrutando. Las palabras de Star volvieron a mí, «roces», «piel», «intimidad»… De pronto, todo parecía cobrar un sentido nuevo, una magnitud desconocida para la que no estaba segura de estar preparada. La piel del cuello y parte del escote ardía bajo su mano y eso me hizo pensar en lo que él le había dicho a Lizzie en el carruaje: «cuantas más chispas salten, más arderá todo luego». ¿A esto se refería? ¿A este calor que me nacía en el bajo vientre y que hacía que me ardiera hasta la respiración? También la mano en mi cintura parecía abrasar incluso a través del vestido. Sentí que podría prenderse fuego en cualquier momento. Mis manos, que habían comenzado rígidas a mis costados, buscaron por pura inercia el pliegue de su chaqueta y se aferraron a él con fuerza. Mi cuerpo me traicionó a mí misma y se le acercó apenas. Me odié por eso. Por responder de ese modo, y por querer hacerlo.

Pero no me separé. No todavía. No me sentía capaz. El beso se volvió más profundo, más lento, más… de verdad. Y, durante unos segundos, me olvidé de que lo que había entre nosotros no era amor, de que nada de eso era real. De que solo éramos una farsa cuidadosamente elaborada y de que Lawrence no existía. Y yo… tampoco.

Cuando nos separamos, el aire era diferente: más espeso, más cálido, más… lento, como si el tiempo también necesitara recuperar

el aliento.

La multitud enloqueció: aplausos, vítores y un entusiasmo desmedido que no se había escuchado con ninguna de las otras parejas. No había manera de amañar el resultado, era evidente que habíamos ganado.

—¡Creo que ya tenemos al matrimonio ganador, amigos! —rugió el presentador a pleno pulmón—. ¡Aunque parece que el reverendo O'Neill no está muy contento con el espectáculo!

El público estalló en carcajadas y miré de reojo a Margery Wickham, que sonreía con una falsedad educada, con el gesto del que sabe que lo que ha perdido es más que un pastel y una botella de sidra, pero lo afronta con la dignidad que todavía conserva.

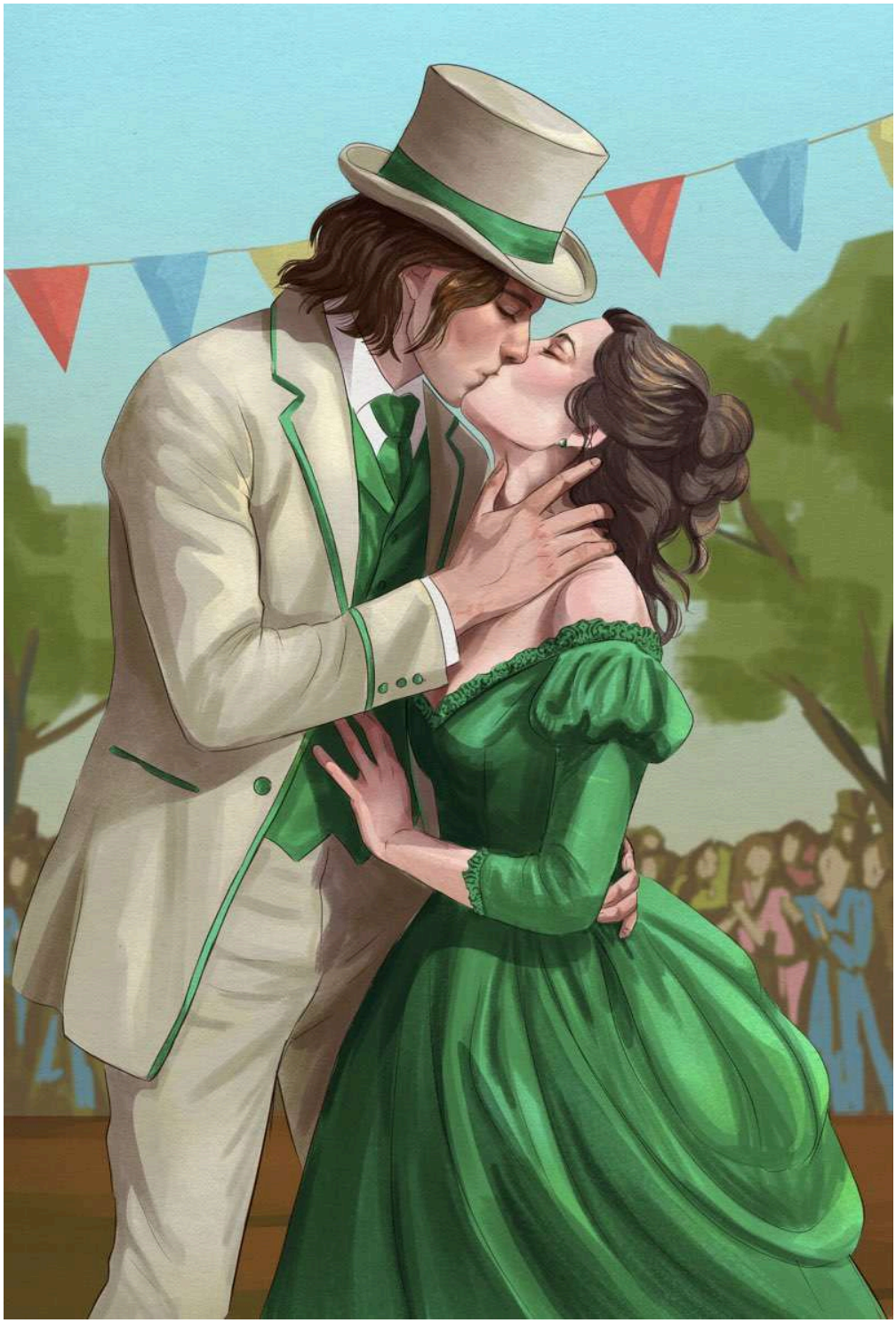
Lawrence me estaba mirando, pero no con la arrogancia acostumbrada, o quizá eso quise creer. En sus ojos no había burla, broma ni ninguna de sus armas habituales. Durante apenas un instante, me pareció verlo solo a él, sin escudo ni disfraz. Y eso fue lo más inquietante de todo.

El murmullo de la multitud se fue apagando poco a poco bajo un manto de silencio espeso. El presentador seguía hablando, pero su voz llegaba cada vez desde más lejos. La mano de Lawrence seguía ardiendo en mi espalda. Mi corazón parecía latir desacompasado, como si estuviera tratando de hacerlo al ritmo de un recuerdo que ya se había evaporado, o de uno que no existía todavía. Quizá el de un futuro imaginario, uno basado en una mentira demasiado absurda para darle crédito.

Era evidente que algo había cambiado entre nosotros. Yo lo había sentido en mis labios, y lo seguía sintiendo en el temblor sutil que aún me recorría las rodillas.

Pero no podía olvidar quién era él y sus intenciones. Todo él era una mentira, un engaño, incluso un chiste. Más que nunca tenía que

alejarme de él, pero cada vez me resultaba más difícil hacerlo.



Capítulo Veinticinco



La vuelta del festival parecía muy similar a la ida: las mismas tres personas en el interior del carruaje, las mismas posiciones…, pero el ambiente era muy diferente. Para empezar, el May Day parecía haber sido despojado toda alegría, porque la tenía toda Lizzie. Desde mi posición frente a ellas, podía ver el contraste de Clementine, con un aspecto tan severo como siempre, o incluso más, y Lizzie, con una euforia incontenible que le impedía parar de hablar. Tal era su grado de emoción que llegué a temer que atravesara el techo en cualquier momento catapultada por su propio entusiasmo.

Ajena al parloteo de su doncella, mi falsa esposa miraba por la ventanilla sin variar ni un ápice su posición o su gesto. Parecía una dama de mármol, una de esas esculturas bellísimas que carecen de corazón. Pero yo había descubierto esa tarde que eso no era cierto… Algo dentro de ella latía con fuerza y, durante unos segundos, había latido por mí. Aunque lo cierto era que no había vuelto a mirarme desde que bajamos del escenario.

—¿Han visto cómo bailaban alrededor del palo de cintas? —preguntó Lizzie—. ¡Es lo más bonito que he visto en la vida! Y la

señora Newman estaba tan divertida… No paraba de lanzar confeti a todo el mundo. ¡Hasta al pobre Billy le cayó un poco en la boca y, como se estaba riendo, se lo tragó!

Yo sonreí para tratar de acompañar su entusiasmo, porque Clementine no parecía tener intención de hacerlo y me parecía cruel quitarle la ilusión a la joven doncella.

—¿Y ese beso…? —continuó Lizzie, que no parecía capaz de contener la emoción—. ¡Ay, señora, fue como en los cuentos! La gente aplaudía, ¡alguien incluso gritó «vivan los Lennox»! Yo creo que fue el beso que todos querríamos darle a la persona amada… Le han quitado la corona a los Wickham, que la tenían desde hace años… Yo no recuerdo que nunca hubiera ganado otra pareja… Pero, claro, nadie se había besado nunca así en el concurso… A menos que yo haya visto, claro… Quizá cuando yo era muy pequeña, o antes de que naciera…

—Lizzie, suficiente —zanjó Clementine con voz neutra y la doncella enmudeció al momento.

El ambiente en el interior del carruaje se volvió frío y triste. Yo no podía consentir que la euforia de la joven desapareciera de ese modo. No me parecía justo que le arruináramos a Lizzie lo que parecía haber sido el día más feliz de su vida. Así lo hacían suponer al menos todas las flores que había perdido a lo largo de la jornada.

—Hablando de besos, Lizzie, cuéntame, ¿has recibido tú alguno? —pregunté con el tono de voz más cálido que fui capaz de adoptar, con intención de derretir un poco el hielo que parecía estar formándose a nuestro alrededor.

—Bueno, pues… La verdad es que Billy también me besó. —Volvieron a ella al tiempo la verborrea, la euforia y el rubor de sus mejillas—. No delante de todos, claro, ¡pero sí al final! ¿Cree usted que no debería haberle dejado? ¿Le parece indecoroso? ¡Pero es que

yo quería que me besara… y más después de ver el beso de ustedes! Yo creo que después de su beso todos los presentes queríamos imitarlos. Pues eso, que Billy me llevó a un lugar apartado, tras el carromato del boticario, y me regaló una flor. Y luego me dijo que nunca había conocido a una chica como yo, y… Bueno, creo que voy a tardar en dejar de sonreír.

—No hay necesidad de hacerlo —le respondí con una media sonrisa cálida con la que trataba de compensar la indiferencia de mi esposa—. Es bonito expresar lo que uno siente. Es esa actitud la que hace que el tiempo avance con un poco más de gracia. Mira a Clementine, por ejemplo, es evidente lo bien que lo ha pasado en el festival y la euforia que transmite… —bromeé.

Lizzie ahogó una risita y me dedicó una mirada cómplice, pero Clementine pareció no haberme escuchado.

—¿No lo ha pasado bien, señora? —preguntó la doncella con todo su atrevimiento.

—Tengo jaqueca, Lizzie —respondió Clementine recubriendo cada palabra en escarcha antes de dejarlas salir de su boca—. Creí haberte pedido un poco de silencio…

—Claro, señora, perdone.

Lizzie agachó la cabeza, pero alzó la mirada en mi dirección. Yo le dediqué una mueca para quitarle dramatismo al momento y ella pareció relajarse y volver a sonreír, pero ya no dijimos nada más en todo el camino.

Yo no aparté la vista de Clementine. Estaba más bella que nunca, tal vez porque la ira contenida le tensaba la mandíbula y le alargaba más todavía su esbelto cuello. El verde París le sentaba infinitamente mejor que el negro, era todo un espectáculo para la vista, pero, pese a eso, tenía la sensación de que si hubiese podido quitarse el vestido

y arrojarlo al fuego en mitad del camino, lo habría hecho sin dudarlo ni un instante.

Permaneció así hasta que llegamos a casa: silenciosa, inalterable… Ausente. Más distante que nunca, a pesar del beso… O quizás precisamente por él.



Tres días después del May Day y de la improvisada escenita que nos convirtió en el matrimonio más popular en apenas un parpadeo, seguíamos siendo la comidilla de la ciudad. Todo Cheltenham parecía seguir viviendo nuestra historia como si de una novela por entregas se tratara.

Pero todo había cambiado entre nosotros. A partir de aquel día, todo fue distinto para ella… y, por consiguiente, para mí.

Al contrario de lo que habría cabido esperar, Clementine no estalló. No gritó ni me acusó de nada, ni de todo, que es lo que hubiera sido más razonable. Solo se encerró en sí misma como haría cualquier animal herido, con esa actitud de quien ha aprendido que mostrar dolor es una debilidad que se puede usar en tu contra. Si lo pensaba fríamente, no podía culparla. Había irrumpido en su vida, en su mentira, y me había hecho el dueño de todo. No era justo, y yo quería serlo. Guardaba desde mi llegada ese as en la manga que todavía no había usado. Ese secreto que ella pensaba que yo desconocía. Al principio, atesoraba esa información con intención de desestabilizarla cuando menos lo esperara, pero, llegados a este punto, me resistía a utilizarlo en su contra porque eso supondría el golpe de gracia que ya no me apetecía darle. No podía más que rendirme a la evidencia de que ya no quería desaparecer con su

dinero. Quería seguir siendo Lawrence Lennox, me sentía Lawrence Lennox. Y quería que eso siguiera así de modo indefinido.

Esa tarde, apenas tres jornadas después del festival, ella irrumpió en mi despacho. Su figura, tan delgada como siempre y enlutada de nuevo, contrastaba con la luz dorada del atardecer que se colaba por el ventanal. Durante un segundo, tuve la ridícula idea de que era una aparición, un espectro que venía a recordarme que todo lo que estaba viviendo era una mentira.

—Quiero saber quién eres y qué pretendes —dijo sin levantar la voz, sin dramatismo, sin rodeos. Necesitaba una respuesta y me la estaba exigiendo.

Yo dejé la pluma sobre la mesa, con una parsimonia que solo pretendía ganar tiempo antes de hablar para pensar bien mis palabras. No me molesté en fingir sorpresa, porque lo cierto era que llevaba esperando esa pregunta desde el momento en que puse un pie por primera vez en Hollowfield Manor. Lo que no esperaba era que, cuando llegara, ya no supiera bien qué decir. No quería mentirle, pero tampoco podía decirle toda la verdad.

—Soy Lawrence Lennox —respondí—. El hombre que todos creen que soy. El que tú creaste… Soy el marido de tus sueños.

Ni siquiera pestañeó. Se quedó ahí, firme, con su mirada fija en mí, como si esperara que siguiera hablando, pero no lo hice.

—¿Cuál es tu nombre real?

Podría haber mentido. Podría haberle dicho un nombre cualquiera. Uno de los muchos que había utilizado en mi vida o uno improvisado en ese momento, y ella no habría tenido modo de comprobarlo. Pero me limité a mantenerme en la misma idea para no mentirle más de lo necesario.

—Es quien soy ahora y no pienso cambiarlo. No quiero cambiarlo.

—¿Qué haces aquí todavía? ¿Qué pretendes?

Carraspeé para soltar la verdad que se me había agarrado a la garganta. No era muy dado a decir verdades y, en ocasiones, necesitaba una cierta preparación.

—Quiero quedarme aquí. Quiero seguir siendo Lawrence Lennox.

Hablé con calma, con sinceridad. Por primera vez, no hice bromas ni busqué enojarla. Por algún motivo, sentía pánico ante la idea de que se encerrara más todavía en sí misma. La había echado de menos esos días. Había echado de menos su compañía, su ironía, sus respuestas ácidas e incluso sus amenazas de muerte. Todo.

—Supongo que es dinero lo que buscas, ¿no? ¿Cuánto quieres? ¿Cuál es el precio de que te marches?

Me recliné sobre el respaldo y apoyé mis brazos en los de la silla. Le sostuve la mirada durante un momento.

—Tengo acceso a ese dinero desde que llegué. Hace tiempo que me lo podría haber llevado todo y desaparecido sin dejar rastro, ¿no te parece?

Respiró muy hondo un par de veces antes de replicar.

—Entonces, ¿qué demonios quieres? ¿Por qué estás aquí, en mi casa, en mi vida?

Me puso en bandeja la oportunidad de darle el golpe de gracia, pero, en ese momento, lo último que quería era disgustarla o alejarla más de mí. Necesitaba cambiar de tema para no aprovechar la oportunidad de terminar de hundirla.

Me levanté con calma y rodeé mi escritorio para acercarme a ella. Cuando estuvimos frente a frente, la miré a los ojos antes de hablar.

—Ya te he dicho que quiero seguir siendo Lawrence Lennox. Es todo lo que deseo: quedarme aquí y seguir siendo quien soy.

—Pero no lo eres. No eres más que un farsante… Eres una mentira.

De nuevo me mordí los labios para callar lo que no quería decir.

—¿Todo esto es por el beso? —pregunté para su sorpresa.

—¿Qué?

Resultó evidente que no esperaba que yo abordara el tema de un modo tan directo, pero me sirvió para desviar la conversación del rumbo que estaba tomando.

—Que si todo esto es por el beso. Estás claramente más molesta de lo normal, y yo no puedo evitar preguntarme qué he hecho que no hubiera hecho antes... Solo se me ocurre el beso, es lo único que ha cambiado entre nosotros…

—Entre nosotros solo hay aire, es lo único que compartimos… Eso y un puñado de mentiras. Y nada de todo eso es siquiera por elección.

Estiré el brazo y rocé su barbilla con las puntas de los dedos.

—¿Fue tu primer beso? ¿Es eso? —insistí en lo que me parecía que era la clave de todo para llegar al fondo del asunto.

—¿Qué? —Apartó mi mano de un manotazo mientras formulaba su escueta pregunta.

—Que si era la primera vez que besabas a un hombre. —Volví a rozar su cara con los dedos.

—¡Por supuesto que sí! —Otro golpe en mi muñeca me hizo retirarla—. Pero ni siquiera es asunto tuyo.

—Lo siento —dije con sinceridad.

El silencio se instaló en la habitación. No fue uno de esos incómodos que llenan el espacio de un modo más molesto que una mala conversación, sino más bien uno denso, como si cada palabra que no se decía pesara más que las que sí habíamos dejado escapar.

Ella me sostuvo la mirada unos segundos y luego, sin más, se dio la vuelta y se marchó. Sin un portazo, una despedida o siquiera uno de sus gestos de desaprobación a los que me tenía acostumbrado.

Me dejó solo con la certeza de que, a partir de ese momento, todo iba a ser distinto entre nosotros. Y así fue.

Con el paso de los días, me fue dejando claras sus intenciones con pequeños detalles: las veces que bajaba tarde al desayuno o no bajaba en absoluto, sus respuestas limitadas a monosílabos, la manera en que salía al jardín cuando creía que yo estaba en otra parte de la casa…

Parecía causarle especial desconsuelo la ausencia de Lizzie, que ahora pasaba la mayor parte de su tiempo libre entregada a su gesta sentimental con Billy Cooper. Desde la tarde del festival, en la que disfrutaron de su mutua compañía en todo momento, se habían vuelto inseparables. Y, aunque la señora Harper hacía lo imposible por intentar suplir la ilusión y el entusiasmo de Lizzie, sin duda para evitar seguir viendo a su señora con el aspecto de un alma en pena, Clementine parecía haber perdido todo interés por cualquier interacción social, tanto con el servicio, como con sus amigas las viudas y, por supuesto, conmigo. Y sin Clementine, yo me sentía… a medias de algo, de todo, de nada.

Me mantuve en mi papel de señor de la casa como si nada hubiera cambiado, incluso con más empeño que nunca. Me esforzaba especialmente en mostrarme encantador con las visitas, indulgente con los criados y absolutamente irresistible con cada habitante de Cheltenham con el que me cruzaba por la calle.

Y cada noche, al pasar por delante de su puerta cerrada, me detenía un instante, lo justo para escuchar el silencio del otro lado. Quizá esperaba que saliera y me gritara cuánto me odiaba. Quizá, que se lanzara a abofetearme como los dos sabíamos que merecía. Quizá, en el fondo, solo esperaba que, al oír mis pasos, ella también contuviera la respiración para poder escucharme mejor. Aunque fuera solo por un segundo.

Capítulo Veintiséis



Varias semanas después de mi última conversación con ella, todo seguía prácticamente igual. Esa mañana, me encontraba en el despacho, rodeado de papeles que no despertaban mi interés más allá de lo básico y de libros a los que echaba un vistazo para parecer más erudito de lo que era en realidad. Pero cuando uno tiene que fingir lo que no es, está obligado a hacerlo hasta las últimas consecuencias. El clima nos iba regalando días cada vez más cálidos y las familias que se instalaban en Cheltenham solo para el verano estaban comenzando a acudir a la ciudad para el inicio de la temporada, que daría comienzo apenas dos días después en el baile que se organizaba en casa de los Wickham. Mi falsa esposa seguía ajena a todo y, pese a que yo mismo me había ocupado de ir a recoger los vestidos que madame Roux había confeccionado para ella, no había estrenado ninguno. Había recurrido de nuevo a ese luto suyo con el que parecía sentirse tan cómoda y que a mí empezaba a desesperarme. El tictac metálico del reloj en la repisa de la chimenea no hacía sino recordarme que se me acababa el tiempo para hacerle cambiar de opinión antes del próximo

acontecimiento social. Ahora que éramos la pareja más popular de la ciudad no podíamos desaparecer como si nada y esperar que la gente no sospechara que algo raro ocurría con nosotros.

El señor Fairchild golpeó con los nudillos la puerta entreabierta y carraspeó para hacerme notar su presencia.

—Señor Lennox —dijo con esa voz que impregnaba cualquier noticia de la mayor gravedad—. Ha venido el joven Cooper. Dice que desea hablar con usted… y con su esposa.

Dejé que la pausa se prolongara un poco, lo justo para meditar mis opciones. Decidí darle importancia a una visita que, en apariencia, no podía ser más inocente, pero me servía de excusa para estar en la misma habitación que Clementine durante un rato.

—Pida por favor a la señora Harper que informe a mi esposa de que tenemos una visita en el despacho. Luego haga pasar al joven.

—Por supuesto, señor.

Fairchild desapareció con la discreción de los mejores mayordomos y, apenas unos minutos después, Clementine entró en la estancia con su habitual solemnidad y su luto riguroso.

—¿A qué viene esto? —preguntó, como si la sola idea de compartir espacio conmigo le resultara de lo más desagradable.

—Billy Cooper, querida. Dice que desea vernos a los dos. No es una trampa, te lo prometo. Esto no lo he orquestado yo, aunque confieso que eso habría sido mucho más entretenido.

Ella me dedicó una mirada como respuesta que sirvió para recordarme que no era el momento para bromas. Luego tomó asiento en la butaca que había junto a mi escritorio. Poco después, el joven Cooper cruzó el umbral. Vestía la que supuse que era su mejor chaqueta y el cabello más peinado de lo que era habitual en él. El nerviosismo que destilaba delataba que el chico tenía algo más importante entre manos que las cartas que acostumbraba a manejar.

—Señor Lennox. Señora Lennox —saludó e hizo una torpe reverencia que a mí me provocó una sonrisa y a mi esposa una caída de párpados—. Disculpen que me presente sin avisar, pero… necesitaba hablar con ustedes y, una vez me he decidido, quería que fuera cuanto antes.

—Aquí estás, Billy, y aquí estamos. —Hice un gesto para que tomara asiento en la silla que había frente a mi escritorio—. Habla sin rodeos —lo animé—. Somos todo oídos.

—Verán… —comenzó y clavó la vista en sus manos antes de seguir—. Yo… estoy enamorado de Lizzie.

Clementine permaneció en silencio. Yo, en cambio, dejé escapar una sonrisa como si acabara de leer el previsible desenlace de una novela por entregas.

—Algo sospechaba, no te voy a engañar —confesé—. Y debes saber que me alegra enormemente tu afirmación. De lo contrario, la tragedia a la que nos habríamos visto abocados en esta casa hubiera sido difícil de superar. El amor no correspondido de Lizzie habría sido una auténtica desgracia para todos.

Él sonrió con cierta inseguridad antes de proseguir.

—¿Hay algo más que quieras decirnos?

—Sí, yo… —Se recompuso de golpe y se irguió en su asiento—. Yo, William Percival Cooper, estoy aquí para pedirles la mano de Lizzie. Deseo que sea mi esposa. He vendido la casa que heredé de mis padres en Stroud y con ese dinero me gustaría adquirir una en Cheltenham en la que vivir con ella. No es mucho, pero entre eso y mi sueldo… Me van a ascender a ayudante, no sé si lo saben… En fin, que creo que puedo darle a Lizzie una buena vida, que puedo hacerla feliz.

—No me cabe duda de ello, «Wiliam Percival Cooper» —bromeé para quitarle dramatismo a la situación, pero él no pareció captarlo y

Clementine continuaba ignorándome, así que mi broma se perdió en el momento.

Billy se aclaró la garganta y tragó saliva.

—El caso es que… ella ama su trabajo. Le encanta ser la doncella personal de la señora Lennox. Dice que este es su sitio, que aquí es feliz. Y yo… Bueno, no querría por nada del mundo arrebatárselo. Por eso me preguntaba si sería posible… que pudiéramos casarnos, y aun así ella pudiera seguir trabajando aquí. Como hasta ahora.

Me incliné hacia delante, sin perder detalle de cada uno de sus gestos. Era hipnótico observar cada movimiento del joven. Podía imaginarme el manojo de nervios que debían de formar él y Lizzie cuando estaban juntos.

—¿Y qué dice ella?

—Todavía no le he dicho nada. Pensé que era mejor saber primero si eso es… aceptable.

Clementine rompió en ese momento el voto de silencio que parecía cumplir a rajatabla. Su voz sonó serena y firme a un tiempo.

—Lizzie es libre de elegir su vida. Si quiere quedarse, tendrá mi bendición. Si quiere marcharse contigo, también. Pero no la obligues a decidir entre el amor y sus deseos. Haz que pueda tener ambos, si puedes. Lizzie merece ser feliz… y brillar como solo ella sabe hacerlo.

Billy sonrió con alivio, como si estuviera sorprendido de que todo hubiera sido tan fácil.

—Gracias, señora. Señor Lennox.

—Estás haciendo las cosas bien, Billy. —Me levanté y rodeé el escritorio para llegar hasta él. Se puso de pie en cuanto llegué a su lado. Le di una palmada en el hombro con fingida solemnidad—. Es refrescante y admirable que existan jóvenes con tan buenas intenciones. Tienes nuestra bendición, Billy.

Él sonrió y asintió. Estaba ya a punto de marcharse cuando su vista se detuvo en uno de los objetos que descansaban sobre mi escritorio.

—Qué bonito. Es americano, ¿verdad? —preguntó y señaló un pisapapeles que parecía brillar entre las aburridas pertenencias de ese despacho.

Bajé la mirada hacia el objeto en cuestión: una semiesfera de vidrio prensado que contenía un medallón conmemorativo de la Campana de la Libertad de Filadelfia.

—Lo traje de allí, sí —respondí sin darle más importancia.

Billy asintió con un leve gesto.

—¿Saben? Hace unos días entregué una carta en casa de la señora Wickham. Venía de la embajada de los Estados Unidos en Londres. Desconocía que la primera dama tuviera relaciones intercontinentales… ¿Quién sabe? Lo mismo hasta tienen conocidos en común…

Lo dijo con naturalidad, sin ser consciente de que acababa de dejar caer un fósforo encendido sobre un barril de pólvora. Miré de reojo a Clementine, que se había puesto más tensa todavía y me dedicó apenas un vistazo rápido. Yo me crucé de brazos y me incliné levemente hacia él.

—¿La embajada americana? —pregunté sin pretender mostrar más curiosidad de la pertinente para ese tipo de información.

Billy asintió.

—Sí, eso ponía en el remite bien claro. Pensé que podía ser algo rutinario, pero…

—¿Pero? —preguntó Clementine antes que yo.

—No sé. La señora Wickham se puso muy nerviosa cuando la recibió. Bueno…, más de lo habitual, quiero decir. Ella jamás pierde la compostura, está claro. Me dijo que en breve se acercaría a la

oficina para enviar unas cuantas cartas a los Estados Unidos, y me preguntó si podía hacer eso directamente desde Cheltenham o si tenía que ir a Londres. Le contesté que por supuesto que podía mandar las cartas desde aquí, aunque lo cierto es que todavía no lo ha hecho.

Intercambié una mirada rápida con Clementine, pero ella seguía empeñada en ignorarme. No parecía ser consciente de que teníamos un problema mayor, un enemigo común.

—En fin, Billy —dije con una sonrisa controlada—. Te deseo lo mejor y una vida larga y feliz con nuestra Lizzie.

Él asintió, satisfecho de haber cumplido su propósito, y se marchó.

Cuando la puerta se cerró tras él, el silencio se volvió denso en el despacho. Ninguno de los dos dijo nada en un principio, pero yo la miré fijamente hasta que ella rasgó el aire con sus palabras.

—Desafiaste a la persona equivocada.

—¿Yo? —Me llevé una mano al pecho, sinceramente ofendido.

—Esos trajes, ese color, ese beso… Fue una provocación tras otra. —Bufó.

—Pensé que era lo que querías… Tú la habías rechazado en numerosas ocasiones…

—No es lo mismo.

—Somos un equipo, Clementine, estamos juntos en esto. —Di un paso hacia ella, pero fue más rápida y llegó hasta la puerta antes de que la alcanzara.

La seguí por el pasillo sin poder decir demasiado por miedo a que nos escucharan los criados.

—Estamos juntos en esto —insistí.

—Oh, no, ni pensarlo. Tú y yo no estamos juntos en nada —murmuró entre dientes mientras pisaba con firmeza cada uno de los

escalones que conducían al piso superior.

—Clementine, no es momento para tonterías, esto es importante. Debemos ir a ese baile en casa de los Wickham y encontrar esa carta.

Dejó escapar un resoplido de falsa hilaridad.

—Sí, claro, en eso estaba pensando…

Abrí la puerta de su habitación y la arrastré dentro conmigo.

—Vamos a hablar claro de una vez —espeté, estaba llevando mi paciencia al límite y yo ya no estaba para tonterías. Lo que nos jugábamos era demasiado importante—. Vamos a poner todas las cartas sobre la mesa.

—Si descubre que nunca existió Lawrence Lennox, yo solo confesaré que me lo inventé para evitar la presión social de ser soltera, y que tú eres un canalla que aprovechó la situación y que me ha tenido amenazada todo este tiempo… La suplantación de identidad es un delito, «Lawrence», irás a la cárcel.

La carcajada me salió sola. Sin duda, había llegado el momento de soltarlo todo. No había querido que fuera así, pero no me había dejado otra opción. La agarré con firmeza de los hombros y la obligué a mirarme.

—Escúchame bien, vamos a dejarnos de máscaras y de mentiras. Tú y yo somos lo mismo y, si yo caigo, tú lo harás conmigo… —hice una pausa dramática antes del golpe final—: Molly.

Su cara perdió el color de golpe y vi auténtico terror en sus ojos.

—¡¿Qqq-qué-é?! —balbuceó, apenas le salía ni la voz.

—Lo sé todo. Sé que la que murió en ese barco fue Clementine Holloway y que tú solo eras su doncella. Pero solo lo sé yo y nadie más tiene por qué saberlo. Estamos juntos en esto, Molly, tú y yo somos lo mismo…

Su respiración se volvió más rápida y empezó a temblarle todo el cuerpo. Parecía que intentaba articular palabras, pero sin éxito. Se llevó las manos a las costillas como si así pudiera desprenderse del corsé y, por supuesto, tampoco lo consiguió. Me coloqué tras ella y traté de desatar los cientos de cintas que cerraban su vestido, pero parecía una tarea demasiado ardua para el tiempo del que disponía dadas las circunstancias. Eché un vistazo a mi alrededor y localicé un abrecartas sobre su escritorio. Lo cogí y, al verme empuñarlo, ella emitió un grito desgarrado y se dejó caer al suelo mientras se cubría la cabeza con los brazos.

—Por el amor de Dios, Molly —protesté y me dejé caer tras ella —, ¡no voy a apuñalarte!

Le rodeé el pecho con un brazo y la obligué a incorporarse de modo que arqueara un poco la espalda y yo pudiera cortar las tiras del vestido sin riesgo de hacerle daño. Lo bajé lo suficiente para acceder al corsé y no me molesté en intentar desatar el nudo, lo corté rápidamente y del mismo modo. Ella inhaló una fuerte bocanada de aire tras otra hasta que escuchamos unos golpes en la puerta.

—Señora, ¿se encuentra usted bien? Me ha parecido oír un grito.

—Estamos bien, señora Harper —contesté por ella—. Ha sido culpa mía, una broma sin importancia…

—Ah, señor Lennox, perdone, no sabía que estaba con ella. No los molesto, entonces.

—Muchas gracias, señora Harper.

En cuanto escuchamos los pasos del ama de llaves alejarse por el pasillo, ella hizo un gesto brusco para liberarse de mi brazo y separarse de mí. Al perder mi sujeción, su vestido y su corsé cayeron al suelo y se quedó solo con su camisa, pero estaba tan ida que creo que ni se dio cuenta.

—¿Quién eres? ¿Cómo puedes saberlo todo? —farfulló como fuera de sí—. Eres un demonio, eres un demonio…

—¡Por el amor de Dios! —Dejé escapar una carcajada—. ¡No soy un demonio!

—Nadie lo sabe, ¿cómo puedes saberlo? Eres un demonio, eres un demonio.

La atraje con firmeza hacia mí y la inmovilicé con la espalda contra mi pecho. Intentó resistirse, pero empleé mi superioridad física para retenerla por la fuerza y hablarle al oído con intención de tranquilizarla.

—Escúchame, Molly, necesito que te calmes. No soy un demonio. Shhhh, tranquila —susurré—. Es mucho más sencillo de lo que crees…Yo iba en la caravana con la que cruzasteis el Istmo de Panamá. Yo era uno de las decenas de hombres que viajaban con vosotras. Os escuché hablar a ti y a Clementine, escuché vuestro plan. Os pasasteis todo el camino hablando de Lawrence Lennox y creando un personaje, estabais pidiendo a gritos que alguien reclamara esa identidad. Os oí hablar del barco que ibais a tomar y decidí tomarlo también, la oportunidad estaba ahí, no podía desaprovecharla. Reconozco que no comprendí bien que subierais a bordo con las identidades cambiadas: tú vestida como la señora y Clementine como la doncella, pero entendí perfectamente que cuando ella cayó víctima de las fiebres y perdió la vida, mantuvieras su identidad. Nadie elige ser pobre si puede evitarlo… Estamos juntos en esto, Molly, somos lo mismo…

Me quedé callado esperando a que dijera algo. Su respiración todavía era fuerte, aunque ya mucho más calmada.

—Desde niñas —murmuró—, a Clementine le gustaba jugar a que ella era la criada y yo la señora. Le pareció divertido hacerlo en

el barco durante toda la travesía… —Sollozó primero y al momento rompió a llorar con una mezcla de tristeza y puros nervios.

Yo aflojé mi agarre y comencé a acariciarle los brazos con delicadeza. Luego apoyé los labios en su pelo y canturreé las nanas que recordaba que me cantaba mi madre cuando era niño, hasta que se quedó dormida.

Capítulo Veintisiete



Desperté algo desubicada. Las imágenes de la noche anterior vinieron a mi mente como fragmentos inconexos de una historia. Mi último recuerdo era estar entre los brazos de Lawrence mientras él intentaba tranquilizarme. La sensación seguía siendo la misma, y su olor aún me envolvía, pero al abrir los ojos me encontré en mi cama. Noté una cierta tirantez en el pecho, como si algo —o alguien— me impidiera moverme libremente. Definitivamente, no estaba sola.

Al bajar la vista, comprobé que Lawrence dormía aferrado a mi camisa con tal fuerza que había desplazado la tela, y uno de mis pechos quedaba libre. Puede que más libre de lo que yo lo había dejado nunca.

El pánico se mezcló con la confusión y no supe bien cómo gestionarlo, no tenía claro cuál de mis preocupaciones era prioritaria: el mayor estafador de todos los tiempos conocía mi verdadera identidad, estaba en la cama con él y tenía un pecho al aire. Si lo pensaba fríamente, el semidesnudo era un mal menor, pero eso no fue impedimento para hacerle saber mi opinión.

Mi mano tomó la decisión por mí: le propiné una bofetada seca, supongo que más por inercia que como un ataque deliberado. El

golpe resonó en el silencio de la habitación. Él abrió los ojos al momento y se llevó la mano libre a la mejilla. Hizo una mueca de confusión, pero no soltó la tela que aprisionaba con su otra mano.

—Buenos días a ti también, querida —murmuró antes de estar del todo despierto, con esa voz grave que parecía hacer vibrar todo a su alrededor—. En mis sueños eres mucho más dulce…

Me esforcé en tirar de la tela de mi camisa para cubrirme, pero su agarre era demasiado fuerte, aunque ni siquiera parecía ser consciente de ello. Al ver mi forcejeo, reparó en mi situación y esbozó una enorme sonrisa.

—Te veo mucho mejor como Molly de lo que te veía como Clementine —bromeó sin apartar la vista de mi pecho y le propiné otra bofetada.

Él soltó la tela por fin al tiempo que dejaba escapar una risa contenida. A mí el rubor me tiñó las mejillas, pero él bostezó como si nada.

—¿Se puede saber qué haces en mi cama? —solté en un susurro molesto mientras intentaba colocar la tela en su sitio con un forcejeo de lo más ridículo.

—Podría ser «nuestra cama» —sugirió con una sonrisa lenta—. Podríamos ser un matrimonio de verdad, Clem. —Enroscó uno de los brazos alrededor de mi cintura y se llevó otro manotazo—. Anoche te quedaste dormida en el suelo, en mis brazos, eso es que te doy seguridad… Y yo no iba a dejar a mi esposa ahí tirada, como una deuda pendiente… Porque yo, querida, nunca olvido lo que es mío, ni siquiera una deuda.

—Yo no soy tuya —murmuré entre dientes.

—Tengo un certificado de matrimonio que dice lo contrario…

—Ese papel es más falso que los nombres que hay en él —espeté.

Él se rio en respuesta.

—Pero nos ha unido. —Sonrió con esa insolencia insoportable.

—Y lo odio profundamente por ello…

Dejó escapar una risa grave que pareció tragarse todo el aire de la habitación.

—Me encanta la fachada de dureza que intentas sostener en todo momento, pero a mí no me engañas… Seguro que hay algo que deseas de mí.

—Por supuesto que sí, tu certificado de defunción.

Volvió a reírse, esta vez más fuerte si cabe.

—Y todavía no me has explicado qué haces tú en mi cama —retomé la conversación que habíamos dejado a medias antes de ese momento incómodo.

—Verás, querida, cuando te quedaste dormida en el suelo, entre mis brazos —insistió—, te subí a la cama. Con la delicadeza que me caracteriza, por supuesto.

—¿Y tú?

—Yo me tumbé a vigilarte —añadió y se acomodó sobre un codo, sin dejar de mirarme—. Necesitaba asegurarme de que estabas bien. Te alteraste mucho, hubiera sido poco considerado por mi parte dejarte sola. Y también habría sido una pena perderme el incidente del camisón, aunque eso, anoche, no podía saberlo, claro. No había manera de pronosticar un despertar tan gratificante para la vista.

Puse los ojos en blanco para fingir más exasperación de la que sentía en realidad. Lo cierto era que el incidente de mi camisa abierta había resultado… interesante. El modo en el que me había mirado, lejos de provocarme vergüenza o incomodidad, me había generado un cosquilleo diferente, una sensación nueva que tenía cierta curiosidad por explorar, pero bajo ningún concepto le iba a dar la satisfacción de reconocerlo.

Su camisa, arrugada y abierta en el cuello, dejaba entrever parte de su pecho, donde una cadena de plata descansaba contra su piel y sostenía una pequeña llave de aspecto gastado. La observé con atención y me pregunté qué cerraría, qué abriría, qué escondería.

Él, por supuesto, lo notó. Lawrence siempre lo notaba todo.

—¿Un nuevo misterio que resolver, esposa mía? —preguntó con su sonrisa más insoportable.

—¿Cuál es tu nombre real? Lo justo es que me lo digas…

—Este mundo es terriblemente injusto, querida, cuanto antes lo sepas, mejor. —Sonrió con esa actitud despreocupada, pero, al ver que mi semblante se endurecía, recondujo la conversación—. Ese hombre está muerto, créeme. —Llevó una mano a mi pelo y soltó el pasador que lo mantenía recogido. Mi melena cayó libre por mi espalda y él cogió uno de los mechones y lo colocó con cuidado sobre mi pecho. Al hacerlo, me rozó de un modo casi imperceptible por encima de la tela, pero esa minúscula fricción me despertó más sensaciones de las que yo había experimentado hasta la fecha—. Un nombre solo son un puñado de letras en un determinado orden. No significan nada. Ya no soy el que era, y no quiero serlo más. Igual que tú ya no eres Molly, eres Clementine, y es quien ya siempre vas a ser. Y yo soy Lawrence Lennox… Somos «los Lennox», estamos juntos en esto…

El silencio se hizo más pesado entre nosotros y ninguno de los dos se movió. Él seguía recostado sobre un brazo y con el otro jugaba con mi pelo, como si no tuviera ninguna prisa por que se acabara aquel momento que, de algún modo, parecía sacado de la historia de otros.

—¿Qué vas a hacer ahora? —pregunté, más para romper el momento que otra cosa. La intimidad se estaba volviendo densa entre nosotros y necesitaba rasgarla de algún modo.

Él desvió la mirada de mi pelo y alzó la cabeza hacia mí. Sonrió como si acabara de escuchar la pregunta más inocente del mundo.

—Nada —murmuró—. No pienso hacer nada que no quieras.

Mi garganta se cerró. Me había puesto en bandeja la oportunidad de decirle una vez más que lo que quería era que se marchara, pero ese instante que estábamos compartiendo estaba cargado de algo que me apetecía explorar un poco más. Así que, en lugar de decirle cuánto lo odiaba o pedirle que se fuera, me quedé mirando sus ojos: tan tranquilos, tan abiertos, tan odiosamente transparentes, y sentí algo en el pecho, algo tibio, dulce y aterrador que me tranquilizaba y alteraba a partes iguales, como si eso tuviera algún sentido.

—¿Vas a seguir llamándome Clementine también cuando estemos solos? —pregunté en un intento desesperado de recuperar el control de la conversación.

Lawrence no tardó ni un segundo en asentir.

—Por supuesto. Si te llamara Molly en la intimidad… —El sonido de la palabra «intimidad» de sus labios me volvió a provocar un cosquilleo en el estómago—. No podemos arriesgarnos a cometer un error así en público. Aquí, somos los Lennox. Para todos, incluso para nosotros.

Asentí lentamente, pero no fui capaz de sostenerle la mirada. Él se incorporó un poco más y, sin darme opción a esquivarlo, extendió una mano y me apartó un mechón de cabello de la frente, en un gesto tan íntimo y natural que me dejó paralizada. Sus dedos rozaron de un modo despreocupado mi sien, mi mejilla, en una caricia que no buscaba permiso, que solo parecía explorar un camino que ya conocía.

—No tienes por qué tener miedo de mí, te lo aseguro —murmuró, su boca estaba tan cerca que sentí su voz acariciarme la

piel—. Soy tu aliado, tu… compañero. Estamos juntos en esto, Clementine, ya no sé cómo decírtelo para que me creas.

Me quedé quieta. Demasiado quieta, quizá. Su mano bajó despacio hasta mi mandíbula y trazó un camino que hizo que me temblara el estómago de nuevo. No me besó; y me fastidia reconocer que, en ese preciso momento, lo hubiera permitido, lo hubiera correspondido, porque, maldita sea, así lo deseaba. Pero él no hizo nada más. Se retiró con la misma calma con la que había invadido mi espacio y volvió a recostarse en la cama, como si acabara de comprobar que me tenía justo en el lugar que deseaba y que podía jugar conmigo a su antojo.

Y yo supe en ese momento, con una certeza que me rasgó el pecho y dejó mi coraza debilitada, que el mundo ya había empezado a romperse, que yo había empezado a romperme. Que debía ser más firme y más fuerte que nunca para mantener el muro que acostumbraba a alzar entre nosotros, y que él se esforzaba por derribar, si no quería acabar si no quería acabar embaucada yo también por ese hombre.

—Y ahora —dijo en voz baja, como si no hubiera ocurrido nada —, tenemos que pensar en cómo conseguir esa carta.

Y así, como si no acabara de encenderse un incendio entre nosotros, como si no llevara semanas o meses odiándolo a muerte, acepté que debíamos convertirnos en aliados. Lo acepté por fin aun en contra de mi voluntad. El enemigo de ninguno de los dos estaba en esa cama, teníamos uno en común y debíamos aliarnos en su contra.

Yo asentí sin pronunciar palabra, porque una cosa es aceptar lo inevitable, y otra muy diferente darle a ese engreído presuntuoso la satisfacción de reconocer que tenía razón.

El silencio tras nuestro pequeño acuerdo tácito no duró demasiado. Lawrence, todavía recostado en la cama como si el mundo entero existiera solo para él y sus caprichos, rompió la tregua con una sonrisa ladeada de esas que yo deseaba borrarle de una bofetada… o de un mordisco. Eso era nuevo, pero me parecía de lo más efectivo.

—Tendrá que ser durante el baile en casa de los Wickham —explicó como si planificara una estrategia militar más que una aparición social.

—Todavía no he recogido el vestido —le respondí, aún sin mirarlo —. No tenía intención de asistir, la verdad. Madame Roux lo debe de tener listo —añadí. Luego tomé las mantas y me senté al borde de la cama, en un intento ridículo de alejarme de él y tratar de romper así la corriente invisible que todavía discurría entre nosotros—. Solo que… no he ido a por él.

—Entonces no queda más remedio que ir a recogerlo —concluyó Lawrence con un ademán teatral, como si se resignara a una ardua misión por el bien de un objetivo mayor.

Se puso en pie y se desperezó como un gato satisfecho. Yo no me perdí detalle de cada uno de sus gestos. La llave y la cadena que colgaban de su cuello emitieron un destello escandaloso bajo la luz que se colaba por la ventana, como en un grito mudo que quisiera advertirme de dónde debía poner mi atención. Él me miró con malicia y añadió:

—¿Apostamos algo a que nos encontramos a Nathaniel Davenport entrando o saliendo de la tienda? Me sentiría defraudado de no ser así.

Yo rodé los ojos, aunque no pude evitar esbozar una media sonrisa. No es que pensara que tenía razón, sino que, maldita sea, estaba convencida de que la tenía. Comenzaba a sentirme como una

de las víctimas de sus encantos, porque empezaba a creer cada cosa que me decía.



El trayecto hasta la tienda de Madame Roux transcurrió bajo un cielo plomizo que presagiaba lluvia, aunque sin terminar de decidirse a cumplir su amenaza. Lawrence estaba de un buen humor insultante. Tan animado que parecía a punto de ponerse a repartir bendiciones, consejos y quizá hasta una herencia. Me preparé, con resignación, para el inminente espectáculo. Con Lawrence, la euforia era siempre la antesala del escándalo. Me lanzaba de vez en cuando miradas cargadas de todo lo que no decía en voz alta. Quizá era solo mi impresión, pero, desde lo que habíamos compartido esa mañana, parecía flotar entre nosotros algo que ninguno de los dos estaba listo para reconocer o, tan siquiera, nombrar.

El carruaje se detuvo frente al local de madame Roux y, como si el destino tuviera un sentido del humor retorcido y muy particular, allí estaba Nathaniel Davenport. Salía del taller de la que ya sin duda alguna era su «querida» con el mismo aire despreocupado de siempre: el sombrero de medio lado, la chaqueta impecable como si alguien la hubiera dibujado sobre su persona y las botas con más lustre que su reputación. Nos vio enseguida, y su sonrisa se ensanchó un poco más de la cuenta, como si se alegrara del encuentro y no tuviera nada que ocultar.

—Señores Lennox —saludó con una inclinación breve y un destello en los ojos—. Me alegra ver que siguen tan inseparables como en el May Day. Hacía semanas que no se les veía juntos y comenzaban a circular rumores… No saben cuánto me alegro de que fueran infundados…

Lawrence le devolvió una sonrisa indolente, cargada de una fingida camaradería.

—Oh, las habladurías… ¿Qué sería de esta ciudad sin ellas? ¿Y qué sería de nosotros sin estas casualidades, Nathaniel? Empieza a ser rutinario lo de cruzarnos con usted cada vez que acudimos al local de madame Roux.

—Supongo que yo podría decir lo mismo, señor Lennox, al fin y al cabo, el encuentro es mutuo. —Nathan sonrió con una insolencia más propia de mi falso esposo que suya.

No pude evitar cruzar una mirada rápida con Lawrence. Una de esas tan discretas que duran apenas un instante, pero que cargan con mucho más significado que las evidentes. La complicidad nos pilló por sorpresa y se deslizó entre nosotros con la naturalidad de una vieja amiga que aparece sin ser invitada, pero a la que hay que recibir con cortesía.

—Ha sido un placer, Nathan —añadí para forzar una despedida y evitar que Lawrence lo desafiara con algún comentario mordaz.

Nathaniel rio y se despidió con una exagerada reverencia, como si estuviera interpretando el papel de su vida en una representación privada.

—Los veo en el baile —dijo como despedida y se alejó calle abajo, mientras silbaba una alegre melodía que no reconocí.

Cuando hubo desaparecido de nuestra vista, Lawrence soltó un leve bufido divertido.

—¿Tenía razón o no? ¿Qué opinas?

—No tienes por qué recordármelo —respondí con intención de sonar altiva, pero mi tono carecía de la aspereza habitual.

Lawrence me ofreció su brazo con ese gesto teatral que lo caracterizaba.

—Vamos, esposa mía. Nuestra conspiración no se va a urdir sola, y necesitarás un vestido a la altura de las circunstancias.

Lo tomé, con una resignación divertida que me sorprendió a mí misma.

Y así, como si fuera lo más natural del mundo, entramos juntos en el taller de madame Roux, como los dos farsantes que éramos. Parecía que, sin tener muy claro cómo, empezábamos a encontrar algo parecido a un refugio el uno en el otro. Pero, bajo ningún concepto, éramos capaces todavía de admitirlo. Al menos yo.

Capítulo Veintiocho



—Vamos a repasar el plan por última vez —dijo Lawrence cuando el carruaje se detuvo frente a la mansión de los Wickham—. En cuanto pueda, me esfumaré para buscar la carta, es posible que no tenga tiempo ni de avisarte, así que tendrás que estar pendiente de mí todo el rato… ¿Crees que podrás soportarlo?

—Si no hay más remedio. —Bufé.

Él dejó escapar una carcajada demasiado fuerte para el reducido espacio en el que nos encontrábamos. Estaba especialmente atractivo con ese traje a juego con mi vestido color burdeos. Le encantaba la idea de que nuestras prendas combinaran en los grandes acontecimientos, algo totalmente estúpido en este caso concreto en el que nos disponíamos a hacer algo que requería discreción.

—Bueno, lo dicho: cuando me pierdas de vista, intenta atraer la atención del mayor número de personas posible. En especial de Margery, que es la única que puede estar más pendiente de nosotros.

—No va a quedar nada sospechoso que me acerque por voluntad propia a Margery Wickham, claro —ironicé y él se volvió a reír.

—Vamos, querida, va a ser una gran noche. —Bajó del carruaje casi de un salto y me tendió el brazo.

Yo fingí resignación al aceptarlo. Pero lo cierto era que había algo en la forma en que sus dedos rozaban mi guante, en cómo colocaba el brazo para que yo lo tomara, en la cadencia con la que ajustaba su paso al mío, que hacía que aquella comedia fuera extrañamente fácil de representar.



La mansión de los Wickham estaba decorada como para emular un baile recién sacado de una novela de romance y opulencia, pero a mí me transmitía la inquietud propia de una de misterio o terror. Todo lo que tuviera que ver con Margery Wickham tenía ese efecto.

Entramos en el salón principal, y la atención cayó sobre nosotros como siempre que aparecíamos en cualquier acto social. Quizá en esta ocasión con más apetito de escándalo del acostumbrado, como si temieran que fuera a representarse el segundo acto de lo que habíamos iniciado en el May Day y fueran a perdérselo. Hubo quien fingió sorpresa; otros, indiferencia. En general, los asistentes fingieron todo lo que la buena educación exige fingir. Pero todos, absolutamente todos ellos, nos miraron al entrar.

La viuda Lennox y su marido resucitado. La pareja que había aparecido en el May Day vestida del color prohibido, como toda una declaración de intenciones. Los que se habían besado sobre un escenario como si estuvieran en la intimidad de su dormitorio. Los que habían destronado a los Wickham como el matrimonio ideal… La

pareja imposible. Éramos, sin duda, el escándalo ambulante que fascinaba a todo el mundo.

Me aferré más fuerte a su brazo, como si de ese modo estuviera afianzando esa alianza que él aseguraba que manteníamos. Era la primera vez que aparecía en público sabiendo que alguien conocía mi verdadera identidad, lo que me hacía sentir más insegura que de costumbre. Por suerte, todo en Lawrence, tanto el porte como los gestos y las palabras, parecía ejecutado con intención de tranquilizarme. Algo en mi interior me gritaba que confiara en él, que todo sería más sencillo, pero ¿cómo puede alguien fiarse de un farsante? Es cierto que yo también lo era, pero por circunstancias muy diferentes.

Se inclinó hacia mí con delicadeza y me susurró al oído:

—Tranquila, Clem, nadie duda de nosotros, solo nos admiran y sienten curiosidad… No te separes de mí de momento, estamos juntos en esto… y en todo.

Seguramente, desde fuera pareció el gesto cariñoso de un marido a su esposa. El muy canalla sabía cómo hacer para que cada acción que realizaba semejara lo que le convenía. Una vez más, Lawrence llevaba la voz cantante: saludó a conocidos, intercambió cumplidos y no paró de sonreír como si el mundo entero estuviera a sus pies. Aun sin verla, yo notaba cómo la mirada de Margery Wickham nos seguía por la sala y la sentía como el aliento frío de un depredador en la nuca, pero me limité a ser la perfecta acompañante de mi falso marido. Mi cometido consistió en sonreír con más dulzura, en inclinar la cabeza con más elegancia, como si complacer a sus invitados e ignorarla a ella fuera mi único propósito en la vida.

Lawrence, por su parte, parecía disfrutar de cada segundo de aquella pequeña representación teatral. Como siempre. O más

incluso de lo normal en él. Era encantador, demasiado, desde mi punto de vista. Repartía bromas, saludos y atenciones con la habilidad del ilusionista que conoce el verdadero truco: distraer la atención del público mientras mantiene la mentira a plena vista y se ríe de los espectadores en su cara.

En los momentos que pululábamos de un grupo a otro, Lawrence hacía agudos comentarios en mi oído acerca de la gente que acabábamos de saludar o de los que iban a ser nuestro próximo objetivo; y lo más desconcertante de eso fue que me encontré sonriendo de verdad. Riéndome de verdad, incluso. Supongo que me reía de esa farsa que, de un modo tan paradójico como retorcido, comenzaba a sentirla peligrosa precisamente porque ya no lo parecía tanto.

Tenía la sensación de que ya habíamos saludado a todos los presentes varias veces cuando Lawrence se giró hacia mí.

—¿Me concede este baile, señora Lennox? —preguntó con una sonrisa torcida con la que me dio la impresión de que me golpeaba por dentro. Por primera vez, no sentí el impulso de borrársela de una bofetada. No de inmediato, al menos.

—Solo si promete no pisarme, señor Lennox —respondí, más para los presentes que para él, con la fingida amabilidad de una esposa abnegada. La sonrisa con la que acompañé mis palabras no se encontraba entre mis planes, decidió aparecer por su cuenta.

—Prometo no hacerlo más de dos veces, querida —replicó para provocar la hilaridad de los presentes, cosa que consiguió de inmediato, por supuesto. A continuación, se inclinó en una reverencia exagerada que hizo que algunas de las damas dejaran escapar una risita oculta en parte por sus abanicos.

De ese modo, bajo la atenta mirada de casi la totalidad de la aristocracia de Cheltenham, acepté bailar con él por primera vez.

Colocó su mano con seguridad en mi cintura, mientras la otra sostenía la mía con una ligereza que pretendía ser casual, pero yo ya comenzaba a darme cuenta de que nada en ese hombre lo era. Me envolvió con su presencia en una cercanía que fue peligrosamente fácil de aceptar. Si bajaba la barrera que me autoimponía en su presencia, todo con él fluía de una manera muy natural. Nos movimos por el salón al compás de una melodía que apenas escuchaba. Yo estaba demasiado pendiente de la forma en que su cuerpo se amoldaba al mío, del roce continuo de su traje contra mi vestido, de la presión suave pero constante de sus dedos en mi espalda. Sus labios se curvaron en un amago de sonrisa y reclamaron mi atención. Parecían llevarme una y otra vez de vuelta al May Day, a ese escenario, a aquel beso…

Por un momento, a punto estuve de olvidarme de todo: de las mentiras, de la carta misteriosa, de Margery…, de Molly.

Éramos solo nosotros, de un modo que era nuevo para mí. Un impostor, igual que yo, pero me guiaba con la confianza que a mí a veces me faltaba. Por primera vez, no me sentía sola en mi mentira. De un modo accidental, ilegal e inmoral, éramos, como él decía, un equipo.

Paramos un momento de bailar para hacer un breve descanso y entonces, de repente, Lawrence desapareció. No hubo gesto previo, excusa, aviso o palabra. Simplemente se esfumó sin dejar rastro. Como si yo hubiese acudido sola, como si solo existiera en mi imaginación, como si nunca hubiera ocurrido.

Parpadeé desconcertada. Había estado tan pendiente de él que no era capaz de entender cómo lo había hecho. Me obligué a sonreír como si me fuera la vida en ello, aunque traté de no reclamar la atención más de lo necesario, a conversar con todo el que tenía cerca, a fingir que nada era inusual mientras sentía que, sin él, todo

el mundo me miraba y adivinaba mi mentira. La mansión Wickham era lo suficientemente grande y la fiesta abarcaba tantas de sus salas que era fácil asumir que cualquier invitado a quien se hubiera perdido de vista se encontraría en alguna de las estancias restantes.

Pese a ello, distraje como pude a los invitados más cercanos. Reí con más entusiasmo del que sentía y bailé con todo aquel que me lo propuso. Comencé con el anfitrión, el mismísimo señor Wickham, lo que me vino bien para atraer la mirada de Margery, luego bailé con Nathan e incluso con el señor Stewart. Pese a la grata compañía de mis improvisadas parejas de baile, una parte de mí —una parte traidora y desleal, todo hay que decirlo— no dejaba de buscar su figura entre la gente, con la esperanza de verlo aparecer en cualquier momento. Fue durante mi baile con Malcolm Stewart cuando, tal como se había esfumado, volvió a aparecer.

No era capaz de discernir el tiempo que había pasado… ¿Media hora? ¿Una eternidad? Todas las opciones me resultaban plausibles. Pero de nuevo se encontraba a mi lado como si solo hubiera transcurrido el tiempo equivalente a un parpadeo. Su sonrisa intacta y la chispa en su mirada me dijeron que había sido un éxito antes de que lo hicieran sus palabras.

Se inclinó hacia mí, como si fuera a contarme una tontería o a hacerme un arrumaco, y susurró de un modo que me erizó toda la piel:

—Hecho.

No lo miré, ni asentí, ni dije nada. Me limité a seguir sonriendo, a repartir saludos y halagos hacia otro grupo de invitados, como la perfecta señora Lennox que el mundo esperaba ver, que el mundo estaba convencido de que era.

En el interior de mi pecho, bajo las múltiples capas de secretos y el vestido de fiesta, algo pequeñito se estremeció de alivio al

comprobar que estábamos fuera de peligro. En realidad, que él lo estaba, pues no había permitido que yo corriera ningún riesgo.

Iba a tener que recordar odiarlo también por eso.

Capítulo Veintinueve



El regreso a Hollowfield Manor fue más silencioso que la ida. No porque no hubiera cosas que decir, sino porque cada palabra, cada mirada, amenazaba con romper la tregua silenciosa que parecíamos haber sellado.

Cuando entramos en la casa, Lizzie se acercó dando saltitos y sin perder esa sonrisa que se había intensificado en los últimos días, pero, antes de que pudiera ofrecer su ayuda, Lawrence se le adelantó:

—No será necesario, Lizzie —dijo con su tono más natural—. Esta noche me ocuparé yo de atender a mi esposa.

Me quedé rígida, paralizada en el umbral. La espontaneidad de su frase era tan perfecta que tenía claro que no podía contradecirlo sin levantar sospechas. Así que me limité a sonreír, tal como haría cualquier esposa complacida, aunque sentía que el suelo bajo mis pies se tambaleaba más de lo que yo podía controlar.

Lawrence, ajeno a mi tensión, añadió con una sonrisa tan tranquila como su anterior afirmación:

—Y mañana hablaremos de tu futuro con el joven «William Percival Cooper» —bromeó.

Lizzie se ruborizó hasta las orejas y tanto ella como la señora Harper y el resto del personal de servicio que se encontraba cerca se retiraron tras desearnos las buenas noches. Solo pude imaginar las sonrisitas y cuchicheos que se escucharían en las cocinas dentro de unos minutos.

Subimos las escaleras en un silencio tan denso que me permitía escuchar el roce del bajo de mi falda en cada escalón. El calor de su mirada parecía seguirme aun sin tocarme.

Ya en mi habitación, cerró la puerta con un gesto delicado y, durante un momento, pensé que vendría directo hacia mí. Pero, en su lugar, se acercó al escritorio y sacó de su bolsillo interior varios sobres del mismo tamaño.

—Antes de que asumas que lo que me ha movido a venir aquí han sido tus botones —dijo con esa sonrisilla que siempre parecía esconder algo más—, quiero enseñarte el objeto del saqueo.

Me hizo un gesto para que me acercara a ver las cartas.

Las ojeé con un temblor en las manos que no sabía si era debido al cansancio, a la tensión o a algo que no sabía identificar.

La primera estaba abierta y era justo la que habíamos ido a buscar: una misiva oficial, sellada por la embajada de los Estados Unidos en Londres, dirigida a Margery Wickham. Solo verla me provocó un escalofrío. Pero no era la única. Había tres más, cerradas y lacradas. Remitidas por Margery Wickham a distintos organismos estadounidenses. Demasiadas para ser fruto de la casualidad.

Demasiadas para no entrañar algún peligro.

—¿Las has robado todas? —pregunté en voz baja, sin atreverme a abrirlas—. Pensé que solo ibas a leerla.

Lawrence asintió y se apoyó en el escritorio como si fuera un profesor a punto de impartir la lección a su alumno más díscolo.

—Las he robado todas —confirmó sin un atisbo de remordimiento —. No podíamos permitirnos dejar nada al azar. Las que están cerradas no podía leerlas. Prefiero que se plantee que quizá las ha perdido a que tenga la certeza de que alguien ha estado en su despacho husmeando y abriendo su correspondencia.

Asentí en silencio, pues no le faltaba razón.

—¿Has leído la que está abierta? —pregunté con cierto temor y un gesto de su cabeza asintió por él—. ¿Tiene algo que ver con nosotros?

—Me temo que la hemos debido de enojar mucho. —Me tendió el sobre abierto y yo saqué el papel y lo desdoblé.

Reconocí el membrete oficial, el tipo de papel, el frío lenguaje diplomático que no buscaba agradar ni disculparse, directo y eficaz:

A la atención de la señora Margery Wickham,
Cheltenham, Gloucestershire.

Nos complace informarle que, tras realizar las búsquedas pertinentes en nuestros registros de inmigración, registros de nacionalidad y bases de datos consulares, únicamente constan dos ciudadanos estadounidenses de apellido Lennox, procedentes de California, en el periodo señalado.

La llegada de ambos fue registrada el 1 de marzo del presente año recién desembarcados del SS Providence.

Según nuestros registros, la señora Clementine Lennox alegó ser viuda y no aportó documentación identificativa, pues había sido víctima de un incendio durante la guerra americana.

El señor Lawrence Lennox aportó un certificado de matrimonio como toda identificación.

Espero que esta información le sea de utilidad.

Le facilito también las direcciones específicas que me ha solicitado:

•Archivo de Inmigración de San Francisco.

•Registro Civil de Sacramento.

•Oficina de Comercio Exterior de California.

•Diócesis de Sacramento, Archivo Parroquial.

Agradeciéndole su interés,

Departamento de Asuntos Consulares. Londres.

Cuando terminé de leer, sentí cómo algo pesado me descendía hasta el estómago.

Le acababan de confirmar a Margery Wickham que habíamos llegado en el mismo barco, algo que hasta hacía unos días yo ni siquiera sabía. Era posible incluso que ella dispusiera de esa información antes que yo. Esa idea me hizo hervir la sangre de pura ira.

—¿No podías haber dado tu nombre real? —gruñí—. Si nos pregunta, no sé cómo vamos a justificar eso.

—Lawrence Lennox tenía que existir legalmente. —Se encogió de hombros—. ¿Quién iba a suponer que alguien escribiría a la embajada preguntando por nosotros?

Se pasó una mano por la cara con más frustración de la que quería aparentar.

Me temblaban las manos cuando releí la carta. No solo le habían dado esa información, también habían puesto en sus manos todas

las herramientas necesarias para seguir escarbando en un terreno que apenas habíamos conseguido sembrar de mentiras de un modo muy superficial. Todo se destaparía muy fácil si hurgaba lo suficiente, y Margery Wickham tenía pinta de ser de las que llegaban hasta el fondo.

Lawrence deslizó los demás sobres hacia mí. Los tres estaban delicadamente preparados, con el remite de Margery trazado con una caligrafía segura y elegante. Cartas listas para ser enviadas.

Abrí la primera con más pánico que curiosidad.

A la atención del Archivo de Inmigración de San Francisco:

Ruego información sobre el señor Lawrence Lennox, presuntamente ciudadano estadounidense nacido en California, y fallecido en 1865 en circunstancias no confirmadas, así como cualquier dato referente a su viuda, la señora Clementine Holloway Lennox, nacida alrededor de 1840.

Solicito cualquier registro de entrada, salida, matrimonio, defunción o propiedad vinculada a dichos nombres.

La segunda, igual de formal:

A la Oficina de Comercio Exterior de California:

Me permito solicitar cualquier información comercial o de propiedad relacionada con el señor Lawrence Lennox o

la señora Clementine Holloway Lennox en el periodo comprendido entre 1860 y 1865.

Y la tercera, que me heló de verdad.

A la atención del Reverendo de la Diócesis de Sacramento:

Le ruego tenga a bien informarme de cualquier registro de bautismo, matrimonio o defunción relativo a Lawrence Lennox y Clementine Holloway Lennox, presuntamente residentes en California durante el periodo 1840-1865.

Cualquier información que pueda obrar en sus archivos será de enorme utilidad y tratada con la mayor discreción.

Agradeciendo de antemano su colaboración,

Señora Margery Wickham, primera dama de Cheltenham, Gloucestershire, Inglaterra.

Ni siquiera me reí de su firma como «primera dama de Cheltenham». En lugar de eso, cerré los ojos un instante para intentar contener la oleada de vértigo.

No solo había preguntado a organismos oficiales, sino también a la Iglesia. Si nos quedaba alguna duda de que no pensaba rendirse, acababa de evaporarse.

Lawrence se sentó en el diván de mi dormitorio y cruzó los brazos con la misma calma de quien ya había previsto todos los posibles incendios, pero algo en el gesto que intentaba disimular me daba la impresión de que no lo tenía todo bajo control.

—Hicimos bien en no subestimarla —murmuró.

Golpeó un par de veces el asiento a su lado, con un gesto despreocupado, para darme a entender que quería que me sentara junto a él.

Lo hice al momento, sin cuestionarme nada.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunté, consciente de que estábamos en una situación tan delicada que podría costarnos bastante más que nuestra reputación.

Lawrence se giró hacia mí y colocó las manos sobre mis hombros. Me estremecí por el contacto, pero pareció no darse cuenta, porque me giró con delicadeza hasta que quedé de espaldas a él.

—Si Margery está dispuesta a cavar… —dijo en un tono tan bajo que apenas se escuchaba mientras comenzaba a desabrochar los botones de mi vestido—. No nos va a quedar más remedio que asegurarnos de que cuando encuentre algo, no sea lo que espera. O no sea la verdad, al menos.

Me volví a estremecer, tanto por la certeza del peligro al que nos exponíamos como por el roce de sus dedos a través de la tela.

—Tendremos que ser mejores que ella —murmuró a mi espalda tras abrir el último botón y dejar que la tela se deslizara a voluntad por mis hombros y dejara al descubierto el corsé—. Más rápidos. Más crueles, incluso, si es necesario.

—Puedo ocuparme yo… —farfullé, pero su risa baja y suave me interrumpió.

—Sería interesante ver cómo intentas quitarte esto tú sola… No te preocupes, querida, soy un perfecto caballero —susurró en mi oído antes de añadir—: Tu perfecto caballero.

Su voz llegaba hasta mí como una caricia en sí misma.

Su mano se detuvo entonces sobre los lazos. Parecía que se enfrentaba a una decisión. Podía oír su respiración y, si me esforzaba

lo suficiente, puede que hasta el maquinar de sus pensamientos. Sentía su aliento en mi cuello y el calor de su cuerpo muy cerca del mío. Demasiado cerca. Incluso desde otra habitación habría estado demasiado cerca.

Tiró con calma de las cintas y las aflojó con mucho cuidado. Liberó al momento la presión de mis costillas, pero de un modo tan íntimo que el gesto en sí me perturbó mucho más que cualquier caricia deliberada.

El corsé se aflojó, se deslizó y dejó mi cuerpo vulnerable, envuelto solo en la fina tela interior.

Y, aun así, Lawrence no se aprovechó. Se limitó a ayudarme a ponerme en pie, a deslizar el vestido hacia abajo, a soltar el corsé de la camisa y a cubrirme con la bata que Lizzie había dejado preparada sobre el diván.

Parecía una coreografía calculada que alguien hubiera desarrollado para nosotros. Pero, cuando me volví para mirarlo, ya había retrocedido unos pasos, como si nada hubiera pasado. Como si no lo hubiéramos hecho juntos. Como si todo lo que acababa de ocurrir no fuera otra cosa que parte de la farsa que llevábamos representando desde el principio.

Pero, hasta esa noche, yo no había sentido un latido desbocado palpitando en mi garganta. Ni un temblor irremediable que no podía reprimir cada vez que nuestras manos se rozaban. Yo sentía que habíamos cruzado una frontera invisible, aunque para él nada parecía haber cambiado. La habitación había quedado en silencio tras el ritual cuidadoso de los botones, las cintas y las prendas caídas.

Él no dijo nada más, y yo tampoco.

La distancia física entre nosotros parecía solo una ilusión: el aire era denso, saturado de las palabras que no se habían dicho, de lo

que ambos habíamos sentido en cada roce contenido. Me acomodé la bata con movimientos tensos, y me giré despacio hacia él, con el corazón repiqueteando contra mis costillas como un pájaro enjaulado.

Él se había quitado la chaqueta, el chaleco y la corbata. El cuello abierto de la camisa dejaba entrever la cadena con la llave contra su piel. Ladeó la cabeza de un modo sutil, como si me estudiara, como si hubiera notado algún cambio en mí.

—Deberías dormir —murmuró al fin. Su voz sonó más grave de lo habitual. Y rasgada, como si cada palabra fuera premeditada.

Asentí sin decir nada, pero no me moví. Él me sostuvo la mirada un instante.

—¿Tienes miedo, Clem? —No había burla en su voz, solo curiosidad… o quizá preocupación—. Lo arreglaremos, tranquila. —Se acercó a mí y puso las manos en mis hombros—. Esa bruja no podrá hacernos nada.

Asentí y me aferré a mi frágil compostura, mientras él apagaba la lámpara y nos sumía en una peligrosa penumbra. Cuando las sombras nos envolvieron, escuché sus pasos alejarse de vuelta al diván.

—Voy a dormir aquí, si te parece bien —murmuró—. Quedaría raro de cara a los criados que me fuera ahora. Y así estoy cerca por si me necesitas…

—¿Si te necesito? —Mi voz fue apenas un murmullo.

—Si tienes una pesadilla, o se te ocurre algo y quieres que hablemos —aclaró—. Pero si lo prefieres, me marcho.

Negué con la cabeza.

—Quédate, será lo mejor.

El mueble protestó bajo su peso y yo le acerqué una de las mantas.

—Gracias, Clem —murmuró en la oscuridad.

Su mano rozó la mía cuando tomó la cobija y un cosquilleo se extendió desde los dedos al resto del cuerpo. El silencio nos envolvió de nuevo, aunque esta vez parecía algo vivo, como si respirara entre nosotros.

Me metí en la cama despacio, pero, aun en la oscuridad y la distancia, podía sentir su respiración, su calor, su presencia. Me aferré a las sábanas con una firmeza ridícula y cerré los ojos con la vana ilusión de dejar la mente en blanco, pero conseguí justo el efecto contrario. Multitud de imágenes se agolpaban en mi mente: Margery y sus cartas, Lawrence en el mismo barco que yo, vigilándome en secreto, los destinatarios de las misivas de la primera dama investigando sobre nosotros y enviándole información, Lawrence desabrochando mi vestido, el reverendo de la diócesis de Sacramento certificando que nunca me casé, el beso en el escenario del May Day… El beso en el escenario del May Day… El beso en el escenario del May Day…

Capítulo Treinta



Me desperté temprano, en cuanto la luz de la mañana se abrió paso a través de mi ventana. Sin sobresaltos ni ruidos, solo la certeza de un nuevo día que comenzaba. Lawrence estaba ya despierto, sentado frente a mi escritorio. Con los codos apoyados en la mesa, estudiaba las cartas robadas como si se tratara de las piezas de una partida de ajedrez en la que nos sabíamos en desventaja.

Me acerqué en silencio y me quedé de pie junto a él, todavía envuelta en mi bata. No hizo falta que dijera nada. Lawrence se reclinó en la silla, se pasó la mano por el mentón y finalmente levantó la vista hacia mí.

—¿Has pensado algo? —pregunté.

Él negó con la cabeza.

—No paro de darle vueltas…, pero robando las cartas solo hemos ganado tiempo. No vamos a poder detenerla y, más tarde o más temprano, lo va a destapar todo.

—¿Cuánto tiempo crees que tenemos?

—Si no anotó las direcciones, tendrá que escribir de nuevo a la embajada para volverlas a pedir, pero si las anotó en algún sitio, que

conociéndola es lo más probable, hoy mismo podría volver a escribirlas y mandarlas… Entre que cruzan el océano de ida, de vuelta, y el tiempo que tarden en contestarle, disponemos de varias semanas, pero sigue siendo muy poco… Quizá nuestra mejor opción sea vender Hollowfield Manor y huir de aquí. Empezar de cero en otro sitio…

Se puso de pie para quedar a mi altura y se apoyó en el escritorio, frente a mí.

—No tengas miedo, Clem. —Me cogió la mano y me acarició el dorso con el pulgar—. No voy a dejarte sola, te lo juro. Estoy contigo en esto…

—¿No hay nada que podamos hacer? Me niego a que Margery gane…

—Si al menos tuviéramos algo contra ella… —murmuró—. Algo que nos permitiera callarla antes de que pueda realizar su próximo movimiento. Algo con lo que amenazarla para que se le vayan las ganas de meter las narices en las vidas ajenas…

—¿Algo como un chantaje?

—Quítale el «como», querida… Chantaje puro y duro. Sería nuestra mejor opción. Sé por experiencia que las mujeres que presumen de moralidad superior son las que más tendrían que callar… Me encantaría saber si esconde algo, hacérselo saber y verla temblar de terror…

—¿Serías capaz…? —dejé la pregunta en el aire porque no sabía muy bien cómo terminarla.

—Sería y he sido capaz de muchas cosas, Clem. —Dejó de acariciarme la mano para enlazar sus dedos con los míos—. Pero no estoy orgulloso de todas, ni mucho menos.

No dudé ni por un segundo de que hablaba en serio. Su tono era el de quien sabe más de lo que cuenta, el de quien ha visto lo que

se cuece entre bastidores y ya no se cree la representación. Yo me quedé mirando el fuego durante unos segundos y dejé que la memoria hiciera su lento e inevitable trabajo. Y entonces, como un eco lejano, perezoso y con retraso, recordé a las viudas. Una conversación en el salón de Montgomery House, entre dulces y tazas de té aderezadas por la señora Newman. Una conversación acerca de Margery Wickham. Risas, cuchicheos y un comentario dejado caer como sin importancia, casi perdido entre tantos otros:

«Margery Wickham no siempre fue la dama perfecta que ahora pretende ser».

Apreté con fuerza los dedos de la mano que Lawrence sostenía.

—Quizá tengamos algo —murmuré y Lawrence levantó la cabeza y me prestó toda su atención.

—¿Ah, sí? ¿El qué?

—No lo sé con certeza, pero recuerdo que, durante una de nuestras tardes de té y pastas, las viudas dejaron caer… —hice una pausa, buscando las palabras adecuadas—… que Margery tiene un secreto. Algo de su juventud. No sé a qué se referían, no dijeron qué era exactamente, pero el tono no dejaba lugar a duda: de saberse, sería un escándalo. Cabe la posibilidad de que solo fueran suposiciones de ellas, claro está, pero por probar…

Lawrence dejó que su sonrisa brotara despacio, como la de un depredador que olfatea el rastro de su próxima presa.

—De entrada, suena prometedor —dijo, entrecerrando los ojos—. ¿Quién fue la que lo mencionó?

—No lo recuerdo con exactitud… —admití, con el ceño algo fruncido—. Puede que fuera primero la señora Montgomery, pero creo que casi todas le dieron la razón. Sí, creo que todas sabían de lo que hablaba…

—¿Quién crees que puede ser más accesible para contárnoslo todo? ¿Newman?

—Sí —asentí—, es posible que Tracy Newman sea la más propensa a hacernos partícipes del rumor y, por lo que sé, no tiene necesidad ni intención de proteger a Margery.

—Entonces será nuestra próxima visita. —Lawrence se incorporó con un brillo nuevo en la mirada—. ¿Cuándo quieres ir?

—Hoy mismo —aseguré con una determinación que pretendía fingir que sabía lo que hacía—. Cuanto antes, mejor.

Él asintió con satisfacción, como si, para él, de pronto la partida se hubiera vuelto interesante.

—Pero antes… —Se interrumpió a sí mismo y me soltó la mano —. Tenemos algo pendiente.

Lo miré confusa e inquieta, hasta que su sonrisa más pícara asomó a sus labios.

—Lizzie —me recordó—. Y Billy Cooper.

Suspiré, pero al momento dejé escapar una sonrisa. Tenía razón, habíamos prometido hablar con ella y, en el fondo, agradecía tener algo más sencillo en lo que pensar, aunque fuera por un momento.



Con la misma eficacia que había mostrado al desvestirme la noche anterior, Lawrence me ayudó a colocarme de nuevo el corsé y un vestido mucho menos festivo que el que me había quitado. Después nos encaminamos juntos hacia la pequeña sala donde Lizzie acostumbraba a pasar las primeras horas de la mañana, limpiando o cosiendo con esa concentración ausente que siempre parecía destilar felicidad por cada poro de su piel.

Cuando nos vio entrar, se levantó de un salto. Parecía nerviosa e ilusionada al tiempo, pero siempre preciosa a su manera sencilla. Sin duda, lo que hacía bella a Lizzie era su actitud hacia la vida.

Lawrence se apoyó en el marco de la puerta con esa postura prepotente y soberbia que parecía decir «soy atractivo e interesante y estoy encantado con ello» y la invitó a sentarse de nuevo con un gesto.

—Querida Lizzie —empecé yo con un tono de voz que trataba de tranquilizarla, pero que, por las preocupaciones propias que acarreaba, era posible que estuviera consiguiendo el efecto contrario —. Billy Cooper nos ha comunicado sus intenciones respecto a ti.

La joven se puso colorada hasta las orejas y bajó la vista al suelo. Comenzó a retorcer los dedos en su delantal de un modo casi compulsivo.

—Y nos parece —siguió Lawrence con la diversión que impregnaba a sus palabras siempre que se dirigía a mi doncella—, que no hay nada más sincero que querer casarse con quien hace que los días brillen más. O se tiñan de oscuridad en su ausencia, claro está.

Me miró de reojo con uno de esos gestos suyos de embaucador al que me esforcé en no prestar atención. Lizzie, por su parte, dejó escapar una risita nerviosa, sin saber muy bien cómo debía reaccionar a las palabras de Lawrence.

—Por tanto —continué—, queremos que sepas que, si decides aceptar su propuesta, podrás seguir trabajando aquí con nosotros, en caso de que así lo desees.

Ella alzó la mirada, que brillaba como si todavía llevara puesto aquel vestido que había cubierto de flores para el May Day.

—¿De verdad, señora? ¿De verdad podré seguir siendo su doncella, aunque me case? Vendré todos los días antes de que se

levante, y estaré aquí siempre que me necesite…

Asentí.

—No lo dudo, Lizzie. No tienes por qué renunciar a tu propia vida o a seguir haciendo lo que amas. Y Billy parece lo bastante sensato como para entenderlo. Por mi parte, también es algo un poco egoísta: me gusta que seas mi doncella, y no quiero que eso cambie.

Lawrence soltó una risa grave, aunque muy baja, apenas un susurro de diversión contenida.

—Con suerte, Billy Cooper aprenderá también a tener paciencia. La va a necesitar. ¡Las mujeres de Hollowfield Manor son de armas tomar!

Lizzie y yo nos reímos del comentario.

—Ojalá tener un matrimonio como el de ustedes —aseguró ella y yo me tensé al escucharla—. Ojalá Billy y yo nos sigamos mirando en unos años como se miran ustedes…

Yo me quedé fría y rígida ante ese comentario, pero Lawrence se separó del dintel y vino a pasarme un brazo sobre los hombros.

—¿Has oído, querida? Somos un ejemplo a seguir. —Apretó el brazo sobre mis hombros—. Nuestro amor es la envidia de quienes nos rodean… —Dejó un beso suave en mi sien que estoy segura de que trataba de ocultar la risa.

—De quienes nos rodean, no —maticé—. De la inocente Lizzie, que no sabe lo insufrible que puedes llegar a ser. —Las palabras eran las mismas que llevaba semanas dedicándole, pero mi tono era diferente, por mucho que yo pretendiera aparentar lo contrario.

—¿Has visto, Lizzie, cómo me maltrata mi esposa? ¿Tratarás así al bueno de Billy Cooper?

—Si eso me garantiza que él me mirará como mira usted a la señora… ¿Cómo fue eso que me dijo en el carruaje el día del May

Day? Que si saltaban chispas, no sé qué…

—Que cuantas más chispas salten al principio, más arderá todo luego —repitió y, con un ademán aparentemente casual, levantó la mano de mi hombro y deslizó el pulgar por la parte trasera de mi cuello.

Y con ese sencillo gesto, me dio la impresión de que ya ardía todo tal como había dicho. Luego dejó la mano de un modo distraído junto a mi clavícula, con sus dedos rozándome la piel del mismo modo en que lo había hecho durante el beso del May Day y yo ya perdí el hilo de la conversación cuando Lizzie se abalanzó sobre mí y me abrazó con fuerza. Parecía haber olvidado por un momento la rigidez de las convenciones. Lawrence aprovechó esa interrupción para apartar su mano. Cuando Lizzie se separó de mí, se giró hacia él y le dedicó una torpe reverencia antes de salir corriendo, seguramente en busca del joven Billy para contarle la noticia.

Cuando nos vimos solos de nuevo, Lawrence me miró con una sonrisa torcida.

—¿Preparada para visitar a la señora Newman? —preguntó.

—Más que nunca —aseguré sin atisbo alguno de duda.

Tras la inquietante noche, teníamos un propósito claro. Pero lo más inquietante era que lo teníamos juntos.

Capítulo Treinta Y Uno



Me acerqué al dormitorio de Lawrence para indicarle que ya estaba lista para salir, pero algo me detuvo ante la puerta abierta. Él estaba arrodillado en el suelo, frente a un gran baúl que llevaba en el mismo sitio desde que llegó. Lo vi sacar un bulto y luego cerrar el enorme arcón con la llave que llevaba al cuello.

—¿Qué esconde ahí, señor Lennox? —Mi pregunta le pilló tan desprevenido que dio un respingo.

Luego se giró hacia mí con una sonrisa y me mostró lo que tenía en la mano. No era más que un amasijo de tela. Se puso de pie y lo fue desenvolviendo con cuidado.

—Ron de Jamaica —dijo cuando la botella quedó al descubierto —. Lo compré en una de las ciudades portuarias que visitamos al cruzar el istmo de Panamá, no recuerdo si Colón o la propia Ciudad de Panamá… El caso es que es un brebaje exótico y codiciado en Europa, nos ayudará a ganarnos a la señora Newman.

—No lo dudo. Seguro que Tracy Newman agradecerá el gesto.

La señora Newman nos recibió con el entusiasmo propio de quien disfruta de una buena excusa para posponer tareas más importantes a cambio de un puñado de chismes y un poco de licor. Su casa resultaba algo anticuada en comparación con las de la señora Montgomery o la mismísima Wickham, pero cada detalle parecía cargado de alegría e intención. Olía a pastel de grosellas y a rosas, una combinación que parecía fuera de toda lógica, aunque no en su caso, en el que resultaba casi entrañable.

—¡Señores Lennox! —Hizo un ademán con la mano tan espontaneo que no dejó lugar a dudas de su sinceridad—. ¡Qué visita tan inesperada! ¿A qué debo este honor? ¿Qué les trae por aquí?

—He recordado esta botella del codiciado ron de Jamaica que compré a mi paso por Panamá y he pensado que mi querida señora Newman sabría apreciarlo como merece —aseguró mi falso marido con su acostumbrada desfachatez mientras le tendía la botella, que ella recibió con una enorme sonrisa.

—Oh, qué detalle tan delicioso, señor Lennox. He oído auténticas maravillas acerca del ron de Jamaica, aunque no había tenido ocasión de probarlo. ¡Hagámoslo ahora! ¿Les parece?

—Sin duda, será un honor —aceptó él con una sonrisa.

—¿Clementine? —preguntó mi amiga con la voz cargada de esperanza.

—Por supuesto, Tracy.

Nos hizo pasar al salón, donde el calor del hogar y el aroma a bollos recién horneados que llegaba de la cocina parecían conspirar para reconfortar a cualquier interlocutor y soltarle la lengua, cosa que nos iba a venir de perlas. Aceptamos las copas que nos ofreció, y nos sentamos en un sofá de dos plazas frente a la butaca que había ocupado ella. Tras unos minutos degustando y alabando el

distinguido brebaje, Lawrence, con esa sutileza suya disfrazada de desinterés, desvió la conversación hacia donde nos interesaba.

—Por cierto, señora Newman, llevo un par de días discutiendo con mi esposa acerca de un asunto y me gustaría conocer su opinión.

—Dígame, señor Lennox, ¿en qué puede ayudarle esta solitaria viuda? —Pese a lo triste de sus palabras, su tono era divertido. No se sentía solitaria para nada, y todos los presentes lo sabíamos. El ron brillaba en sus ojos cuando nos miró con curiosidad.

—Tengo la teoría de que es mucho más sencillo para un caballero esconder un escándalo y alcanzar una posición de poder que para una dama. Mi esposa, en cambio, asegura que una mujer puede ser igual de hábil que un hombre para borrar un pasado, digamos, «poco conveniente». ¿Qué opina usted, señora Newman?

—Oh, señor Lennox, esa es una cuestión muy interesante. Debo decir que, en este caso, coincido con su esposa. —Me dedicó una mirada rápida antes de proseguir—. Dentro de lo que podemos considerar «posición de poder» en referencia a una dama, por supuesto. Está claro que el «poder» de una mujer no suele ser tal.

—Bueno, querida señora Newman, una, pongamos, primera dama puede llegar a ser muy influyente e incluso poderosa, ¿no le parece? —terció Lawrence—. ¿Acaso no le parece que Margery Wickham ejerce suficiente poder en el pueblo?

—Oh, ya lo creo que sí —rio la señora Newman.

—Pues no es mal ejemplo —sugerí como si se me acabara de ocurrir en ese momento—. ¿No comentaron algo de un escándalo de juventud de la señora Wickham?

—¿Cómo es eso? ¿Voy a tener que retractarme y darles la razón? ¿Acaso Margery Wickham esconde un escándalo que desconozco?

—Oh, ya lo creo. —La risa bañada en ron de Tracy inundó el salón.

—Soy todo oídos. —Lawrence se inclinó hacia delante y le dedicó su sonrisa más irresistible.

—La pobre Margery… —La señora Newman suspiró y se llevó una mano al pecho como si lamentara profundamente lo que estaba a punto de decir, aunque el brillo en sus ojos asegurara lo contrario—. No siempre fue la dama intachable que ahora se esfuerza tanto en hacer ver que es.

Lawrence ladeó la cabeza, parecía querer mostrar más pereza que curiosidad, aunque, a esas alturas, yo creía ser capaz ya de detectar esos pequeños matices que revelaban sus verdaderas intenciones.

—¿Qué ocurrió exactamente?

—No sé si debería contarles esto —susurró ella.

—Por el amor de Dios, Tracy —protesté—. Ayúdame a demostrarle al presuntuoso de mi marido que no siempre tiene razón…

La señora Newman rio con ganas y asintió. Luego bajó la voz y nos envolvió en una atmósfera de conspiración que nos tenía expectantes.

—Cuando era muy joven, Margery Wickham, que en aquel entonces todavía era Margery Miller, su apellido de soltera, desapareció de Cheltenham durante casi un año. Oficialmente, fue enviada a Bath para cuidar a una tía enferma. Ella tendría unos quince años, puede hacer unos veinte o veintiuno de aquello tranquilamente…

—¿Margery tiene solo treinta y seis años? Hubiera jurado que tenía, por lo menos, una década más —aseguré.

—Oh, querida —siguió ella—, es que la maldad es fatal para el cutis, como has podido comprobar…

Me cubrí la boca para disimular la risa y Tracy hizo lo mismo.

—Bueno, entonces, ¿la enviaron a Bath durante un año? ¿Y qué ocurrió allí? —cuestionó Lawrence con una sonrisa despreocupada.

—Yo no he dicho eso, señor Lennox, he dicho que «dijeron» haberla mandado a Bath…

—Pero… —sugirió él.

—Pero —confirmó ella y bajó más el tono—. No todos se tragaron esa versión. Se rumoreaba que en realidad Margery no estaba en Bath cuidando a su tía. Alguien (miembros más indiscretos de ciertas familias, ya saben cómo es esto) aseguró haberla visto en York, en un centro para señoritas. En la residencia de Santa Agnes, para ser exactos. Ya entonces se vendía como una academia para jóvenes refinadas, pero era de dominio público que sus integrantes eran jovencitas descarriadas que necesitaban que las metieran en cintura o esconder algún escándalo.

Lawrence dejó su taza en el platillo con un leve tintineo.

—¿Algo así como las «academias militares para jóvenes caballeros»? —preguntó con toda la sutileza de la que fue capaz—. ¿Un lugar donde las «enderezaban»?

—Algo así —asintió la señora Newman—. «Enderezar» o, en algunos casos, «solucionar» algún posible escándalo. —Se pasó una mano por la barriga discretamente y Lawrence y yo intercambiamos una mirada cómplice al momento. Si estaba hablando de que Margery escondía un secreto de ese calibre, era justo la información que necesitábamos para nuestro propósito—. Creo que todavía sigue en activo… Las jóvenes entran y, tras un tiempo prudencial, salen… como si jamás hubiera pasado nada.

Me obligué a mantener la calma, pero sentía hervir la sangre de pura emoción. La señora Newman, por su parte, se reclinó en su butaca con la satisfacción de habernos proporcionado un chisme inaudito.

—Cuando Margery regresó a Cheltenham —añadió con una sonrisa ausente—, lo hizo como si nada hubiera sucedido. Mejor vestida, mejor educada, más ambiciosa que nunca. Y la mayoría de la buena sociedad, ya saben cómo va esto… —hizo un gesto desdeñoso con la mano— prefirió mirar hacia otro lado. El señor Miller, su padre, era un hombre poderoso y nadie lo quería de enemigo. Apenas tres años después, se casó con el señor Wickham y se convirtió en la esposa ejemplar. Entre la insistencia de ella y el poder de su suegro, no tardó en convertirse en alcalde. Lleva así muchísimos años… El resto ya lo conocen.

El silencio que nos envolvió fue denso. Lawrence y yo volvimos a intercambiar una breve mirada más elocuente que ninguna. Parecía que habíamos encontrado una grieta en la armadura de Margery Wickham. Y eso era, al menos, un lugar por el que empezar a golpear.

Tras un buen rato de relajada conversación centrada en otros temas, salimos de la casa de la señora Newman con las noticias flotando entre nosotros como una nube de esperanza. Muy diferente a las que comenzaban a cubrir el cielo con una amenaza de lluvia que parecía casi apropiada para la conspiración que estábamos maquinando cada uno por separado.



No nos dirigimos la palabra hasta que cruzamos el pequeño jardín y llegamos al carruaje. No porque no hubiera nada que decir, al

contrario, sino porque supongo que necesitábamos sentirnos en la seguridad de nuestro propio espacio.

Fue Lawrence quien rompió el silencio, como era habitual en él.

—Bath…, una tía enferma… —musitó al abrirme la portezuela del carruaje con un gesto teatral que, apenas unos días atrás, me habría resultado de lo más molesto.

—Y en realidad, un centro para señoritas descarriadas —completé antes de pasar al interior del cubículo.

Él sonrió, con una de esas sonrisas peligrosas que antes acostumbraba a dedicarme a mí, pero que, en esta ocasión, tenía una finalidad diferente.

—Parece que la perfección de Margery no lo ha sido siempre… —Me siguió al interior del habitáculo y el cochero puso rumbo a casa.

Comencé a acomodarme en el asiento cuando sentí sus manos. No me tocó directamente o, al menos, no dio esa impresión. Su intención parecía la de tocar la tela de mi capa, sí, pero sus dedos rozaron la piel de mi cuello descubierto mientras ajustaba el broche con una delicadeza que me dejó helada y en llamas al tiempo. Fue un roce sutil, breve, casual… Innecesario. ¿Accidental? Definitivamente no, ese hombre sabía perfectamente lo que hacía y, pese a que nuestra situación había cambiado, parecía empeñado en seguir llevándome a la locura, aunque ahora de manera muy distinta.

Las yemas de sus dedos acariciaron la línea de mi clavícula, justo donde la piel era más sensible, más vulnerable. Luego se inclinó un poco más, como si ajustara mejor la prenda.

Cuando habló, su voz era tan suave que apenas se distinguía sobre el traqueteo del carruaje.

—Tienes frío —afirmó, no preguntó.

Pero el problema no era el frío, sino más bien lo que ardía la zona donde me había tocado. No entendía cómo, con el simple roce de sus dedos, parecía haberse colado bajo mi piel. Me acomodé en el asiento y me cubrí con la capa. Deseé con todas mis fuerzas que no volviera a tocarme jamás y, a la vez, que no dejara de hacerlo nunca.

Capítulo Treinta Y Dos



Ella cerró la puerta tras de sí con un clic que resonó como una sentencia en mi dormitorio. Mi condena iba a ser sufrir su presencia tan cerca de mi cama y no poder hacer nada al respecto. Quizá *sentencia* o *condena* no serían las palabras adecuadas, pero una dura prueba por descontado que era. Cada maldito minuto a solas con ella lo era.

Clementine se quedó plantada junto al escritorio, puede que sin atreverse a acercarse más a mí. No se quitó ni la capa, como si el peso de la tela húmeda sobre sus hombros careciera de importancia en comparación con lo que habíamos descubierto esa tarde. O quizá tenía más que ver con el recuerdo que mis dedos habían dejado en su piel cuando le había colocado esa misma prenda en su sitio. Sentí la imperiosa necesidad de repetirlo, y yo no soy hombre al que le agrade quedarse con ganas de algo.

Me situé detrás de ella y, con un gesto intencionado e insoportablemente lento, le deslicé el manto de los hombros. No era un movimiento urgente ni, mucho menos, necesario. No era más que una pobre excusa para rozarla. Mis dedos recorrieron la curva de su cuello y sentí la piel cálida donde el pulso le latía acelerado. La

noté tensarse bajo mi caricia mal disimulada. Sujeté el manto con delicadeza y lo retiré hacia atrás consciente de que cada segundo que pasaba y cada centímetro de contacto eran un desafío.

Lo dejé caer sobre el respaldo del sillón y me quedé de pie junto a Clementine, demasiado cerca para lo que dictan las convenciones sociales, pero demasiado lejos para mi gusto. Ella tragó saliva, pero no se alejó, ni yo me aparté. Necesitaba centrarme en lo que teníamos que hablar, había asuntos importantes que debíamos resolver.

Clem se volvió hacia mí con esa actitud desafiante y altiva que cada vez dejaba más de lado, pero que, de vez en cuando, seguía dedicándome como si aún me odiara. Yo quería creer que ya no era así… O no del mismo modo que antes, al menos.

—¿Y ahora qué? —preguntó y sus cejas se juntaron tanto que casi se convirtieron en una.

—Si me lo preguntas en ese tono, me da la sensación de que piensas que tengo la culpa de algo de esto…

Me dejé caer en la butaca y estiré las piernas con la estudiada pereza que acostumbro a fingir en ocasiones cuando necesito ganar tiempo. Entrelacé las manos tras la nuca y la miré un instante. Disfruté de ese momento tan inusual: verla allí, en mi habitación, en mi terreno, con las dudas e inseguridades que se habían vuelto visibles desde que le había revelado que conocía su secreto.

—Ahora, querida, comienza la conspiración. —Le dediqué mi mejor sonrisa, aunque, en esta ocasión, no era falsa—. Tal como se espera de cualquier matrimonio basado en la mentira, la mutua necesidad y el chantaje.

Ella me fulminó con la mirada.

—Yo no te necesitaría si nunca hubieras aparecido —espetó—. Margery nunca me hubiera investigado a mí sola.

—Eso no lo sabes, mi amor. Ya conseguiste enojarla antes de que yo llegara.

—Ni por asomo tanto como lo está ahora…

—Así tenía que suceder… ¿De qué otro modo íbamos a hacer un primer viaje juntos si no?

—¿Un viaje? —La incredulidad de su rostro me dejó claro que era una posibilidad que ni por asomo se había planteado.

Me incorporé en mi asiento y le hice un gesto para que se acercara.

—Siéntate, por favor —pedí con suavidad.

Vi la duda en su rostro, como siempre que yo le pedía o le sugería algo. No había modo de que esa terca mujer me hiciera caso en nada a la primera. En fin, me había colado en su vida con toda mi desfachatez y la había despojado de autoridad en su propia casa… Supongo que era comprensible que no se fiara del todo de mis intenciones. Le dediqué la sonrisa a la que mejor solía reaccionar y ella se limitó a bufar y a venir a sentarse en la butaca que quedaba frente a la mía. Su porte era tan regio y su espalda estaba tan tiesa que me llegué a plantear si realmente se había sentado o tan solo estaba levitando sobre el asiento.

Apoyé los codos sobre las rodillas, me incliné hacia ella y bajé la voz.

—Tenemos que confirmar el rumor —expliqué—. Lo que la señora Newman nos ha contado no nos basta para hacer caer a Margery si intenta hundirnos ella a nosotros primero. Necesitamos pruebas.

—¿Y cómo propones conseguirlas? ¿Cómo se demuestra algo así? —inquirió frunciendo el ceño de esa manera irresistible que me hacía desear enfurecerla más y más.

Sonreí de nuevo. No de la manera ligera y vacía con la que conseguía ganarme a todo el mundo y, en especial, a las mujeres,

sino de otra que solo usaba en contadas ocasiones, la que estaba dedicada a los grandes planes y las mejores compañías.

—La señora Newman mencionó que algunos aseguraron haberla visto en la residencia de Santa Agnes en York, ¿no?

Asintió.

—Un lugar donde las familias de bien mandaban a sus jóvenes díscolas… —repitió las palabras de su amiga—. O «díscolas» y con algún otro «problema» añadido, según ha dicho Tracy.

—Exacto —asentí—. Lo que tenemos que hacer es evidente: ir a York y encontrar ese centro. Conseguir registros, fechas, nombres… Cualquier dato o documento que confirme que Margery estuvo allí en los meses en los que, oficialmente, estaba cuidando a su tía moribunda en Bath. Y confirmar el motivo por el que su estancia allí era secreta, claro está. Por aquel entonces, era Margery Miller, necesitaremos su apellido de soltera…

Clementine se quedó callada un momento y bajó la mirada hacia las manos que descansaban en su regazo.

—¿No dices nada? —le pregunté.

—¿Qué quieres que diga? —Levantó la vista hacia mí.

—¿Qué te parece?

—¿Cambiaría algo lo que a mí me pareciera? ¿Sería diferente el plan?

—A ver, Clem. —Me levanté despacio y me acerqué a ella un poco más. Me apoyé en los brazos de su butaca y ella se dejó caer contra el respaldo—. Estamos juntos en esto, vamos a hacerlo entre los dos…

—¿Qué vamos a hacer entre los dos? —La voz le salió entrecortada.

Mi cara estaba peligrosamente cerca de la suya y ella desvió la mirada a mi boca.

—¿De qué crees que estoy hablando, querida?

—¿Del viaje a York? —Le temblaba la voz más de lo que lo había hecho nunca.

Asentí con la cabeza y una sonrisa.

—¿Vendrás conmigo? Considero que es una empresa para ambos, debemos hacerlo juntos…

—Sí —aceptó—, debemos hacerlo juntos.

—Hay tantas cosas que deberíamos hacer juntos, Clem —murmuré sin pensar demasiado en mis palabras, algo muy poco habitual en mí, pero esta mujer a veces me hacía olvidarme hasta de mi propia naturaleza.

Esperaba un bufido por su parte, una impertinencia, un comentario sarcástico o incluso un insulto… Pero para lo que no estaba preparado era para que se le acelerara la respiración y me mirara con los ojos brillantes y los labios entreabiertos.

—¿Como qué? —preguntó con un jadeo ahogado.

Me acerqué un poco más y el silencio entre nosotros se tensó como lo hace una melodía durante una cesura musical que, lejos de ser un final, es el preludio de algo mucho más grande. Ella contuvo la respiración, pero no desvió la mirada.

—Como volver a besarnos —confesé cerca de sus labios—. Los dos lo estamos deseando…

—No es verdad —mintió y tragó saliva con dificultad.

—En ese caso… —me incorporé de golpe y me erguí completamente—, no volveré a hacerlo.

Me quité la chaqueta y la dejé sobre mi cama.

—¿El qué? —Ella volvió a erguirse en el asiento.

—Besarte, querida. —Comencé a desabrocharme el chaleco—. Es algo que deseo repetir desde el May Day, pero, al asegurarme que no piensas igual, no voy a insistir. —Me quité el chaleco y la corbata

y los dejé caer junto a la chaqueta—. Si en algún momento cambias de idea, no tienes más que pedirlo… O besarme tú.

—Ni lo sueñes —masculló.

—Me lo pedirás.

—Ni pensarlo.

—Pues me besarás…

Se puso de pie de un modo más brusco de lo acostumbrado.

—¿Algo más? ¿O puedo marcharme ya a mi dormitorio?

—Eso es todo, querida. Saldremos temprano por la mañana, cogeremos el primer tren a Brighton y de allí otro hasta York. Te sugiero que descanses, será un viaje muy largo…

—Hasta mañana —murmuró y se marchó de la habitación.

La puerta se cerró con el mismo clic que al principio, solo que esta vez ya no me pareció tanto una sentencia como una pausa, un descanso, el intermedio de una obra teatral antes del gran acto final. Me quedé quieto y observé su ausencia en mi butaca. Luego solté el aire que había estado conteniendo desde que sus ojos se habían clavado en los míos de aquella forma tan sutil como inevitable…, como si pudiera ver a través de todas mis capas, de todas mis máscaras.

Me pasé una mano por el rostro y me reí muy bajo, para evitar que ni ella ni nadie me escucharan. Qué mujer tan maravillosamente insoportable.

Me giré hacia la cama y comencé a desnudarme con calma, sin prisa por apagar la sangre encendida que sentía bullir dentro de mí. Iba a necesitar una buena dosis de autocontrol para soportar un viaje entero a su lado sin comportarme como un necio.

Capítulo Treinta Y Tres



El largo viaje hasta York había transcurrido en una extraña calma, propiciada por esas conversaciones rotas por roces accidentales, que quizá no lo eran tanto, miradas que duraban un segundo más de la cuenta, y una infinidad de silencios cargados de tensión que habían hecho el viaje más largo y el vagón más estrecho.

Llegamos a la estación de York al mismo tiempo que el ocaso. Lawrence me ayudó a bajar del tren y buscó raudo la ayuda de un mozo.

—Ocúpese de nuestras valijas, por favor. —Le tendió un billete con la discreción y la naturalidad de quien ha hecho eso miles de veces. Algo en él me decía que su origen era humilde, pero en realidad no había nada en su persona que diera esa impresión. Quizá su actitud hacia el servicio, que era muy similar a la mía. Supongo que es algo que solo puede entender quien ha estado en ese lugar.

El joven no tardó en seguirnos arrastrando nuestro equipaje en un carrito. Eché un vistazo a ambos baúles antes de dirigirme a mi falso esposo.

—Pensé que traerías el arcón misterioso que guardas en tu dormitorio, ese cuya llave guardas con tanto celo —dije con fingida indiferencia.

Él me regaló una de sus sonrisas insolentes.

—No sabes, querida, cuánto me reconforta saber lo pendiente que estás de mí.

—En absoluto —me ofendí—. Solo señalo lo obvio.

Él sonrió y me abrió la puerta del carruaje que el empleado de los ferrocarriles nos había conseguido.

—Llévenos a un buen hotel, por favor —le pidió Lawrence al cochero antes de ofrecerme su brazo para ayudarme a subir—. El mejor que conozca.

—«El mejor que conozca» —repetí en un murmullo solo para él cuando nos encontramos a solas en el cubículo del carruaje—. Cómo se nota que no es tu dinero.

—Ni el tuyo, querida. —Se rio—. Ni el tuyo.

Bufé por respuesta y me giré hacia la ventanilla para apreciar la noche en la ciudad de York.



Cuando el carruaje se detuvo frente al hotel, una de esas imponentes construcciones cargadas de opulencia, me descubrí preocupada por lo que iba a ocurrir.

—Deberíamos dar nombres falsos —susurré antes de que abriera la puerta.

—Toda la razón, querida.

Bajó antes que yo y me ofreció la mano para ayudarme. La tomé, porque negarme habría sido más llamativo para los empleados que se acercaron a por el equipaje que aceptar. Pero no me pasó

desapercibido el modo en que sus dedos se demoraron un segundo más sobre mi muñeca, el único centímetro de piel que quedaba expuesta entre la manga y el guante. Sin lugar a dudas, lo había hecho con toda la intención. Parecía que todo en ese hombre era intencionado.

Entramos en el vestíbulo como cualquier matrimonio respetable que busca una habitación decente para pasar la noche. La recepcionista, una mujer con más elegancia que juventud, levantó la vista de su libro de registros.

—Buenas tardes —saludó con amabilidad medida— ¿En qué puedo ayudarles, señores…?

Lawrence sonrió, con esa sonrisa suya que podía haber convencido a cualquier dama de que jamás había roto un plato… o un corazón.

—Weston —aseguró con una mentira tan natural que dejaba en evidencia que ese no era su primer, ni su segundo, nombre falso—. Una habitación doble, por favor. Para mí y mi esposa.

La mujer asintió, abrió el libro de registro, mojó la pluma en el tintero y se la tendió.

—Incluya también sus nombres de pila, por favor —pidió la empleada.

—Por supuesto —aseguró él.

Se inclinó sobre el mostrador y escribió con la fluidez propia de un reincidente, sin pararse a pensar lo que iba a escribir ni un segundo. Miré de soslayo lo que anotaba:

«Sr. Nathaniel Weston y Sra. Molly Weston».

Se me paró el corazón un momento, pero traté de tranquilizarme, al fin y al cabo, Molly es un nombre común y la que falleció en aquel barco era una simple doncella que no le importaba a nadie.

La recepcionista asintió, satisfecha, y nos entregó una llave pesada con el número 203 grabado en la placa. Luego le indicó el número de habitación al empleado que había de subir nuestro equipaje.

—Segundo piso, al final del pasillo —indicó—. ¿Han hecho un viaje muy largo? Esa habitación tiene bañera, ¿desean que les suban agua caliente por si la señora quiere darse un baño?

—Por supuesto —aseguró Lawrence—. De inmediato, a poder ser.

La mujer volvió a asentir y le dio las indicaciones pertinentes a una doncella. Nosotros subimos las escaleras alfombradas en completo silencio, mientras el crujido de los escalones marcaba el ritmo de algo que parecía más que simple cansancio.

Una vez en la habitación, Lawrence cerró la puerta tras nosotros con mucho cuidado y se apoyó en ella. Me miró con esa expresión que ya empezaba a conocer demasiado bien y que daba a entender que su cabeza estaba maquinando algo.

—¿Te das cuenta? —preguntó en voz baja y su sonrisa se amplió como la de un niño que planea una travesura—. Hemos tenido que dar nombres falsos… para proteger nuestros nombres falsos. Es una maravillosa paradoja.

Me crucé de brazos y traté de no sonreír, aunque creo que fracasé estrepitosamente.

—Bueno, ese *Molly* no ha sido tan falso —lo reprendí y me apoyé contra la cómoda como si necesitara algo sólido a lo que aferrarme.

Lawrence se acercó a mí e invadió mi espacio sin ningún tipo de miramiento o consideración. Mi cuerpo quedó completamente arrinconado entre el suyo y el mueble.

—No sabes cómo me seduce la idea de poder llamarte Molly —susurró.

—No puedo decir lo mismo, «Nathan» —respondí.

Él dejó escapar una carcajada.

—He tenido que improvisar, querida. No había preparado nombres de pila.

—¿Y no se te ha ocurrido otro?

—Ni siquiera importa.

Se puso serio de golpe, llevó una mano a mi cuello y rozó mi labio inferior con el pulgar.

—Pídemelo, Molly… Pídeme que te vuelva a besar —murmuró.

—Ni lo sueñes —respondió mi orgullo, pero todo mi cuerpo gritaba lo contrario.

Unos golpes en la puerta nos interrumpieron.

—¡Señor y señora Weston, venimos a preparar el baño!

—¡Por supuesto, adelante! —respondió él y, al momento, un séquito de doncellas irrumpieron con grandes baldes de agua y comenzaron a llenar la bañera.

—Señora Weston —murmuró Lawrence para mí mientras el personal de servicio seguía con sus labores—, bienvenida a su noche de bodas.

Me sonrojé, por supuesto. No porque creyera que fuera a tomarse la libertad de cumplir su broma, sino porque, maldita sea, una parte de mí no estaba tan segura de querer impedírselo si lo intentaba. Aunque lo peor de todo era que no tenía muy claro qué podía intentar y en qué consistía exactamente una «noche de bodas».

Me giré para deshacerme de la capa de viaje, y, como si hubiera estado esperando ese momento, Lawrence se acercó para ayudarme. Sus manos acariciaron mis hombros con una delicadeza que no tenía nada de inocente. Deslizó las manos por mi cuello, mis hombros y mi escote mucho más de lo que requería para su cometido. Estaba aprovechando que no podía rechazar a mi esposo

en una habitación llena de gente. Su aliento rozó la curva de mi cuello cuando fingió que se le atascaba el cierre de mi capa, y yo me quedé rígida un instante mientras internamente luchaba contra el temblor que amenazaba con traicionarme.

Cuando terminó de soltar la capa, se despojó de su chaqueta con una parsimonia del todo innecesaria. Después de su corbata y su chaleco y se desabotonó la camisa hasta mitad del pecho. Se sentó en una butaca y se deshizo con expresión de alivio de su calzado y sus calcetines. Después, ya descalzo y en mangas de camisa, repartió propinas entre los mozos que habían subido el equipaje y las doncellas que habían preparado el baño y cerró la puerta tras ellos cuando abandonaron la habitación. Luego se giró hacia mí y me señaló la bañera con un gesto de su mano.

—Toda tuya, querida. El viaje ha sido muy largo, debes de estar agotada. Un baño te sentará estupendamente.

Lo miré con atención y traté de adivinar sus intenciones, pero no sabía lo suficiente de la vida y de los hombres. Yo seguía vestida con la ropa del viaje: la falda pesada, el corpiño cerrado hasta el cuello, el corsé oculto bajo las capas. Cada prenda parecía una barrera entre esa tina y yo.

—¿Y quién se supone que va a ayudarme? —Me crucé de brazos como si mi pregunta fuera legítima y no supiéramos los dos la respuesta.

Lawrence se dejó caer contra la pared, cruzó también los brazos y me dedicó una mirada divertida, descarada y cargada de intención.

—Si no queda más remedio —suspiró—, me ofrezco voluntario. —Se llevó una mano al pecho en un gesto que pretendía fingir esa nobleza de la que carecía—. Lo de desvestirte está empezando a convertirse en mi deporte habitual. No puedo decir que me desagrade, ni mucho menos, aunque —añadió con una mueca

divertida— todavía no he tenido el «final feliz» que merezco por tanta dedicación.

Traté de que mi sonrisa se mostrara natural, pese a ignorar por completo a qué se refería con ese «final feliz» que reclamaba.

—Discrepo, querido. Has tenido exactamente lo que mereces… —repliqué.

Él dejó escapar la risa entre los dientes y se llevó de nuevo una mano al pecho con fingida ofensa.

—Eres una ingrata —aseguró mientras ambos avanzamos hasta la bañera—. Venga, que no se enfríe el agua.

Con una paciencia provocadora, como todo en él, comenzó a desabotonar mi corpiño. Soltó cada uno de los botones con una lentitud casi cruel. Coló un par de dedos por dentro del tejido como si fuera la única forma de desabrocharlos, cuando eso era tan innecesario como evidente. En el momento en el que llegaron a mitad de camino y se colaron entre mis pechos, quise protestar, pero la sensación que provocaban en esa zona tan delicada me hizo emitir un gemido involuntario en su lugar. Él se limitó a disimular una sonrisa como si no se hubiera percatado.

Su aliento rozaba mi cabello y su cuerpo estaba tan cerca que podía sentir el calor que desprendía.

Cuando terminó con el corpiño, lo deslizó con suavidad por mis brazos, sin privarse de rozar toda la piel que pudo en el proceso, y lo dejó caer al suelo. Luego, tras dedicarme una última mirada, me dio la vuelta para quedar a mi espalda. Me desató la pesada falda y se arrodilló para liberarme de ella y dejarla caer junto a la prenda anterior. Con gestos hábiles y todavía desde el suelo, coló las manos por debajo de la camisa interior y desató mi *pantalette*, que cayó al suelo sin ayuda. Me ayudó a sacarlo por los pies y al momento se incorporó para quedar de nuevo erguido a mi espalda.

—¿Ves? —murmuró—. Soy más eficaz que una doncella.

Y yo me habría reído si el corazón no me hubiera estado latiendo desbocado en la garganta.

Desató con eficacia el corsé. Lo aflojó hasta liberarme de la presión y yo emití un jadeo de alivio inmediato, como siempre que me deshacía de esa prenda. La dejó caer al suelo con las otras, aunque quizá esta con menos tacto.

—Los deberían prohibir por ley —murmuró y rodeó mi cintura con las manos, a través de la camisa interior—. Me parecen una atrocidad… Y los considero del todo innecesarios, al fin y al cabo, no hay nada más bello que una mujer liberada de toda prenda. —Sus manos subieron de mi cintura hasta mis costillas recientemente aliviadas y se detuvieron al rozar la parte inferior de mis pechos, que, en ese momento, notaba especialmente hinchados y sensibles. Lo sentía respirar a mi espalda y a mí comenzaba a faltarme el aire. Solo la fina tela casi transparente de mi camisa interior me separaba de sus manos y de sus ojos, que me miraban de un modo indescifrable desde el reflejo del espejo de cuerpo entero que teníamos delante.

Llevó las manos al bajo de mi camisa, que apenas me cubría los muslos y, al adivinar sus intenciones, sujeté con fuerza sus muñecas.

—Vaya, vaya —sonrió—. Parece que finalmente te he encontrado una debilidad: el pudor. ¿Pretendes bañarte con camisa? ¿Tienes algo de lo que avergonzarte? ¿Crees que eres la primera mujer desnuda que voy a ver? —Levantó las manos en señal de rendición —. No te voy a obligar a nada, si te sientes vulnerable, será mejor que te quedes así…

Era plenamente consciente de que estaba jugando conmigo. Ya había ganado y lo sabía. Si me dejaba la camisa puesta, declaraba mi vulnerabilidad y él ganaba. Si me la quitaba, quedaría desnuda

frente a él y ambos sabíamos que me sentiría vulnerable, aunque quisiera fingir que no, y él ganaría de igual modo. Descarté la primera opción porque me lo dictó la lógica. Iba a ser muy incómodo bañarme con la camisa y realmente tenía todo el cuerpo entumecido y necesitaba ese baño. Y, por otro lado, había algo excitante en la segunda opción. Recordé una vez, de muy jovencita, que a Clementine y a mí se nos ocurrió la travesura de bañarnos en cueros en el lago. Fue una experiencia excitante, tanto por sentir en agua en cada rincón de mi cuerpo estando al aire libre como por la idea de que alguien nos sorprendiera. Había algo estimulante en la sensación de peligro que provocaba sentirse expuesta de esa manera…

Sin apartarle la mirada a través del espejo, yo misma agarré el bajo de mi camisa y lo subí hasta sacármela por la cabeza. Él me miró durante todo el proceso con una expresión indescifrable y con una chispa especial en la mirada cuando finalmente quedé desnuda ante él.

Sentí cómo el rubor me subió de golpe al rostro, pero no me moví, dejé que fuera él quien lo hiciera. Su primer impulso fue llevar las manos a las marcas que siempre me dejaba el corsé sobre la piel del vientre y las costillas.

—Una atrocidad —murmuró al recorrerlas con los dedos.

Aunque ese gesto tan íntimo estaba claro que no guardaba en absoluto relación con el baño, lo dejé hacer, porque tampoco sabía muy bien cómo proceder. Entre el vapor del agua, mi desnudez y sus manos, el ambiente había cambiado de golpe y un calor espeso parecía envolvernos. Subió uno de los brazos hasta colocar la mano sobre mi escote, justo bajo el cuello, y ejerció una ligera presión hacia él, como para enderezarme. Llevó su otra mano a la mitad de

mi espalda y ejerció la fuerza contraria. Sentí un ligero alivio ante la combinación de esos movimientos.

—¿Te duele la espalda? ¿Lo mejora esto?

Asentí, porque, aunque sí me sentía capaz de emitir algún sonido involuntario, no de articular palabras con sentido. Él suspiró y me deslizó la mano por la espalda.

—Espera, creo que llevo en la chaqueta aquello que me dio el charlatán…

Sentí su ausencia de golpe, pero casi no tuve tiempo de echarlo de menos, pues en apenas dos zancadas se plantó junto a la cama, cogió algo del bolsillo de su chaqueta y regresó junto a mí. Abrió el frasco con los dientes y vertió varias gotas en una de sus manos. Se las frotó para repartir el aceite entre ambas y volvió a colocarlas como al principio: una en mi escote y otra en mi espalda. Utilizó la primera para mantener mi posición y, con la otra, comenzó a acariciar de un modo enérgico, aunque delicado, mi cuello, mi espalda y… mis nalgas. No protesté, porque el alivio que estaba proporcionando a esas zonas castigadas por el viaje era superior a todo reproche. Cerré los ojos y me concentré en la sensación que me proporcionaban sus manos sobre la piel. No volví a abrirlos hasta que lo oí resoplar y noté que el brazo que tenía en mi espalda se movía para rodearme con fuerza la cintura. A través del espejo, vi que me aferraba con fuerza y tenía la cara escondida en mi pelo.

—Te voy a meter en el agua, Molly —murmuró—, porque, si no, esto puede acabar muy mal…

Yo tragué saliva sin saber ni qué decir. Notaba toda la piel erizada y dura, los pechos hinchados y un cosquilleo en el bajo vientre que me pedía a gritos que siguiera tocándome.

Lawrence levantó la vista y me miró a través del espejo como si contemplara algo sagrado. No hubo risa en su expresión, ni burla.

Solo un respeto solemne, como si incluso para él aquello fuera un momento que rozaba algo más profundo que la piel y más peligroso que el deseo.

Se separó de mí un instante y se quitó la camisa. Ya solo llevaba el pantalón y la cadena con la llave que le colgaba sobre el pecho desnudo. Sin decir nada, me guio hasta la bañera, donde el agua humeante esperaba, perfumada con alguna esencia sencilla. Probablemente se trataba de lavanda, pero mis sentidos no estaban muy pendientes de identificar el aroma en ese preciso momento. Su gesto fue tan firme como suave cuando me ayudó a entrar en el agua. Ardía al contacto con mi piel y emití un jadeo tras otro conforme me iba sumergiendo. Durante un momento pensé que se retiraría y me dejaría a solas, pero no lo hizo.

Se arrodilló junto a la tina y tomó una esponja grande y nueva, la sumergió en el agua y comenzó a deslizarla sobre mi piel. Primero con cuidado. Luego, con una calma casi insoportable. Recorrió con ella el camino desde el tobillo a la rodilla, por la cara interna de la pierna. Y siguió subiendo por el muslo hasta que la dejó anclada en el punto justo donde se unen mis piernas. Y yo, presa de una enajenación mental que nunca antes había padecido, en lugar de cerrarlas o propinarle una bofetada, me sorprendí aferrándome a la bañera y abriendo más las caderas contra mi voluntad.

No sabía exactamente qué era lo que me estaba haciendo, pero mi respiración se volvió irregular, cerré los ojos y el calor dentro de mí creció hasta hacerse inabarcable, incontenible. Él se olvidó del resto de mi cuerpo y se dedicó a frotar la esponja una y otra vez contra ese punto entre mis muslos. Lo hacía con una determinación que contrastaba con la delicadeza de sus movimientos y supe, sin tener muy claro cómo, que me había rendido a algo mucho más grande que yo.

Me aferré más fuerte al borde de la bañera cuando el placer estalló en mi cuerpo con la fuerza de una tormenta inesperada. Intenté disimular lo que sentía, pero mi cuerpo se volvió escandaloso y torpe. Un temblor recorrió mis piernas. Un gemido, pequeño y descuidado, escapó de mis labios.

Y entonces solo quedó la respiración agitada, la piel encendida, el eco sordo de algo que había cruzado una frontera que yo ni siquiera sabía que existía.

Abrí los ojos, todavía desubicada, y lo encontré mirándome.

No había arrogancia en su expresión, solo una ternura desconocida hasta entonces y la certeza peligrosa que me decía que sabía perfectamente lo que había hecho.

Tardé más de lo que me habría gustado en recuperar el control de mi cuerpo, y ni siquiera intenté recomponer la dignidad que era evidente que se había evaporado en aquella maldita tina. Pero lo más curioso de todo era que ni siquiera me importaba. Me sentía nueva, relajada, renovada… Liberada. Estaba segura de que esa había sido su intención, pero bajo ningún concepto quería darle la satisfacción de demostrarle que lo había conseguido. Debía recordar que con este hombre no podía bajar la guardia, aunque, para mi vergüenza, lo había hecho. Y de qué modo.

Me ayudó a salir de la bañera y me alcanzó la bata con una eficiencia que, en otras circunstancias, habría resultado irritante. Yo evitaba mirarlo. No porque estuviera enfadada (¿cómo podía estarlo si ni siquiera comprendía del todo lo que acababa de pasar?), sino porque cada vez que sentía sus ojos fijos en mí, mi piel, tan traidora como si fuera la de otra, parecía recordar demasiado bien el lugar exacto donde me había tocado.

Me senté al borde de la cama y traté de fingir normalidad mientras me concentraba en anudar la bata con dedos temblorosos.

Lawrence, por su parte, se movía con esa soltura suya que me exasperaba y fascinaba a partes iguales. Se recostó en la butaca junto a la ventana y estiró las piernas en actitud de ganador.

—No tienes por qué mirarme como si hubiera cometido un crimen, querida —dijo con la voz cargada de esa maldita diversión impertinente—. Y no sufras por mí, te aseguro que lo hemos disfrutado ambos.

Alcé la vista para fulminarlo, o eso pretendía, pero su sonrisa amplia y descarada desbarató cualquier intento de enojo real.

—Podrías haberme advertido de… —murmuré sin tener muy claro de qué pretendía acusarlo exactamente.

Él arqueó una ceja.

—¿Advertirte de qué? ¿De que hay placeres en la vida que no requieren de pactos ni juramentos? —Ladeó la cabeza y me estudió con esa mirada que parecía capaz de desnudarme más eficazmente que cualquier mano—. ¿O de que eres capaz de sentir mucho más de lo que dejas ver?

Me encogí un poco dentro de la bata, furiosa conmigo misma por no saber si quería salir corriendo o acercarme más. Lawrence soltó una pequeña risa, pero no era burlona esta vez, sino baja, casi cálida. Decidió por mí y vino a sentarse a mi lado.

—No pongas esa cara —añadió—. Si sirve de algo, me enorgullece haber sido el primero en enseñarte… esto.

—¿Esto? —repetí, en un susurro tenso.

Se llevó una mano al pecho, teatral.

—La revelación inesperada de que también eres humana, querida. Empezaba a sospechar que tenías más en común con las estatuas de mármol que con las mujeres de carne y hueso.

Sabía que bromeaba y que solo buscaba aligerar la atmósfera espesa que se extendía entre nosotros. Se acercó más a mí hasta

que su cara quedó a escasos centímetros de la mía y apoyó de un modo aparentemente despreocupado su mano en mi rodilla.

—Pídeme que te bese de nuevo, Molly.

Me sentía a la vez agradecida y traicionada por él, esa era la verdad. En cualquier caso, pedirle que me besara sí sería mostrar debilidad, y desde luego era algo que no pensaba hacer. Me limité a quedarme en silencio, mirando el vapor que se extendía todavía en los cristales empañados de la ventana.

Lawrence se puso en pie de pronto con esa energía suya que parecía siempre a punto de invadir el espacio de otro.

—Descansa —dijo suavemente, con su voz más seria de lo habitual—. Mañana tenemos trabajo. Voy a darme yo ahora ese baño. Si quieres devolverme el favor…

Lo fulminé con la mirada y él dejó escapar la risa más grave de todo su repertorio. Se inclinó apenas hacia mí, como si fuera a decir algo más, pero no lo hizo. Luego se fue hasta la zona de la bañera y colocó un biombo entre nosotros que lo hizo desaparecer de mi vista.

Me metí a toda velocidad en la cama y me quedé abrazada a mi propia bata mientras me preguntaba cuándo había empezado a confiar en él de verdad. Me aplastó la certeza de que nuestro principal problema ya no era el de mentirle al mundo, sino el de mentirnos a nosotros mismos.

Capítulo Treinta Y Cuatro



Me desperté cuando la luz suave de la madrugada apenas se colaba entre las pesadas cortinas del hotel y, por un instante, me sentí tan desubicado que creí haberlo soñado todo. Que su cuerpo cálido, su respiración acelerada y el roce deliberadamente accidental al que la había sometido la noche anterior no habían sido más que otra de mis fantasías, esas que comenzaban a amenazar mi cordura.

Pero entonces giré ligeramente el rostro y la vi. Clementine dormía a mi lado, con los labios entreabiertos en una leve mueca de deliciosa vulnerabilidad. Llevaba solo la bata ligera encima, una de esas prendas que pretendían ser recatadas, pero que, en la realidad, lo que conseguían era desatar todas las ideas indebidas en la cabeza de un hombre. Y yo, por supuesto, no era la excepción. El tejido se aferraba a su cuerpo con la misma naturalidad con la que el deseo se había aferrado a mí desde que la conocí.

Estaba tan absorto en cómo la tela se pegaba a cada rincón de su anatomía que no la vi abrir los ojos hasta que escuché esa voz tan áspera por el sueño que casi ni parecía la suya:

—Me envenenaste.

Parpadeé confuso, pero una sonrisa acudió a mi rostro al verla fruncir el ceño como si lo de la noche anterior hubiera sido un diabólico plan en su contra y no su primer éxtasis. Se incorporó ligeramente y endureció su expresión. Por el amor de Dios, a esta deliciosa mujer no le cambiaba el humor ni con el mayor de los placeres.

—¿Yo? —Me llevé una mano al pecho de modo teatral para evidenciar lo ofensivo de su acusación—. Querida mía, si hubiera querido envenenarte, créeme que ya estarías muerta. Con una enorme sonrisa de satisfacción y felicidad, todo sea dicho. ¿Qué te hace pensar tal disparate?

Ella me miró con su habitual mezcla de indignación y desconcierto, a la que se le parecía haber unido una inocencia desmedida, y la combinación me resultó tan embriagadora como peligrosa.

—La esponja —acusó—. No era normal. Eso… Eso que pasó no era normal. ¿Qué le echaste? Algún tipo de veneno, seguro…

No sabía si reírme o rendirme a sus pies y adorarla con fervor. Era absolutamente maravillosa. Y mía, si jugaba bien mis cartas, aunque ella aún no lo quisiera ver. Me apoyé en un codo y me acerqué a ella con sumo cuidado, como si se tratara de un caballo salvaje al que hay que conseguir domar sin espantarlo.

—¿La esponja, dices? —pregunté con dramatizada curiosidad—. Vaya, esa es una acusación muy grave.

Ella se apartó un poco, pero no iba a permitírselo. Me acerqué más.

—Quizá debería demostrarte que todo el mérito fue mío, que la esponja simplemente actuaba bajo mis órdenes. Me resulta un tanto insultante que le otorgues semejante valía a un objeto inanimado, la verdad, cuando yo puse todo mi empeño en hacerte disfrutar del

mayor de los placeres —murmuré en voz baja junto a su oído—. Te puedo asegurar que podría obtener el mismo resultado… solo con mis dedos, con mis labios o incluso con tu propia mano.

Contuvo la respiración durante un instante y me miró con una expresión de anhelo que no le había visto hasta la fecha.

—No es verdad —aseguró.

—¿Me está desafiando, señora Weston? —murmuré con una sonrisa torcida—. ¿Quiere usted que se lo demuestre?

Ella no contestó, solo entreabrió los labios y comenzó a respirar de un modo mas agitado. La tela de su bata se tensaba sobre sus pechos con cada inspiración, y yo solo podía pensar en liberarla de ella.

—¿Qué crees que fue lo que ocurrió aquí anoche? —tanteé.

—Me envenenaste —insistió en apenas un murmullo que ya no sonaba, ni de lejos, tan convincente como hacía unos minutos.

Sonreí por el desafío inocente que acababa de lanzarme.

—Lo que experimentaste anoche, querida, no fue sino un preludio, un torpe comienzo, si me lo permites, de lo que las parejas hacen en la intimidad. Hay mucho más, Molly, y podría mostrártelo todo… —Llevé los dedos a su tobillo y los deslicé con suavidad por la cara interna del mismo. Ella separó apenas un ápice las rodillas y supe, con ese gesto tan sencillo, que me estaba dando permiso. Que, aunque su ceño intentara reflejar lo contrario, su cuerpo ya me había dicho que sí—. Solo necesito que, esta vez, me hagas un favor. —Con actitud casi ceremonial, deslicé los dedos por su pierna, en ascenso a lo largo de su pantorrilla. Sus piernas se abrieron un poco más cuando llegué a la rodilla, como en una invitación silenciosa a que continuara.

—¿Qué favor? —Creo que su tono pretendía mostrar indignación, pero fracasó en ello tanto como en tratar de esconder el gemido que

le sobrevino.

—Que confíes en mí, Molly… Que te dejes llevar, que no trates de reprimir todo lo que voy a hacerte sentir. —Le besé la cara interior del muslo y ella se estremeció por un momento, pero no se apartó —. Puedes confiar en mí, Molly… Siempre has podido. Si te ayuda, cierra los ojos y céntrate en lo que sientes…

Su respiración se agitó cuando mi mano rodeó su rodilla, y sentí su muda decepción cuando la aparté. No pude reprimir la sonrisa, y tampoco la hice sufrir más del par de segundos que tardé en llevarla a su cuello. Tracé una caricia perezosa por su clavícula y dejé que mis yemas memorizaran la suavidad de su piel, la vibración contenida que amenazaba con sobrepasarla. Cada roce parecía un susurro, una promesa de lo que podíamos ser juntos. Mis dedos rozaron la parte alta de su torso y ella cerró los ojos, como si luchara entre el deseo y la razón. Mi mano bajó unos centímetros y se coló bajo su bata. Cuando abarqué uno de sus pechos, ella dio un respingo y ahogó un jadeo. Su respiración se aceleró pese a su aparente reticencia.

—No te resistas, Molly. Entrégate al placer… No hay nada malo en esto… Siéntelo, ¿te parece que esto que notas puede ser malo de algún modo? —Mis dedos seguían acariciando la piel delicada de uno de sus pechos y jugueteaban con su pezón.

Me incliné sobre ella, sin besarla, eso lo iba a mantener hasta que me lo pidiera. Me limité a respirar su aliento, a sentir cómo su pecho se alzaba y bajaba a un ritmo que ya no era el suyo, sino el que yo le marcaba: el nuestro. Luego bajé la cabeza y, con los dientes, aparté la tela que ocultaba su otro pecho y, una vez destapado, lo cubrí de besos. Su respiración se hizo más sonora y se me antojaba una melodía maravillosa capaz de llevarme a la locura.

Mis dedos descendieron con paciencia y, en ese momento, me sentí un esclavo que no tenía más misión en la vida que adorar la piel que recorría. Dibujé pequeños círculos al bajar por su abdomen y sentí como propio el temblor inevitable que la recorría. Su cuerpo entero vibraba bajo mis dedos y se intensificó con la leve sacudida que le sobrevino cuando alcancé ese punto entre sus piernas. Tanteé su entrada y la humedad que noté fue la respuesta silenciosa que ella me dio sin saberlo.

Levanté la cabeza para poder mirarla en el preciso momento en el que comencé a introducir la punta de dos dedos en ella, con calma y mucho cuidado, como la solemnidad del momento merecía. Ella abrió los ojos y la boca de golpe al tiempo que parecía tragarse todo el aire del dormitorio en una única aspiración. Le sostuve la mirada mientras mis dedos avanzaban hacia su interior con una dilación casi insoportable. Su cuerpo parecía agitarse entero con cada respiración y sus ojos luchaban por mantenerse abiertos contra su voluntad. Cuando por fin mis dedos llegaron hasta el fondo, tras un avance más lento de lo que la cordura es capaz de soportar, ella me miró a los ojos y me dio la impresión de que trataba de decirme algo, pero lo único que emitió fue un sonoro gemido que dejó libre al echar la cabeza hacia atrás y dejarla caer sobre el colchón.

Bajé entonces mi boca hasta el centro mismo de su placer y lo rocé con la lengua. Su espalda se arqueó con un espasmo y sus gemidos dieron paso a algo muy parecido a un grito. Y entonces sí, me entregué de lleno a su disfrute. Lamí, besé y succioné al ritmo que marcaban mis dedos en su interior y sus respiraciones, gemidos y jadeos me secundaron como si de una melodía épica e insuperable se tratara. Sus manos se aferraron a mi pelo cuando su cuerpo, al borde del éxtasis, comenzó a vibrar con fuerza. Alcanzó el clímax con un grito ahogado al que siguió una laxitud inaudita en ella.

Trepé por el colchón hasta tumbarme a su lado en silencio, cauto por si ya se había arrepentido de bajar la guardia conmigo. Clementine me miró todavía con la respiración agitada y la bata abierta. Para mi sorpresa, se me abrazó con fuerza y enterró la cara en mi pecho mientras trataba de recuperar el resuello. La rodeé con los brazos, eso sí, por debajo de la tela, porque, aunque tengo porte de caballero, no puedo esconder mi alma de granuja en una situación así. La abracé con fuerza y ella hizo lo mismo. Y sentir esa vulnerabilidad y esa entrega me reconfortó mucho más de lo que dejé ver. Una cosa era lo que me había confesado a mí mismo sentir por ella, y otra muy diferente lo que estaba dispuesto a admitir mientras Clem no sintiera lo mismo.

—Creo que merezco más reconocimiento que esa esponja —murmuré y ella se rio.

Sí. Se rio. No una carcajada escandalosa, pero sí una dulce y delicada risa que le nació de dentro y dejó escapar contra mi pecho. La mismísima Clementine Lennox dejando caer su fachada regia e imperturbable. Molly, desnuda entre mis brazos, mostrándose humana y vulnerable ante mí por primera vez.

Me permití mirarla, respirarla, grabarla en mi memoria como el ladrón que sabe que esa será la última joya que podrá robar. Hacía tiempo que tenía la certeza de que ella había sido mi último golpe. Con Clementine terminaba mi carrera de estafas, mentiras y nombres falsos. Me había enamorado de ella, así de sencillo. Reconocía el sentimiento, porque no era mi primera vez, aunque sí la primera desde hacía mucho. Había intentado proteger mi corazón durante una década para que no volviera a ocurrir, pero ella había conseguido resquebrajar todos mis muros y debilitarlos hasta que no pudieron sostenerse por sí mismos. Y ni siquiera importaba, porque con ella podía tenerlo todo, podíamos ser «Los Lennox» y

representar ese papel durante el resto de nuestras vidas. Clementine era en realidad Molly, no era una víctima, era más parecida a mí, una igual, una compañera, y no podía sino pensar en colarme en su corazón, en desenvolver todas sus capas y en despojarla poco a poco de esa inocencia, inaudita para su edad, que había confirmado la noche anterior y de la que estaba deseando liberarla a la velocidad que ella necesitara.

Capítulo Treinta Y Cinco



El portón de hierro forjado de la residencia de Santa Agnes emitió un chirrido desagradable que parecía una invitación a los visitantes para marcharse por donde habían llegado. El jardín delantero era pequeño y estaba muy delimitado, no daba acceso a la parte posterior de la propiedad. Consistía en una extensión moderada de hierba a ambos lados del amplio camino de gravilla que llegaba hasta la entrada del edificio. Y en el centro justo, regia e imponente, una estatua de la santa, erguida sobre su pedestal de piedra, con un cordero entre los brazos y una corona sobre la cabeza. Tenía el rostro juvenil e inexpresivo, ese tipo de belleza tan perfecta e imperturbable que parece ajena a toda emoción.

Me detuve casi sin darme cuenta a observarla y Lawrence lo hizo justo a mi espalda.

—¿La conoces? —preguntó en apenas un murmullo.

—Santa Agnes —respondí sin apartar la vista de la estatua—. Lo pone en la placa… y es el nombre de la residencia.

Se acercó un poco más y su proximidad avivó lo que flotaba entre nosotros desde esa madrugada. Todo mi cuerpo vibraba de un modo extraño ante su presencia, aunque él parecía ajeno a ello. Tras

el episodio de la bañera de la noche anterior y el de la cama de esa mañana, mi cuerpo parecía tomar decisiones por sí mismo y la mente me jugaba malas pasadas trayendo imágenes de lo más inoportunas cada pocos minutos. Sus brazos rodearon mi cintura despacio, con la seguridad del que sabe que tiene permiso. Yo no quería dárselo, juro que no, pero desde luego que mi cuerpo tenía otras intenciones. Se me escapó un jadeo cuando habló y su aliento rozó mi cuello:

—Agnes. Trece años —murmuró—. Dicen que un funcionario romano quiso casarse con ella y lo rechazó porque ya estaba consagrada a Dios. Como no aceptaba obedecer, la denunciaron. La desnudaron y la llevaron a un burdel. —Sus manos acariciaron mi cintura y luego me rodeó con ellos—. La exhibieron en el burdel, desnuda, y, aun así, nadie se atrevió a tocarla. Hay quien dice que fue por miedo, otros, que un ángel la protegía. Finalmente la mataron, le cortaron el cuello.

No dijo nada más durante un momento. Me quedé mirando el rostro sereno de la niña mártir, con ese animal entre los brazos.

—¿Por qué el cordero?

Lawrence bajó más todavía la voz, como si su explicación fuera algo íntimo, solo para nosotros.

—Porque no está claro el origen de su nombre, «Agnes»… Hay quien dice que puede provenir del latino «agnus», que se traduciría por «cordero». Pero también podría provenir del griego «*agnós*», y se tendría que traducir por «pura»… El cordero es un símbolo de su inocencia, ella apenas era una niña. También es el símbolo de Cristo. Supongo que se la representa así porque murió pura, porque se consagró a Dios y porque fue sacrificada, como un cordero.

Su barbilla rozó la curva de mi hombro. No parecía un gesto intencionado, solo estábamos cerca. Demasiado cerca para mi gusto

y, a la vez, no lo suficiente. El calor que su presencia irradiaba era justo lo contrario a lo que desprendía el frío mármol.

—¿Por qué me cuentas esto?

Se tomó su tiempo para responder.

—Porque la historia siempre se repite. Y no me refiero a la santidad —dijo muy bajito—. Sino a cómo el mundo castiga a quien no sigue el camino marcado. A las mujeres, sobre todo. Y porque tú… no has dejado que lo hagan contigo. Has decidido, como ella, seguir tu propio camino, decidir tu propia vida…

No era un halago o un juicio. Parecía algo más parecido al reconocimiento. Su forma de decir «te respeto».

No me giré. No lo abracé. Pero sí dejé que sus brazos se quedaran allí, rodeándome. No como una protección o una prueba de nada, solo como una forma de acompañar.

—Pero su historia tiene un final más feliz —aseguré.

—A ella la mataron —aclaró, con un tono de voz que reflejaba su confusión.

—Y yo tengo que aguantarte a ti… La muerte me parece un destino menos cruel. —Las palabras eran las de siempre, pero no pude evitar decirlas con una sonrisa, aunque traté de disimularla.

Él dejó escapar una carcajada y apretó más fuerte los brazos en mi cintura a la vez que enterraba el rostro en mi cuello. Luego se separó de mi espalda y se colocó junto a mí.

—¿Lista, señora Weston? —murmuró al ofrecerme el brazo.

Su voz era baja, ronca incluso, y a sus ojos asomaba la chispa que brillaba en ellos durante el momento que habíamos compartido al amanecer. Lo tomé sin dudar, y, por primera vez y casi sin darme cuenta, mi otro brazo se aferró también a él. Era un gesto bastante habitual en las parejas, pero del todo inaudito para nosotros. Él me sonrió sin palabras. Había algo inusual en su mirada. Resultaba

evidente que yo ya no estaba huyendo de su cercanía, y a él le gustaba. Tras los recientes acontecimientos, no había duda de que ahora compartíamos algo más que una mentira.

Subimos la escalinata de la entrada con paso firme. Lawrence agitó con fuerza la campana que había junto a la puerta y esta no tardó en abrirse. La joven novicia que nos recibió apenas levantó la vista al dirigirse a nosotros.

—Los señores Weston, supongo —saludó y nosotros nos limitamos a asentir. Habíamos solicitado en el hotel la noche anterior que enviaran un mensajero a primera hora de la mañana para anunciar nuestra visita y el motivo de la misma. Era lo que hubiera hecho cualquier matrimonio respetable en esa situación. Y nosotros no podíamos aparentar otra cosa.

La novicia nos condujo a través de un largo pasillo, adornado con imágenes religiosas y un olor penetrante a hierbas secas y madera encerada.

—Este lugar huele a penitencia y mano dura —susurró Lawrence, para lo que se inclinó hacia mí, pero sin dejar de mirar al frente.

—Justo lo que Emily necesita —confirmé en referencia a la ficticia sobrina que queríamos enderezar.

Él soltó una risa breve y apenas audible. Me aferró el brazo con fuerza mientras seguíamos caminando y, con ese sencillo gesto, me sentí extrañamente reconfortada en nuestra representación.

La hermana Prudence nos esperaba en un salón de visitas tan frío como su aspecto. Estaba decorado con flores secas, que, por muy bonitas que puedan llegar a ser, no dejan de estar muertas, y una cruz imponente sobre la chimenea apagada, algo normal a esas alturas del año. Era una mujer de rasgos afilados y modales impecables, como si alguien la hubiera tallado en piedra y luego le hubiese vestido el hábito. No sonreía, y tampoco necesitaba hacerlo.

—Señor y señora Weston. Bienvenidos a Santa Agnes.

—Gracias por recibimos, hermana. Valoramos mucho su tiempo y no quisiéramos molestarla en sus quehaceres más de lo necesario —dije, y me senté justo donde la luz de la ventana no me alcanzaba directamente.

La hermana Prudence se volvió hacia Lawrence.

—¿Y la «niña»? ¿Dónde está ahora?

—En casa, en Londres. Nos pareció más oportuno venir primero nosotros, para no alarmarla con una visita a ciegas —respondió él con tono grave y la voz cargada de falsa preocupación paternal.

—¿Son ustedes de allí? ¿De Londres? —Ante nuestro asentimiento de cabeza, continuó—: Un poco lejos…

—Por eso hemos elegido esta institución, la discreción es fundamental… Y su reputación les precede, hermana —aseguró el compungido tío de la falsa Emily y la monja sonrió de satisfacción.

—Esperamos que aquí puedan ofrecerle lo que en casa ya no podemos —añadí yo—. Es una buena chica, en el fondo. Solo necesita orden… y disciplina.

Prudence asintió con gesto lento. Parecía evaluar cada palabra con solemnidad.

—¿Ha mostrado… rebeldía en asuntos morales?

Lawrence y yo intercambiamos una mirada breve, como el matrimonio avergonzado del comportamiento de su pupila que fingíamos ser.

—Me temo que sí —respondí.

Hubo un momento de incómodo silencio. Prudence bajó la mirada hacia un cuaderno de notas que tenía en sus manos y tamborileó con las uñas en él. Parecía estar buscando la manera de realizar la pregunta más difícil.

Fue entonces cuando Lawrence se levantó suavemente.

—¿Te molesta si te dejo un momento? El trayecto ha sido largo y me temo que me he excedido con el té en el desayuno… —Hizo un gesto leve hacia el pasillo.

—Ve tranquilo —le dije como parte del teatro, aunque con doble intención: mi mirada pretendía decir «te cubro», y también «ten cuidado».

Él me sonrió en agradecimiento y luego miró a la hermana Prudence con una pregunta implícita en su gesto.

—Continúe por el pasillo de la izquierda y rodee el claustro. Baje la escalera y, una vez allí, pregunte a alguna de las hermanas que encuentre. Le agradecería que no se dirigiera a las novicias o a las «residentes»… Intentamos reducir al mínimo su contacto con varones…

—Por supuesto —accedió mi falso marido con su sonrisa más inocente y, sin decir nada más, se marchó.

Prudence no pareció alarmada. Solo lo siguió con la vista durante el rato que permaneció en nuestro campo de visión, como si fuera habitual en ella controlar el paso de cada visitante.

—Su esposo parece muy implicado.

—Lo está —confirmé—. No somos padres, pero… se nos da bien fingir que sabemos qué estamos haciendo.

No sé muy bien por qué dije aquello. Quizá porque en ese momento no me sentía tan sola como solía. O quizá porque fingir con Lawrence se empezaba a parecer más a sobrevivir juntos que a mentir por separado.

La hermana asintió de nuevo y comenzó a hablar de rutinas, de requisitos, de oraciones matutinas y de dormitorios compartidos. Yo asentía con cortesía y pretendido interés mientras contaba mentalmente los minutos que Lawrence tenía antes de que esa mujer empezara a preguntarse por qué tardaba tanto. Ella siguió

hablando de horarios, de ayunos, de méritos, de votos de silencio. Yo asentía en los momentos que creía adecuados, mientras mi mente vagaba por los pasillos que Lawrence debía de estar recorriendo.

La hermana carraspeó y formuló la pregunta que llevaba queriendo hacer desde que habíamos llegado.

—Dígame, señora Weston, la actitud díscola y moralmente inadecuada de su sobrina ¿la ha llevado a alguna situación delicada, inmoral e… «irreversible»?

Suspiré con un sonoro dramatismo.

—Me gustaría decir que no, pero me temo que estaría faltando a la verdad… ¿Supone eso un problema?

—En absoluto, señora. Aquí podemos ocuparnos del asunto con la máxima discreción.

—Muchísimas gracias. —Me llevé una mano al pecho para demostrarle cuánto alivio me habían proporcionado sus palabras.

—Esté tranquila, aquí sabemos cómo manejar la situación. Eso no afectará al futuro de la joven y encontraremos un lugar adecuado para «el problema».

Y con esa sencilla conversación acababa de confirmar que, efectivamente, a ese lugar era frecuente que acudieran muchachas jóvenes con embarazos que ocultar.



Lawrence regresó como si acabara de vaciar su vejiga y no de cometer un allanamiento.

—Disculpad —dijo con voz tranquila y sonrisa impecable—. Espero no haberme perdido nada importante.

—He puesto al día a la hermana Prudence de la situación delicada de Emily —expliqué—. Y ella me ha asegurado que no supone problema alguno… ¿Verdad, hermana?

—Por supuesto —confirmó la aludida.

—Estupendo —se entusiasmó mi marido y dio una palmada por la emoción—. Estoy convencido entonces de que este lugar es el indicado. Considero que nuestra visita ha sido todo un éxito. —Me guiñó un ojo al terminar de hablar y entendí que se refería a su misión particular—. Entonces, si ya está todo dicho, creo que lo suyo será que vengamos en unos días con Emily. —Me tendió la mano para ayudarme a levantarme y yo me tranquilicé al instante.

—Hermana Prudence —dije mientras me ponía de pie—, ha sido usted muy amable. Le agradezco su tiempo y su franqueza. La verdad, no esperaba encontrarme con una institución tan… firme pero razonable.

—Hacemos lo que podemos, señora Weston. El mundo está cambiando deprisa, pero nosotras todavía nos resistimos a ello. Somos férreas defensoras de los valores tradicionales y de las segundas oportunidades. Nadie merece arrastrar de por vida un error de juventud.

Nos despedimos con toda la educación que requerían el lugar y la situación, pero con la premura de quienes buscan un momento solitario para hablar de temas importantes y privados.

Salimos al aire libre con una tremenda sensación de triunfo. El sol de media mañana apenas calentaba, y yo sentí el aire fresco abrirse paso hasta mis pulmones y devolverme el aliento que el «olor a penitencia y mano dura», como lo había llamado Lawrence, parecía haberme robado.



En el carruaje, cuando ya por fin nos encontramos a solas, Lawrence se recostó contra el respaldo y cerró los ojos un instante.

—Lo tenían todo registrado, ha sido facilísimo. Un libro por año. He ido directo al de 1846 y ahí estaba: «Margery Miller. Quince años».

Lo miré. Tenía el cabello ligeramente revuelto, y un leve rastro de polvo sobre la manga izquierda de la chaqueta.

—¿Lo copiaste?

—No.

Me sentí decepcionada al instante, y él sonrió al comprobarlo.

—Hice algo mejor que eso, querida: me lo llevé.

Le lancé una mirada de incredulidad, pero cargada de una emoción que no pude contener al saber que podría comprobarlo con mis propios ojos.

—¿Robaste el libro?

—Así es. Digamos que soy más rápido que meticuloso. Lo devolveré…, quizá, algún día…, si me acuerdo.

Me eché a reír, no pude evitarlo. Y él también. Por primera vez desde que nos conocíamos, reímos juntos. No por ironía o por una broma. Ni siquiera para escapar del miedo. Más bien por esa clase de alivio que siente quien camina sobre una cuerda floja y ha conseguido dar un paso más sin tener del todo claro si conseguirá llegar al otro lado sin caer por el camino. Eso era: la satisfacción de la victoria de un solo paso. Porque quien celebra cada pequeño avance como un gran éxito es porque sabe que quizá no haya otro después. Sin duda, nos movíamos en una cuerda floja de la que podíamos caer en cualquier momento.

Sacó una especie de cuaderno que llevaba a la espalda, doblado longitudinalmente, enganchado en el pantalón, como si de un arma

se tratara, y oculto por la chaqueta. Lo desdobló y me mostró la página indicada, con toda una ficha a su nombre:

«Margery Miller.

Edad: 15 años

Fecha de ingreso: 24 de enero de 1846

Motivo de ingreso: embarazo (3-4 meses)

Observaciones: Muestra durante su estancia una actitud cordial con sus compañeras, así como con las hermanas y las novicias. En ocasiones, manifiesta intenciones vagas e inocentes de quedarse con el bebé tras el nacimiento, pero las instrucciones de su padre son claras: debe ser dado en adopción.

Da a luz el 7 de julio a un varón que es enviado al orfanato de Birmingham.

Por unos problemas de actitud tras el parto, queda ingresada para corregir su comportamiento.

Abandona la residencia el 4 de octubre de 1846».



—Lo tenemos —murmuré—. Está confirmado. Podemos enfrentarla con esto y conseguiremos que se le vayan las ganas de seguir husmeando…

—Creo que deberíamos dar un paso más —sugirió Lawrence.

—¿Un paso más? ¿A qué te refieres?

—Sería interesante conocer los datos de ese niño… De lo contrario, pareceríamos unos desalmados cuya única finalidad es el chantaje. Y no es así. Nosotros necesitamos que deje de meter las narices donde no le llaman, pero quizá ese niño haya vivido toda la vida en la miseria… Merecería recibir algo de la madre que no se

ocupó de él, ¿no te parece? El dinero de la familia de Margery era suyo por derecho, y quizá lo condenaron a una vida de penurias.

Lo miré con la cabeza ladeada y traté de averiguar si su empatía se debía a que él había sufrido también una vida de carencias, quizá también fuera adoptado…

—Quizá lo rescató una familia de nobles —sugerí.

—Quizá nunca lo adoptó nadie y vivió en el orfanato hasta que fue adulto…

—No podemos saberlo…

—¿Vamos a Birmingham a comprobarlo?

Capítulo Treinta Y Seis



Birmingham nos recibió tan hostil como una madrastra de cuento: fría, gris y descorazonadora. La fina lluvia que caía parecía humo a la vista, pero era indudablemente agua cuando calaba en nuestra ropa. Apenas eran las siete de la tarde y casi parecía noche cerrada.

En la misma estación nos dieron la dirección del hospicio, y un carruaje nos llevó hasta allí. El orfanato se erguía frente a nosotros: St. Mary's Home for Children, con su letrero desconchado y la promesa de que ningún niño había sido feliz en un lugar tan tétrico. Decidimos que lo visitaríamos al día siguiente, con la cara lavada y la mentira ensayada.

Esa noche solo necesitábamos una cama, algo de agua caliente y no pensar demasiado.

Encontramos un hotel no muy lejos de allí. Era modesto, mucho más que el de York. La amplia habitación era fría y carecía de encanto, pero estaba limpia. La colcha gruesa de un verde indefinido, que no

se parecía nada a nuestro verde París, y la madera oscura de todo el dormitorio evidenciaban que se trataba del tipo de sitio donde nada es inolvidable, más allá de lo que uno trae dentro.

Clementine se quitó los guantes con esa manera suya de desarmarse sin dejar de parecer armada hasta los dientes, y se quedó ahí, junto al espejo, como si no supiera qué hacer consigo misma.

—¿Quieres que baje a por algo de comer? —pregunté más por romper el incómodo silencio que por interés real.

—No, gracias. No tengo hambre —respondió sin ganas, sin un tono especial en la voz y sin mirarme.

Asentí a nadie, porque no me veía. Me quité la chaqueta y la dejé sobre una silla. Escuché cómo se quitaba el sombrero, cómo las horquillas caían una a una sobre la cómoda. La oí resoplar de cansancio antes de hablar.

—¿Puedes ayudarme? —preguntó de pronto.

—Claro, querida. —Sonreí para quitarle solemnidad al momento, porque su actitud era distante, aunque no de su modo habitual, sino más bien como si se aferrara al control de las pequeñas cosas porque ha perdido el de las más grandes—. ¿Qué necesitas?

—¿Me queda alguna? —Giró el cuello y me mostró su moño a medio deshacer. Me acerqué enseguida y comencé a quitarle las horquillas que restaban. Cuando terminé y todo su pelo cayó libre, le masajeé con suavidad el cuero cabelludo y ella emitió un gemido de placer. No tan acusado como otros que le había conocido, pero lo suficiente como para que esos mismos volvieran a mi memoria de forma nítida.

Comencé a desabrocharle el vestido hasta que accedí al corsé. No estaba tan ajustado como otras veces, ya que había sido yo mismo quien me había ocupado de ajustarlo esa mañana y me

negaba a forzarlo hasta el límite como acostumbraban a hacer las doncellas, me parecía una atrocidad. Deslicé los dedos por los nudos con cuidado y sentí cómo su respiración se aligeraba a medida que yo aflojaba la prenda.

—Deberías comenzar una rebelión… por la liberación de la mujer de esa horrible prenda —sugerí y ella se rio con cansancio.

La ayudé a terminar de desvestirse y se quedó solo con una camisola larga. El silencio entre nosotros estaba cargado de algo nuevo. Entre ambos flotaba esa intimidad de dos personas que ya se han tocado, pero no saben si pueden volver a hacerlo sin pedir permiso. Aunque, pensándolo bien, yo no lo había pedido en ninguna de las ocasiones. Tampoco había obtenido queja, debo decir en mi defensa.

Se metió en la cama sin ceremonia. Yo me desvestí hasta quedarme solo con un pantalón de dormir e hice lo mismo por el otro lado del colchón. No había división marcada, pero yo tenía muy claro dónde estaba el límite que no pensaba cruzar a menos que ella me lo pidiera.

Apagué el candil de la mesilla y nos quedamos así, a oscuras y con el techo por testigo.

—Clementine —dije, sin mirarla.

—Dime.

—Si quisieras besarme…, ahora sería un buen momento —sugerí con el tono divertido e irreverente que la sacaba de quicio solo para disfrazar de broma una verdad que comenzaba a dolerme.

—Ni lo sueñes. —Escuché la sonrisa sin verla, comenzaba a costarle ocultarla incluso en la oscuridad.

—Como quieras. —Me giré hacia ella—. Pero no pienso hacerlo yo, ni voy a volver a tocarte hasta que me lo pidas…

—Bien —respondió.

¿«Bien»? ¿Qué demonios significaba «bien»? «¿Bien, mejor, porque me das asco?», «¿Bien, ya te lo pediré yo cuando menos te lo esperes?», «¿Bien, ni lo sueñes?»…

—Bien —repetí, para que mi aportación resultara tan ambigua como la suya.

No había decepción en mi voz porque realmente no lo sentía así. Lo que sí sentía era que algo flotaba entre nosotros y que no tenía claro todavía si era fuego o niebla. Y ella… supongo que lo sabía menos que yo.

Nos quedamos en silencio. Ninguno de los dos se acercó ni se alejó. Y, aunque no nos tocamos esa noche, estoy seguro de que ambos dormimos con la certeza de que algo estaba cambiando. Despacio, sin rumbo y puede que sin sentido. Quizá por eso daba un poco de miedo. Era lo que me repetía a mí mismo, que lo que ella sentía era miedo y no rechazo, porque quería creerlo así. Contra el miedo podía trabajar. Contra el rechazo era más difícil.



A la mañana siguiente, caminamos hasta el orfanato casi sin mediar palabra. A esas alturas, habíamos perfeccionado la forma de estar juntos en un silencio que no resultaba tenso, pero tampoco llegaba a ser cómodo, era más bien funcional.

St. Mary’s Home for Children parecía un lugar tan desangelado como el de los pobres niños a los que llevaban allí. Nos abrió la puerta una mujer sin cuello y sin aparentes ganas de vivir. Nos llevó hasta una oficina que olía a humedad, muebles rancios y disciplina mal ventilada. Clementine se sentó y yo lo hice a su lado. No porque confiara en el lugar, sino porque me parecía descortés quedarme de pie cuando había trabajo que fingir.

—¿En qué puedo ayudarles? —preguntó la mujer con el tono de hastío más sincero que he observado jamás hacia unos desconocidos, y más de nuestra clase.

—Es un asunto familiar —expliqué—. Mi esposa y yo hemos descubierto hace poco que una tía suya tuvo un hijo fuera del matrimonio. Nunca se casó. Lo entregaron a la residencia de Santa Agnes, en York. Creemos que fue trasladado aquí. Habría llegado en julio de 1846. Nos gustaría que nos dijera su nombre y si sabe dónde podemos encontrarlo. Debe de tener ya veinte años…

—¿Saben el apellido? —me interrumpió.

—No —dijo Clementine, más Clementine y menos Molly que nunca, con su voz cortés pero autoritaria de señora que no espera que la contradigan—. Solo sabemos la fecha. Y el lugar de origen.

La mujer suspiró con desidia y luego se levantó y desapareció.

El reloj de péndulo marcó casi diez minutos antes de que volviera con un libro que parecía pesar más que sus ganas de ayudarnos.

—Disculpen la tardanza, he tenido que bajar al sótano a por él. Hemos tenido filtraciones y se han perdido casi todos los archivos.

Lo colocó sobre la mesa y comenzó a pasar páginas con desgana.

—Julio de 1846 —murmuró al pasar los dedos por la columna de fechas. Se detuvo y señaló.

—Varón. Procedente de Santa Agnes, York. Sin nombre de nacimiento.

La línea siguiente parecía haber sufrido un accidente con tinta, humedad o ambas cosas a la vez. Solo sobrevivían un par de palabras.

—«Adoptado en mayo de 1849 por la familia… residente en Stroud». Y… «Rowan Avenue». Eso es todo lo que puedo leer.

—¿Nombre de la familia?

—Nada, es una mancha…

—¿Número de la casa?

—Imposible, a duras penas se lee el nombre de la calle.

Nos miró como si eso cerrara el tema. Y lo hacía, aunque en contra de nuestra voluntad, la verdad.

Clementine asintió, digna e imperturbable como siempre. Yo me limité a cerrar la caja mental donde guardo las cosas que quiero romper y no puedo.

—¿No hay duplicados?

—Solo es un listado de huérfanos —dijo con desgana y un ademán de la mano—. Nadie se molesta en duplicar esta información… Mucho me parece que se escriba una primera vez.

Me hirvió la sangre por el comentario, y estoy seguro de que a Molly también. Aunque en ese momento ambos gozáramos de una posición privilegiada, no siempre había sido así, ni mucho menos. Y creo que, por ese motivo, a ella le contrariaban tanto como a mí las injusticias sociales.

Nos levantamos y le dimos las gracias con más respeto del que ella había mostrado hacia los niños que tenía bajo su tutela.



Ya en la calle, el aire fresco de la mañana nos golpeó en la cara como si quisiera recordarnos que no íbamos a ganar.

—Tenemos una calle —dije con intención de generar un poco de entusiasmo en ella.

Pero no contestó. Caminaba con expresión taciturna y la mirada fija en algún punto entre el suelo y el recuerdo.

Le di una vuelta en mi cabeza a la información que teníamos: una calle sin número, una familia sin nombre. Un niño que podría ser

cualquiera, en una ciudad que no tenía por qué tener ningún interés en ayudarnos.

Caminamos un rato sin decir nada. Paramos en un banco bajo un árbol que no parecía dar demasiada sombra, pero no hacía falta, era temprano y la mañana era fría. Clementine se sentó como si el vestido le pesara el doble que hacía una hora. Yo me quedé de pie, porque sentí que tomar asiento junto a ella en ese momento habría sido como importunar un pensamiento ajeno.

—Podríamos volver a Cheltenham esta misma tarde —dijo por sorpresa y más como para sí misma—. Quizá incluso salga un tren esta misma mañana.

—Podríamos —respondí—. Pero no lo haremos.

Se volvió hacia mí. Su mirada no era dura, pero tampoco amable.

—No tenemos nada: ni nombre, ni familia, ni número de casa. Solo una calle y una fecha. ¿Vas a llamar a todas las puertas?

—Si hace falta.

—¿Y si no está? ¿Y si ya no viven allí? ¿Y si nunca fue a ese lugar?

—Entonces lo sabremos. Mientras quede un hilo del que tirar, quiero hacerlo… Has oído a esa mujer… ¿Vas a ser como ellos? ¿Vas a considerar a esos niños como ciudadanos de segunda? Y mira que creo que con lo de «segunda» estoy siendo generoso para lo que opinan de verdad de ellos. Hay por ahí un joven al que llevaron a ese horrible lugar nada más nacer. Mientras nuestra querida Margery va dando lecciones de moralidad y juzgando a todo el mundo como si fuera un ser superior. Si hay alguna posibilidad de conocer a ese niño, a ese muchacho, y contribuir de algún modo a que su vida sea un poco más justa, quiero intentarlo…

Ella me miró con los ojos entornados.

—¿Fuiste adoptado? ¿Es eso? —soltó de pronto.

—¿Qué? —Mi confusión era real.

—Que si estás tan implicado por eso, que si fuiste huérfano y te criaste en algún lugar así de horrible… ¿Es eso?

—¿Qué? ¡No! —Me reí—. Te aseguro que ni fui adoptado ni me crie en un lugar así. Solo es que no tolero las injusticias.

—No estoy segura de querer saber lo que le pasó a ese pobre niño, Lawrence. ¿Y si no podemos hacer nada?

—No te estoy obligando a venir a Stroud —aclaré—. Pero yo voy a ir.

Su silencio se me antojó larguísimo antes de que volviera a hablar.

—Stroud no está tan lejos —dijo al fin—. En realidad, está cerca de casa.

—Sí. Y Rowan Avenue quizá no sea tan grande. Con un poco de suerte, todavía habrá vecinos que se acuerden de quién adoptó a un crío de tres años hace diecisiete. Es el tipo de cosas que la gente no olvida.

Clementine se incorporó y se sacudió la falda de un modo práctico. Cuando alzó la vista hacia mí, ya volvía a parecer mi compañera.

—Entonces vayamos a ver esa avenida —dijo—. Aunque te aseguro que no tengo ninguna fe en que vayamos a encontrar nada.

—Yo tengo la de los dos. —Sonreí—. Si vamos ya a recoger el equipaje del hotel y de ahí a la estación, podemos estar en Stroud esta misma tarde.

—Estaremos demasiado cerca de casa, solo espero que no nos crucemos con ningún conocido.

—Quizá a Nathaniel Davenport acompañando a madame Roux a comprar nuevos tejidos —bromeé para no pensar en el efecto que la palabra *casa* referida a nosotros y nuestro hogar había tenido en mí.

Capítulo Treinta Y Siete



Ya desde la ventanilla del carruaje, Rowan Avenue se me antojó tan larga como las consecuencias de una decisión equivocada. En este caso, la nuestra, no había duda. Aunque Lawrence intentaba aparentar lo contrario, su gesto de frustración resultaba evidente.

El cochero detuvo el vehículo a un lado de la avenida y Lawrence se apeó con menos entusiasmo del acostumbrado. Me tendió la mano para que hiciera lo mismo y, al contrario de lo que era habitual en él, no dijo ni media palabra. Me rodeó la cintura con un brazo y apoyó la barbilla en mi hombro para mirar al infinito… o al final de la calle, que venía a ser lo mismo.

—¿Qué hacemos, Clem? —Suspiró con fuerza—. Tenías razón. No vamos a poder llamar a todas las puertas…

—Repite eso de que yo tenía razón, porque suena como música para mis oídos. —Sonreí y él quiso reírse, aunque no lo consiguió.

—¿Damos un paseo? —sugirió con resignación y me tendió el brazo. Lo enrosqué al mío y aguardé a que me indicara hacia dónde quería ir.

—Espérenos aquí, por favor —pidió al cochero y le tendió un billete, que el hombre aceptó con un asentimiento.

Cuando arrancó a caminar, seguí su paso y mi otro brazo se aferró también a él. Su sonrisa volvió a aparecer con ese gesto tan sencillo.

—Sopesemos nuestras opciones —sugirió mientras colocaba su mano libre sobre la mía, como si temiera que lo fuera a apartar de ahí y quisiera impedirlo—. Es evidente que la idea de llamar a todas las puertas queda descartada…

—Deberíamos buscar, antes de que anochezca, un lugar donde pasar la noche —propuse—. Aunque aquí entramos en un nuevo conflicto, porque estamos lo suficientemente cerca de casa como para que sea peligroso emplear nombres falsos, puesto que en cualquier momento nos podríamos cruzar con un conocido que se pregunte por qué los Lennox están en un hotel de Stroud con otras identidades.

—Siempre podríamos decir que es un juego nuestro para proporcionarle chispa al matrimonio —insinuó y no entendí demasiado bien a qué se refería.

Supuse que hacía referencia a algo relacionado con la intimidad conyugal, esa que me era tan ajena, pero que, en algún lugar en el fondo de mi ser, quería explorar con él como habíamos hecho en aquella habitación de York. Pero eso no podía decírselo, la vergüenza era superior a mí. Y con *vergüenza* no me refería al pudor que me podía provocar la intimidad con él, ni mucho menos. Lo que me avergonzaba en realidad era mi ignorancia respecto a ese tema. Me debatía en una dicotomía interior que trataba, por un lado, de mantener la dignidad sin evidenciar mi desconocimiento, pero, por otro, ansiaba que sus manos volvieran a recorrerme como había hecho ya en dos ocasiones. «Que no iba a volver a tocarme hasta que yo se lo pidiera», me había dicho la noche anterior… No es que no quisiera pedírselo, o sí, porque eso sería mostrar un anhelo y una

debilidad que, aunque sentía, no quería darle el gusto de reconocer. El verdadero problema era que no sabía cómo plantearlo y ni siquiera el qué.

En ese momento, un grupo indeterminado de chiquillos rubios, todos igualitos, nos adelantó como un huracán infantil cargado de risas y desaparecieron por una de las estrechas calles que cruzaban la avenida.

—¡Vamos tras ellos! —exclamé quizá con más entusiasmo del necesario, pero bajo ningún concepto quería perderlos de vista. Apreté el paso y Lawrence me siguió.

—¿Por qué? ¿Qué pasa, Clem?

Enfilamos la calle por la que habían girado y los vimos al final de la misma, detenidos un momento antes de volver a perderse por una de las adyacentes. Lawrence protestaba y me pedía explicaciones, pero yo me limité a continuar, no tenía tiempo que perder si no quería que se me escaparan. Los seguimos durante un par de calles más hasta que vi el conocido carromato que esperaba encontrar con esas letras pintadas en un lateral que me resultaban familiares: «Samuel & Star. Remedios Milagrosos y Secretos de Alcoba».

—Ah, son los hijos del boticario charlatán del May Day —comprendió Lawrence—. ¿Por qué los seguíamos? ¿Quieres uno de sus tónicos etílicos o acaso necesitas más de ese aceite con el que acaricié tu piel antes del baño? —preguntó mientras pasaba con delicadeza una mano por mi cuello y yo me estremecí entera ante el recuerdo de ese momento.

—Necesito hablar con esa mujer —aclaré a duras penas, porque ni siquiera la voz me salía fluida.

—¡Eh, chicos! —llamó Lawrence y varios de los querubines se acercaron a nosotros.

—¿Sí, señor? —dijo uno de ellos—. ¿En qué podemos ayudarle?

—¿Dónde está vuestra madre? Mi esposa necesita hablar con ella.

—¡En casa! —clamaron varios a la vez y señalaron la vivienda ante la que estaba aparcado el carromato.

—Gracias, amigos. —Les entregó unas monedas y los niños se volvieron locos de contentos.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamá! —comenzaron a chillar como pequeños dementes hasta que ella se asomó a la puerta. Ya no presentaba el avanzado estado de embarazo de hacía unas semanas y tuve claro que el motivo era el pequeño que dormía en sus brazos.

—¿Qué pasa, chicos?

—¡Esa señora quiere hablar contigo! —Me señaló el más alto de todos.

—Y su marido nos ha dado *dineros* —respondió otro de ellos, mucho más pequeño—. ¡Somos ricos!

Su madre les sonrió con cariño antes de alzar la vista hacia donde le habían indicado. La confusión de sus ojos al vernos apenas duró un instante, pues al momento pareció reconocernos.

—Señores Lennox, de Cheltenham, ¿verdad? —Ambos asentimos y ella lo hizo también—. Me ha costado un momento identificarlos vestidos de un color tan poco… provocador —bromeó y nos guiñó un ojo—. Pasen, por favor… ¿En qué puedo ayudarles?

—Me gustaría hablar con usted, si tiene un momento… Le pagaré, por supuesto —me apresuré en aclarar.

—Será un placer —aseguró con esa voz tan dulce que incitaba a contarle intimidades, y luego se giró hacia el fondo de la casa—. ¡Sam! —gritó a un volumen que sobresaltó al pequeño que llevaba en brazos, aunque no lloró. Su marido apareció al momento por una de las puertas—. ¿Recuerdas a los señores Lennox, de Cheltenham? Quédate un rato con el caballero mientras yo atiendo a su esposa…

—Claro, mi amor —aceptó él y se acercó a darle un beso. Luego siguió su camino hasta llegar a Lawrence y le tendió la mano con cordialidad—. Un placer volver a verlo, señor Lennox, ¿qué les trae por aquí?

No nos quedamos a escuchar la respuesta, ella tiró de mí y yo la seguí hasta una salita muy íntima y familiar. Se sentó en una mecedora y se colocó en el pecho al bebé, que llevaba unos minutos ronroneando. Me hizo un gesto para que tomara asiento y, tras sopesar las diferentes opciones que ofrecía la caótica estancia, lo hice en una pequeña butaca que quedaba frente a ella.

—Dígame, señora Lennox, ¿en qué puedo ayudarla? —Su expresión era tan amable como su tono de voz.

—No sé muy bien por dónde empezar… —Sentí la sangre de todo mi cuerpo subirme hasta las mejillas—. Se trata de algo íntimo…

—Escuchar intimidades es mi trabajo, querida. Le aseguro que hasta la fecha nadie ha conseguido escandalizarme… Y créame que he escuchado de todo… No se preocupe por sus secretos, la discreción es la parte más importante de mi profesión. Todo mi negocio se vendría abajo si me permitiera el lujo de ser indiscreta. Sus secretos y su intimidad están a salvo conmigo, puede estar tranquila…

Asentí, pero la garganta me ardía y abrasaba las palabras que querían salir de ella.

—Necesito que alguien tenga conmigo… la charla que toda madre acostumbra a tener con su hija antes del matrimonio.

Star levantó la vista de su bebé con una mezcla de sorpresa y atención.

—¿Antes del matrimonio…? Pero usted está casada, señora Lennox.

—Sí, lo estoy. —Me removí incómoda en mi asiento, molesta por tener que evidenciar mi ignorancia—. Pero nunca tuve esa conversación. Nadie me explicó… nada. Y no era importante porque nuestro matrimonio era más bien «simbólico», pero ahora… Ahora las cosas con Lawrence están cambiando y yo me doy cuenta de que no sé nada acerca de la intimidad con un hombre.

Star bajó la mirada hacia su hijo, que empezaba a dormirse con la carita aún pegada a su pecho. Con delicadeza, lo desenganchó, se subió la camisa y volvió a acomodarlo en su regazo, acunándolo con gesto experto. Como si lo hubiera hecho miles de veces, como con toda probabilidad era el caso.

—¿Se refiere a que ha habido cierta… «intimidad» entre ustedes? ¿Por primera vez?

—Eso es —confirmé—. Han pasado «cosas» que no me habían pasado nunca y a las que no sé poner nombre. La primera vez fue hace un par de noches. Me ayudó con el baño, y allí… Bueno… Me tocó con la esponja —sentí mi cara ponerse más colorada por momentos—… entre las piernas. No fue sucio ni grosero. Fue… hermoso, agradable…

Star asintió con una sonrisa cálida y sin juicio alguno en su rostro.

—¿Solo agradable? —preguntó sin el más mínimo atisbo de broma o burla.

Me sonrojé de nuevo ante la pregunta, porque era como si esa mujer me estuviera leyendo los pensamientos.

—No —me atraganté con mi propia negativa—, fue mucho más que agradable. Fue mucho más que cualquier otra cosa… Y a la mañana siguiente, volvió a hacerlo. De forma distinta, pero con la misma intención. Estábamos en la cama y, bueno, esa vez no empleó una esponja, sino sus propios dedos y… su boca. —Me cubrí

la cara avergonzada, porque la sentía a punto de explotar—. Se comportaba como si quisiera… «complacerme», no sé cómo explicarlo. Él habló de «éxtasis», pero no sé a qué se refería… ¿Eso no es lo de los santos?

—Ya entiendo —aseguró con un suspiro breve, acariciando la frente del bebé—. Hay varios tipos de «éxtasis», y el mejor de ellos está al alcance de cualquiera, créame, señora Lennox. Por lo que me ha contado, me veo en la obligación de aclararle que un hombre que se comporta así no es común. Le aseguro que he escuchado las historias e intimidades de muchas esposas y sus relatos distan muchísimo del de usted. Lo habitual en el sexo masculino es que tomen lo que desean y no se preocupen de nada más. Pero uno que se detiene…, que se preocupa por usted, por su placer… Es una joya. No lo deje escapar por nada del mundo. Y tampoco consienta que él se acomode y pierda eso…

La miré, confusa. Tenía tantas emociones encontradas que no sabía cuál expresar primero.

—¿Y qué debo hacer yo? —pregunté en apenas un susurro, pues casi no quería escucharme ni yo misma—. ¿Puede… pasar algo más entre un hombre y una mujer? Supongo que habrá algo que yo pueda hacer, porque hasta ahora todo lo ha hecho él… No quiero parecer ignorante, pero lo soy. Necesito saberlo. Necesito que me lo explique.

Star me miró un momento y volvió a sonreír. No con guasa, sino con una dulzura paciente y casi maternal. Era la sonrisa de una mujer que ha vivido mucho, pero aún es capaz de hablar con ternura y comprensión a quien empieza a vivir de verdad.

—Le explicaré lo que quiera saber, sin tabúes ni rodeos. Pero también con respeto, porque usted lo merece. Porque merece saber qué puede esperar y qué puede pedir. Qué tiene derecho a disfrutar,

al fin y al cabo. Normalmente, las madres que tienen estas conversaciones con sus hijas les hablan de las «obligaciones» de ellas y de las «necesidades» de los hombres… Yo voy a ir más allá. Le voy a hablar de «placer». Las mujeres también podemos sentirlo y, ¡maldita sea!, también lo merecemos. En ese sentido, usted puede considerarse afortunada por tener a su lado a un hombre que sabe que eso no solo es posible, sino también importante.

Acomodó al bebé en la mantita que lo cubría y lo colocó en un capazo junto a su mecedora. Luego se arrellanó de nuevo en su asiento y cruzó las manos sobre el vientre.

—Pregunte sin miedo, señora Lennox, lo que no sepa, que yo se lo explicaré. Y, si no entiende algo, no tendré problema en aclarárselo… No debe haber vergüenza en buscar conocimiento, solo en negárselo a quien lo pide.

—Casi preferiría que usted me lo contara todo, como lo haría con cualquiera de sus hijas, y yo le preguntaré las dudas que me surjan…

—No tengo hijas, señora Lennox, son todos varones, pero entiendo a lo que se refiere. Empezaré por el principio, interrúmpame cuando lo considere.

Y entonces comenzó a hablar. Y yo, por primera vez, a comprender.

Se reclinó en la mecedora y dejó que el vaivén marcara su ritmo como un metrónomo. Al principio habló en voz baja, clara, sin prisa. No empleaba eufemismos, pero tampoco groserías. Cada palabra estaba escogida con intención, pero le fluían en la disertación con la naturalidad de quien las ha repetido muchas veces. Habló del cuerpo, del desnudo, del deseo, de las sensaciones y anhelos que pueden surgir entre dos personas y de cómo no deben ser causa de incomodidad o temor, sino una de las partes más bonitas e

importantes de una relación. Me habló del placer compartido, de la intimidad conyugal plena, a través de la cual acudían los hijos, e incluso del ritmo, de los sonidos, del calor y de la entrega. De lo que puede hacer un hombre… y de lo que puede pedir una mujer, sin vergüenza, sin culpa. Sus palabras se mezclaban en mi cabeza con los recuerdos de esas dos únicas veces con Lawrence, pero también evocaban imágenes referentes a todo lo que ella sugería.

—¿Lo está imaginando, querida? —adivinó de pronto y volví a sonrojarme. Me limité a asentir porque me resultaba absurdo intentar ocultarle algo a esa mujer—. Eso se llaman «fantasías», Clementine, y son el preludio de algo grande. No tema compartirlas con él. Estoy segura de que su esposo estará encantado de conocerlas y hacerlas realidad. No las reprima, siéntase libre de explorar en su mente lo que desea… No tema dar ese paso y pedirlo. Con el hombre adecuado, en el momento adecuado…, puede ser una experiencia maravillosa.

—Gracias —susurré.

Ella asintió, satisfecha.

—No hay de qué, amiga. No dude en buscarme cuando necesite hablar con alguien, entiendo que no son temas que se puedan tratar alegremente en las reuniones sociales…

—No, por supuesto. —Me reí por la verdad de sus palabras y me sonrojé de solo imaginarlo—. De verdad que le agradezco mucho su ayuda, me va a ser muy útil en mi relación con Lawrence, se lo aseguro.

—No dudo que va a ayudar muchísimo a la intimidad con su esposo, pero también con usted misma, espero. Nunca olvide su relación consigo misma, querida, ya nos ignora bastante la sociedad como para que lo hagamos también nosotras.

Capítulo Treinta Y Ocho



La casa de Samuel y Star olía a popurrí de especias y a pobreza digna, algo que yo conocía bien. Cada rincón estaba recargado de cosas y, sin embargo, nada parecía tener valor real. Frascos con etiquetas viejas e ilegibles, ramas y hierbas colgadas del techo como amuletos supersticiosos y un fuego en el que se cocía algo que bien podía ser tanto un falso remedio milagroso como la comida de sus vástagos.

Me quedé mirando el pasillo por el que habían desaparecido Clementine y la mujer del boticario con una intensidad tal que creí poder atravesarlo con la mirada y colarme en esa conversación. Fue la voz del charlatán la que me trajo de vuelta al lugar en el que me encontraba.

—No tema por lo que se hable tras aquella puerta, señor Lennox. Le aseguro que tendrá mucho que agradecerle a mi esposa… Ha ayudado a un sinfín de matrimonios. Ella dice que a las mujeres, pero, por extensión, le aseguro que a los hombres también. —Sonrió ampliamente y me guiñó un ojo con complicidad. Luego me ofreció asiento en una silla torcida junto a la estufa apagada. Cuando me senté, crujió como si se quejara de mi peso—. ¿Puedo ofrecerle

algo? No tengo coñac, claro está —añadió con ese tono que empleaba la gente para recordarte que, dada su situación, no tenías por qué esperar algo mejor de ellos. Yo lo sabía bien, también había estado en ese lado de la conversación más de una vez. Quizá por eso me costaba sentirme superior ahora solo por el hecho de ir bien vestido y gozar de lo que la sociedad considera una «buena posición», que no es, ni más ni menos, que solvencia económica—. Pero, si no le hace ascos a una sidra fuerte…, tengo una botella que guardo para visitas ilustres. Y usted, señor Lennox, lo es, sin duda.

Me reí por el descaro de ese hombre. Las palabras eran las correctas, pero algo en su actitud me recordaba demasiado a mí mismo.

—Me parece que es usted un zalamero, Samuel. Y le aseguro que no me considero más ilustre que usted…

—Llámeme Sam, por favor. —Sonrió—. Lo de *Samuel* queda reservado para cuando mi esposa me reprende como a uno de nuestros hijos. —Dejó escapar una carcajada y yo me uní a él.

—Como quiera, Sam. Usted puede llamarme Lawrence.

Sacó la botella de un armario desvencijado que parecía mantenerse en pie por algún tipo de hechizo y tomó un par de vasos desparejados de ese mismo lugar. El líquido era oscuro, espeso como si al destilarlo hubiera sido olvidado en el fuego más tiempo del necesario. Llenó los dos recipientes y me tendió uno. Antes de que yo diera el primer trago, lo hizo él con el suyo.

—De Somerset —aclaró, como si eso fuera explicación o garantía de algo.

Le di un sorbo. Era una bebida pretenciosa, en el sentido de que parecía «pretender» ser dulce, pero no había llegado a conseguirlo. Quemaba, sí, aunque más por intención que por contenido.

—Excelente para el alma —añadió Sam con una sonrisa que le llegó a los ojos. Parecía realmente orgulloso de ese brebaje.

—Supongo que la mía necesitaba algo así hoy. —Suspiré con una mezcla de embuste y verdad.

—¿Puedo preguntarle por qué? ¿Tiene algo que ver con su inesperada visita a Stroud? —preguntó con evidente curiosidad. Él había encontrado el modo de indagar sobre mi estancia en su pueblo y yo la manera de reconducir la conversación sin levantar sospechas.

—En realidad, sí —confesé—. Estoy desolado, Sam. Mi esposa y yo vamos tras la pista de un familiar que nació hace veinte años… Lo único que sabemos es que era un varón y llegó a Stroud hace unos diecisiete. Lo adoptó una familia que residía en la avenida Rowan.

El boticario emitió un silbido largo y sonoro. Dio un trago a su bebida, como sopesando mis palabras, antes de hablar.

—Rowan Avenue es la calle más habitada de Stroud, va a necesitar algo más de información, amigo.

—Lo sé, créame, de ahí mi frustración. ¿No sabe usted de alguien que viva por la zona y pueda recordar a una familia que adoptara a un niño sobre ese año?

Negó enérgicamente con la cabeza.

—Me temo que no… Stroud es un pueblo grande, y la avenida Rowan lo cruza entero, de parte a parte…

—Ya, tal como suponía. —Suspiré. Mi dramatismo era exagerado, pero la frustración era real—. Me encuentro en un callejón sin salida entonces, me temo…

—Yo no he dicho eso —puntualizó mi nuevo amigo—. Preguntar a los vecinos no tiene por qué ser la única opción…

—¿Tiene acaso una idea mejor? —Bebí un trago y asentí con satisfacción para que mi aprobación de su bebida propiciara su confianza en mí.

Él dio a su vez un sorbo a la suya y se rascó el mentón antes de hablar.

—Se me ocurre una opción, que puede no ser muy legal, y, desde luego, sería inapropiada para un caballero como usted…

Dejé escapar la risa entre los dientes y me incliné hacia él.

—Créame, cuando es necesario, puedo olvidar por completo la clase a la que pertenezco. —Mis palabras, por supuesto, tenían un doble sentido que él, como mucho, solo podía intuir—. ¿Qué se le ha ocurrido?

—Podría… —Miró a ambos lados, como si existiera la posibilidad de tener espías en su propia casa. Supongo que solo pretendía darles más importancia a sus palabras y fingir que se escandalizaba él mismo por su ocurrencia—. Podría colarse en los archivos del registro. Ahí está toda la información que necesita… Pero, claro, sé que esa no es misión para un caballero…

Me dio la impresión de que su mirada destilaba suspicacia, cosa que no me extrañó, ese hombre era tan granuja como yo, y entre iguales tendemos a reconocernos.

—Puedo dejar a un lado mi porte de caballero, amigo. Créame, ahora mismo me importa más conseguir esa información. Cuénteme, ¿cómo podría hacer tal cosa?

—Necesitará ayuda, por supuesto. Yo me ofrezco a acompañarle, si lo desea. Y le puedo prestar algo de ropa más sencilla, perfecta para pasar desapercibido mientras se cometen ilegalidades al amparo de la luna. —Volvió a guiñarme un ojo con descaro y yo sonreí y asentí agradecido.

—Me parece perfecto, Sam.

—Lo ideal sería llevar a un tercer hombre, para que dos se cuelen en el registro y uno se quede fuera a vigilar que no aparezca nadie

ajeno al «proyecto». ¿Desea usted que busque un tercer sujeto que nos ayude?

—Preferiría no involucrar a nadie más. Supongo que lo entiende…

—Por supuesto. Pero comprenda usted que hacerlo solo entre dos puede ser más arriesgado.

—Yo lo haré. —La voz de Clementine nos sobresaltó a ambos. Tan enfrascados nos encontrábamos en nuestro plan que no habíamos reparado en que nuestras mujeres se habían unido a nosotros.

—Con todo mi respeto, señora Lennox, debo decirle que considero que esa es una pésima idea… —comenzó el boticario—. La indumentaria femenina no es, ni de lejos, apropiada para cometer un allanamiento. —Clem abrió la boca para protestar, pero no pudo decir nada porque Samuel siguió hablando—. Y la opción de dejar fuera vigilando a una mujer sola en las oscuras calles de Stroud queda absolutamente descartada.

Clementine lo fulminó con la mirada, pero al momento se recompuso y, con la espalda muy erguida, se dirigió a él.

—En tal caso, Samuel, me atrevo a pedirle que me proporcione indumentaria adecuada, tal como pretende hacer con mi esposo…

—¿Una dama vestida de varón y cometiendo un allanamiento? Eso sería…

—Termina esa frase, cielo —pidió su esposa y el boticario se limitó a toser y a reír con ganas.

—De acuerdo, si a usted le parece bien… —Se giró hacia mí y yo levanté las manos para dar a entender que carecía de potestad ante las decisiones de Clementine—. Pues, lo dicho, si les parce bien a ambos, les proporcionaré indumentaria adecuada a los dos y lo haremos esta misma noche. ¿Dónde se hospedan?

—En ningún sitio, todavía. Si sabe de algún lugar cercano… De hecho, hemos dejado un coche esperando en la avenida con nuestro equipaje, deberíamos ir a por él —aclaré.

—Oh, pueden quedarse aquí, así lo planearemos todo con mayor comodidad y podremos salir a medianoche, será lo más seguro —sugirió Sam—. Ahora les digo a mis hijos que se acerquen a la avenida y le pidan al cochero que traiga su equipaje hasta aquí, ¿les parece?

—Me parece perfecto.

Capítulo Treinta Y Nueve



Escabullirme por las oscuras callejuelas de Stroud a medianoche, vestida de varón y acompañada de dos hombres era, sin duda, lo más insólito y temerario que había hecho jamás. Quizá por eso sentía que me latía el corazón en la garganta y me temblaba todo el cuerpo. Pero bajo ningún concepto iba a permitir que mis acompañantes lo notaran. Mi nueva amiga Star me había ayudado a vendarme el pecho y a vestirme con las ropas que me habían proporcionado: un pantalón oscuro de un tejido que picaba como un demonio y una camisa clara que en algún momento puede que pretendiera ser blanca y se quedara en el intento. El conjunto lo completaban unos tirantes que mantenían el pantalón en su lugar y una gorra, a juego en color y picor con este último, que ocultaba mi pelo y parte de mi cara. Los tres parecíamos uniformados, pues lucíamos exactamente el mismo atuendo, aunque ellos sí dejaban el pelo a la vista bajo sus cachuchas.

El boticario granuja que nos guiaba se detuvo en la parte trasera de un edificio e hizo un ademán para que lo imitáramos. Nuestro destino se alzaba ante nosotros como una mole de ladrillo austera e imperturbable, con altas ventanas enrejadas y nula hospitalidad. La

noche lo envolvía todo y acompañaba el allanamiento como única posibilidad para nuestra empresa.

—La ventana trasera del archivo da al muro sur, a un patio sin vigilancia —explicó Sam mientras señalaba una esquina que parecía a punto de ser engullida por una enorme hiedra y la sombra de la noche que nos envolvía—. Ustedes entran y yo me quedo fuera. Dos silbidos si hay problemas, uno largo si se acerca alguien. Si no doy señales, es que todo va bien… o que he muerto. En ese caso, improvisen. Ya no podré hacer nada por ustedes…

—¿Siempre es tan optimista? —pregunté.

—Solo cuando hay peligro real. —La sonrisa en su rostro me hizo dudar de si hablaba en serio, aunque supongo que alguien en su situación y con sus aptitudes para el delito siempre contemplaba esa posibilidad como real.

—¿Algo más que debamos saber? —preguntó mi falso marido que, así vestido y cometiendo un delito, parecía más en su salsa que nunca.

—Hay un vigilante, pero acostumbra a rondar el ala norte del edificio, que es donde está la recaudación —murmuró Sam—. No creo que pase por la zona de archivo. No obstante, es preferible que uno de ustedes se ocupe de buscar lo que necesitan y el otro escuche junto a la puerta.

—Claro —asintió Lawrence.

El charlatán le lanzó algo que él cogió al vuelo.

—Fósforos.

—Busquen una lámpara o candil nada más entrar, pero manténganlo tan lejos de la puerta y la ventana como puedan —explicó nuestro instructor de fechorías antes de sacar algo punzante del bolsillo.

Al momento lo introdujo en la cerradura y la puerta se abrió con un chasquido. Se coló en el corredor y repitió la operación con una de las cercanas, que le proporcionó el mismo resultado. La dejó abierta y volvió a salir, indicándonos con un ademán que entráramos nosotros.

—Dense toda la prisa que puedan. Aquí les espero.

Asentimos en silencio y nos colamos en la penumbra de la sala que nos había indicado. La oficina olía a tinta seca y papel apolillado, y el silencio era tan espeso que los pasos sobre la madera vieja crujían como almas en pena. Lawrence localizó enseguida una lámpara de aceite y la encendió con una chispa que iluminó su rostro por un instante.

—Aguarda junto a la puerta, como nos ha indicado —murmuró—, yo voy a buscar.

Asentí y ocupé mi lugar. Solo había silencio al otro lado, lo cual me tranquilizaba, la verdad. Él comenzó a vagar por los pasillos que creaban las estanterías llenas de libros de registros perfectamente etiquetados. Tras un lapso de tiempo indeterminado, comencé a escucharlo:

—Defunciones… Matrimonios… Nacimientos… —El silencio era tal que lo oía susurrar a pesar de la distancia que había entre nosotros —. ¡Adopciones! ¡Lo tengo, Clem! —Pese a que su voz era apenas un murmullo, su entusiasmo lo hacía parecer un grito—. ¡1949!

Seguí con la mirada la luz de su lámpara hasta el rincón más recóndito de la habitación, tal como le había sugerido el charlatán. La dejó sobre un escritorio junto con el libro y se sentó a revisarlo. Con una parsimonia y una atención tan meticulosa como desesperante, fue pasando página a página con sumo cuidado. Me debatía entre seguir con mi misión o acompañarle en su tarea para ganar tiempo.

De pronto, la risa de Lawrence resonó con una fuerza que me heló los huesos. Hasta los cimientos del edificio parecían estremecerse por su hilaridad. Arrastró la silla hacia atrás con estruendo y se reclinó en el respaldo mientras su cuerpo entero se agitaba de la risa. Corrí hacia él y me planté a su lado en pocas zancadas. Caí a horcajadas sobre su regazo y tuve que taparle la boca con la mano para amortiguar las carcajadas que todavía dejaba escapar. Sus ojos brillaban divertidos y sonreí por contagio.

—Shhhh… —Pegué mi cara a la suya—. ¿Qué pasa? No seas escandaloso…

Sus manos se posaron en mis caderas, firmes, seguras y, aunque cesaron las risas, su mirada aún parecía traspasarme. Su rostro rozaba el mío con una intimidad que me erizó toda la piel y me aceleró la respiración. Solo mi mano se interponía entre nosotros, como el último gesto de cordura que se sostenía a duras penas ante la enajenación que parecía provocarme siempre su cercanía. Y no tardé en bajarla, porque necesitaba saber qué se sentía al volver a besarlo. Así que no pude más que hacerlo, porque no besarlo se me antojó más peligroso que repetirlo.

Nuestros labios se encontraron con una naturalidad que me sorprendió. No hubo dudas ni nervios esta vez, tampoco contención. Fue un beso largo, lento y profundo, como una confesión que ninguno de los dos había sabido o había querido pronunciar con palabras.

Lawrence me sostuvo con más fuerza y su lengua buscó la mía con una cadencia que me hizo gemir sin querer. No fue un sonido alto, pero rebotó con fuerza dentro de mi pecho. Él lo notó. Por cómo se tensó ligeramente, por cómo el beso se volvió un poco más profundo y serio. Sus manos subieron por mi espalda y me exploraron con una atención cuidadosa y decidida. Como si supiera

exactamente hasta dónde podía ir… y tuviera intención de llegar a toda costa.

Me dejé llevar por el momento, sin pensar. Por un instante, me olvide hasta de dónde estábamos y de que podía entrar alguien. Solo me aferré a su nuca con una mano y sentí cómo su respiración se aceleraba contra mi boca.

Sus manos llegaron a mi pecho vendado y de nuevo se le escapó la risa, esta vez mucho menos escandalosa. Separó sus labios lo justo para murmurar:

—Nunca pensé que besaría a un granuja, pero debo decir que es usted el bribón más irresistible que he conocido, señora Lennox.

—¿Es lo que parezco? —Sonreí.

—En realidad, pareces un aristócrata imberbe caído en desgracia —aseguró.

Se me escapó la risa al pensar en su símil.

—¿De eso te reías?

—Qué va. —Su sonrisa se amplió antes de que su boca volviera a atrapar la mía.

Esta vez el beso fue diferente: más urgente, más seguro, más… visceral. Como si ambos hubiéramos cruzado algún tipo de umbral invisible del que ya no teníamos intención de volver. Parecíamos haber superado la sorpresa y el descubrimiento para dar paso al hambre y la necesidad.

Mi cuerpo respondió por su cuenta. Me aferré con más fuerza a su nuca, y mis caderas se movieron sin permiso para encajarme mejor sobre su regazo. Lawrence gimió muy bajo, con apenas un suspiro que se tragaron mis labios. Sus manos se deslizaron por mi cintura, mi espalda, mis costillas… hasta detenerse otra vez sobre mi pecho, vendado todavía como estaba. No fue más allá, pero su sola

cercanía hizo que el aire entre nosotros se volviera más denso, casi irrespirable.

—Dios… —murmuró contra mi boca—. No deberíamos hacer esto… No aquí y ahora…

Nuestros labios se encontraron de nuevo antes de que pudiera responder, y esta vez fue todavía un poco más allá, fue como si me estuviera besando con todo el cuerpo. Mi lengua lo recibió y le correspondió, en una aceptación muda de todo lo que estaba pasando y de lo que podía ocurrir. Sentí el calor de su mano bajando por mi costado hasta el límite del pantalón, y me di cuenta de que no quería que se detuviera, pero teníamos que hacerlo, porque no era el momento ni el lugar.

Me aparté unos centímetros para poder observar su cara a la luz del candil. Su rostro estaba ligeramente enrojecido, sus labios húmedos y entreabiertos y su expresión era distinta a la del Lawrence que conocía, pero a la vez la misma. Era él, más intenso y más él que nunca, quizá.

—¿Qué has encontrado? —logré preguntar, como si aún existiera un mundo más allá de nosotros y de lo que acababa de pasar—. ¿De qué te reías?

Él sonrió, todavía sin aliento, y asintió.

—No te lo vas a creer —dijo al fin, en un murmullo cargado de más intención que información.

Lo miré, aún sin entender.

—Compruébalo tú misma.

Me ayudó a girarme sobre su regazo y me señaló justo la entrada que debía leer:



«Fecha: 5 de mayo de 1949

Nombre de huérfano: Will

Procedencia: St. Mary’s Home for Children, Birmingham

Matrimonio adoptante: Stephen y Anne Cooper

Nombre tras la adopción: William Percival Cooper».



—¡No! —exclamé a más volumen de lo que dictaba la prudencia y bajé el tono antes de seguir—: ¿Nuestro Billy? ¿El Billy de Lizzie es hijo de Margery Wickham?

Lawrence se limitó a sonreír ampliamente y asentir con energía.

—Es la noticia más maravillosa que podía haber encontrado en este libro… Entre eso y lo que acaba de pasar… —sus manos se aferraron a mi cintura y me atrajeron hacia él con fuerza—, puede que este se haya convertido en uno de los mejores días de mi vida.

Un silbido procedente del exterior nos sobresaltó y Lawrence se apresuró a arrancar la página que nos interesaba.

—Y ahora, vámonos de aquí si no queremos encontrarnos al salir con el cadáver de un charlatán tirado en la calle.

Capítulo Cuarenta



Sam marcaba el paso a grandes zancadas y Lawrence y yo no podíamos sino seguirlo a la velocidad que nos permitían nuestras propias piernas. La euforia de mi falso esposo casi parecía respirarse en el fresco aire de la noche, como si estuviera contagiando de ella a toda la ciudad que dormía ajena a él. Al pasar junto a unos soportales, tiró de mí y, refugiados en las sombras, me besó con urgencia, como si no pudiera esperar a llegar a nuestro destino.

—Eh, amigo —lo reprendió el boticario—. Haga el favor de guardar eso para cuando vuelvan a ser un matrimonio respetable. Ahora mismo parecen dos hombres y nos podrían detener a todos por sodomía… Le puedo asegurar que es algo que no entra en mis planes.

Lawrence solo se rio y asintió en silencio. Y así continuamos el camino hasta esa casa que ya conocíamos y que tanto él como su mujer nos habían abierto con la mayor hospitalidad que uno podría esperar.

El boticario nos condujo escaleras arriba en silencio y con eficacia. Abrió la puerta del dormitorio principal e hizo un ademán para que entráramos nosotros:

—Duerman aquí esta noche, mi mujer y yo nos quedaremos con los niños. No se preocupen por nada, siéntanse en su casa… Salvando las distancias, por supuesto. —Se rascó la cabeza, supuse que avergonzado por la comparación de su morada con la nuestra. Por supuesto, él no sabía de nuestra verdadera naturaleza y de lo cómodos que podíamos sentirnos en un hogar como ese.

—Tienen una casa encantadora, Sam —aseguré—. Muchísimas gracias por su hospitalidad.

—Un placer —respondió con un gesto de cabeza—. Buenas noches, que descansen.

Cerró la puerta, se marchó y la casa quedó en silencio. Solo podía escuchar el leve crujido de las tablas bajo nuestros pies y la llama temblorosa de la lámpara que nos había dejado encendida. Me detuve en mitad de la habitación, sin saber muy bien qué hacer y aún vestida con la ropa de hombre que empezaba a pesarme como un disfraz absurdo.

La habitación era pequeña y tibia, apenas iluminada por ese único punto de luz sobre la cómoda. El silencio creó una intimidad inesperada. Por primera vez, estábamos Lawrence y yo solos… y no estábamos escapando, investigando o fingiendo. Estábamos solo nosotros.

Yo no sabía qué hacer con las manos y él fingió que tampoco, aunque desprendía más seguridad de lo que quería aparentar, supuse que para hacerme sentir mejor. Nos miramos un instante y ninguno dijo nada. Lawrence se acercó despacio y se detuvo frente a mí, pero no me tocó. Sus ojos se quedaron fijos en los míos sin un atisbo de sonrisa al que aferrarse. Pero no estaba serio… o no del todo. No hizo ningún ademán de los suyos, no hubo bromas ni risas. Tampoco bajó la voz como habría hecho el protagonista de una novela. Se limitó a mirarme de frente, como si esperara una señal.

Como si necesitara que yo diera el primer paso o lo invitara a él a hacerlo.

En vista de mi falta de iniciativa, bajó la cabeza y respiró hondo.

—Clementine… —Su voz salió como un murmullo entre sus labios, casi como un ronroneo—. Si esta noche, esta habitación…, necesitas que sea solo un lugar seguro para dormir, lo será. Solo eso. No hay deuda ni condición, puedes estar tranquila, de verdad. Que lo que pasó en el hotel de York o lo que ha pasado hace un rato en el registro no influya en tu decisión, Clem, no me debes nada…

—Tú a mí, en cambio, me debes la vida que llevas y unas cuantas respuestas. —Me crucé de brazos y lo miré desafiante, aunque con una sonrisa, porque no podía importarme menos en ese momento todo lo que no me había contado.

Se rio, intuyo que más por mi gesto que por mis palabras. Luego tiró de mí hasta que mi cuerpo chocó contra el suyo y me quitó la gorra y la lanzó lejos… O todo lo lejos que pudo en esa estancia de dimensiones tan reducidas.

—Si en algún momento te sientes incómoda… —murmuró más serio de repente.

—Qué considerado por tu parte pensar en mi comodidad después de invadir mi casa y hacerte pasar por mi marid…

Su risa se tragó el final de mis palabras. Con un mordisco atrapó mi labio inferior e hizo que se me olvidara por completo lo que estaba diciendo. Se separó de mí lo justo para llevar los dedos al cuello de mi camisa.

Comenzó a desabrocharla con calma. Uno a uno, los botones fueron cediendo bajo sus dedos, y el silencio en la habitación se volvió tan espeso que casi podía oír el roce cada vez que uno se deslizaba por la abertura. Lo observé dedicado como estaba a su tarea. No bajé la mirada, tampoco intervine. Mi respiración se

aceleraba de anticipación cada vez que abría otro. Cada botón era una pausa, un suspiro, un anticipo. Cuando terminó, me deslizó la prenda por los hombros y la dejó caer al suelo como si siempre le hubiera molestado.

—Es la primera vez que le desabrocho una camisa de hombre a otra persona —murmuró divertido.

—¿Qué?

—Los botones de las camisas de mujer van al otro lado. Pero debo admitir que el efecto es encantadoramente anárquico.

—¿También te vas a quejar de cómo llevo los pantalones?

—Solo me voy a quejar de que todavía los lleves… Pero todo a su tiempo.

Sus manos buscaron las vendas que todavía cubrían mi pecho. Las sujetó con firmeza y empezó a dar una vuelta tras otra para soltarlas. Parecía concentrado en exceso… hasta que dijo:

—Podría escribir un manual sobre esto: *El arte de desenvolver a una dama disfrazada de granuja.*

—Un título que sin duda te haría muy popular en esas reuniones de humo y *brandy* —le seguí la broma.

—¡Oh, por favor! Esos tipejos no sabrían descubrir correctamente a una mujer ni aunque ella trajera las instrucciones bordadas en el corsé.

Nos reímos a la vez y él tiró de la venda de un modo que me hizo girar sobre mí misma. Era la última vuelta, así que él quedó con la tela en la mano y yo, con el pecho desnudo. Eso no me hizo sentir vulnerable. Al contrario, había algo en esa risa que compartíamos, en esas miradas cargadas al tiempo de humor y deseo, que me provocaban comodidad, la certeza de estar, en ese momento y en ese lugar, a salvo del mundo.

Acerqué las manos a su camisa y comencé a desabrocharla con dedos temblorosos, pero fueron ganando entereza a medida que el calor de su cuerpo se iba abriendo paso a través de la tela. Con cada botón que cedía, era como si un nudo se soltara también dentro de mí, y me iban liberando uno a uno, poco a poco. La tela se abrió por fin y me encontré con su piel cálida, viva y a mi alcance. Mis manos se posaron sobre su pecho y él dejó escapar todo el aire que retenía. Me detuve sin saber muy bien qué hacer. Era la primera vez que tocaba a un hombre así. No a través de una camisa ni de modo accidental. Sino por voluntad y con intención.

Su piel era recia y firme bajo mis palmas, aunque suave al tacto. Sus músculos se contraían ligeramente con mi roce y también notaba su respiración, más rápida, más superficial. Pero él no se movía, me dejaba explorar y acostumbrarme a eso. Dibujé con las yemas de los dedos la línea de su clavícula y rocé la llave que siempre llevaba colgada al cuello. Luego bajé por su esternón, sus costillas y percibí una pequeña imperfección junto a su costado, la clase de marca que indica que alguien ha tenido un pasado. Quise preguntarle por ella, pero quizá en otro momento, en ese solo deseaba esculpirlo con las manos.

Cuando le deslicé la camisa por los hombros y la dejé caer, algo pareció envolvernos en una burbuja un poco más pequeña, más certera, más nuestra. Se me acercó tanto que pegó su pecho al mío, y entonces fui yo la que me quedé sin aire. Su calor ardía sobre mi piel más de lo que lo había hecho al contacto con mis manos. Le acaricié la espalda y exhalé con fuerza cuando él hizo lo mismo. Bajó hasta mi talle y sus dedos juguetearon con el límite del pantalón. Rodeó toda la cinturilla hasta llegar al botón y lo soltó en un único movimiento. Todo mi cuerpo se agitó, pese a que sabía que no era la primera vez que me iba a ver desnuda. Fue más por la expectación

ante lo desconocido. Por la promesa muda de lo que iba a ocurrir. Deslizó las manos por mis caderas, con suavidad, en un movimiento delicioso que empujó la tela hasta que cayó al suelo para dejarme desnuda y expectante.

Me miró apenas un segundo antes de respirar hondo y llevar la mano a uno de mis pechos. Deslizó la otra entre mis piernas y consiguió estremecerme por la sorpresa. Comenzó a acariciarme en esos dos puntos y tuve que aferrarme a sus brazos para mantener el equilibro. La piel se me erizó, las piernas me temblaban, mis jadeos se volvieron erráticos y se me escapaban descontrolados. Su respiración se aceleró y apretó la mandíbula con fuerza. Quise entregarme a eso, perderme en sus manos, como hacía unos días, pero las palabras de Star volvieron a mí con conceptos que desconocía como «placer compartido» o «entrega mutua».

Fue entonces cuando bajé la mirada hacia su cintura y a esa prenda que todavía nos separaba. Llevé los dedos al botón sin pensarlo, y solo cuando comencé a desabrocharlo supe que estaba cruzando otro umbral. Lo estábamos cruzando juntos. No solo el físico, se trataba de algo más profundo y más íntimo.

Sus manos se detuvieron entonces, puede que de la impresión, y, aunque lamenté la brusca ausencia, agradecí la carencia de distracción para lo que me disponía a hacer.

Mis dedos se deslizaron por sus costados para dejar caer la prenda justo como había hecho él conmigo apenas unos minutos antes. Ni siquiera me molesté en fingir aplomo, era mayor el anhelo que lo nublaba todo. Los pantalones cedieron y cayeron al suelo con un susurro sordo. Y ahí sí, me detuve del todo y di un paso atrás para observarlo. Mi corazón comenzó a latir con tanto brío que me asaltó la certeza de que tenía que poder escucharlo por fuerza. Si fue así, no dio muestras de ello. No era como lo había imaginado, no

se parecía a las esculturas y pinturas que yo había visto. Nada que ver. Entendí mucho de lo que me había explicado Star solo con verlo. Y sus palabras acudieron raudas para recordarme todo lo que comenzaba por fin a entender. No era obsceno ni grotesco, era más… magnético. Hipnótico. Lo miré sin esconderme, y al mismo tiempo sintiéndome más expuesta casi que él, como si al observarlo tan de cerca y con ese detenimiento, lo que estuviera desnudando en realidad fuera algo dentro de mí: mi ignorancia, mis propias carencias.

Lawrence no dijo nada. Se quedó quieto y callado. Esperó paciente hasta que levanté la vista, y solo entonces me dedicó esa media sonrisa que lo hacía más irresistible que ninguna otra.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Sí, perdona, es la primera vez que veo… —empecé, pero no supe cómo continuar sin parecer ridícula.

—¿Algo como esto? —El deje de picardía en su voz sonó divertido, pero yo me limité a asentir mientras notaba el calor trepar por mis mejillas. Las tapó con sus manos y me besó de un modo muy dulce, más para tranquilizarme que por deseo desmedido—. Puedes tocarme si sientes curiosidad… o deseo. Estoy en tus manos. Vamos a tomarnos nuestro tiempo —añadió en un murmullo—. Quiero que disfrutes cada paso.

Y lo hice sin tener muy claro qué esperaba sentir. Vergüenza, incertidumbre, inseguridad por no saber qué hacer…. Pero no fue así o, al menos, no del todo.

Me dejó acercarme y explorar. No buscó guiarme o llevar el ritmo. Se limitó a esperar y a dejarme experimentar con los sentidos desbordados. Le rocé el vientre con las puntas de los dedos y seguí muy despacio la línea que descendía desde su ombligo. Noté cómo

se tensaba bajo mi caricia. Cómo se agitaba todo su cuerpo y se le crispaban los músculos en un gesto involuntario.

No parecía disgustarle, así que no retiré la mano. No podía, no quería hacerlo. Lo toqué. Al principio, solo con los dedos, lo justo para sentir su piel caliente, su tacto, su peso, su deseo. Nunca me habían enseñado, aunque Star me lo había advertido, que un simple gesto de la mano pudiera tener tanto poder sobre otra persona.

Lo miré a los ojos mientras mis dedos recorrían su carne. Buscaba tanto su reacción como su permiso, y me lo entregó todo, aunque no con palabras, sino más con el modo en que cerró los ojos un momento y exhaló dolorosamente despacio.

—¿Así…? —pregunté más por necesidad de saber que por inseguridad.

—Así está… —su voz se quebró un momento—… muy bien.

Me atreví a explorar un poco más. Lo imaginaba experimentando lo que él me había hecho sentir en aquella cama y solo quería darle más, que llegara al punto al que me hizo llegar a mí.

—¿Te das cuenta… de lo… peligrosa… que eres… ahora mismo? —murmuró entre jadeos con una sonrisa que no podía disimular.

Me reí de un modo que creí no haberlo hecho nunca, con un sonido suave, nervioso y feliz. Un sonido nuevo en mí. Y en el que no terminaba de reconocerme, pero me gustaba y me sentía yo misma.

Me incliné y besé su cuello, su hombro, la línea de su clavícula. Tenía sabor a piel, a deseo contenido y a una promesa sin pronunciar. Sus manos se posaron con cuidado en mi cintura, y al sentir su piel contra la mía, me estremecí entera.

—Clem —murmuró—, si seguimos…

—Quiero seguir —lo interrumpí con un susurro.

Él me miró entonces con algo más allá del deseo, como si en su interior también se estuviera derribando una muralla.

Me recostó en la cama con un cuidado desesperante y se inclinó sobre mí. Cuando volvió a besarme, lo hizo con un ritmo nuevo, como si, por fin, ambos hubiéramos llegado al lugar exacto donde queríamos estar. Se acercó más, pero no me cubrió del todo. Apoyó una mano junto a mi cabeza para no dejar que su peso cayera sobre mí.

—Estás temblando —murmuró.

—Pero no es malo —aseguré y pasé las manos por su pecho y su vientre para volver a sentir la tensión de cada músculo de su cuerpo bajo mis dedos.

De nuevo se dejó hacer. Se dejó explorar. Sus labios rozaron los míos sin llegar a besarme. Y se retiró. Me quedé con la boca entreabierta y el deseo de lo que se me había negado. Bajó por mi cuello, tan despacio que la anticipación resultaba dolorosa. Cuando llegó al hueco entre mis pechos, me arañó con los dientes y murmuró contra la piel:

—Quiero aprenderme cada rincón. Quiero repetirlo hasta que me lo sepa de memoria.

Yo apreté los muslos, como si pudiera de ese modo ejercer algún control sobre todo lo que me desbordaba por dentro. Me sentía más viva que nunca, pero más ida también. Receptiva, sensitiva… Presa de un deseo feroz.

—Pues empieza —susurré.

Dejó escapar la risa entre los dientes, pero lo hizo, empezó. No con urgencia, aunque sí con devoción. Su lengua me lamió un pecho y me hizo jadear. Su otra mano me sujetó con suavidad, como si tuviera que retenerme de algún modo. Y quizá debía, porque cuando

atrapó mi pezón con los labios, todo mi interior se replegó en ese punto exacto.

Emití un gemido que sonó a placer y rendición. Él se detuvo y me miró.

—¿Demasiado?

—No —conseguí decir con apenas un hilo de voz—. No pares.

Sonrió. Sus dedos bajaron por mi vientre y delinearon un camino que me tensó por completo a su paso. Me acarició con cuidado y tanteó mi entrada, como si quisiera asegurarse de que mi cuerpo estaba preparado, de que mi mente y yo misma lo estábamos. Mis piernas se abrieron más ante su contacto y yo no pude ni quise frenarle la mano. Solo quería que siguiera.

Cuando sus dedos se deslizaron entre mis pliegues, lo hicieron con una suavidad ya familiar, pero no por ello menos excitante. Me arqueé y le agarré el brazo sin pensar. Me ardía la cara, la garganta, el pecho… Toda yo a punto de estallar en llamas.

—¿Así? —susurró, y volvió a rozarme donde ya empezaba a perderme.

Apenas pude asentir. Cuando volvió a besarme, lo hizo con todo el cuerpo. Ya no quedaban barreras entre su piel y la mía, ni entre lo que sentíamos y lo que íbamos a hacer. Se colocó sobre mí y me cubrió con su calor y su presencia. Y me sentí más acompañada que nunca. Sentía que estaba preparada, aunque no supiera a ciencia cierta qué venía después.

Me rozó con la punta de su sexo, muy despacio, como si esperara que mi cuerpo se tomara su tiempo para reconocerlo y que se abriera por sí solo a su paso. Y se abrió, poco a poco, ante su avance. Muy despacio, con cierta tensión al principio, con un dolor leve, que solo me recordaba que eso era real. Pero que no me hizo

detenerme, porque cada milímetro que avanzaba, me sentía más viva. Más llena.

Apreté los dientes y me aferré a sus brazos. Él se detuvo cuando notó que me tensaba y me miró jadeante, pero con expresión algo preocupada.

—Estoy contigo —murmuró—. ¿Todo bien?

Asentí y tragué saliva.

—Sigue —le pedí en voz baja—. Estoy bien.

Él volvió a moverse, muy despacio, hasta que estuvo dentro del todo. Hasta que no hubo más espacio entre nosotros que el que ocupaban nuestras respiraciones.

Y entonces se quedó quieto. Exhaló todo el aire de sus pulmones y nos miramos. No sé cuánto duró ese instante, pero fue lo más parecido a un juramento que he sellado sin palabras.

Cuando volvió a moverse, lo hizo con el mismo ritmo con el que me había tocado antes, el que yo le marcaba. Solo podía aferrarme a él y dejar que me enseñara a sentir, porque eso era lo que, sin duda, estaba haciendo conmigo.

Los movimientos se volvieron más firmes, más hondos. El placer comenzó a trepar por mi columna y a extenderse por todo mi cuerpo. Era diferente a lo que me había provocado hacía un momento, era más salvaje, aunque más tierno al mismo tiempo.

Gemí contra su cuello y lo sentí estremecerse.

—Dime si… —susurró.

—No pares —pedí.

Él obedeció y me sostuvo con fuerza. Me besó con el hambre de un náufrago y yo perdí toda conciencia del tiempo, el espacio y de dónde terminaba yo y empezaba él.

El éxtasis me sorprendió. Por más veces que pasara, no tenía claro que fuera a estar preparada nunca. No fue como ese primero

en la bañera. En esta ocasión, fue más hondo, más físico. Me desgarró y arrasó conmigo para, al momento, volver a recomponerme. Farfullé su nombre contra su piel sin darme cuenta, con la voz entrecortada, sin pudor, pero con la prudencia de saber que no estábamos solos y sí en casa ajena. Lawrence lo alcanzó poco después. Ahogó un gemido en mi cuello y se aferró a mí con fuerza, como si cayera desde muy alto y solo yo pudiera sostenerlo.

Cuando todo terminó, no nos separamos. Permanecimos juntos, pegados, abrazados y jadeando como si se nos hubiera olvidado cómo respirar. Sus dedos me acariciaron la espalda mientras su respiración me reconfortaba con un ritmo cálido en mi oído.

—¿Todo bien? —susurró.

Asentí, todavía sin poder hablar. Tenía el corazón en la garganta, el cuerpo prendido de algo nuevo y el alma desmadejada sobre un colchón ajeno. Me acurruqué contra su pecho y cerré los ojos. No sentí en ningún momento que hubiera hecho algo prohibido, vergonzoso o que debiera esconder, solo algo que no quería olvidar.

Seguimos en silencio un buen rato. Él tumbado bocarriba, con un brazo bajo mi cabeza, y yo con la mejilla apoyada en su pecho, escuchando su corazón. Palpitaba con fuerza, pero sin prisa. Tal como era él: un huracán controlado capaz de arrasar con todo sin levantar una sola hoja del suelo.

No me apetecía romper ese silencio, pero tampoco quería que nos quedáramos dormidos sin más, como si nada hubiera ocurrido.

—¿Es siempre así? —me atreví a preguntar al fin en apenas un murmullo.

Lawrence giró el rostro hacia mí y me regaló una sonrisa confundida.

—¿Así cómo?

—Tan… completo.

Él sonrió, y noté cómo se le agitaba el pecho bajo mi mejilla.

—No. No siempre. Ni mucho menos.

—¿Ha sido una excepción? ¿Por ser la primera vez?

Me acarició el brazo con la yema de los dedos y pensé que no me iba a contestar, pero finalmente lo hizo.

—No. Esto ha sido… lo que pasa cuando se anhela a alguien más allá de lo físico. Cuando se busca algo más que el placer. Cuando se desea… con el alma.

—¿Me deseas? —pregunté. Sabía la respuesta, pero desde luego quería oírla.

—Clem —dejó salir el aire como si mi falso nombre en sus labios fuera parte de su respiración, y nunca me había sonado tan verdadero ni el mío de nacimiento—, llevo semanas deseándote. Incluso cuando no me soportabas. Hasta cuando me gritabas o me cerrabas la puerta en la cara. Puede que en esos momentos más que en ningún otro.

Reí muy bajo y enterré la cara en su pecho.

—Entonces… —levanté el rostro y lo miré—, podríamos decir que esta noche es un premio a la paciencia.

—Esta noche —murmuró— es un milagro. Una chispa de magia robada a la realidad.

—¿Y mañana?

—Mañana… seguiremos conspirando. Seguiremos fingiendo ser quienes no somos, pero ya no tendremos que fingir ser un matrimonio, porque ahora lo somos.

—No lo somos.

—Tengo un papel que lo asegura.

—Es falso.

—No más que nuestras identidades. Estamos casados como Clementine y Lawrence a todos los efectos. Hasta ahora solo

compartíamos apellido, pero ahora compartimos algo más verdadero que muchos esposos legítimos, créeme.

—Qué afortunada me siento —murmuré con un suspiro forzado al volver a apoyar la cabeza en su pecho—. Casada con un mentiroso encantador del que no puedo fiarme ni un poco.

Él se limitó a reír muy bajo y besarme la coronilla.

—Es cierto. No deberías fiarte de mí. Pero necesito que lo hagas. Y, en mi defensa, te puedo asegurar que esta noche no te he mentido.

Guardé silencio un instante, no quería estropear ese momento, pero la pregunta me quemaba la lengua.

—¿Cuál es tu verdadero nombre? —murmuré.

Él dejó de acariciarme por un segundo, pero no se tensó, solo se detuvo. Luego, con una calma nueva, volvió a acariciar mi brazo.

—Ni siquiera importa.

—A mí sí.

Respiró hondo, aunque no con fastidio, más como si llevara mucho tiempo sabiendo que esa pregunta iba a volver a surgir.

—He sido muchos hombres, y los he matado a todos —dijo al fin —. Ninguno era alguien que valiera la pena. Solo servía para hacer daño… Y eso se acabó, créeme.

Sus palabras traían más preguntas que respuestas, pero sabía que no iba a obtener las que buscaba.

—¿Quién eres?

—Soy Lawrence —aseguró con una certeza que me hizo estremecer—. Soy el hombre que tú creaste, el marido de tus sueños.

—El marido de mis sueños estaba muerto —le recordé y él se rio.

—Y te agradezco enormemente que no recrearas esa fantasía en concreto. Por ello, te devolví el favor siendo mejor de lo que podías

llegar a imaginar.

—Eso es muy bonito —susurré—. Y muy presuntuoso por tu parte.

—Lo sé, pero también es verdad.

Me acurruqué contra él y me rendí ante sus palabras, pues supe con absoluta certeza que esa era una batalla perdida.

—Entonces supongo que tendré que acostumbrarme a dormir con un desconocido que dice ser mi esposo… —Suspiré.

—Y yo —susurró él— a dormir al lado de la única persona que me ha hecho querer dejar de fingir. Porque este soy yo, Clem, me conoces. Aunque solo sepas el nombre que tú me diste, sabes quién soy, no soy un desconocido.

Cerré los ojos. Sabía que no podía fiarme de él del todo, no todavía… Puede que nunca. Pero, en ese momento, con su piel contra la mía, con su voz aún temblando por lo que acabábamos de compartir, tuve la certeza de que la confianza no tenía por qué ser ciega o inconsciente. Tal vez, en mi caso, podía tratarse de una decisión que yo, esa noche, decidí tomar. Decidí confiar en él, aun en contra de lo que dictaba el sentido común.

Capítulo Cuarenta Y Uno



De regreso en Hollowfield Manor, me sentí por fin en casa, como después de un viaje muy largo, aunque no hubieran sido más que unos pocos días. Todo estaba exactamente igual que cuando nos marchamos, pero yo no me sentía la misma que había salido de allí hacía apenas una semana.

Mi mente, todavía algo embotada por el recuerdo de la noche anterior, volvió a la pequeña y acogedora habitación en casa del boticario. No paraba de recrear ese recuerdo una y otra vez, tenía la sensación de que me iba a acompañar siempre. Las sábanas ásperas, la luz temblorosa de la lámpara, el calor del cuerpo de Lawrence junto al mío. La tranquilidad con la que nos habíamos dormido en brazos del otro, sin más palabras, como si ya todo estuviera dicho. O como si, por fin, ni siquiera fuera necesario decir nada más.

Al despertar esa misma mañana, él me había dedicado un abrazo por la espalda y un sencillo «buenos días» al oído, con una voz más baja y débil de lo que era habitual en él, pero con la que deseé que me sorprendiera cada amanecer.

Nos despedimos del charlatán y de su esposa con una gratitud que no fuimos capaces de expresar en palabras, así que nuestra mejor opción fue tratar de hacerlo en forma de generosa propina. Nos lo habían dado todo: un techo, una cama, un plan, silencio, complicidad… y no habían hecho preguntas. Star me abrazó con fuerza al despedirnos y me dijo que le gustaba más cómo sonaba mi risa esa mañana. Pude ver en sus ojos que sabía lo que había ocurrido la noche anterior, en su casa, en su cama, y eso parecía alegrarla por mí más que incomodarla. Les ofrecimos una sincera invitación a pasar por nuestro hogar en su próxima visita a Cheltenham y aseguraron encantados que así lo harían.

Mientras el cochero y uno de los criados se ocupaban de nuestro equipaje, Lizzie vino corriendo a nuestro encuentro con más ganas de que le contáramos nuestra escapada que de relatarnos lo que había ocurrido allí. La señora Harper, por su parte, nos dio la bienvenida tal como exigían las circunstancias. Nos preguntó cortésmente por el viaje y comenzó a contarnos lo que había ocurrido en nuestra ausencia. Nada con el más mínimo interés. Lawrence trataba de disimularlo, pero se le escapó un bostezo.

—Oh, señor Lennox, estarán cansados y los estoy aburriendo. Discúlpeme, por favor —dijo el ama de llaves, apurada.

—No se preocupe, señora Harper, pero sí, estamos agotados. Si nos disculpa, mi esposa y yo vamos a descansar un rato. Por favor, envíe un mensaje a la señora Wickham para informarle de que esta tarde iremos a visitarla, a eso de las cinco.

—Por supuesto, señor, yo me ocupo. Que descansen.

Tanto ella como Lizzie se retiraron en silencio y con eficiencia.

El salón de la mansión de los Wickham olía a flores frescas y dulces recién horneados, aunque la maldad parecía rezumar de las esquinas. Margery nos recibió con una sonrisa suave y una inclinación medida de cabeza, la típica cortesía impostada de quien lo último que quiere es tenerte en su salón y servirte el té.

—Señora Lennox, señor Lennox —saludó al ofrecernos la mano a cada uno—. Qué inesperado honor, sé que no son ustedes muy dados a las visitas de cortesía… Más allá de sus queridas viudas, por supuesto. —Me dedicó una sonrisa cargada de ¿rencor? No estaba segura.

—Hemos pensado que, tras tantos malentendidos, lo más adecuado era vernos en persona —respondí con un gesto tan falso como el suyo.

—Oh, ¿malentendidos? —Sus cejas se alzaron sin perder su elegancia característica—. Qué palabra tan… ambigua. Me temo que quizá manejemos conceptos diferentes de lo que significa «malentendido».

Lawrence no dijo nada en un primer momento, se limitó a observarla como si fuera un sujeto de estudio, quizá para un ensayo sobre manipulación y opulencia…

Nos sirvieron té, por supuesto, con la máxima corrección y formalidad. Durante unos minutos, intercambiamos frases vacías con expresiones perfectamente cordiales: «qué bien se ve la casa», «qué color tan encantador», «qué tiempo tan incierto». Lo típico que se dice cuando aún no se han puesto las cartas sobre la mesa. Y yo ni siquiera sabía cómo hacerlo. A decir verdad, esperaba que fuera él quien lo hiciera. Y no me defraudó. Sin previo aviso, Lawrence dejó la taza sobre el platito con un leve *clic*. No fue un golpe, pero sonó como la campanilla que anuncia el inicio de un combate.

—Señora Wickham —empezó, con una voz más acaramelada de lo que era habitual en él—. ¿Puedo hablarle con sinceridad?

Ella lo miró con una expresión que oscilaba de modo exasperante entre la amenaza y la condescendencia.

—¿Acaso alguna vez lo ha hecho de otro modo, señor Lennox?

—Tal vez no, pero por si acaso.

Margery ladeó la cabeza. Su sonrisa no cambió. Pero sus ojos afilaron la mirada con desconfianza y juntó las manos sobre su regazo.

—Le escucho.

—Sabemos que nos está investigando. —Fue directo al grano—. No lo digo como reproche, solo a título informativo. Se ha interesado por asuntos que deberían ser, en principio, irrelevantes para usted.

Ella se irguió sobre su asiento y nos dedicó una sonrisa más falsa todavía que todas las que le habíamos visto hasta la fecha.

—Qué imaginación tan… inquieta. ¿Y qué les hace pensar que no tengo nada mejor en qué emplear mi tiempo que en ustedes?

—Tenemos razones —intervine.

—Tenemos las cartas —confesó Lawrence.

—Oh, sabía que me las había robado usted… —Dejó caer la máscara impostada tras la que se escondía y habló claro—: ¿Qué ocultan, señor y señora Lennox? ¿Qué temen que descubra?

—Esa no es la cuestión, señora Wickham. Lo importante es que pare.

Margery alzó las cejas y se reclinó en su asiento.

—Solo está alimentando mi curiosidad, señor Lennox… ¿A qué tiene miedo? ¿Qué esconde? Resulta interesante el modo en el que se presentaron en sociedad: primero, la pobre viuda, tan joven, tan bella, tan desdichada… Y luego, el milagro del esposo resucitado.

Resulta sorprendente que ambos llegaran en el mismo barco. Siento verdadero interés, ¿cómo explica eso?

—Todos guardamos secretos, señora Wickham. Usted también.

—¿Sabe algo que desconozco, señor Lennox? ¿Insinúa que tengo algún secreto que usted puede sacar a la luz?

—Por supuesto que sí, usted tiene una historia mucho más antigua que la nuestra. Una que empieza en York, en un lugar llamado Santa Agnes.

Su mandíbula se tensó durante apenas un instante, pero fue suficiente. Luego se irguió y miró a Lawrence con un brillo desafiante en sus ojos.

—Oh, esos horribles rumores. —Hizo un aspaviento con la mano para quitarles credibilidad a las palabras de Lawrence—. Supongo que sus amigas las viudas, esas odiosas mujeres, tienen la imaginación demasiado limitada como para inventar chismes nuevos… Toda la vida igual. —Emitió un suspiro tan falso como su cordialidad y volvió a tomar su taza de té que descansaba sobre la mesilla.

—Sabemos que la información es veraz, señora Wickham. Hemos estado en Santa Agnes, en el orfanato de Birmingham…

—¿Me está amenazando, señor Lennox? —interrumpió Margery —. ¿Es esto un intento lamentable de chantaje?

—Nada me disgustaría más, Margery. ¿Puedo llamarla Margery?

Dejó de remover la cucharilla y, aunque su expresión no cambió, la postura de su cuerpo sí lo hizo. Se quedó perfectamente quieta, como si sopesara sus opciones y no supiera por cuál decantarse.

—Si es usted tan osado como para hablarme por mi nombre de pila, supongo que debo permitirlo. Después de todo, estamos tratando asuntos íntimos, ¿no? Dígame, «Lawrence», ¿qué quiere? ¿Cuál es la finalidad de su amenaza?

—Pues le confesaré, Margery, que mi primera intención era pedirle que cesara sus intentos de investigarnos, pero, una vez descubierta la identidad de ese muchacho… ¿Conoce usted la identidad del joven?

—¡Oh, por favor! —Margery puso los ojos en blanco con hastío—. ¿Quién cree que lo trajo a Cheltenham? ¡Llevo veinte años pendiente de él! Cuando sus padres adoptivos fallecieron, ella hace unos cinco años y él justo la primavera pasada, el joven recibió un comunicado de la oficina del alcalde de Cheltenham solicitando su traslado al servicio de correos de aquí para continuar su labor de aprendiz dado su enorme potencial. ¡Por el amor de Dios! ¿En qué cabeza cabe que se solicite el traslado de un aprendiz por su potencial? Pensé que sospecharía de semejante patraña, pero no, ni él ni su superior parecieron extrañarse lo más mínimo. —Se encogió de hombros con indiferencia.

—¿Lo sabe? —Me sorprendí—. ¡Pero debe decirle la verdad a Billy! ¡Merece saber su origen!

—¿Para qué? —Clavó sus ojos en mí—. ¿Cree usted que al muchacho le haría la más mínima ilusión saber que su madre de nacimiento es la mujer más odiada de todo Cheltenham? Venga, señora Lennox, no ponga esa cara. Las dos sabemos que eso es cierto.

—¿No le parece que usted se lo busca con su actitud? —me atreví a insinuar.

—¿Mi actitud? ¿Quién le ha hablado de mí? ¿Las viudas? Esas odiosas mujeres…

—No consiento que hable así de ellas, señora Wickham —protesté.

Ella resopló por la nariz en un gesto nada elegante y siguió hablando.

—Sin embargo, acepta lo que ellas dicen de mí y me juzga sin conocer mi parte de la historia… Eso dice más de usted que de mí, señora Lennox —afirmó no sin razón.

Me quedé callada un momento y la miré a los ojos.

—Cuénteme lo que quiera, Margery, la escucho.

Respiró hondo, dejó su taza sobre la mesilla y se pasó las manos por la falda del vestido antes de ponerse de pie. Fue hasta la ventana y miró durante un momento al exterior, como si estuviera valorando si hacernos partícipes de su historia o no. Todavía con la mirada perdida en algún punto del jardín, comenzó a narrar:

—Cuando volví de York, era apenas una niña. Me habían hecho renunciar a lo que yo más quería… —Se giró hacia nosotros y me miró fijamente—. Le aseguro que hubiera preferido quedarme con mi bebé, bien lejos, y perder mi posición social, pero ya sabe usted que una mujer tiene nula capacidad de elección, y mi padre se negó por completo. Me lo arrebataron, se lo llevaron a un lugar infame donde van los niños a los que nadie quiere… —Volvió a tomar asiento, esta vez en una butaca más cercana a la mía—. Como si nadie lo quisiera, a mi pequeño… Lo que yo sufrí, señora Lennox, no se lo deseo ni a mi peor enemigo. El caso, como le digo, es que mi padre quería la mejor posición social para mí, cosa que no podía importarme menos en aquel momento, yo solo tenía una preocupación en mente… Me casaron con un hombre que casi me doblaba la edad. No me interpreten mal, Henry es un buen hombre, pero no era el futuro que yo quería. Mi padre se empeñó en convertirlo en alcalde para que yo fuera primera dama y así, desde una posición de poder, nadie se atreviera a alimentar las habladurías que circulaban sobre mí…

—Habladurías ciertas —interrumpió Lawrence.

—Muy ciertas —confirmó ella con una mirada algo agresiva—. El caso es que gracias a la hermana Mildred estaba al tanto de lo que le iba sucediendo a mi pequeño. Ella me tenía mucho aprecio y sabía lo importante que era para mí saber de él. Planeé convencer a Henry para adoptar un niño, pero los Cooper se me adelantaron y ya no pude hacer nada. —Suspiró con resignación—. Decidí entonces que lo mejor, si no podía derrotar al enemigo, era unirme a él. Y resolví abrazar la vida que se suponía que me correspondía sin oponerme. Cuando intenté acercarme a las que ahora son sus amigas, me rechazaron. Por aquel entonces, solo eran tres: Montgomery, Newman y Wallace. Me hicieron unas insinuaciones feísimas sobre que tenían sospechas de que los rumores que circulaban sobre mí eran ciertos. El señor Montgomery había fallecido hacía poco y Constance era todavía la mujer más respetada de Cheltenham. Me dijeron que debía acercarme a mujeres de mi misma condición. Me despreciaron, señora Lennox, y yo era poco más que una niña. Con los años, se les unieron el resto de mujeres que conforman ese pequeño aquelarre del que tanto disfrutan, y debieron de hablar mucho de mí, porque acostumbraban a mirarme por encima del hombro… —Resopló con ira contenida.

—No son malas mujeres, se lo puedo asegurar… —las defendí.

—Esa es su opinión, señora Lennox, pero lamento disentir. Esas «damas» me han mirado siempre con aires de superioridad. Toda la ciudad me teme o me desprecia por su culpa. Llevo casi veinte años aguantando estoica todo lo que se ha dicho de mí, relacionándome con las mujeres casadas de la alta sociedad, en quienes no puedo tener menos interés… Y que estoy segura de que tampoco me aprecian en realidad, solo se interesan por mi posición social. —Chasqueó la lengua—. Por eso, cuando apareció usted, señora Lennox, pensé que podía ser diferente. No me conocía, no sabía

nada de mí, y venía de América, nada menos, una tierra que se supone más abierta de mente… Pero ni siquiera se molestó en contestar a las invitaciones que le envié…

—Ni a las suyas ni a las de nadie —confesé—. No se lo tome como algo personal.

—Bueno, el caso es que la pandilla de viudas se me adelantó y, para cuando quise acercarme a usted, ya le habían hablado de mí. —Suspiró de un modo exagerado—. Supongo que al final me he convertido en la mujer odiosa que dicen que soy… Pero usted tampoco me lo puso fácil, Clementine. Cada gesto, cada desafío… El vestido verde París, ese beso que se dieron… Ha intentado ridiculizarme desde el principio, pero ¿sabe qué? Está olvidado. —Hizo un ademán con la mano—. Dejaré de investigar sobre ustedes, estoy demasiado cansada de todo. Pero, por lo que más quieran, no le digan a Billy la verdad. No beneficiaría a nadie. Él no quiere ser hijo de la mujer más odiada de la ciudad, mi marido no merece ese escándalo y yo… Bueno, he aprendido a vivir en la sombra. Conseguí tenerlo cerca, aunque fuera de ese modo, y le compré la casa de sus padres en Stroud para que pueda establecerse aquí con esa doncella suya… Si eso es lo que él quiere, yo no aspiro a más. Puedo verlo a diario y comprobar que se está forjando una vida que le hace feliz, con eso me basta. Él no sabe que la compré yo, por supuesto. Confío en que sean discretos.

—Pero él merece más que eso. Tiene un origen, una posición, y merece saberlo —terció Lawrence con tono firme.

Margery volvió a chasquear la lengua.

—Solo una mujer carga con ese peso, parece que a todo el mundo se le olvida que hicieron falta dos personas para concebirlo… ¡También el hombre que lo engendró tiene una posición!

—¡¿Quién es?! —exclamó Lawrence con más actitud de vecina fisgona que de caballero distinguido.

Margery nos miró a ambos alternativamente y luego hizo una mueca como si ya todo le diera igual.

—Malcolm Stewart. —Repitió ese ademán con la mano con el que nos llevaba obsequiando toda la tarde—. Pero si es igual a él, me sorprende que la gente no lo haya visto…

—¡Por el amor de Dios! Pero ¿es que ese hombre ha decidido dejar su huella en todas las damas de Cheltenham? —casi grité de la impresión—. Desde luego, no puede haber una sola que se sienta excluida…

—¡Clementine! —Lawrence dejó escapar una carcajada.

Margery chasqueó la lengua de nuevo.

—No debí decir nada. —Suspiró.

—¿Él lo sabe? —pregunté.

—No, nunca le dije nada. Fue un *affair* tonto. Él seguía muy enamorado de su esposa fallecida y yo… En principio pensé que estaba enamorada, pero con el embarazo todo pasó a un absurdo segundo plano. Nunca se lo confesé, no era necesario implicarlo en un escándalo… Mi padre lo habría matado y, aunque no estaba enamorada de él, sí le tenía aprecio.

—Pero ¿no anda Stewart buscando un heredero? Quizá, si se lo decimos, quiera reconocerlo y le dé a Billy la vida que merece.

—Podría ser. —Margery se encogió de hombros, parecía más derrotada que nunca.

—¿No le parece que sería justo?

—Supongo que sí. Podemos ir a hablar con él y terminar con esto de una vez. Pero les pido que me dejen al margen. Inventaremos una historia de una madre muerta en el parto y de un padre que no

sabía de su existencia, pero les ruego que no me impliquen, por favor.

—De acuerdo —asintió Lawrence y yo lo confirmé con un movimiento de cabeza.

—Está bien, pues vamos. —Margery se puso en pie—. Acabemos con esto cuanto antes.

—¿Ahora? —Se sorprendió Lawrence—. Es tarde, mejor mañana…

—No es tan tarde, señor Lennox.

—Insisto, mejor mañana. —Lawrence se puso de pie y me indicó con un gesto que hiciera lo mismo—. Estaremos aquí a primera hora.

—Como quieran. —Margery puso los ojos en blanco con hastío—. Hasta mañana, entonces.

—Hasta mañana, señora Wickham.

Capítulo Cuarenta Y Dos



En cuanto pusimos un pie fuera de la mansión Wickham, Lawrence tiró de mí con prisas. Atravesamos el jardín a toda velocidad, como si el tiempo se nos fuera a acabar antes de llegar al carruaje.

—A casa, Clifford —pidió al cochero antes de prácticamente empujarme dentro del vehículo.

Yo seguía conmocionada por la historia de Margery y por el modo algo diferente en que la veía ahora, pero Lawrence parecía estar tramando un plan del que yo era totalmente ajena. Casi podía oír el rumiar de sus pensamientos en el interior de su cabeza.

—¿Se puede saber a qué viene la urgencia? —le pregunté—. ¿Qué es tan importante? Tendríamos que haber ido a hablar con el señor Stewart hoy mismo… Es un poco tarde, sí, pero la ocasión lo justificaba… Temo que Margery se arrepienta y mañana lo niegue todo… ¡O desaparezca! Quizá le hemos dado la posibilidad de escapar…

—¡No va a escapar! —Hizo un movimiento con la mano muy similar a los que había hecho ella toda la tarde para descartar esa idea.

—En cualquier caso, ¿me vas a explicar a qué venían esas prisas?

—Te voy a dejar en casa, y tienes que localizar a Lizzie y a Billy. A estas horas es más que probable que estén juntos.

—¿«Me dejas» en casa? ¿A dónde vas tú?

—A buscar al reverendo O'Neill, por supuesto.

—¿Al reverendo? —Lo miré tan sorprendida como si me acabara de anunciar que se iba a ordenar monje franciscano—. ¿Para qué? ¿Vas a confesar tus pecados?

Él dejó escapar una carcajada que inundó el cubículo y debió de salir al exterior a por un poco de aire fresco, porque desde luego que no cabía ahí dentro.

—En absoluto. —Llevó una mano a mi cuello y me acarició con intención—. De algunos de mis pecados estoy orgulloso, y, de los que no, no se tiene por qué enterar nadie… Se vendrán conmigo a la tumba.

Abrí la boca con la duda latente de si preguntarle por esos pecados o mejor por la huida de casa de Margery y lo del reverendo. Pesaba más la segunda opción, pues la certeza de no ir a obtener respuesta alguna de la primera era una realidad.

—¿Me explicas lo del reverendo, por favor? —Cogí la mano que tenía en mi cuello y la sostuve con la mía.

Lawrence me miró como si lo que iba a decir fuera lo más evidente del mundo.

—Se tienen que casar esta noche —dijo con la misma naturalidad que habría dicho que teníamos que invitarlos a cenar.

Parpadeé confusa.

—¿Perdona? ¿Quiénes?

—Lizzie y Billy, por supuesto.

Me quedé en silencio, tratando de procesar la información. La conmoción de todo lo que se había revelado esa tarde me hizo

tardar más de lo razonable en asimilar sus palabras.

—Insisto: ¿perdona?

—Tienen que casarse esta misma noche, Clem. Antes de que el señor Stewart se entere de que tiene un heredero e intente oponerse a que su hijo se case con una criada… No digo que quiera meter a Billy en algún compromiso de conveniencia con una dama más… rentable, aunque nunca se sabe. Pero de que no va a querer que se case con nuestra Lizzie estoy seguro.

—¿Y crees que casarse de modo clandestino es lo mejor para ellos?

—Si se casan ahora, su situación será ya un hecho consumado cuando el señor Stewart se entere. Y lo que ha unido Dios, ni el mejor apellido de todo Cheltenham puede separarlo.

—¿Y *Stewart* es el mejor apellido de todo Cheltenham? ¿Lo crees?

—Por supuesto que no, querida. —Me besó la mano e hizo un gesto sugerente con las cejas—. El mejor es Lennox, sin duda alguna… Porque es el nuestro y porque lo legitimamos en una buhardilla polvorienta. Nada es más especial que eso. —Sonrió con descaro y creo que me ruboricé un poco.

—¿Crees que es cierto lo que ha dicho Margery de las viudas? ¿Crees que son tan malvadas como dice? —pregunté para cambiar de tema.

—No dudo que ella lo crea —confirmó—. Es tal como ella lo ha vivido. En toda historia hay tres versiones: la de uno, la del otro y la verdad. Sabemos la de las viudas y sabemos la de Margery… Seguramente la verdad esté en algún punto intermedio…

Asentí con la cabeza ante sus palabras. En ese momento, el carruaje se detuvo con un movimiento brusco y me sobresalté.

—Hemos llegado —me dijo—. Convence a Lizzie y a Billy, no creo que te cueste mucho, y acude con ellos a la iglesia. Te espero allí. —Bajó de un salto antes de que lo hiciera el cochero y luego me ayudó a apearme a mí. Se despidió con un beso que duró un poco más de lo que dicta el decoro que los matrimonios deben dedicarse en público y sonrió al separarse de mí.

—Os espero allí. ¡No tardéis!

Y sin darme opción a réplica, se subió de nuevo al carruaje y desapareció por el camino. Me giré hacia la casa y tomé aire. Tenía que convencer a Billy y Lizzie para que se casaran esa noche, sin poder explicarles el motivo, y lo peor de todo era que empezaba a parecerme una idea maravillosa.



Los hallé en el invernadero, sentados muy cerca el uno del otro frente a las azaleas. Las cabezas de ambos se inclinaban hacia una misma flor rosada que parecía estar contándoles algún secreto. Ni siquiera repararon en mi presencia hasta que hablé.

—Lizzie…, Billy.

Ella alzó la cabeza sobresaltada. Él se giró más despacio, con sorpresa, pero más contenida. Se me quedaron mirando con expresión grave, como si hubieran notado algo distinto en mi tono, en mi modo de dirigirme a ellos.

—¿Ocurre algo, señora Lennox? —preguntó Billy al momento.

—Sí, bueno, no. En fin, no tenéis de qué preocuparos, pero necesito que os fieis de mí y que hagáis lo que os voy a pedir. Sin preguntas.

Ambos se incorporaron con la confusión pintada en la cara.

—Necesito que me acompañéis —continué—. A la iglesia.

—¿A la iglesia? —repitió Lizzie, tan confundida como yo cuando Lawrence me había dicho esas mismas palabras.

—El reverendo O'Neill nos está esperando, con mi esposo, claro está.

Los dos se miraron entre ellos y luego a mí.

—¿Por qué? —insistió Billy—. ¿Qué ocurre, señora Lennox? ¿Y qué tiene que ver con nosotros?

—Oh, ¿van a renovar sus votos y nos necesitan de testigos? —Lizzie juntó las manos sin poder contener la emoción—. ¿Es eso? Eso sería un honor para mí, señora, nada me haría más feliz.

—No, no es eso, Lizzie. —Sonreí—. Y estoy segura de que hay algo que te haría más feliz, y es eso justo lo que necesito que hagáis esta noche. —Carraspeé brevemente—. Os tenéis que casar, vosotros.

El invernadero entero enmudeció de golpe. Hasta el mundo al otro lado de esas paredes de cristal pareció haberse callado para nosotros. Lizzie dio un paso hacia mí, con la cara colorada.

—¿Qué dice, señora? ¿Casarnos esta noche? ¿Nosotros? ¿Por qué?

—No os lo puedo explicar, Lizzie, ya te lo he dicho. Pero necesito que confiéis en mí, de verdad. Van a pasar «cosas» que podrían cambiarlo todo… O quizá no, pero por si acaso.

—Pero… ¿qué cosas, señora Lennox? —quiso saber Billy con más confusión que miedo en la voz.

—Os he pedido, por favor, que no me hagáis preguntas. Si vuestra intención es casaros y pasar el resto de vuestra vida juntos, puede que esta noche sea vuestra última oportunidad. Hacedme caso.

—Yo confío en usted, señora —aseguró Lizzie—. Pero ya depende de Billy. Igual para él es demasiado pronto… —Se giró hacia su

prometido—. ¿Qué piensas, Billy? ¿Es pronto para ti?

—Oh, Lizzie, ¿pronto? Viajaría al día de ayer para casarme antes y ser durante veinticuatro horas más tu marido… Volvería al May Day para ganar unas semanas… Incluso regresaría al momento en el que nos conocimos para casarme contigo en ese mismo instante y no haber perdido ni un solo día sin ti…

A Lizzie le subió el color hasta las orejas y a mí se me escapó una sonrisa provocada por la inocencia de ese muchacho encantador.

—Por el amor de Dios, Billy —exclamé divertida—, deja algo para la noche de bodas.

Él se puso colorado también en ese momento y Lizzie le tomó la mano emocionada.

—¿Está decidido, entonces? Bien, venid conmigo. —Respiré aliviada por lo fácil que había sido esa parte—. El carruaje está en la puerta, y Lawrence nos espera en la iglesia con el reverendo.

Salí del invernadero y eché un vistazo a la propiedad. Era un terreno extenso que abarcaba más de lo que alcanzaba la vista.

—Lizzie, la casita aquella, ¿sabes si está habitada por alguien ahora mismo?

—¿Old Rose Cottage? No, señora. Dice la señora Harper que la reserva para cuando ustedes den su primera fiesta y tenga que contratar más personal, para hospedarlos…

Dejé salir la risa entre dientes ante las fantasías del ama de llaves.

—¡Señora Harper! —grité de camino a la casa al tiempo que aumentaba la velocidad de mis pasos.

Lizzie corrió tras de mí para tratar de alcanzarme.

—Pero no la riña por eso, no le diga que se lo he contado… No sabía que era malo, señora Lennox.

Sonreí por sus palabras, pero no me dio tiempo a aclararle nada, porque el ama de llaves había oído mis gritos y salió de la casa a mi encuentro.

—¡Señora Lennox, ¿qué ocurre? ¿Hay algún problema?!

—Necesito que se ocupe de Old Rose Cottage inmediatamente. La quiero preparada para esta misma noche. Se van a quedar allí una temporada… —Miré de reojo a Lizzie y disimulé una sonrisa antes de añadir—: los Cooper. —A mi doncella le entró una risita tonta que su prometido secundó—. El señor Billy Cooper y la que será su esposa esta noche, nuestra Lizzie.

La señora Harper nos miró atónita a Lizzie y a mí sin entender lo que estaba pasando.

—No hay tiempo para explicaciones, señora Harper. Confío en usted, sé que dejará esa *cottage* digna de una luna de miel. Ahora nos marchamos, en un par de horas estaremos de vuelta. Que le eche una mano el personal que necesite, pero que los recién casados puedan instalarse esta misma noche, por favor.

—Por supuesto, señora Lennox.

Y no le di tiempo a decir nada más, porque la pareja de novios y yo salimos de allí a toda prisa.



La iglesia estaba débilmente iluminada, solo por unos pocos candelabros prendidos y los últimos rayos del atardecer que se colaban por las vidrieras. Ese día, a esas horas, se me antojó más antigua que nunca, como si llevara siglos en pie esperando ese momento. Al igual que tantos otros similares en el pasado que habían tenido lugar entre esas paredes.

El reverendo O'Neill aguardaba paciente junto al altar, con la clase de paciencia que se consigue del clero a cambio de unos cuantos billetes, no tuve duda de ello. Según me contó Lawrence más tarde, había aceptado sin demasiadas preguntas, pero no perdió ocasión de comentarnos que la situación le parecía poco ortodoxa.

Y allí estaba Lawrence, junto a él, con las manos cruzadas a la espalda como si estuviera de visita en su propia boda. Y durante un momento, pensé fugazmente en cómo podría haber sido nuestra boda… En fin, nunca lo sabríamos.

—Han llegado —avisó al reverendo en cuanto nos vio.

Billy y Lizzie entraron detrás de mí. Ella se secaba las palmas, nerviosa, en el vestido y él avanzaba con la cabeza bien alta y los ojos un poco más abiertos de lo normal, pero a buen ritmo. Lawrence se acercó a él y le puso las manos en los hombros como habría hecho un padre con su hijo. Luego le dedicó una mirada que pretendía ser más formal de lo que en realidad era.

—Pasará rápido. Tienes diez minutos para recordar cuánto la amas y decirlo en voz alta. Es la decisión más definitiva de todas. Después, no podrás echarte atrás.

Billy tragó saliva y asintió.

—Estoy tan seguro como usted, señor Lennox —confirmó Billy.

Lawrence me dedicó una mirada fugaz y una sonrisa antes de hablar:

—Esa es la actitud, muchacho.

Lizzie, entonces, se giró hacia mí.

—Debería haberme puesto mi vestido bonito, señora —lloriqueó —. No tengo ni flores.

—Querida Lizzie. —Lawrence se acercó a ella—. Estoy seguro de que tanto Billy como nosotros guardamos en nuestra mente el

recuerdo de ese día maravilloso en el que parecías un jardín ambulante… Confía en mí, hoy no te hace falta. Para decirle «sí, quiero» a este chico solo necesitas que te salga del corazón. —Se giró para dirigirse ahora a ambos—: Y si en el futuro queréis hacer una celebración más a lo grande, podéis hacerla.

—Sí, claro. —Bufó Lizzie con una risotada ronca—. No sé cómo lo íbamos a celebrar.

—Nunca se sabe, Lizzie, querida —murmuré—. De momento, solo tienes que decir que sí.

Ella asintió y sonrió con esa dulzura suya que hacía que una parte de mí quisiera protegerla, y otra se preparara para cuando ya no pudiera hacerlo.

—Si sigues sonriendo así —le advertí—, la gente puede llegar a pensar que el mundo no es un lugar tan horrible. Vamos a tener que corregirte eso.

—Oh, señora —se rio más fuerte—, qué cosas tiene…

El reverendo resopló frustrado y luego se aclaró la garganta.

—Entonces… Si todos están listos…

Obedecimos y nos colocamos como nos indicó. Lawrence a un lado de Billy. Yo junto a Lizzie, sujetándole una mano sin que nadie me lo pidiera. Solo estábamos nosotros y la iglesia sonaba más vacía que nunca.

La voz del reverendo rompió la quietud con esa solemnidad que tienen las sentencias que lo cambian todo.

—Nos hemos reunido aquí para unir en santo matrimonio a Elizabeth Collins y William Cooper…

Lizzie temblaba a mi lado y Billy la miraba como si no terminara de creer que lo que estaba pasando era real.

—… para amarse y honrarse en la alegría y en las penas, en la salud y en la enfermedad…

Lawrence me buscó con la mirada y me guiñó un ojo. Yo apreté la mano de Lizzie para transmitirle toda la calma que pude, aunque en realidad no sabía cómo se sentía porque yo no había pasado por ello.

Lawrence me miraba fijamente y cuando Billy pronunció su «sí, quiero», él lo vocalizó también sin emitir sonido alguno, pero sin apartar su vista de mí. Cuando llegó el turno de Lizzie, Lawrence me hizo un gesto con la cabeza, entendí que me invitaba a que lo vocalizara yo también, pero me limité a abrir los ojos con una exageración desmedida y a negar con la cabeza. Lawrence sabía perfectamente que mis sentimientos por él habían cambiado, pero yo no pensaba dejar que las viejas costumbres se perdieran. Intentó contener una carcajada que se le escapó de lo más hondo del pecho, pero con lo que ni siquiera lo intentó fue con el impulso que le hizo salvar la distancia que nos separaba y besarme.

—¡Señor Lennox! —lo reprendió el reverendo—. ¡Estamos en la casa de Dios! Su actitud es de lo más inapropiada. Si no se comporta, voy a tener que pedirle que abandone el templo.

—Disculpe, reverendo O'Neill, me comporto, se lo prometo.

Carraspeó y volvió a su lugar junto al novio.

—Por el poder que me ha conferido la Iglesia, yo les declaro marido y mujer. Puede besar a la novia.

Y entonces se besaron.

No fue un beso largo. Tampoco perfecto o elegante. Pero fue sincero, tan real como lo eran Lizzie y Billy. Tan dulce y tan feliz como ellos. Tanto que hasta por un momento pareció que amanecía en lugar de atardecer.

—¿Ellos sí pueden? —pinchó Lawrence al reverendo una vez más, que trató de fulminarlo con la mirada, aunque no lo consiguió ni por asomo.

Los demás nos reímos.

Cuando todo acabó, Lizzie volvió a abrazar a Billy como si tuviera miedo de soltarlo y que desapareciera. Lawrence le dio una palmada en la espalda al reverendo, que murmuró algo ininteligible, y yo los insté a que dejáramos en paz al buen hombre y nos marcháramos de allí.

—¿Y ahora? —preguntó Billy sin soltar la mano de su reciente esposa.

—Ahora sois marido y mujer —respondí—. Pase lo que pase en los próximos días, nadie podrá quitaros eso.

Lizzie me miró. Sus ojos brillaban.

—No sé quién iba a querer quitarnos eso, pero gracias —dijo en voz baja. Luego pareció pensar algo y dio un respingo—. ¿Qué puede pasar en los próximos días? —Bajó la voz para que solo la escuchara yo—. ¿Acaso sabe de alguna otra muchacha que pretenda a mi Billy, señora?

—¡No! —Me reí—. No te preocupes por eso. Y las gracias no me las des a mí —murmuré, volviéndome hacia Lawrence—. Él fue quien tuvo la idea.

Lawrence se limitó a inclinar la cabeza, como quien ya tiene todo lo que quiere y no necesita ni reconocimiento. Y entonces salimos de la iglesia los cuatro. En silencio, aunque con la sensación de haber ganado algo importante. Pasara lo que pasara cuando se revelara la gran noticia, ellos ya estaban unidos para siempre.

Capítulo Cuarenta Y Tres



La conversación que mantuvimos Margery, Clementine y yo con el señor Stewart fue mucho más breve y razonable de lo que habría cabido esperar, dado el tema sobre el que versaba. Le dijimos la verdad a Malcolm Stewart, no tratamos de adornarla de ningún modo. El mensaje principal estaba claro y a eso debíamos ceñirnos: Billy era su hijo. Ese hijo que no sabía que tenía, el que Margery había escondido como quien entierra un secreto y planta encima un rosal. De cara a la galería, las flores resultan divinas, pero encubren un misterio que sigue latiendo ahí abajo, ajeno y solitario, como todo lo que se oculta demasiado tiempo y se intenta amar desde la distancia.

Cuando dejamos caer la noticia en el elegante salón del señor Stewart, vimos a un hombre doblarse. No de desconfianza o de culpa, sino de algo más raro en los hombres de su clase: de emoción. En ningún momento intentó negarlo o pidió pruebas. Le bastó con escuchar la descripción que Clementine —que era, de los presentes, la que más lo conocía— hizo del chico: el tono de voz, el gesto al pensar, una hendidura en la barbilla que casi se la partía por la mitad…, ya no necesitó más. Se llevó una mano al mentón, a su

propia hendidura descrita con tanta exactitud, como si fuera un acto reflejo, y asintió con calma. Como si ese gesto lo conectara con su vástago perdido de algún modo.

Aceptó la historia y habló de reconocer al muchacho sin dudarlo ni un instante. Aseguró que le daría su apellido y que lo acogería legalmente en su casa, en su vida. No le importó lo más mínimo que ya fuera adulto, aunque sí lamentó que hubiera crecido ajeno a la verdad. Su conclusión fue que más valía un hijo encontrado tarde que no encontrado. Se le notaba en la voz, en el gesto, en la actitud: irradiaba orgullo por ese hijo al que todavía no conocía.

No tardamos en ponernos de acuerdo acerca de lo esencial: que Billy no debía saber quién era su madre. Margery exigió esa parte y todos se lo concedimos, incluido Stewart.

A continuación, tuvimos que definir la historia. Debía ser convincente y consecuente con lo que Clementine y yo habíamos descubierto meses atrás. Así que le dimos forma con toda la precisión de la que fuimos capaces:

La madre de Billy —una mujer con la que Malcolm Stewart mantuvo una relación breve e intensa— había muerto en el parto sin que él lo supiera y sin que nadie le notificara nada. El niño fue entregado al orfanato sin apellido y sin historia. Y desde allí, los Cooper lo adoptaron. Años después, Stewart descubrió la verdad gracias a un mensaje anónimo que desembocó en una investigación privada.

Billy se lo creyó. No porque fuera ingenuo, sino porque llevaba años esperando una verdad, la que fuera. Los Cooper nunca le ocultaron que era adoptado y siempre había sentido curiosidad por su origen verdadero. En el relato que le ofrecimos había dolor, sí, pero también la dignidad que busca alguien en esa situación. Porque

no se le retrató como un error del que alguien quería deshacerse, sino como una pérdida rescatada al fin con dificultades y esfuerzo.

Desde ese momento, Stewart actuó como si el muchacho siempre hubiera estado con él y solo acabaran de reencontrarse tras un breve periodo separados. No como un hijo postizo o bastardo, sino como un hijo legítimo que simplemente llegó algo más tarde de lo habitual. Empezaron juntos una nueva vida en la mansión de los Stewart (porque ahora son dos) y el recién estrenado padre se preocupó de moldearlo y de enseñarle lo que debía saber un hombre de su posición.

Y Billy… Billy pasó a llamarse William Stewart y hasta dio la impresión de que caminaba distinto. No se volvió arrogante, ni mucho menos. Tampoco cambió su carácter ni su modo de mirar a Lizzie como si no pudiera creer su suerte. Lizzie, nuestra Lizzie, a la que a partir de entonces toda la ciudad empezó a conocer como Elisabeth Stewart. Ambos aceptaron el apellido con un gran respeto, como si fueran conscientes de que, por una vez, el mundo les había dado algo más de lo que podían haber soñado.

La ciudad tardó poco en acostumbrarse a verlos como «el joven Stewart y su dulce esposa». Y Margery, que (y en eso debo admitir que se parece a mí) nunca ha perdido la oportunidad de colocarse justo donde sopla el viento, no tardó en añadir a nuestra Lizzie a su círculo de amistades. La joven pasó de servir el té a tomarlo, y si le costó unos días recordar que ya no debía hacer reverencias a las que ahora eran sus semejantes, lo disimuló con esa gracia suya tan adorable que hasta las damas más estiradas de Cheltenham acabaron copiándole el peinado. Tener la bendición del alcalde y la primera dama, sumada al apellido de Stewart, era más que suficiente para abrir cualquier puerta de la alta sociedad. Billy y Lizzie se convirtieron en «la pareja joven del momento», por lo

peculiar e interesante de su historia para unas gentes tan aburridas que solo buscaban un buen chisme con el que llenar sus días. Nadie los hizo de menos ni se burló de su origen, pues no podían hacerlo sin ofender a Malcolm Stewart. Y él era un hombre que se había ganado a pulso (y a algo más) la simpatía de todo Cheltenham, en especial de las damas.

Clementine echó de menos a Lizzie enseguida. Se le notaba en pequeños gestos, cada cosa que tenía que hacer con su nueva doncella, Mary, le sacaba un suspiro. Por otra parte, era consciente de que había perdido una doncella leal y servicial, pero había ganado algo más valioso: una amiga.

Lizzie comenzó a venir de visita, de cuando en cuando, cada vez con más naturalidad. Las primeras veces parecía sentirse entraña al ver a sus antiguos compañeros desde una posición nueva, pero su trato hacia ellos no era diferente. Todavía se tensaba y aguantaba la respiración si escuchaba a la señora Harper levantar la voz. Con sus nuevos vestidos y su recién estrenado apellido, pero nuestra Lizzie de siempre. Clementine y ella hablaban durante horas. A veces a solas, otras con Billy y conmigo, aunque nos ignoraban como si no fuéramos más que parte del mobiliario. Clementine escuchaba, sonreía y daba consejos. Era feliz, y yo lo era a mi vez solo por verla así. Los días de esa sombría y arisca mujer de luto habían terminado.

Clementine y yo comenzamos a retirarnos cada vez con más asiduidad al único espacio en el que no éramos el centro de atención y sí más nosotros mismos: nuestro tiempo juntos. Dejábamos pasar los días como queríamos. A veces trabajando codo con codo, otras sin hacer nada más útil que encadenar carcajadas provocadas por tonterías. Dormíamos cada noche en su cama o en la mía, indistintamente, pero siempre juntos. No lo planeamos ni lo dijimos

nunca en voz alta, pero nos hicimos adictos a esa rutina tácita. A esa intimidad que solo era nuestra.

Yo sabía que la amaba, no tenía la más mínima duda. Hacía mucho que estaba seguro de que ya no iba a huir de allí, de ella. Solo quería pasar todo el tiempo posible a su lado. Y lo más sorprendente de todo era que ella… me correspondía. No con una declaración formal o con palabras bonitas, pero sí con su modo silencioso de hacerme saber las cosas: una mano que buscaba la mía a la menor ocasión, un «ven conmigo» susurrado al oído en mitad de una conversación con los criados, un «quédate» si hacía el amago de levantarme de su cama por la noche… Me quería, a su manera. Y yo no necesitaba más.



Aquella mañana, me desperté el primero. No me movió el insomnio o un remordimiento, sino el puro placer de hacer algo por ella. La dejé en mi cama, desnuda y envuelta en una sábana revuelta, como más me gustaba verla descansar. Tenía una pierna sobre la tela y el pelo alborotado en la almohada como si se hubiera quedado traspuesta sobre un tornado. Quizá lo que habíamos hecho la noche anterior se le parecía bastante. Dormía profundamente y parecía soñar, aunque con algo que no me diría nunca, porque hay ciertas cosas que no cambian, y así debe ser.

Me vestí sin hacer ruido y salí de mi dormitorio con la intención de volver con una bandeja de desayuno: café fuerte, tostadas…, puede que incluso mermelada si nuestra cocinera había estado inspirada el día anterior. Quizá incluso flores frescas, si el jardinero no había elegido justo esa noche para regar y encharcar así mis

planes. La casa aún dormía, pero el sol ya comenzaba a colarse por los rincones sin pedir permiso.

Encontré en la cocina todo lo que buscaba y lo preparé para llevarlo a mi dormitorio. No porque quisiera impresionarla, más bien porque me encantaba verla comer en mi cama. Si por mí fuera, pasaríamos el día entero sobre ese colchón, era todo lo que podía desear.

Aunque fuera un papel falso, yo me sentía su esposo, nos sentía como un matrimonio más real que cualquiera de los que conocíamos. Y mi manera de hacérselo saber y de sentirme así era cuidando estos pequeños detalles.

Capítulo Cuarenta Y Cuatro



Los primeros rayos de sol se colaban a través de las cortinas como para darme los buenos días. Giré sobre mí misma, con intención de ver si Lawrence todavía dormía, pero su lado estaba vacío. Algo llamó mi atención sobre el colchón, donde debería haber estado él: una llave. Una llave no, «la» llave. Esa que siempre llevaba al cuello, esa que no se quitaba nunca, ni siquiera para bañarse o hacer el amor. Y ahí estaba ahora, sola y a mi alcance. Me despejé de golpe. Alargué la mano y la cogí de inmediato, como si tuviera miedo de que apareciera alguien y me la quitara. No sabía dónde estaba Lawrence, podía ser él mismo el que llegara en cualquier momento y truncara mi posibilidad de saber lo que todavía ignoraba. La sostuve entre mis dedos un momento y el corazón comenzó a latirme con fuerza al ser consciente de que por fin estaban todas las respuestas a mi alcance. Quizá debí haberla dejado donde estaba; en el fondo, sabía que no podía traer nada bueno, pero aun así me puse la camisa de lino que estaba enredada entre las sábanas y salté de la cama.

Me arrodillé frente al baúl y lo abrí. El clic fue suave, igual que el crujido de una grieta un instante antes de que todo un muro se

venga abajo. La cerradura se abrió sin un quejido, como si hubiera estado esperándome para contarme su verdad. A simple vista, solo una manta cuidadosamente doblada daba a entender que eso era lo que contenía, pero al levantarla encontré mucho más: una carpeta de cuero, una caja forrada de terciopelo, multitud de cuadernos…

En ese punto, todavía podía elegir entre volver a cerrar el cofre y creer en él o ver qué era todo eso y averiguar quién era ese hombre, lo que me llevaba atormentando desde que lo había conocido. Las palabras de Star vinieron a mi mente en ese momento: «Nunca olvide su relación consigo misma, querida, ya nos ignora bastante la sociedad como para que lo hagamos también nosotras». Y las interpreté de un modo diferente a como lo había hecho la vez anterior. Me elegí a mí. Necesita saber, merecía saber, aunque lo que averiguara pudiera destrozarme a mí y la vida que estábamos construyendo juntos.

Con las manos temblorosas por el miedo a la dimensión de lo que pudiera encontrar, saqué la carpeta. Contenía papeles: nombres, fechas, certificados de nacimiento, de defunción, de matrimonio, cartas de recomendación… Todos a nombres diferentes: Nicholas Rockwell, Charles Danes, Alexander Crawford… Y muchos muchos otros.

Todos y cada uno de los papeles estaban escritos con su caligrafía impecable e inconfundible.

La caja contenía joyas: pendientes, collares, pulseras, perlas, diamantes, anillos, incluso alguno parecía de compromiso…

Los cuadernos tenían cada uno un nombre en la cubierta. Abrí uno al azar y parecía ser la biografía de un hombre, con multitud de detalles de su vida. Y en la primera página, la línea más sorprendente de todas: «Objetivo: Katherine Taylor (viuda)». Un escalofrío me heló los huesos, pero seguí mirando. Otro cuaderno

similar con otro nombre de hombre y el de otra mujer como objetivo, también viuda. Los ojeé rápido hasta que encontré el que más me llamó la atención: «Lawrence Lennox». Objetivo: Clementine Lennox (se hace pasar por viuda). Leí por encima todo lo que Clementine y yo habíamos hablado durante el viaje y una congoja comenzó a treparme por las entrañas. A esto se dedicaba: a estafar mujeres, a engañarlas… Y yo solo era una más, solo había sido un nombre más, un «objetivo» más. Y lo peor de todo era que siempre lo había sabido. Era un estafador, un embaucador, y yo había caído en sus redes como todo el mundo en Cheltenham, como todas y cada una de esas pobres damas que no eran para él más que títulos, joyas y nombres en un papel.

El aire se volvió espeso y mi respiración se tornó algo superficial.

La puerta se abrió y yo me giré de golpe. Él entraba con una bandeja en las manos: café, tostadas, mermelada, creo que hasta flores frescas… Pero al verme junto al baúl, rodeada de lo que había encontrado, se detuvo y el color se le fue del rostro. Dejó la bandeja en la mesilla y se llevó una mano al pecho, donde siempre llevaba la llave, pero, por supuesto, no la encontró.

—¿Qué es todo esto? —mi voz sonó vacía, parecía la de otra. Me sentía completamente desvinculada de él, volvía a ser el odioso estafador que había irrumpido sin permiso en mi casa y en mi vida.

No respondió y yo le mostré las joyas.

—¿De quién es todo esto?

Continuó sin decir nada, pero cerró la puerta del dormitorio.

—¿A cuántas mujeres has engañado?

Guardó silencio durante un momento más, pero luego, con palabras roncas, murmuró:

—A muchas.

La verdad me golpeó con fuerza en la boca del estómago. No sentí sorpresa, solo decepción.

—¿Te casaste con ellas?

—No.

—¿Los certificados son todos falsos?

—Sí.

—¿Tuviste relaciones con ellas?

Bajó la mirada y su mandíbula se tensó.

—Con algunas, sí.

—¿Con cuántas?

—Demasiadas —murmuró.

—¿Qué eres? ¿Como una meretriz? —casi grité por la repulsión que supuso imaginarlo.

—No es tan sencillo…

—Pues explícamelo.

—Lo sabías, Clem. En el fondo, lo sabías… Te dije que había sido muchos hombres, pero que los había matado a todos —murmuró—. No estoy orgulloso de mi pasado, pero no puedo cambiarlo.

—Yo no sabía nada. Nunca me contaste la verdad. No debí confiar en ti... Esas pobres mujeres… ¿Qué hiciste con ellas?

—Les di lo que necesitaban: apoyo, esperanza, placer…

—¿Y qué hiciste después? ¿Les robaste y desapareciste? Eres un ser despreciable.

De nuevo, no hubo respuesta.

—¿También ibas a hacerlo conmigo? —Las palabras se me trabaron casi antes de salir de mi boca—. Ese era tu plan, claro. Nunca he sido otra cosa para ti.

—Sabes que no. —Se permitió una fisura en el tono, tan calculada como falsa.

—¿Que no? Yo no sé nada. —Levanté el cuaderno de «Lawrence Lennox»—. Lo único que sé es que soy un objetivo más.

—Lo fuiste, lo sabes… Igual que sabes que me enamoré de ti hace tiempo, que contigo soy yo de verdad.

—¡Todo en ti es una mentira! Tu «yo de verdad» es una mentira. No hay nada de verdad en ti. —Me puse de pie airada.

Sus ojos se alzaron hacia los míos. Su mirada cargaba una desesperación que no le conocía; sin duda, era un gran actor capaz de fingir hasta el límite.

—No es mentira, Clem, me conoces. —Se tomó un momento para fingir que se rompía—. Sabes quién soy ahora. ¿Qué quieres? ¿Mi nombre real? ¿Si te digo mi nombre de nacimiento confiarás en mí?

—Por supuesto que no. —Señalé con una mano el baúl abierto—. Podrías decirme un nombre cualquiera y me lo tendría que creer. Tu palabra ya no vale nada, «Lawrence» —pronuncié su falso nombre con todo el desprecio que pude reunir—. Tú no vales nada. —Hice una pausa para respirar hondo y continuar—: Maldigo el día en el que llegaste a esta casa. Te odié con toda mi alma desde el primer momento y, sin embargo, nunca he tenido tantas ganas de que te marcharas como ahora. Nunca te he odiado tanto como ahora…

—Clem, no fue un juego contigo. —Se acercó y cogió mi mano, pero me liberé al instante de un tirón firme—. No fue como las otras veces. Es cierto que no planeé quedarme, y mucho menos enamorarme de ti. Lo has cambiado todo…

Me eché hacia atrás, como si tenerlo tan cerca me fuera a contagiar algo.

—¿De verdad esperas que te crea?

—Espero que lo sientas. Porque es real.

Resoplé con toda la indignación con la que cargaba.

—No tienes ni idea de lo que es real. Has vivido tantas mentiras que te has borrado a ti mismo.

Él dio un paso hacia mí, pero yo retrocedí.

—Me has decepcionado —mi voz sonó fría, helada—. No hay nada que puedas decir para que te crea. Tu palabra no vale nada. Me revuelve las tripas tenerte delante y no quiero saber nada más de ti.

Pasé junto a él sin mirarlo. La bandeja seguía intacta, el café humeaba y su aroma se extendía por la habitación como las mentiras de ese hombre que dejaba atrás.

La puerta se cerró a mi espalda con un sonido seco y yo fui hasta mi dormitorio con el firme de deseo de no volver a verlo nunca más.

Capítulo Cuarenta Y Cinco



Me vestí con lo primero que encontré. Ni corsé, ni cintas, ni adornos. Eso me hubiera entretenido, y yo solo quería salir de allí, con la ropa más cómoda y menos elegante que tenía, la que usaba cuando no quería ser nadie. O cuando quería volver a ser quien era en realidad. Camisa blanca, falda de paño y una capa raída que ya empezaba a oler a otoño. Si hubiese llegado a salir de Hollowfield Manor, perfectamente me podría haber confundido alguien con una criada.

No quería pensar, pero eso no iba a poder evitarlo. Tampoco quería verlo, y contra eso sí podía hacer algo. No quería que su voz, esa que era capaz de derretirme y desquiciarme en la misma frase, me explicara lo inexplicable, lo que ya sabía. No quería más secretos, ni mentiras, ni excusas. Porque ya lo había visto con mis propios ojos, aunque hubiera preferido no haberlo hecho.

Todo lo que había encontrado dentro del baúl volvía a mi cabeza una y otra vez, como si se negara a dejarme pensar en otra cosa. Cartas, joyas, nombres falsos, historias que no eran suyas, porque él nunca era quien decía ser… Él no era nadie en realidad.

No se me iba de la cabeza esa mirada de confusión, de desconcierto, como si no entendiera cuánto dolía. Así que me marché sin decir adónde iba. Tampoco habría servido de nada, ni siquiera yo lo sabía. Me limité a salir, cerrar la puerta con más fuerza de la necesaria, y bajar las escaleras sin detenerme ni mirar atrás.

Anduve un buen rato a través de los campos que bordeaban Hollowfield Manor, por esas veredas y valles que conocía de memoria. El cielo amenazaba tormenta y el viento convertía mi melena, que no me había molestado en recoger con mi moño acostumbrado, en una maraña que me iba a costar mucho desenredar, pero en ese momento no podía importarme menos. En fin, que el clima parecía conspirar con mi estado de ánimo para que todo se desmoronara a mi alrededor. Era como si la naturaleza respirara por mí, porque yo no parecía poder hacerlo sola. Como si los árboles, las piedras del camino y el barro que se aferraba a mis botas quisieran proporcionarme un entorno tan desagradable como mi propio descubrimiento.

Caminé hasta que comencé a notar las mejillas heladas y los pies ardiendo. Hasta que la rabia y la ira dieron paso a un cansancio yermo, a una tristeza seca, porque no lloré. No iba a darle ese poder, ni a él ni a mí. Reuní toda la fuerza que pude y lo conseguí. Ni una lágrima escapó de mis ojos, ni de ira ni de rabia. Ni tan siquiera de tristeza. Algo en mí se había roto, o quizá se había quedado en el fondo de ese baúl.

Pasé todo el día fuera. Regresé cuando el sol comenzaba a esconderse detrás de las colinas. La casa parecía más grande que nunca conforme me acercaba a ella, quizá porque la verdad que ocultaban sus paredes era demasiado inmensa como para abarcarla en sus anteriores dimensiones. Mis manos estaban frías cuando me apoyé en la barandilla del porche, pero mi corazón más templado.

Me había dado tiempo a pensar mucho. Quizá no todo era como a mí me parecía, quizá tenía una explicación que él había querido darme y yo no lo había permitido. Tras tantas horas dándole vueltas al tema, estaba dispuesta a hablar. No necesariamente a perdonar, pero sí a entender. O a escuchar, al menos.

Pero no había nada que escuchar.

El silencio que reinaba en la casa era ensordecedor, y los criados parecían huir a mi paso, como si se escondieran de mi presencia. Algo en la suavizada expresión de la señora Harper me puso en alerta. Su mirada destilaba… ¿pena? ¿Decepción? ¿Compasión? Un escalofrío me recorrió la espalda, como el presagio de algo muy malo. No hizo falta que la mujer dijera nada, algo en mi interior lo sabía. Aceleré el paso y subí los escalones que conducían al piso de arriba de dos en dos, de tres en tres…, como si al apresurarme de ese modo pudiera volver atrás en el tiempo, a un momento anterior, cuando todo era más sencillo, cuando no me asaltaba esa certeza que estaba a punto de cortarme la respiración. Casi no tuve ni que asomarme a su dormitorio para comprobarlo: Lawrence se había ido.

No supe en qué momento. Nadie lo había visto marcharse, o eso me dijeron, claro. Todos lo adoraban, ninguno quería ser quien delatara al señor Lennox. Si él les había pedido silencio, no iban a romperlo por mí. No había nota ni equipaje. No había rastro del hombre con el que había compartido los últimos meses de mi vida, el hombre que lo había cambiado todo. El que no se había quedado lo suficiente como para permitirme calmarme y escuchar su explicación.

Quizá no había nada que explicar. Aunque me costara creerlo, su huida evidenciaba que, para él, siempre fui una más. Otro «objetivo», otro nombre en un papel… Otra necia que se había

dejado embaucar por sus mentiras. Siempre había tenido intención de huir, y finalmente lo había hecho.

Su abrigo no estaba colgado donde siempre, y la cama… la cama estaba hecha. Tan hecha como si jamás nadie hubiera dormido allí, como si nunca se hubiera ocupado esa habitación. Como si todo hubiera sido un paréntesis robado a la vida real, un artificio, una mentira… Un espejismo que se desvaneció en cuanto dejé de mirarlo… o en cuanto por fin miré a la verdad a la cara.



La señora Harper me encontró en el vestíbulo. Quizá pretendía decirme alguna cosa, pero algo en mi cara debió de decirle que no era el momento, porque no abrió la boca. Se limitó a retirarse con esa elegancia suya que tan bien entiende el silencio ajeno. Y me dejó sola. Sola como había llegado a Hollowfield Manor meses atrás. Sola, sin Lawrence. Sola, sin Lizzie.

Me quedé sola en el centro de mi propia casa, con los puños cerrados y el pecho encogido. Con la certeza de que todo había cambiado, de que algo en mi interior se había roto de un modo que quizá nunca fuera capaz de recomponerse.

El mundo se había detenido, los criados habían desaparecido. El eco de la ausencia rebotaba en las paredes de esa casa que parecía más grande que nunca. Esa ausencia que se había instalado sin avisar…, pero que lo ocupaba todo.

Capítulo Cuarenta Y Seis



La vida siguió, por supuesto que sí. Porque siempre es así. Porque, por lo visto, el calendario no entiende de heridas y el mundo no se detiene a recoger los pedazos que a una se le van desprendiendo por dentro. Porque el tiempo avanza con una puntualidad cruel, indiferente a lo que arrastra a su paso, como si no le importara lo más mínimo que una tenga el alma rota.

El sol salió cada mañana, y yo lo dejé salir, claro, tampoco podía hacer nada al respecto. La señora Harper me trajo el desayuno a diario, como siempre, aunque ya no hubiera una segunda taza sobre la bandeja. Los perros ladraban, las ventanas se abrían, los criados murmuraban… El mundo giraba ajeno a mí, ajeno al vacío que había dejado. Nada se detuvo por su desaparición, ni siquiera yo.

A pesar de mí misma, algo parecía fuera de sitio, algo no terminaba de encajar. Su ausencia me acompañaba en mi rutina y en todo lo que emprendía. Las paredes de cada estancia parecían esconder el eco de su risa, esa que ya no resonaba, pero que parecía estar a punto de hacerlo en cualquier momento.

No voy a mentir y a fingir que lo echaba de menos todo el tiempo, porque seguía furiosa, aunque no tuviera a quién gritárselo.

Por fin tenía lo que había deseado desde su aparición, pero, pese a mi sentido común y buen juicio, una parte de mí lo añoraba lo suficiente como para saber que se había metido demasiado dentro de mis costumbres, de mi espacio y de mi vida.

Me había acostumbrado a su presencia en cada rincón, apoyado contra los marcos de las puertas, cruzado de brazos, burlándose de mis compromisos sociales o de mi manera de zafarme de ellos. Me había acostumbrado a discutir con él a todas horas, a dormir con él cada noche, a desayunar en su compañía mientras él encadenaba tonterías demasiado pronto por las mañanas. Me había acostumbrado a que siempre estuviera, y eso era lo que más rabia me daba, porque ya no estaba.

Yo finalmente lo había dejado entrar y él se había ido sin decir nada. Como había hecho tantas otras veces antes. Como estaba segura que les había hecho a tantas mujeres antes que a mí.

Me fui enfriando conforme pasaban los días, esa es la verdad. El enfado me mantuvo más en pie que la tristeza. Me sentía con derecho a estar furiosa. Y, aun así, y en contra de mi voluntad, lo echaba de menos. No con la voz trémula de las que lloran por los rincones, sino más bien con esa sensación que te hace pensar que vas a verlo cruzar la puerta en cualquier momento; o con ese tonto impulso inconsciente con el que te giras para contarle algo… y recuerdas que ya no está.

Nadie se atrevió a preguntarme por él en voz alta. Los criados fingieron no notar su ausencia, como si nada hubiera pasado. Y yo me limité a continuar. No porque no me afectara, sino porque me negaba a aceptar que su marcha lo condicionara todo. Había forjado toda una vida falsa para no depender de un hombre, no pensaba consentir que me la destrozara un farsante. Pero lo cierto era que me dolía. Y me enfurecía. Cada día se me hacía más evidente que

no tenía intención de volver, así que me consolaba a mí misma deseándole mentalmente que le fuera bien con su colección de nombres falsos y sus mentiras elaboradas.

A pesar de todo, cada noche, cuando apagaba la lámpara, en la oscuridad, me permitía ser sincera conmigo misma y echarlo de menos abiertamente durante un rato. Ocupaba su lado de la cama y me recreaba en los recuerdos felices que tenía con él. Y los teníamos. Maldita sea, teníamos muchos más recuerdos felices de lo que me gustaba admitir. O eso quería creer, porque en el fondo sabía que para él fue todo siempre una farsa. Me atormentaba a mí misma pensando que pudo haberse marchado mucho antes y decidió quedarse. Una parte de mí quería creer que yo había sido diferente para él, pero mi parte más pragmática se esforzaba en recordarme que estaba sola, que él había huido, que quien te ama no te abandona de esa manera tan cobarde.

Y luego, cada mañana, volvía a colocarme mi máscara de indiferencia y frialdad y seguía con mi vida.



Lizzie apareció una tarde sin avisar, como solo lo hacen las amigas que ven más allá de las apariencias y de verdad se preocupan. Traía una cesta con bollos aún tibios y el abrigo sin abrochar, como si hubiera salido con tanta prisa que hubiera olvidado que el frío de octubre ya mordía. Esa era Lizzie, daba igual que fuera doncella o señora, su esencia era la misma.

—He pensado que tal vez le vendría bien una visita —dijo sin más—. Y algo dulce, que eso siempre alegra el alma.

—Señora Stewart, si me sigue hablando de usted, no la voy a dejar entrar —bromeé y ella rio. Llevaba semanas intentando que

me cambiara el tratamiento, pero siempre se le olvidaba.

—Perdona, Clementine —el esfuerzo que le costaba hablarme así era más que evidente—, intentaré que no vuelva a ocurrir.

Yo asentí y ella me sonrió con ese gesto capaz de alegrarle el día a cualquiera. Me apetecía pasar el día con ella, pero no tenía energía para formalidades o convencionalismos. Necesitaba una amiga con la que pasar el rato hablando de nuestras cosas, o simplemente en silencio junto a ella.

Fuimos hasta el invernadero. A esas horas, la luz entraba suave por los ventanales y teñía la estancia de un cálido atardecer. La hiedra trepaba sin control por las estructuras de hierro y me recordaba a las mentiras que yo llevaba enredadas en el corazón. Nos sirvieron el té, y nos sentamos en la esquina más soleada, donde solíamos leer y conversar cuando ella aún era mi doncella, aunque ya comenzábamos a sentirnos más amigas que criada y señora.

—¿Y cómo está el joven Stewart? —pregunté con una sonrisa más sincera de lo que creía capaz.

—Inseguro —dijo ella—. Impaciente. Quiere hacerlo todo bien. A veces me mira como si yo tuviera todas las respuestas, y no se da cuenta de que sigo tan perdida como él.

—¿Y el viejo Stewart?

—Es un encanto. No nos podría tratar mejor. —Se llevó una mano al pecho—. No se imagina… No «te imaginas» cómo mira a su hijo… Y a mí, que me trata como a una hija también…

—Es bonito eso. —Sonreí con sinceridad—. No sabes cuánto me alegro por ti, Lizzie. Te lo mereces todo.

Ella me miró con cariño, pero no habló enseguida. Bebió un sorbo de té y luego dejó la taza.

—¿Y tú estás bien?

No era una pregunta de cortesía. Su mirada evidenciaba que su preocupación era real, y su interés era más en mí que en el chisme. Me estaba preguntando por la ausencia que me acompañaba siempre y que se había sentado a tomar el té con nosotras, por el hueco que crecía en mi pecho, por la soledad que parecía haber tomado el control de mi vida.

—Estoy sobreviviendo —dije con sinceridad. A Lizzie no podía ni quería mentirle. Al menos no más de lo imprescindible.

Ella desvió la vista a sus manos, que descansaban en su regazo, y se mordió el labio antes de volver a hablar.

—¿Crees que va a volver?

—La verdad es que no lo creo —confesé—. Yo sé que lo adorabas, pero lo cierto es que no todo era tan bonito como parecía. En realidad, creo que lo mejor sería que no volviera nunca.

Se quedó callada apenas un instante.

—No hace falta que me cuentes los detalles, y seguro que tienes tus razones, pero la forma en la que te miraba y en la que hablaba de ti cuando no estabas… Eso no se finge, Clementine. Ese hombre te ama. Igual esto es lo último que necesitas oír en este momento, pero yo creo que, al menos en eso, era sincero. Y no es que crea que él no va a volver —añadió enseguida—. Solo creo que, si lo hace, tendrá que encontrar a una mujer que no se ha dejado vencer por su ausencia. ¿No hay algún sitio al que podamos ir a buscarlo?

—Igual no quiero encontrarlo —murmuré.

Ella contuvo la respiración y se le empañaron los ojos.

—Oh, Clementine. —Puso su mano sobre la mía—. En ese caso, estaré a tu lado cuando me necesites. Y haré lo posible para que lo lleves mejor que ahora, porque mientras sigas teniendo este aspecto, a mí no me vas a convencer de que no quieres volver a verlo.

Nos quedamos allí un buen rato. Compartimos trivialidades sobre flores nuevas, recetas, cartas. Pero todo estaba impregnado de la ausencia que gobernaba cada rincón de Hollowfield Manor.

Y al irse, me abrazó como si supiera a ciencia cierta que me iba a romper en cuanto se marchara.

No lo hice, pero tampoco voy a fingir que fue fácil no hacerlo.



Pasaron los días e incluso me animé a volver a una de las reuniones de las viudas. Las había evitado durante semanas, pero era el momento de retomar las viejas rutinas y de sobreponerme al dolor y la soledad. La señora Montgomery ejerció de anfitriona, como siempre, con la puntualidad de un reloj suizo y el corazón de una gobernanta jubilada. La sala de estar tenía ese olor constante a flores frescas y galletas de mantequilla, como si el tiempo en Montgomery House no avanzara jamás en ninguna dirección.

Esa tarde, estábamos todas.

La señora Forrester había traído su labor, aunque no parecía tener interés en dar una sola puntada. Tracy Newman vaciaba su frasco de licor en la tetera común mientras murmuraba «no se nota si no lo hueles». La señora Wallace renegaba del último pretendiente de su hija menor, un viudo que le doblaba la edad y que coleccionaba cucharillas de té. Y Davenport acababa de llegar con un sombrero tan recargado que parecía que una bandada de aves lo hubiese construido sobre su cabeza para emplearlo como nido durante los desplazamientos de la viuda.

—No sé qué es peor —dijo Wallace al servirse una segunda taza —, si que coleccione cucharillas o que pretenda hablarme de ellas como si tuvieran vida propia. El otro día me presentó una de York de

1840 con más entusiasmo que si me estuviera dando a conocer a su propia madre. Qué hombre tan simple, por Dios. Mi Meredith merece algo mejor…

—¿Y cómo era la cucharilla? —preguntó la señora Newman con un evidente deje de sorna.

—Pues tengo que confesarte que resultó más expresiva que él —respondió Wallace—. Y seguramente con mejor conversación.

Todas estallaron en carcajadas. Incluso yo sonreí, pero nada más. El gesto se esfumó en cuanto me volví hacia la ventana.

—¿Y tú, Clementine? —preguntó Tracy Newman con una ceja alzada—. ¿Algún utensilio doméstico al que le estés tomando cariño últimamente?

—Solo a la cafetera —respondí sin pensar demasiado—. Hasta ahora no me ha fallado ni una vez.

—Puede que sea también mi utensilio preferido —corroboró ella —. Proporciona un líquido caliente y fuerte, y le puedes pedir lo mismo una y otra vez, que no pone excusas… Mejoren eso, caballeros.

—Oh, Tracy —protestó la señora Forrester—, todas aquí sabemos que le serías infiel a cualquier taza de café en cuanto una copa de *brandy* se cruzara en tu camino.

—No puedo negar lo evidente, querida Eleanor.

Las risas regresaron, pero no conmigo. Yo seguía en mi rincón y las escuchaba con algo parecido a la gratitud. No solo por el humor, tan habitual en ellas, sino por algo parecido al cuidado con el que me trataban, como si supieran que algo no estaba bien en mí y no quisieran presionar ni obligarme a hablar, pero me dejaban una puerta abierta por si algún día quería hacerlo. Evitaron los chistes de hombres desagradecidos y esposos que están mejor muertos, supongo que por respeto a mi situación. Estaba segura de que

habían escuchado los rumores, la ciudad entera se había hecho eco de que Lawrence Lennox se había esfumado sin dejar rastro, pero mis amigas tuvieron la consideración de no sacar el tema.

—Por cierto, Jane, querida —intervino la señora Wallace—, he oído que a tu Nathaniel se le ha visto en varias ocasiones con la joven Ford, la hijastra de Brenda… ¿Qué hay de cierto en eso?

—Mira, no me hagas hablar —protestó la señora Davenport—. Creo que solo la ha visitado para hacerme callar. Me crispa los nervios este hijo mío…

—Pero si es el soltero más codiciado de todo Cheltenham —aseguró la joven señora Forrester.

—¿De qué me sirve eso si no se decanta por ninguna joven? A este paso, no es que no vaya a conocer a mis nietos, es que para cuando se decida a sentar la cabeza, tendrá edad de tener los suyos propios.

—Qué exagerada eres, Jane, querida —rio la señora Newman.

A mí se me escapó una sonrisa al recordar todas y cada una de las veces en las que vi a Nathan saliendo de la modista. Pensé que, en cuanto llegara a casa, le contaría a Lawrence esta conversación y nos reiríamos pensando en las encerronas que le estaría haciendo al pobre Nathan su entrometida madre. Pero la sonrisa se me borró de golpe cuando la realidad me golpeó una vez más.

Y así seguimos la tarde. Ellas reían, comentaban y rellenaban tazas de té adulterado, y yo… las acompañaba en la medida de mis posibilidades. No del todo, aunque puede que sí lo suficiente. Para mí lo era.

Capítulo Cuarenta Y Siete



No era la primera vez que iba a verla, ni mucho menos. En las últimas semanas, Margery y yo habíamos desarrollado un hábito que ninguna de las dos se atrevía a llamar amistad, pero que comenzaba a parecerlo. Alguna bebida, un par de conversaciones sin dagas voladoras y unos silencios cada vez menos incómodos comenzaban a formar parte de nuestra rutina.

Aquella tarde me recibió con la misma naturalidad de las últimas veces, sin sus habituales sonrisas falsas o su impostada cordialidad. Solo un par de tazas de té y una bandeja de pastas que, según explicó al tomar asiento junto a mí, eran un intento fallido de reconciliación con el pastelero de la plaza.

—Insiste en llamarlas «delicias de canela», pero yo estoy segura de que son una venganza personal —murmuró, rompiendo una con los dedos, no sin dificultad—. Si sumerges una en el té, se lo beberá ella por ti. Tendrás que pedir una segunda taza para acompañarla, pues sería descortés dejar a tus pastas bebiendo solas…

Su broma me sacó una sonrisa. Desconocía que Margery poseyera sentido del humor, pero era reconfortante comprobar que así era.

Durante un rato, hablamos de Lizzie y de Billy, de cómo se estaban adaptando a su nueva vida. De lo hábil que estaba resultado mi antigua doncella en sociedad, y de lo sorprendentemente natural que se mostraba Stewart en su papel de padre tardío.

En las palabras de Margery se adivinaba una mezcla de orgullo contenido y melancolía inevitable, como esa absurda nostalgia que te puede asaltar a veces y te hace echar de menos algo que nunca has tenido. En ese sentido, podía entenderla bien, porque yo también añoraba algo que en realidad nunca había sido mío, aunque la diferencia era que había sido lo bastante tonta como para pensar que sí. Yo me limitaba a asentir y le ofrecía alguna frase al respecto, pero no lograba disimular del todo que mi cabeza estaba… en otra parte.

Ella lo notó, por supuesto. Siempre lo hacía. Aunque aquella vez no fingió no hacerlo.

—Sigues mirando hacia la puerta cuando no tienes una frase preparada —dijo sin reproche.

No la miré. Solo me concentré en la taza que sostenía entre mis manos.

—¿Lo hago?

—Sí. Como si esperaras que alguien fuera a aparecer justo cuando te falta algo que decir. Como si esperaras que alguien fuera a venir a terminar tus frases.

Me obligué a sonreír, aunque no resulté nada convincente.

—Es una costumbre absurda. Ya se me pasará.

—Debo reconocer que me impresiona tu capacidad para seguir una conversación aun sin estar prestando atención a quien te habla.

—Sí te escucho —protesté con una sonrisa.

—Quizá entonces estás escuchando a alguien más en tu cabeza…

Sus palabras no sonaron como una sentencia, ni siquiera como una crítica. Fue casi una invitación a nombrarlo, a no fingir que no lo echaba de menos. Luego me sostuvo la mirada un momento, con la sinceridad que se respiraba entre nosotras desde que no parecía tener intenciones ocultas. Rompió entonces el silencio con una franqueza que, en otras circunstancias o con otro tipo de persona, podría haber resultado dolorosa.

—Los hombres solo huyen por tres motivos: por cobardía, por amor o por vergüenza.

—¿Tú crees? —Fingí más indiferencia de la que en realidad sentía.

—Que me aspen si Lawrence Lennox es un cobarde. Siempre se ha enfrentado a contratiempos y habladurías de frente, más que cualquier otro caballero de Cheltenham… Y en cuanto al amor, apostaría una mano a que no es capaz de amar a otra mujer como te venera a ti… —Chasqueé la lengua con fastidio—. No pongas esa cara, Clementine. Ese hombre te adora. Estoy convencida de que se ha ido por vergüenza… Igual tengo que seguir con mis investigaciones para averiguarlo, porque no pareces muy decidida a contármelo. —Sonrió con complicidad, aunque seguro que sus ganas de saber eran reales.

Me quedé callada. No porque quisiera evitar la conversación, sino porque ella, con esa simplificación tan básica, había puesto en palabras lo que yo llevaba semanas, intentando no mirar de frente.

Cuando volví a casa esa misma tarde, había una carta esperándome. La caligrafía con la que estaba escrito mi nombre me cortó la respiración, porque la reconocí al instante. Lo cierto era que no la

esperaba, pero tampoco puedo decir que fuera una gran sorpresa. Hay silencios que solo pueden romperse con un gesto drástico, y este lo era.

El sobre no tenía remitente manuscrito, pero sí un membrete impreso en tinta desvaída, en la esquina superior izquierda:

Beckett Printing & Paperworks - Jedburgh.

Un pueblo de nombre áspero del que no había oído hablar jamás.

Lo observé durante unos segundos y lo sopesé con cuidado. El papel era bueno. Seguramente no muy caro, pero sí digno. Como si quien lo hubiera elegido tuviera buen gusto, pero pocos recursos. O quizá muchas precauciones.

Lo llevé hasta mi habitación y cerré la puerta, quería enfrentarme a ese momento sola. El lacre se partió al primer gesto y yo me senté frente al escritorio para sacar lo que parecía un documento oficial doblado en tres partes.

El encabezado pareció emitir un grito desgarrador en cuanto lo desdoblé y lo leí.

Certificado de defunción
Nombre del difunto: Lawrence Lennox

Se me cortó la respiración durante un instante. Mi mente me jugó la mala pasada de pensar por un momento que era real, aunque su letra en el sobre lo desmentía. Busqué en su interior y encontré una nota, que desdoblé con las manos temblorosas.

Querida Clementine:
Te envío lo único que siempre quisiste de mí: mi certificado de defunción.

No es un gesto cruel, aunque lo pueda parecer. Es la única forma que he encontrado de darte la paz que mereces y en la que nunca debí entrometerme.

Lamento haberte hecho daño, pero sabes que no te he mentido, Clementine. No en lo que importaba. En el fondo de tu corazón, sé que sabes lo que siento por ti.

Tú fuiste diferente desde el principio. Quise construir una vida contigo, todo lo sincera que nos podíamos permitir, pero sabía que, si te descubría mi pasado, eso se convertiría en un obstáculo insalvable entre nosotros.

No obstante, el corazón de un hombre enamorado no atiende a razones y estoy convencido de que no hay nada que no podamos superar juntos. Si en algún momento quieres escucharme, si decides que aún hay algo que quieras saber, lo que sea, te lo contaré todo.

No puedo cambiar lo que fui. Ojalá pudiera hacerlo. Y no puedo prometerte una vida fácil a mi lado, pero quizá lo difícil sea justo lo que mejor se nos da.

Pase lo que pase y decidas lo que decidas, nunca, ni por un solo instante, deberías dudar de que lo que sentí por ti, y que todavía siento, fue siempre honesto.

No había firma ni dirección. Solo el membrete y una puerta entreabierta por la que asomarse y comenzar a buscar. Solo faltaba decidir si quería hacerlo.

Capítulo Cuarenta Y Ocho



Tras una minuciosa exploración de los mapas que hallé en la biblioteca, obtuve mi primera respuesta. Jedburgh resultó ser una población escocesa, muy cercana a la frontera con Inglaterra, que me podía suponer un viaje de varios días.

No tuve que engañarme a mí misma durante demasiado tiempo, supe que iba a hacerlo. Partí sin ceremonias, explicaciones o despedidas, ya me ocuparía de eso a la vuelta. Tres meses después de su partida, estaba dispuesta a encontrarlo y escuchar lo que tuviera que contarme.

Solo contaba con la dirección borrosa de un membrete: «Beckett Printing & Paperworks - Jedburgh». Era una pista precaria, pero tenía que servir a mi propósito.

Empaqué muy poco: dos vestidos, mis útiles de aseo y mi necesidad de respuestas. En Cheltenham tomé el primer tren con dirección norte. Volví a vestir el luto para evitar preguntas, porque nadie presta atención a una viuda, aunque viaje sola.

El tren cruzó condados como quien se apresura hacia una fiesta a la que no le han invitado. Birmingham, Manchester, Preston, Lancaster… Llegué a Carlisle al anochecer con la columna

entumecida y el pulso desatado. La posada era sencilla, pero el silencio de la habitación me resultó reconfortante. Esa noche dormí, pero no soñé, como si mi cuerpo supiera que iba a necesitar fuerzas para enfrentarme a lo que estaba por venir.

A la mañana siguiente, contraté un carruaje privado que me llevara hasta Jedburgh. Releí durante todo el camino las palabras de Lawrence como si escuchara su voz en mi cabeza: «*no puedo prometerte una vida fácil a mi lado, pero quizá lo difícil sea justo lo que mejor se nos da».*

Respiré hondo ante la promesa de una dificultad añadida, como si no hubiésemos tenido suficientes ya.



Llegué a Jedburgh cerca del mediodía. Era un pueblo modesto con unos habitantes muy hospitalarios. Pregunté por la imprenta y les mostré el sobre, y no tardé en encontrar quien me diera indicaciones de cómo llegar. Lo hallé pronto. Era un local discreto con ventanas pequeñas y un cartel de madera descolorido.

Beckett Printing & Paperworks

Me quedé un momento frente a la puerta, con el corazón golpeándome tan fuerte desde dentro del pecho como si quisiera competir con una de las prensas que sin duda había en el interior del edificio. No sabía si lo encontraría en ese lugar a él o siquiera si quería hacerlo.

Pero había llegado hasta allí, y ya solo me quedaba entrar.

La pesada puerta de madera se abrió con un quejido. Se oían ruidos y voces, pero no identifiqué ninguna en concreto. Me acerqué al desierto mostrador que recibía a los visitantes y toqué el timbre que allí descansaba con el fin de anunciar mi presencia.

—¡Voooooooy! —escuché unos segundos antes de que un joven de apenas unos quince años se presentara ante mí—. Buenos días. ¿En qué puedo ayudarla, señora? —preguntó con una bonita sonrisa y una inconfundible pronunciación escocesa.

—Buenos días —saludé a mi vez—. Verá, he recibido una carta en un sobre con este membrete. —Se la mostré—. Me gustaría saber si pueden darme alguna información sobre quién puede haberla enviado.

El chico lo estudió apenas una fracción de segundo y asintió.

—Son de aquí. Creo que solo los usa el patrón, el señor Thomas Beckett, los guarda en su despacho. ¿Quiere que lo llame?

—Se lo agradecería mucho, gracias —asentí.

—¡Jefeeeeeeeeeeee! Una dama pregunta por usted —voceó hacia el interior del local—. No tardará —añadió dirigiéndose a mí ya a un volumen normal—. Un placer, señora.

Y se marchó. Esperé paciente unos segundos y, cuando ya me debatía si marcharme o volver a tocar el timbre, un atractivo hombre de mediana edad apareció por la puerta de lo que parecía un despacho y vino hasta mí.

—Thomas Beckett, encantado. —Me tendió la mano y yo se la estreché—. Dígame, ¿en qué puedo ayudarla, señora?

—Verá —repetí—, he recibido una carta en un sobre con este membrete. —Se la mostré—. No trae remite, esto es todo lo que tengo.

—Oh, déjeme verla. —La cogió con una mano y con la otra se ajustó los lentes sobre la nariz—. Sí, el sobre es mío, pero es la letra de mi hijo, de mi Graham. ¡Grahaaaaaaaam! —voceó hacia el fondo del local—. ¡Ven aquí ahora mismo!

Se giró hacia mí de nuevo y bajó considerablemente el volumen de su voz.

—Ahora mismo viene —murmuró en tono de confidencia.

A mí algo me atrapó por dentro de puros nervios, pero apenas pude reaccionar porque no tardó en aparecer tras una de las máquinas. Caminaba absorto en unos papeles que sostenía en las manos y que reclamaban toda su atención. No había duda: su Graham era mi Lawrence. Vestía casi como la noche que nos colamos en el registro, a excepción de que no llevaba gorra.

—Padre, me temo que la última partida de papel está defectuosa o el gramaje es incorrecto, porque la tinta traspasa y está arruinando toda la tirada —dijo sin levantar la vista de las hojas.

—Luego nos ocuparemos de eso, hijo. Ahora tienes visita.

—¿Yo? —Levantó entonces la cabeza para mirar a su padre, pero no tardó en verme a mí.

No supe interpretar la expresión de su rostro cuando sus ojos se engancharon a los míos. Se quedó congelado en el sitio y, puede que, por primera vez en su vida, mudo.

—Hola, Graham —saludé.

—¿Te ha comido la lengua el gato? ¿Es que no sabes saludar a una dama? —Su padre le dio una palmadita en la cara.

Él abrió la boca para decir algo, pero no llegó a emitir sonido.

—¿Podemos hablar, Graham? —pregunté, a pesar de lo extraño que me resultaba referirme a él con ese nombre.

Asintió con un gesto de cabeza apenas perceptible.

—Podéis ir arriba —intervino su padre—. No tengo muchachas aquí, somos todos varones —me aclaró—, pero le puedo pedir al joven Zackary que la acompañe como carabina si lo desea.

—No se preocupe, señor Beckett, no será la primera vez que esté a solas con su hijo —expliqué.

Su padre lo fulminó con la mirada durante un momento y la sonrisa que provocó en su hijo trajo de vuelta al Lawrence que yo

conocía.

—Te parecerá bonito… —No tuve claro si su tono era de broma o reproche—. ¿Y no vas a presentarme a la joven?

—Claro, padre —habló por fin—, ella es… —se calló de golpe y me miró a los ojos.

—Molly —terminé por él y le tendí la mano a su padre—. Molly Daniels.

—Un placer.

Lawrence, o Graham, me hizo un gesto para indicarme dónde estaba la escalera, metálica y de caracol, y yo lo seguí hasta el piso de arriba. La habitación a la que llegamos era como una pequeña sala multiusos, o quizá el dormitorio de un soltero. Apenas tenía muebles, a excepción de la cama, una mesa con su silla y un armario algo desvencijado. Él se apresuró a encender la estufa. No tenía muy claro si su intención era caldear el ambiente o ganar tiempo… Quizá un poco de todo.

Se quedó agachado sin otro fin aparente más que ver cómo se iba avivando el fuego.

—¿Vas a quedarte mirando la lumbre? —pregunté y lo escuché respirar hondo.

Se puso en pie, se giró en mi dirección y se me acercó.

—Hola —se dirigió a mí por primera vez desde que lo había visto —, mi nombre es Graham Beckett. —Se metió las manos en los bolsillos y se balanceó un poco sobre sus talones—. Y estoy enamorado de ti.

—Hola, Graham, yo soy Molly Daniels… Y necesito saber quién eres para averiguar lo que siento por ti. Cuéntame tu historia.

—No es bonita —me advirtió.

—No espero que lo sea.

—Claro. —Emitió un soplido a medio camino entre la risa y la resignación—. ¿Qué quieres saber?

—Para empezar… ¿Vives aquí? —Hice un gesto con los brazos que abarcaba la habitación.

—Algunas noches, cuando se acumula el trabajo o algo falla y hay que quedarse hasta tarde…

—¿Y las otras noches?

—En casa de mi padre. Está contento de tenerme por aquí. Lo dejé solo muchos años… ¿Quieres sentarte?

Negué con la cabeza y me apoyé en el borde de la mesa. Él se frotó la cara y resopló, como si no tuviera claro cómo continuar.

—¿Creciste en este pueblo?

—Sí. Nací aquí, soy un escocés de nacimiento. —Sonrió—. Mi madre murió cuando era un niño, y mi padre, Thomas Beckett, tuvo que ocuparse de mí. Tenía esta pequeña imprenta que había heredado de su padre y yo me crie justo aquí, entre papeles, tinta, prensas y letras de molde… Él nunca ha sido un hombre ambicioso ni con grandes aspiraciones.

—Y a ti esto se te quedaba pequeño —aventuré.

—En realidad no. —Tenía la mirada perdida, fija en algún punto de la habitación que solo él podía ver—. Me gustaba esto. Crecí entre papel y tinta, era mi vida. Mientras otros niños jugaban en el campo, yo ayudaba a mi padre a encuadernar libros y preparar encargos. Aprendí a leer antes de entender lo que las palabras significaban de verdad, y descubrí que podía copiar cualquier caligrafía con solo verla unas cuantas veces.

—¿Así empezaste a falsificar documentos? —pregunté por inercia, sin siquiera pensarlo antes.

Su sonrisa fue ínfima y casi triste.

—Al principio, solo era un juego. Me divertía imitando cartas, firmando con nombres inventados, replicando escritos con una precisión que ni mi padre notaba. Era como un desafío. A los dieciséis años, me enamoré como un loco… o como un necio, que viene a ser lo mismo. De Mary Helen Brown, una chica preciosa y dulce que me quería tanto como yo a ella. Un día, un amigo necesitó una carta de recomendación para conseguir un empleo, y yo, con toda la inocencia del mundo, la escribí para él.

Hizo una pausa y dejó escapar un suspiro.

—Funcionó. Por primera vez, uno de mis documentos falsos había servido para algo. Yo estaba feliz por mi amigo y orgulloso de mí mismo… Mi amigo consiguió un trabajo fabuloso en Edimburgo por el que muchos chicos del pueblo habrían matado. Fíjate si era bueno, que Mary Helen me dejó para casarse con él…

Ahogué una exclamación y él me dedicó una sonrisa resignada y se encogió de hombros.

—Aprendí demasiado pronto lo que duele una traición. —Fue hasta la cama y se sentó en el borde—. Y que es más importante un papel que diga lo que una mujer quiere oír antes que unos sentimientos honestos…

—¿Seguiste falsificando? —Fui hasta donde estaba y me senté a su lado.

Él asintió con la cabeza.

—Quería conseguir un trabajo igual de bueno o mejor para mí mismo.

—¿Tu padre se enteró?

—Sí. Me encontró copiando firmas una noche y me reprendió con dureza. Me dio una charla sobre la verdad y la honestidad del hombre. Y me prohibió volver a hacer algo así. Pero a mí ser honrado y confiado solo me había traído dolor…

Me incliné hacia él.

—Así que lo seguiste haciendo.

—Lo seguí haciendo —admitió sin rastro de culpa—. Porque entendí algo que mi padre nunca quiso ver: la verdad es inútil cuando viene de alguien a quien nadie está dispuesto a escuchar. La clave era convertirse en una persona a quien la gente quisiera conocer, a quien se respetara solo por su apellido, aunque fuera tan falso como la carta de presentación de Jeremy.

El silencio se hizo espeso entre nosotros.

—¿Y dejaste atrás a tu padre? —pregunté en voz baja.

—No de inmediato. Pero cada día que pasaba, me resultaba más complicada la idea de pasar el resto de mi vida en una imprenta polvorienta, viendo a mi padre dedicarle a esto todo su tiempo mientras los clientes ricos lo trataban como si no existiera.

—Huiste.

—No exactamente. Tenía diecisiete años cuando falsifiqué mi primer documento para mí mismo. Solo fue una carta de recomendación que me permitió conseguir un empleo en Londres, pero con eso bastó. Desde entonces, fui quien necesitaba ser. Pero nunca dejé de escribir a mi padre y de contarle por dónde andaba. Enseguida encontré la forma de viajar al Nuevo Mundo y todo un abanico de nuevas posibilidades se abrió ante mí.

Respiré hondo antes de preguntar:

—¿Cuántos nombres has tenido?

—Demasiados para recordarlos todos.

Hubo una sombra en su expresión, pero al momento se dejó caer hacia atrás en el colchón y resopló.

—Me convertí en Nicholas Rockwell en Nueva Orleans, en Charles Danes en San Francisco, en Alexander Crawford en Boston…

—¿Y qué hiciste?

Me miró de reojo y sonrió resignado.

—Lo mejor que la vida me había enseñado: convencer a la gente de que era alguien digno de confianza.

Mi pulso se aceleró.

—¿Siempre engañaste a viudas?

—No, no siempre. Pero no tardé en darme cuenta de que eran las más fáciles de engatusar. Tenían solvencia económica, una buena posición, buscaban consuelo y, lo más importante, querían creer en algo.

Me sentí enferma.

—Eso es horrible.

—No puedo decir que esté orgulloso.

Dejé caer la espalda yo también en el colchón a su lado.

—¿Me veías como una más? —susurré mirando al techo.

Se giró hacia mí y me miró fijamente.

—Al principio, sí. Algo diferente, porque en tu caso no tuve que crear nada, habías moldeado tú el personaje para mí. Pero el objetivo era el mismo.

Y ahí sí, se me escapó una primera lágrima que compensaba todas las que había conseguido evitar durante semanas. Él me la quitó con un dedo.

—Entonces, ¿por qué no te fuiste? —Quise mantener la voz firme, pero se me quebró un poco.

—Porque contigo todo fue diferente.

Tragué saliva, sin atreverme a romper el momento.

—¿En qué sentido?

—Al principio era divertido. Estabas tan enfadada… Que sé que era normal, porque tú ya sabías que yo no era quien decía ser. Era algo nuevo para mí, lo tenía más fácil que nunca para coger el

dinero y largarme, porque el administrador me creyó de lleno y me dio acceso a todo.

—¿Por qué no te fuiste?

—No lo sé, puede que fuera lo más estúpido que he hecho nunca, pero quería quedarme allí más de lo que he querido quedarme nunca en ningún otro lugar. Me lo pasaba demasiado bien discutiendo contigo y haciéndote enfurecer… Quería conseguir que bajaras la guardia, que confiaras en mí. Era todo un desafío, lo sé, pero, cuando me di cuenta de que me estaba enamorando de ti, ya era tarde.

—Eres una persona horrible —murmuré.

—«Fui» una persona horrible, no voy a mentir. Pero puedo ser el buen hombre que necesitas.

—Yo no necesito ningún hombre —me apresuré a aclarar.

—Cierto. —Dejó escapar una risa—. Pues el que mereces.

—A ver, «querido», que yo he hecho cosas mal en esta vida, pero tanto como para merecerte a ti… No lo creo.

Se rio y me acarició la cara. Luego rodó sobre sí mismo y se tumbó encima de mí, con cuidado de no aplastarme, pero el contacto de todo su cuerpo sobre el mío era abrumador.

—Hablemos claro —dijo en un susurro—. No soy lo que necesitas ni lo que mereces, estamos de acuerdo, pero, muy a tu pesar, soy a quien quieres y a quien deseas…

—¿Qué te hace pensar eso?

—Has venido hasta aquí con un membrete en un sobre como única pista… Si eso no es amor, ¿qué es? —Sonrió.

—Necesidad de saber.

—Y de algo más. Reconoce que me amas, Molly. Luego vuelves a insultarme si quieres, pero dímelo, aunque sea una vez.

—No puedo hacerlo.

—¿Por qué? —La decepción en su rostro era evidente.

—Porque no soy capaz de abrirle mi corazón a alguien en quien quizá nunca pueda confiar.

—Sí puedes, Molly. En mí puedes confiar, sabes que soy sincero.

—No, no puedo.

—Está bien, hagamos una cosa… Quedémonos aquí. Vivamos en este pueblo, como Graham y Molly. Casémonos de verdad, con nuestros nombres reales, y vivamos una vida modesta en este pueblo. Yo trabajaré en la imprenta con mi padre y tú también, si quieres. O te quedas en casa, no osaría decirte lo que tienes que hacer. —Se rio—. Y tengamos hijos, quizá no tantos como el boticario, pero unos cuantos a los que ver crecer y que llenen nuestra casa de risas.

—¿Eso es lo que quieres?

—Por supuesto que sí.

Lo dijo con tal convicción que resultó casi doloroso. No porque no le creyera, sino porque sí lo hice. Pero esa imagen, esa vida sencilla y honesta que había dibujado con palabras… no era lo que yo quería. No era para nosotros. Además, el miedo era persistente y se aferraba a mis entrañas para recordarme que nada era tan fácil. Que confiar no era algo inmediato, sino una batalla constante que con él tendría que lidiar cada día. Me miró a los ojos con más sinceridad que nunca, con esa promesa imposible implícita en su mirada.

Y entonces se inclinó hacia mí y me besó.

No fue un beso precipitado o hambriento. Fue algo más profundo y premeditado. Como si esa fuera su forma de confirmar todo lo que acababa de decir, como si estuviéramos sellando un contrato. Sus labios se apoyaron sobre los míos con una suavidad desesperante, como si temiera que un solo movimiento brusco pudiera deshacer el

momento. Y su cuerpo me seguía envolviendo con la calidez que tan bien conocía y que tanto había echado de menos.

Respondí sin darme ni cuenta. No hubo dudas ni advertencias internas. Lo besé con todo el deseo que había acumulado en los tres meses que habíamos estado separados. Lo besé para mostrarle todo lo que aún no podía decir, pero que ya no quería ocultar.

Su aliento se mezclaba con el mío, y la delicadeza con que me sostenía contrastaba con la firmeza de su deseo. Cuando se separó apenas unos milímetros, con la frente apoyada contra la mía, susurró:

—Quiero una vida contigo, me da igual la que sea. ¿Tú no?

—No —aseguré.

Él se levantó de un salto y me miró desde su posición con la cara congestionada.

—¿No?

—Por supuesto que no. —Me levanté yo también para ponerme a su altura—. Alguien me dijo una vez, de un modo muy acertado, que nadie elige ser pobre si puede evitarlo… Y nosotros, querido, podemos evitarlo. No necesitamos nuestros nombres reales ni empezar de cero, nuestra mentira es mucho mejor que la verdad. —Sonreí y él lo hizo también.

—¿Qué insinúa, señora Lennox?

—Que me enamoré de Lawrence Lennox, y es con él con quien quiero pasar el resto de mi vida. Además, Cheltenham necesita que alguien cuide de Lizzie y Billy, que modere a las viudas y que mantenga a raya a Margery Wickham.

—Esa parece, sin duda, una tarea para los Lennox —murmuró.

—En tal caso, no podemos defraudarles. Será mejor que vuelvas a casa conmigo.

—No sé cómo voy a explicarle esto a mi padre…

—Lo tiene que entender, nadie elige tampoco que su hijo sea pobre si puede evitarlo.

Epílogo

Confieso que mi padre no estuvo encantado con la noticia. Traté de convencerlo de que viniera a Cheltenham más veces de las que estoy dispuesto a admitir. Le escribí cartas con las palabras más sobrias que pude encontrar, porque era la mejor manera de apelar a sus sentimientos, ya que no era hombre de poner los suyos en palabras y le incomodaba que lo hicieran los demás. Le hablé de la casa, de Clementine, de la imprenta… con la esperanza de que alguna imagen le hiciera cambiar de opinión.

Sí, de la imprenta. Esos meses en casa me habían despertado una cierta nostalgia y decidí montar mi propio negocio de impresión en Cheltenham. Y lo hice a lo grande, porque… Porque podía, y punto.

Sé que a mi padre le picaba la curiosidad por ver de lo que había sido capaz. Siempre había soñado con ampliar el negocio, con visitar grandes imprentas de las que solo había oído hablar, pero no estaba dispuesto a venir a ver la mía. «El sur nunca me ha gustado», fue una de sus múltiples excusas.

Durante meses, se mantuvo al margen. No creo que fuera por rechazo, sino más bien por no saber qué hacer con este nuevo nombre que llevo, con esta vida que no se parece en nada a la que

él me dio. Bueno, lo cierto es que desde que tengo la imprenta se parece un poco más. Creo que le costaba entender que yo, que fui Graham durante tantos errores, quisiera ser Lawrence para el mayor acierto de mi vida. Y no lo culpo. A veces a mí también se me hace raro.

Todo cambió cuando le escribimos para decirle que los mellizos habían nacido, su respuesta no tardó más que unos días. Una carta sin florituras, solo con una frase muy a lo Thomas Beckett que nos sacó a Clementine y a mí una sonrisa:

Si te ha dado por multiplicarte, supongo que tendré que ir a comprobar que lo estás haciendo bien.

Y vino, por supuesto que vino.

Llegó en tren, con su viejo abrigo de toda la vida y una caja de madera con un juego de letras de imprenta que ya no usaba, pero con las que me había enseñado a componer mi primera página. Me la entregó con solemnidad, como si de un legado generacional se tratara. No tenían ningún valor y en una imprenta como la mía no eran necesarias, pero era su manera de darme su bendición.

Ya en casa, le presentamos a los niños, que apenas tenían unos días de vida, y los observó en silencio durante largo rato.

—¿Niño y niña? —preguntó por fin.

—Así es —contestó Clem.

—¿Cómo se llaman?

—Graham y Molly —confesé con los labios apretados.

Él nos miró a Clementine y a mí alternativamente con los ojos desorbitados. Finalmente dejó escapar una carcajada.

—Tenéis un sentido del humor muy macabro.

—Amamos esos nombres —aseguré, y luego añadí en un susurro —: y las personas que fuimos con ellos.

—Y nos evitamos preguntas si a alguien en un momento dado se le escapa el nombre equivocado… —agregó Clem.

La puerta de la sala se abrió de golpe en ese momento y la señora Harper habló acelerada:

—Señor Lennox, señora… Las viudas están aquí, han venido a conocer a los bebés.

No nos dio tiempo a decirle que pasaran, pues ya se oían las voces por el corredor y el bastón de la viuda Montgomery con su golpeteo rítmico.

—¡Cuidado con las alfombras, Tracy! —bramó la señora Wallace antes de que pudiéramos verla—. No quiero que acabes en el suelo y les quitemos el protagonismo a los recién nacidos.

—Si me caigo, será con elegancia —respondió Tracy al cruzar el umbral y aparecer ante nuestra vista. Levantó una botella que traía envuelta en un pañuelo—. Y con esto como anestesia.

Tras ella entró la señora Montgomery, impecable como siempre. Luego la señora Forrester, que traía algo que parecía una canastilla con enseres para bebés. Y por último entraron Wallace y Davenport.

La señora Davenport fue la última en cruzar la puerta. Con su luto riguroso, su sombrero ladeado y su porte elegante e imposible de ignorar. Y hubo alguien que no lo hizo, que no la ignoró. Mi padre alzó la vista y me dio la impresión de que solo la vio a ella. Se quedó congelado como si el mundo se hubiera detenido. Literalmente, lo vi

quedarse sin aire, y la expresión de su rostro cambió de forma tan evidente que hasta Clementine parpadeó sorprendida.

—¿Qué ha sido eso? —susurró, casi sin terminar la frase.

—Creo que lo que acabamos de presenciar podría definirse como un terremoto silencioso —confesé.

Jane Davenport debió de sentirse incómoda ante el escrutinio de mi progenitor, pero como la dama de modales impecables que ha sido siempre, se acercó a él con paso decidido.

—No sabía que los Lennox tenían… visita —dijo, sin apartar la mirada de mi señor padre.

—Oh, yo no me consideraría tal. —Él sonrió con un descaro que yo desconocía que poseyera y dijo lo último que yo esperaba oír—: Soy Thomas Lennox, el padre de Lawrence.

Clementine y yo nos miramos tan atónitos como si a ese buen hombre le hubiera crecido una segunda cabeza.

—Jane Davenport, un placer. —Le tendió la mano enguantada y él se la besó con una mirada provocadora que ningún hijo desea verle a su padre.

Clementine se giró hacia mí, aún con los ojos más abiertos de lo normal.

—¿Qué demonios acaba de pasar?

—No estoy del todo seguro —murmuré—, pero creo que a mi padre acaban de cambiarle las prioridades.

—¡Bien por Jane! Tu padre es un caballero apuesto…

—Siempre me han dicho que soy igual que él —dije sin pensar.

Ella dejó escapar la risa antes de volver a hablar.

—Sí, tranquilo, tú también eres apuesto —me concedió con tono de burla.

Yo entrecerré los ojos y encontré la réplica perfecta.

—Estoy seguro de que, si en algún momento te imaginaste que Jane Davenport fuera tu suegra, nunca fue de este modo…

Ella se rio más fuerte esta vez.

—Nunca albergué ningún tipo de intención hacia Nathaniel Davenport —aseguró—. Lo último que quería era implicarme con un hombre.

—No podemos decir que tuvieras mucho éxito en tu empeño. —Me reí.

—Me dio lástima tu insistencia… Eras tan molesto…

Me reí con más ganas y le rodeé la cintura con mis brazos. La besé despacio y totalmente ajeno al hecho de que estuviéramos tan acompañados.

La voz de la señora Newman fue la que nos hizo separarnos de golpe:

—Aguántame la botella, Eleanor, que voy a coger a los bebés.

—¡No! —gritamos Clem y yo al unísono.

Por suerte, la señora Montgomery y la señora Wallace estuvieron más rápidas que nosotros y se le adelantaron. Eleanor Forrester aprovechó la ocasión para ofrecerle a Tracy Newman una bandeja de pastas y distraer así la atención de ella hacia nuestros hijos.

Mi padre seguía embobado con Jane Davenport, y ella lo sabía. Lo sabía y lo disfrutaba, por supuesto, porque a nadie le desagrada sentirse deseada.

Clementine me alcanzó una de las tazas que habían sobrevivido al torbellino de las viudas y al aderezo de Newman y me dijo muy seria:

—Si tu padre vuelve a apoyarse en el respaldo de la silla de ella, voy a tener que intervenir. —Se sentó en el sofá para dos que teníamos junto a nosotros y me hizo un gesto para que la imitara.

Obedecí, porque nada me gusta más que cumplir sus deseos y, cuando es algo tan fácil como esto, no contemplo otra opción.

—¿Por la decencia de ella?

Negó con la cabeza de un modo casi imperceptible.

—Por la dignidad de él.

Se me escapó la risa como un brindis silencioso entre dos compinches que se entienden demasiado bien. Clementine me miró de reojo y reprimió las ganas de unirse a mí, pero sus labios apretados la delataban.

—Estaba pensando en tu situación —dijo de pronto.

—¿Mi situación? —Sus palabras captaron toda mi atención.

—Una esposa arisca, dos bebés llorones, un padre seductor y una pandilla de viudas omnipresentes… ¿Pensabas en esto cuando decidiste convertirte en Lawrence Lennox? ¿Consideras tu engaño un éxito? —Se llevó la taza a los labios con toda la intención de esconder su sonrisa, estoy seguro.

—Así es. —Sonreí—. Un éxito rotundo.

Alzó las cejas como una invitación muda a que me explicara, y así lo hice.

—Las viudas me adoran, mi padre resulta entrañable, lo de los bebés es una fase y en lo que respecta a mi esposa…

—¿Sí? ¿Cómo piensas terminar esa frase?

Llevé la mano a su nuca y le deslicé un dedo por el cuello con suavidad.

—Ella solo es arisca cuando hay alguien mirando.

Nota de la autora

Como autora autopublicada, cada novela que lanzo no es solo una ventanita a mi mundo interior, es también una enorme inversión de tiempo, energía y dinero. Por eso es tan importante el hecho de que hayas elegido adquirir esta novela, por delante de tantas y tantas novedades editoriales.

Si has disfrutado esta historia, me ayudaría mucho también que dejaras una reseña en Amazon, Goodreads o Instagram. Es un gesto que ayuda mucho más de lo que crees.

Por último, me atrevo a pedirte que respetes la experiencia de quienes van a otro ritmo y evites los *spoilers*. No a todo el mundo le gustan y hay a quien pueden arruinarle la lectura.

Gracias una vez más por haberles dado una oportunidad a mi viuda y su pandilla de antiguos, espero de corazón que te hayan hecho pasar un buen rato.

Agradecimientos

Si de normal llego agotada al momento de escribir los agradecimientos, en esta ocasión con más motivo, pues esta historia ha estado a puntito de hacerme abandonar varias veces. Me ha sacado de mi zona de confort de un modo que no lo ha hecho ninguna otra, y por eso empiezo por agradecerte a ti que le hayas dado una oportunidad y que hayas llegado hasta aquí. No sabes lo que significa para mí, en serio.

En esta ocasión, voy a intentar ser muy breve y a agradecer a quienes han tenido participación directa con esta novela en concreto. Lo cual no quiere decir que no esté infinitamente agradecida a quienes me ayudaron en las anteriores o a quienes comparten todo lo que publico… Pero hoy me nace hacerlo así, que nadie se me ofenda.

En primer lugar, a mi hija Julia, que le ha robado tiempo a su guitarra, a sus partidos de voley y sus partidas de Fortnite, o simplemente a sus momentos de hacer el vago, que también se los merece, para crear los dibujos a lápiz que ilustran el interior de la novela. Esta historia me pedía algo así y mi chica ha clavado lo que yo buscaba. Por si fuera poco, también ha redondeado esquinas de marcapáginas, enganchado llavecitas y ayudado en todo lo que ha podido... Aunque nunca me vaya a leer, mi viuda es un poquito suya también. Junto a ella tengo que incluir a Diana y a Jonathan, que sí me leen y son una parte fundamental de esto, la otra mitad del equipo. Los tres lo moláis «todisísimo».

Gracias una vez más a Adela (@adela_aragon_art), por darles cara y color a mis personajes. Y por esa maravillosa ilustración verde París que es lo más y no me canso de mirar. No pude elegir mejor a mi media Bola 8.

Gracias a mis lectoras cero, por ser geniales y divertidísimas:

Aitana (@aitanasanblanco), la que no puede sorprenderse porque se come todos los *spoilers* de antemano. Sabes que eres fundamental en ese papel. Eres también mi ojo de halcón para revisar la maquetación una y otra vez. No merezco tu paciencia, pero la necesito.

Carmen (@carmen_arteaga_escritora), la mejor para pulir detalles y mirar las cosas con un punto de objetividad; y también para que no me raye la cabeza por encima de mis posibilidades. Es genial tener esta amistad ligera, ideal para alternar entre otras más densas.

A Sonia (@soniarsalvante), por su tiempo, su dedicación, sus *dicendis* y sus «soniadas». No sé qué sería de mis chicos sin ti, la verdad, y tampoco quiero averiguarlo.

A Bianca (@biri.biankis), por el entusiasmo y el amor incondicional a todos mis personajes, sean cafres, traumatizados o antiguos.

Todas ellas son escritoras y tienen historias estupendas que puedes encontrar en Amazon. Te las recomiendo muchísimo, y no solo porque sean mis amigas y las quiera. Si las he elegido como lectoras cero, es porque saben lo que se hacen…

Y también tengo otras lectoras cero que no escriben, pero saben mucho de leer:

Laia (@librosdelai), gracias por leer con esa entrega, aunque no haya un Andújar implicado. Bueno, en realidad siempre lo hay, puede que incluso sea gracias a ti...

Tánit (@cuando.los.mios.duermen), por ir comentando a tiempo real y por las teorías locas. Me sacaron más de una carcajada que me alegró el día.

Neus, por estar siempre ahí del modo en el que lo necesito según el momento. Y por ser esa lectora «a ciegas» que me hacía falta. Es tan útil como difícil poder contar con alguien que no tiene redes sociales y se sorprende hasta con el prólogo.

Gracias también a Lucía (@luciaaibar) por ser mi «fansa number one» y por lanzarse de cabeza conmigo a lo que sea, aunque se trate de presentar a una viuda en sociedad.

Gracias a Ana, Cris, Patri, Raquel y Clara, por hacer quedadas para «el nuevo libro de Marisa» antes incluso de que esté publicado.

Gracias a Mara, por apuntarse siempre a cada preventa y estar más pendiente de mí de lo que yo lo estoy del mundo.

Y por último, gracias a la maravillosa familia de Bookstagram que lee, reseña, comparte y alimenta el *hype* del modo en que lo hace. Sois lo mejor de todo este proceso y absolutamente imprescindibles.

Acerca de la Autora



Nacida en analógico cuando jugar en los columpios era deporte de riesgo y crecer con las rodillas cubiertas de costra, el lujo de los intrépidos. Quizá por eso le gusta ambientar sus historias en esos años en los que todo era más sencillo, o quizá simplemente estaba menos documentado.

Filóloga por decisión, correctora de profesión y escritora por vocación, Marisa Sefra pasa casi todo su tiempo entre letras. También cumple a rajatabla todos los topicazos valencianos debido a su amor por el arroz, la horchata y el mar.

Sus historias poseen la magia de lo cotidiano y sus personajes transitan por la delgada línea que separa lo estúpido de lo entrañable.

Visita su web https://marisasefra.net/ y suscríbete a su newsletter para recibir comunicaciones de contenido indeterminado y frecuencia imprecisa.

También tienes una tienda online donde comprar los ejemplares en papel un poco más especiales y alguna cosa más. No dejes de pasarte a verla.

Otras Obras de Marisa Sefra

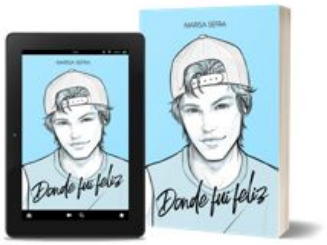
CRÓNICAS DE AQUELLO

La serie *Crónicas de aquello* está compuesta por cinco novelas que narran las historias de una pandilla de cafres desde los últimos años de su adolescencia hasta bien entrada su edad adulta. Los dos primeros volúmenes, *El final que nos merecemos* y *El principio que nos debíamos,* forman una bilogía que recoge la historia de Marc y Greta. Las otras tres novelas, *El viaje de Loui*, *El drama que no vi venir* y *La crisis de nuestra puta vida*, son historias autoconclusivas que se centran cada una en un personaje diferente.



DONDE FUI FELIZ

Una historia muy especial, cargada de sentimiento, que te llevará de vuelta a esos primeros amores de verano de los años 90's



Sinopsis:

Podría decir que esta es la historia de un amor de verano, pero, dicho así, te puede parecer una más. Y no lo es.

Podría contarte que es el relato de un primer amor, de esos bonitos e intensos que llegan para arrasar con todo. De esos que se recuerdan por más años que pasen. Aunque tampoco es solo eso.

También podría vestirla como la crónica de un amor verdadero, de esos que realmente son eternos. Y aun así me faltaría algo.

Porque lo cierto es que esta es la historia de Vic y de cómo consiguió colarse en mis vacaciones, en mi cabeza y en el resto de mi vida… incluso cuando no estaba.

LOS ANDÚJAR

La serie *Los Andújar* es un *spin-off* de las *Crónicas de aquello* y cada una de las novelas que la componen se centra en uno de los hermanos Andújar. Todas las historias son autoconclusivas y se pueden leer de manera independiente.


Cuando se trata de ti
MARISA SEFRA
En cualquier lugar del mundo
MARISA SEFRA